



B.
CORESPO

Ariel

Perseguitando
el amor

ARIEL

(Peligrosamente enamorada)

BÁRBARA CRESPO

WWW.CRESPOBARBARA.WORDPRESS.COM

©Barbara Crespo 2018

CONTENIDO

CAPÍTULO UNO
CAPÍTULO DOS
CAPÍTULO TRES
CAPÍTULO CUATRO
CAPÍTULO CINCO
CAPÍTULO SEIS
CAPÍTULO SIETE
CAPÍTULO OCHO
CAPÍTULO NUEVE
CAPÍTULO DIEZ
CAPÍTULO ONCE
CAPÍTULO DOCE
CAPÍTULO TRECE
CAPÍTULO CATORCE
CAPÍTULO QUINCE
CAPÍTULO DIECISÉIS
CAPÍTULO DIECISIETE
CAPÍTULO DIECIOCHO
CAPÍTULO DIECINUEVE
CAPÍTULO VEINTE
CAPÍTULO VEINTIUNO
CAPÍTULO VEINTIDÓS
CAPÍTULO VEINTITRÉS

CAPÍTULO VEINTICUATRO
CAPÍTULO VEINTICINCO
CAPÍTULO VEINTISÉIS
CAPÍTULO VEINTISIETE
CAPÍTULO VEINTIOCHO

SINOPSIS

Ariel lo había perdido todo. Nada le quedaba. Encerrada en sí misma, solo hay hueco en su vida para los malos pensamientos que la hacen caer y caer cada día un poco más en una rutina donde su única prioridad, es callar las voces que desde que Dmitriy la dejó, la asolan.

No quiere a sus amigos cerca...

No quiere ayuda...

Simplemente quiere que el dolor desaparezca...

CAPÍTULO UNO

- Ya está.

Se levantó de la cama. En un costado de esa pequeña habitación había un espejo. Se acercó y miró su reflejo. Tendría esa marca de por vida para recordarle lo que había perdido por su imprudencia.

- Ariel.

Contuvo un sollozo en su garganta. El doctor particular que en su día Mijaíl puso a su disposición, acababa de quitarle los puntos. Suspiró. Había sido un mes demasiado largo, demasiado amargo y demasiado doloroso.

- Ariel.

Acarició la cicatriz. Sabía que la estaba llamando, pero no podía ignorar esa marca. Los ojos se le empañaron.

- No más, Ariel. — Dijo cogiéndola del brazo.

La giró hacia él. Consiguió dejar de mirar lo que tanto daño le estaba causando y pudo poner sus ojos en los del hombre que desde siempre la había tratado como a una hija.

- Ya hemos hablado sobre esto. No quiero que te encierres. Si veo una... Escucha bien. Si veo una sola herida producida por ti misma, pediré que te encierren hasta que no seas peligrosa para ti misma.

Percibió la tristeza y el dolor que le produjo al doctor amenazarla con esa contundente seguridad.

- Ya lo he hablado con Mijaíl. — Advirtió. - Sus padres llevan una asociación de este tipo de casos. Creo que sería muy bueno para ti conocer otras mujeres y compartir tu historia con ellas.

Se echó a reír. Se habría echado a llorar, pero ya no le quedaban lágrimas. Desde que salió de aquel hospital, había pasado horas y horas llorando. Se le habían agotado. Sus ojos estaban secos, apagados y tristes.

- Lo digo en serio, Ariel.

- ¿No me digas? Y yo que pensaba que te estabas burlando de mí. — Soltó sarcástica. - Matasanos, sabes que te aprecio, pero ya. No puedes pedirme que después de lo que ha ocurrido, haga como que todo está bien y me presente con mi cara dura donde los padres de... Dmitriy. — Le costó pronunciar su nombre.

La observó y observó. Tanto que sus manos empezaron a picar. Se llevó la mano a la boca para entretenerse mientras las insufribles ganas por hacerse daño menguaban.

- Te aprecian.

Lo miró como diciendo; "dime algo que no sepa".

- Ni siquiera lo vas a pensar, ¿verdad?

- Tú mismo lo has dicho.

Vio como de mala gana cogía su maletín negro. Se dirigió a la puerta y antes de cruzarla se detuvo. Negó con la cabeza y le dio la espalda. No estaba dispuesta a seguir escuchando.

- Que te haya dejado no es el final de tu vida. Reacciona de una vez.

- Adiós. — Cortó toda conversación.

De nuevo se encontró sola. Silencio era todo lo que la rodeaba. Volvió a girarse. Alzó el jersey y sus ojos se volvieron a humedecer.

Le parecía todo una pesadilla. Un mes llevaba reviviendo todo lo que había acontecido y marcado su vida. Su sonrisa había desaparecido, sus ganas por vivir habían menguado y sus episodios se habían agravado hasta el punto que toda herida que se provocaba, le era insuficiente para callar las voces de dolor y culpa que se levantaban contra ella.

Apenas eran las diez cuando se sentó en la cocina con el portátil frente a ella y una taza de café en sus manos. Antes de abrirlo, tuvo que volver a mirar lo que la rodeaba. Lo odiaba. Todo. Incluso se odiaba y despreciaba a ella misma.

- Dmitriy. — Murmuró

Cerró los ojos con fuerza. ¿Cómo iba a afrontar su vida sin él? Todo el mundo creía que era tan fácil como mirar hacia adelante y dejar de pensar en lo pasado. Claro. ¡Fácil para ellos! Ninguno sabía lo que pasaba. Simplemente se les había dicho que lo habían dejado. No sabían que Dmitriy aun estando apartado de ella, seguía dirigiendo su vida, controlando todos sus movimientos y ordenando lo que podía a hacer y que no.

Aún recordaba ese día. Al salir del hospital se encontró como siempre con la mirada de Travis. Él fue quien la recogió y quien la instaló en su nuevo domicilio. Para ser más explícita; ¡A dos calles del mandamás! Pero... ¡Cuidado! No podía acercarse a su casa, ni a su empresa, ni a ningún lugar en el que él estuviera o perteneciera. Así iba su vida desde hacía un mes.

Terminó de abrir el portátil. Le dio un trago a su café y se puso a buscar empleo. Ni siquiera le quedaba eso; su trabajo. Había sido despedida en el acto. Que por cierto se le había prohibido buscar uno. Dmitriy Novikov el jefe de Chicago se lo había dejado clarito como la espuma. Ya se podía ver que, como siempre, sus ordenes se las pasaba por un oído hasta llegar al otro.

Tras concertar una entrevista en un hotel. Se desplazó a la bandeja de mensajes y le dio a abrir encima del nombre de Dmitriy. Ese era su único contacto.

Quedaban prohibidas las llamadas o acercamientos. Nada de emoticonos, nada de palabras cariñosas y ni mucho menos se le ocurriera escribirle un te quiero. Una vez se le ocurrió hacerlo y le costó una semana incomunicada totalmente con él; para cualquier cosa se ponía en contacto con Travis. Empezó a escribir:

De Ariel Miller para:
Dmitriy Novikov:

Señor Novikov, ya que como dejó bien claro que en el momento que diera un paso sin usted saberlo, se desentendería de mi protección y devolvería el cargo a mi padre... Le comunico que tengo una entrevista de trabajo y me importa poco las represalias que quiera tomarse.

Un saludo de Ariel Miller su prisionera.

Apretó el botón de enviar. Se puso de pie sin haber acabado el café, se dirigió al comedor, se paró frente a la única puerta que había y se adentró en ella. Se apoyó

en la puerta y resopló.

Dmitriy había querido castigarla. Por eso había comprado el piso más pequeño que había en esa zona. Le había quitado los lujos y la mantenía con lo justo para su existencia. Tenía portátil y móvil porque casi se lo había comido como si fuera un dinosaurio.

Le daba igual, nunca necesitó cosas caras para subsistir, pero le dolía en el alma que se estuviera comportando de nuevo como el hombre de hielo que una vez conoció. Y ahora era el hombre de hielo en todo su fulgor. Incluso diría que peor.

Cogió el bolso y salió al salón. Tenía la cita a las once y media. Se acercó a la cocina y revisó el ordenador antes de dar un paso hacia la puerta de la calle. Ahí estaba su contestación y para nada agradable, si se paraba a mirar que comenzaba su correo con letras mayúsculas.

De Dmitriy Novikov para;
Mi prisionera:

TE DI OPCIÓN DE REGRESAR A CASA DE ETHAN!! No me toques los cojones Ariel. Si quieres mi protección, las cosas se hacen a mi manera. ¿Qué parte de te quedas en casa no has captado? ¡Casa es casa! Me importa un pepino lo que tú quieras, si te aburres, si estás agobiada o si te sientes una prisionera. No te tengo con grilletes. Dime la palabra mágica y se acabará todo.

Directamente desconectó el correo y luego apagó el portátil. Era muy pronto y estaba muy agotada para meterse de nuevo en otra discusión con él. Si quería entenderlo que lo hiciera, si no quería... Era su problema.

Guardó el teléfono en el bolsillo de su pantalón. Se dirigió a la puerta. El sonido de su móvil, hizo que apartara la mano del pomo. Lo volvió a sacar y miró la pantalla.

¡Debían llevárselo los demonios!

- ¿Sí? — Contestó con naturalidad.

- Si sales por esa puerta, irás andando. Desde ahora Luca deja de ser tu chófer.
— Colgó.

Escuchar su voz dura y fría, le encogió el corazón. Su autoestima cayó sin

remedio. Lo había perdido. No lograría nunca que la perdonara. Y en todo caso, si lo conseguía, ese abismo que se había abierto entre ellos, jamás desaparecería.

A las once y cuarto estaba en la puerta del hotel. Dmitriy no se había salido con la suya. Sí, estaba sin chófer y sin coche; el imbécil seguía teniendo sus llaves. Pero él no contó con que ella disponía de dos buenas amigas que estaban dispuestas a ayudarla cuando lo necesitaba.

Se había acercado a casa de Claudia y muy amable, le había cedido las llaves de su moto. ¡De alucine! Amaba las motos, más si eran grandes como la de ella. ¿Cómo no amar una Ducati roja y blanca? Si tener una era el sueño de su vida. Estaba claro, que a partir del momento que tuvo las llaves en su palma, ese pedazo de bestia, se iba a convertir en su bebé.

Se adentró en el edificio. Su boca se abrió en exceso. Aquel lugar era de película. Además de enorme, era despampanante; puertas giratorias, alfombra roja de pasarela hasta llegar al mostrador, sillones blancos de piel, bar de lujo con escenario, aparcacoches, botones, lámparas con estilo y mucha luz... ¡Y todavía estaba en la puerta! No quería imaginar lo que encontraría, si se ponía a deambular por allí como si fuera su casa.

Con pasos torpes y sin poder dejar de mirar de un lado a otro, se acercó hasta la chica del recibidor que estaba hablando por teléfono. Esperó. Mientras la chica acababa de apuntar una reserva, se entretuvo en mirar los folletos que había. Puso el dedo sobre la imagen que decía "habitación dorada". ¡Quería una igual! Como tonta, por lo que había leído, el papel decía que era la suite principal con paredes en tono beige, vestidura de cama blanca con bordados dorados, con dosel y fino raso blanco cayendo de arriba para hacer la intimidad más... No sabía como denominarlo, simplemente se le ocurrió que le encantaría verse desnuda entre las sabanas, mientras pasaba la mano por el tórax desnudo de Dmitriy.

- ¿Puedo ayudarla?

Cabeceó un poco la cabeza para salir de la neblina en la que se había sumergido su mente.

- Sí... Sí... Disculpe, me he distraído. Tengo una entrevista a las once y media.

La chica sonrió de una manera extraña. Parecía como si la estuviera advirtiendo

de algo o invitando a echar a correr. Ladeó la cabeza y la contempló. Era muy bella. Su cabello rizado le recordó a los caracoles de su amigo Mijaíl. Tenía unos ojos verdes claros, pequeños, pero muy cautivadores. Una sonrisa perfecta. Con todos sus dientes bien situados y tan blancos que le supuso un problema, no pensar que se había comido todo el bote de pasta dental.

Se mordió los labios. Por costumbre, no pensaba estupideces, pero últimamente, era lo único que había encontrado para distraerse y olvidar su patética vida.

- ¿Le gusta la habitación?

Claro. ¡Si pudiera se quedaría en ella a vivir!

- Sí, es muy bonita. — Contestó con cortesía.

La chica murmuró algo inteligible por lo bajo. Frunció el ceño. La actitud de esa mujer, la confundía.

- Coja el ascensor que está al lado de las escaleras y pulse el último piso. Cuando salga, camine recto hasta llegar a la suite y toque tres veces.

- Pero...

- Sin rechistar. Yo solo cumplo ordenes. Y créame cuando le digo, que habría deseado nunca haber visto ese anuncio. ¿Por favor? — Dijo invitándola a dirigirse al elevador.

Confundida caminó hasta llegar a las puertas. Dos veces giró la cabeza. La chica tenía puestos sus ojos en ella. Se encogió de hombros. Cuando llegó el ascensor y las puertas se abrieron, la miró por última vez; seguía con los ojos fijos en ella. Hizo todo lo que la muchacha le dijo.

Plantada estaba en la puerta tras haber tocado las tres veces seguidas con los nudillos en la madera blanca.

¡Ay, no! ¡Dios no! Se dio la vuelta y casi echó a correr. No. No. No. Ni de broma. Prefería seguir en guerra con Dmitriy.

- ¡Oye! ¡Espera!

La cogió por el brazo y la giró como si fuera una marioneta.

- ¿Por qué huyes?

Lo miró de arriba a abajo. Dos veces. Moreno, con el mismo estilo de corte de pelo que Dmitriy, de ojos grises y el mismo cuerpazo de pecado. ¡Al diablo con el destino!

- ¿Eres ruso? — Interrogó tras unos segundos.

El chico sin camiseta, con pantalones de pijama y un tatuaje en el pecho en forma de rosa, le sonrió. Una enorme sonrisa de las que te dejan aturdida.

- ¿Tanto se nota?

- Adiós.

Se soltó de su agarre e intentó de nuevo huir.

- ¡Oye!

Volvió a atraparla. La miró a los ojos con insistencia. Eso le recordó a Dmitriy. Se mordió el labio. Quería rajarlo. Sentir la sangre en su boca.

- ¿Vienes por el trabajo?

- Sí... No... — Rectificó.

- ¿En qué quedamos? — La instó a que le diera una respuesta clara.

Sopló con fuerza hasta que sus pulmones se quedaron completamente vacíos. Cerró los ojos. Ese tío, que la tenía sujeta en contra de su voluntad, no dejaba de asemejarse a Dmitriy.
¿Sería que estaba loca?

Abrió los ojos y con una resolución absoluta contestó:

- Venía, pero ya no lo quiero.

Esperó que la soltara. Nada. Su mano se adhería a su diminuta muñeca, como si

fuera algo normal, como si tuviera derecho a estar tocando su piel.

- Eres la primera mujer que en vez de saltarme encima, quiere perderme de vista.

Con timidez contempló sus ojos. Percibió su confusión. No dejaba de observarla. Sus nervios crecieron y el nudo en el pecho que se le formó por poco le arrebató la vida al verse a falta de aire.

- Ni siquiera sabes cual es el trabajo. ¿Por qué no pasas y hablamos?

El pánico intensificó su ahogo. Cerró los ojos de nuevo. No quería seguir viendo a esa réplica de Dmitriy. No eran exactamente iguales, pero sí muy parecidos. Recordó que la sonrisa de Dmitriy era hermosa, nacida del corazón y brillante como las estrellas en el cielo. Su pecho se saltaba latidos, incluso a veces, le costaba acordarse de como se respiraba cuando la miraba a los ojos y le dedicaba su sonrisa más grande y arrogante. En cambio, el tipo guapo y pesado que tenía delante, le mostraba una sonrisa divina, pero la típica y clásica mueca que le mostraría a cualquier mujer con tal de camelarla y llevarla a la cama.

Cuerpos parecidos... Estilos similares... Pero actitudes diferentes... Eso fue lo que la hizo darse cuenta, que el tipo que tenía delante, era muy distinto a él por mucho que le mirara y creyera estar viéndole.

- Suéltala.

Los dos giraron la cabeza en dirección a la voz autoritaria que dejaba a la vista que, quería que la orden se cumpliera.

Miró con curiosidad y pudo ver como sus ojos sorprendidos en un principio, pasaron a ser inquisitivos y poco después, rebosantes en diversión. Se llevó su mano a los labios. No dejaba de mirar a Travis. Le estaba provocando. Y lo consiguió... En el mismo momento que besó el dorso de su mano con sensualidad sin alejar sus ojos de su niñera, Travis se abalanzó sobre él y con agilidad y poco esfuerzo le dio un derechazo en la boca. En la misma acción, se giró, la cogió del brazo y la puso a su espalda.

Se mantuvo muy quieta. No sabía si el chico del tatuaje respondería al golpe. Estaba harta de peleas.

¡Quería una vida normal! ¿Era tanto pedir?

El alivio inundó su pecho. Dejó de temer una confrontación cuando vio a la copia de Dmitriy, pasarse el dedo por el labio. Contuvo el aire al ver como se llevaba el dedo a la boca con un pequeño resto de sangre que le había provocado el puñetazo.

- Travis... Travis... — Canturreó. - No te devolveré la agresión porque tengo modales y no quiero asustar a esa preciosidad que escondes de mí.

- ¿Qué haces aquí? — Dijo poco amistoso.

- Ja, ja, ja. Ese no es vuestro problema.

¿Por qué le provocaba? Rápida tuvo que tirar del brazo de Travis. De nuevo se había abalanzado hacia él. Le dio una leve mirada. Cerró los puños con fuerza y se abstuvo de hacer movimiento. Se lo agradeció en silencio.

- Lo será si te atreves a acercarte a ella. — Amenazó.

- Ja, ja, ja. Sabes que lo que más me gusta es enfrentarme a vosotros.

Desvió la mirada hacia ella. Le sonrió. Aunque quiso tranquilizarla, no lo consiguió. Ese hombre le recordó al niño al que sus padres le han dicho hasta el cansancio que no se cogían caramelos de extraños y cuando el hombre lo ponía ante sus ojos, el niño goloso daba un paso tras otro hasta tener el caramelo en la mano. Lo mismo estaba a haciendo. La intentaba engatusar, mostrarle que era de fiar y que podía contar con él.

Pero... Y luego... ¿Qué precio debería pagar?

- El trabajo sigue en pie. Busco una asistente personal que esté al tanto de todo lo que necesito.

Se estremeció. Acababa de recorrerla de arriba a abajo con unos ojos lujuriosos muy descaradamente. No era experta, pero tampoco ingenua aunque Dmitriy hubiera tratado de que se lo grabara en la cabeza.

- Viajo mucho. Si aceptas lo que te ofrezco, te pagaré el doble, además de ofrecerte la posibilidad de conocer lugares increíbles.

Travis dio otro paso adelante. Tiró de su camiseta para recordarle que seguía a su espalda.

- Un placer haberte conocido... Eh...

- Miller para ti. — Contestó cortante Travis.

El tipo guapo, con cara de niño bueno, pero con corazón de demonio, le hizo una reverencia, alzo un poco la cabeza y cuando sus ojos estuvieron unidos dijo:

- Un placer, señorita Miller. Mi nombre es Diego Novikov y me encantaría que aceptara el empleo que le ofrezco.

Su mundo se tambaleó. Dio dos pasos hacia atrás. Travis la agarró de la cintura y la estabilizó. Su mirada estaba fija en ese hombre, el hermano de Dmitriy. No podía dejar de mirarlo. Su sonrisa chulesca y sus ojos insinuantes la pusieron muy nerviosa. Se avecinaban problemas. Muchos... Problemas.

Se recompuso lo más bien que pudo. Alejó las manos de Travis y le plantó cara con su típico carácter de "si me tocas los ovarios, por muy guapo, chulo y mamón que seas, me encontraras".

- Gracias, pero prefiero saltar de un coche en marcha a trabajar con un hombre como usted. — Soltó con toda su chulería renacida.

Ese hombre era un desgraciado. Si ya no le había gustado en un principio por ser ruso, menos en ese instante cuando había descubierto que era el maldito traidor.

- Ja, ja, ja. ¡Con carácter como a mí me gustan!

Esa vez no detuvo a Travis. Diego recibió un golpe rápido en el estómago. El loco se echó a reír en la cara de Travis. Lo cogió por el cuello de la camisa y le dio una mirada aterradora...

- Dile a mi querido hermano... Que de nuevo tenemos los mismos gustos...

Lo soltó con asco. La volvió a mirar y le dio la espalda para dirigirse a su suite. ¿Había amenazado a Dmitriy o eran imaginaciones suyas?

CAPÍTULO DOS

- Travis espera. — Repitió por cuarta vez.

La llevaba a arrastras por todo el camino. Temía que en los pocos tramos de escalones que había en la entrada del hotel, se le torciera el tobillo y cayera contra el asfalto. No podía seguir esa velocidad en tacones. Ya era suficiente haber tenido que bajar todas las escaleras desde el último piso, porque él había pensado que ese era el camino más rápido para llegar a la calle.

- ¡Para! — Gritó.

Enseguida dejó de tirar de ella. Miró de un lado a otro. Su cara se encendió. Todo el mundo que estaba cerca de ellos, la miraban como si se le hubiera ido la pinza. No les quitaba la razón. Todos ellos estaban logrando que deseara nunca haber existido.

Se centró en observar al orangután que se había cruzado de brazos y la atravesaba con los ojos.

Ira... Ira... Que mala era esa sensación. Cuando corría por las venas, el cuerpo se iba encendiendo poquito a poco. Las burbujitas bullían por la sangre como si se cocieran a fuego lento y se estuvieran propagando como si fuera un virus infectando todo el organismo. Se intensificaba, crecía... Hacía que la cabeza dejara de pensar y actuara el cuerpo en ese acto de furia.

- ¡Qué hacías! ¡Estás loca!

- ¡No me grites! ¿Quién te crees que eres?

Le puso el dedo en el pecho y con él le dio varios golpes de advertencia. Travis cogió su mano. Le hacía daño. Posiblemente se le quedaría una marca morada en la muñeca.

- ¿Qué no chille? No creo que el señor elija chillar cuando se entere de donde estaba y con quien.

El tono de burla que detectó en su voz, la cabreó. Se mordió el carrillo. Intentó contar. ¡A la porra! Le dio un pisotón en los dedos del pie con el tacón del zapato. Seguido cerró el puño y apuntó al ojo.

¡Diana!

Salió corriendo mientras Travis gritaba y maldecía. Metió las llaves en la ranura de la moto. Miró sobre su hombro. Se dirigía hacia ella... Arrancó y le dio a todo el gas y se incorporó a la carretera. Unas manzanas más adelante, cerca del Hog, giró a toda velocidad y bajó en dirección a la Torre. Tres calles más abajo, hizo un derrape poniendo la moto de lado y segundos después, la detuvo.

- ¡Wooow! — Gritó eufórica.

La adrenalina todavía corría por su piel. Se echó el pelo hacia atrás y aguardó sentada unos minutos en la moto. Temblaba y durante unos segundos no podría moverse. No, mejor que no se moviera, por lo menos hasta estar segura que podía desmontar. Si hacía movimiento en ese instante, se iría de boca al suelo porque sus piernas se habían convertido en gelatina.

¡Toma ya Dmitriy! Pensó con una sonrisa en los labios. Le habría gustado hablarle de su pasión por las motos. Compartir su afición por las bestias de dos ruedas.

¡Ja, y luego le acusaba de inconsciente cuando él hacía lo mismo con el coche!

Rió. Su voz retumbó en el aire. Para ella no era lo mismo acelerar con una moto que con un coche. Puede que las dos formas fueran imprudentes, peligrosas y poco inteligentes de hacer. Pero... Cuando se trataba de su fanática pasión, su mente no tenía mucho que pensar para argumentar una excusa a su acción; con una moto tenía margen de maniobra, con una moto se podía meter por donde un coche jamás podría, con una moto era ligera, arriesgada y se sentía viva. En pocas palabras... Le gustaba sentir que burlaba a la muerte. Además de poder escaparse de su niñera personal cada vez que le salía del chichi.

¡Qué se comiera con papas su chófer!

- Disculpe señorita. — Dijeron a su espalda.

¡Qué mala suerte!

Se giró muy despacio. Sonrió al hombre que la miró como diciéndole "pruebe de nuevo que ese truco ya me lo conozco".

- ¿Acaba de bajar la calle a una velocidad desmesurada y sin casco?

- Si me ha visto, ¿para qué pregunta?

El hombre asintió con la cabeza. ¡Cazurra! ¿Por qué le contestaba así? A lo tonto se veía pasando la noche en el calabozo.

- ¿Me va a multar? — Dijo en un chillido indignada.

El hombre con su traje de policía y unas gafas de sol, la ignoró. Mientras escribía en la libreta, se quedó pensativa; no tenía claro si darse a la fuga era lo mejor que podía hacer. Por lo menos la adrenalina que se había evaporado de un porrazo por culpa de ese paleta con traje de oficial, regresaría.

- Tenga y de gracias que no le quito la moto.

¡Quéééééé!

- ¿Gracias? Está de coña, ¿verdad?

El hombre que se había dado la vuelta para marcharse, de nuevo giró sobre su eje y con el ceño fruncido la observó.

- Señorita, contando con que por esta calle no se puede ir a más de cincuenta y usted iba al doble... Sin casco... Y habiéndose saltado un stop... Y finalizado con un derrape en plena carretera... Sí, me tiene que dar las gracias.

"Y una mierda" murmuró por lo bajo. O se callaba o empeoraba las cosas. Y por el tono del policía, estaba deseando que le dijera cualquier cosa para ponerle las esposas y dejarla una noche encerrada.

- ¿Algo qué decir? Tal vez, deba subir la multa a mil seiscientos, en vez de los mil doscientos que le he puesto.

Juntó los labios con ahínco. Su boca estaba muy dispuesta a hacerle el trabajo fácil, pero su cabeza que todavía guardaba algo de cordura, no estaba de acuerdo con pasar la noche encerrada en cuatro paredes con barrotes y con una colchoneta como única cama.

El paleta le dio la espalda. Le hizo una peineta con el dedo que rápida intercambió por una sonrisa cuando vio que de nuevo se giraba a mirarla.

Media hora después estaba sentada en su zona favorita. Su humor había cambiado. Aquel lugar llenaba su alma de paz. Respiró tranquila. Contempló el cielo y sonrió.

Allí arriba sus problemas no importaban, allí todo se veía de diferente manera. Sentía tanta serenidad, que toda su angustia desaparecía. Sus ojos apagados, durante un rato recuperaban la chispa de vida que últimamente la tristeza se había tragado. Su tiempo se detenía y olvidaba que se había cargado la felicidad

que en escasos días había rozado. Nada existía allí. Eran ella, el cielo y el mundo a sus pies...

Cuando entró por la puerta de su piso, eran pasadas las diez de la noche. Le extrañó no ver a Travis o a Luca en la puerta. No le dio importancia. Siguió hasta su dormitorio y sin pararse a quitar la ropa, se tiró en la cama. Se hizo un ovillo.

¡Estaba agotada! ¡No podía más!

Había pasado todo el resto del día recorriendo las calles en busca de un empleo. Nada. No había encontrado ninguna manera de que le dieran un puesto. Por no conseguir, no había logrado ni que el dueño de una cafetería la contratara como camarera.

Se abrazó a sí misma. Los pensamientos regresaron. Cada vez eran más fuertes que la anterior. Se tapó los oídos. Lloró. Gritó. Nada fue suficiente; los lloros de un bebé, unido a la voz acusadora de Dmitriy, la destrozaron.

Saltó de la cama. Corrió al baño y buscó por todos los cajones. ¡Tenían que estar! Se decía mientras tiraba cosas al suelo.

- ¡Vamos, joder!

Se arrodilló en el suelo. De picarle las manos, había pasado a sentir como si tuviera pulgas por todo el cuerpo. Rascó con saña. Daba igual el lugar. Primero probó en los muslos, luego en los brazos y al final pasó a la barriga; no hacía efecto. Necesitaba callar las voces...

- ¡Calla! ¡Calla! ¡Por favor!

Desesperada acabó de extraer todo lo que quedaba en el mueble. ¡Oh, sí, gracias! Casi gritó aliviada.

Cogió el bote de las pastillas. Se las había recetado por un tiempo el médico de Mijaíl, pero cuando se dio cuenta de que se estaba haciendo dependiente de ellas, dejó de hacerle las recetas. Abrió el pequeño frasco y tras coger dos pastillas, se las llevó a la boca. Se incorporó y bebió un poco de agua. Pronto empezó a sentir los efectos de adormecimiento. Caminó como una zombie y se dejó caer en la cama.

- Las necesito. — Sollozó, tapándose con la colcha.

Gruñó al oír varios golpes. Todavía estaba agotada. Quería seguir durmiendo. Ignoró lo que fuera que la estaba perturbando y mantuvo sus ojos cerrados.

- ¡Ariel! ¡Ariel, abre la puerta!

- ¿Claudia? — Dijo todavía aturdida.

No podía, su cuerpo se negaba a cooperar para ponerse en pie. Hizo el esfuerzo y tras varios minutos, consiguió que sus ojos acataran la orden de abrirse. El sol entraba por la ventana; debían ser más de las once.

- ¡Ariel!

¡Joder con su amiga! Iba a poner en alerta a todo el vecindario.

- ¡Ya voy!

Tambaleante llegó hasta la puerta. Los ojos se le cerraban. Abrió e intentó cerrar. Como no tenía todos sus sentidos despiertos, no logró evitar que entraran.

- ¡Fuera! ¡Iros!

Se puso la mano en la cabeza. Le dolía mucho. ¡No las quería allí!

- Llevas días sin coger el teléfono. ¿Qué te pasa?

Ignoró la voz de su amiga, se le clavaba en el cerebro. Empezó a creer que sus chillidos infundados, eran muy molestos a la par que cansados e insoportables.

- Nada. — Trató de sonar calmada.

Su amiga le dio una de sus miradas conocidas. Era una de esas que decían; "eso de nada se lo cuentas a tu abuela".

Se sentó, su amiga había ido con ganas de pelea y ella no tenía fuerzas. Menos cuando Penélope con su pequeña barriga de tres meses, no dejaba de mirarla apenada.

- Ariel, entiendo que sufrir un atraco y casi perder la vida, puede ocasionar que

no quieras relación con nadie. — Se calló unos segundos. - ¡La hostia! Somos tus amigas, no puedes hacernos a un lado. — Explotó.

Sus ojos se empañaron. Creían saber y nada de lo que sabían se asimilaba a la verdad. Dmitriy les había dicho que había sufrido un atraco, que le habían disparado y a consecuencia de esa agresión había perdido el bebé que estaba esperando. Hasta ahí sabían de lo que nada era realidad. Por otro lado, ella les había dicho a sus amigas que, se había cambiado el nombre porque tuvo una relación que no era sana y por temor tomó esa medida.

Mentiras... Mentiras... Y más mentiras...

¿En qué clase de amiga la convertía eso? ¿Cómo se le explicaba a alguien de donde venías y los traumas y miedos que esa vida te provocaban? Ella no sabía como, pero tantas mentiras también le pasaban factura.

- Has adelgazado otra vez. — Musitó, Penélope con amargura en la voz.

Se encogió de hombros. ¿Qué más daba? No quería seguir viviendo. Esa era su forma de castigarse.

Desde hacía varias semanas, comer para ella era una tortura. Bebía algún que otro zumo, batido o pasaba el día a base de agua. Y las pastillas... No le podían faltar. Se ponía muy nerviosa y le daban ataques de ansiedad si veía que no le quedaban. Por eso había tenido que buscar a alguien que sí, estuviera dispuesto a hacerle cuantas recetas quisiera. Pero claro, todo tenía un precio. Y su serenidad tenía un coste muy elevado, tanto que necesitaba un trabajo o Dmitriy empezaría a indagar. Y por nada del mundo podía enterarse de que el dinero que Travis le daba para comida, ella lo gastaba en botes de pastillas.

- Vístete, te vienes con nosotras.

Negó con la cabeza.

- Vale, si no me dejas opción...

Se encogió de hombros y se dirigió a la puerta. Arrugó el ceño. Su amiga abrió la puerta. Su mal humor creció, a poco estuvo de levantarse y matar a su amiga por perra manipuladora.

- Vamos. — Dijo cabreado Mijaíl.

No le había pasado por alto que la había mirado dos veces, desde los pies a la cabeza.

¿Tanto peso había dejado? Inconscientemente, se revisó. Cuando se dio cuenta de lo demacrada que se veía, abrió los ojos con sorpresa. A pesar de que cada día se miraba al espejo, aquella fue la primera vez que comprendió porque sus amigos estaban preocupados por ella.

- Dejarme en paz. — Dijo muy despacio.

Se levantó y acercó a la ventana. ¡Qué se fueran! ¿Por qué no lo hacían? ¿Por qué no respetaban su decisión? ¿No veían que quería morir?

Se tapó la boca con la mano. Fue un intento nefasto por acallar los sollozos. Se quebró. Sus amigos estaban allí, querían ayudarla, buscar soluciones a sus problemas... No entendían que estaba tan rota, tan destruida, tan cansada... Que no tenía energías para querer continuar viviendo.

Unos brazos la cogieron del brazo, la giraron y pegaron a su pecho. Se aferró a la cintura de Mijaíl mientras las lágrimas corrían sin cesar por su rostro. Gimoteó como una niña pequeña. Tembló en sus brazos repetidamente mientras los gemidos angustiosos llenaban la estancia. Lo apretó con más fuerza.

Necesitaba esa ternura... Sentir que no estaba sola... Que había gente que la quería... Que la apreciaban... Que querían cuidarla...

- Lo vamos a solucionar. No sigas queriendo apartarnos. — Le susurró con cariño.

Las caricias de Mijaíl en su nuca, lograron que su alma se sosegara y el llanto remitiera. Con timidez y algo avergonzada por su repentino derrumbe, observó los ojos de su amigo. Como siempre, le transmitieron miles de sensaciones hermosas. Ver como en sus ojos estaba implantada la determinación, era lo que ella necesitaba para empezar a entender; no estaba sola, no lo había perdido todo. Tenía buenos amigos que la amaban y que no estaban dispuestos a verla derrotada.

- Lo siento.

Le dio una pequeña sonrisa. Miró a su alrededor y el pecho se le rebotó;

Penélope y Claudia lloraban a moco tendido mientras se limpiaban cada dos por tres con un pañuelo.

- Lo siento. — Repitió en dirección a ellas.

Mijaíl captó su atención al acariciar su mejilla y llevarse con su mano la humedad que quedaba en su piel. Sus ojos se encontraron con los suyos. Los cerró. Le dolió verificar en los de él, que estaba muy enojado con ella.

- Ahora vas a ir arreglarte y me vas a seguir sin abrir la boca.

Asintió. Para ella Mijaíl era como su hermano mayor. Siempre la protegía. Sus amigas, que aun habiendo hecho lo correcto, seguían siendo unas jodidas manipuladoras; habían optado por utilizar todo el armamento del que disponían, al haber tirado de Mijaíl como último recurso para a hacerla despertar del mundo caótico en el que se había sumergido.

Allí estaba, ante ella, al pie del cañón... Dispuesto a todo para traerla de vuelta. Para revivir a la leona que el dolor y sufrimiento habían derrocado haciéndola esconder en el fondo más oculto de su ser.

Los dejó en el salón para ir arreglarse. Se puso unos vaqueros y una camiseta fina. Aquel día aunque no era caluroso, tampoco era frío. Igualmente cogió una chaqueta por si las moscas. No podía fiarse, estaban todavía a finales de enero y el tiempo era inestable.

Se colgó el bolso y caminó hacia la puerta. No pudo evitar que sus ojos se desviaran a la mesita de noche. Ahí reposaba el frasco que la noche anterior había dejado al tumbarse en la cama. Dudó. Mucho. Miró el bolso y tras unos segundos, decidió no meterlas en él.

- No.

Se dio la vuelta dispuesta a irse. Mijaíl la agarró del brazo...

- No empieces. — Advirtió. - Necesitas ayuda.

- No estoy loca. — Afirmó.

Mijaíl rió. Le dio un manotazo en el estómago que hizo que sus dos amigas se echaran a reír. No tenía gracia. Quería irse a casa. No estar en una puñetera sala

de espera en la que no quería estar.

- Ariel, ninguno pensamos que estés loca. Ese no es únicamente el caso que llevan los psicólogos. Ahora siéntate.

Se cruzó de brazos. En desacuerdo hizo lo que le había dicho. Las manos le picaban. Disimuladamente, arañó sus palmas. Mijaíl atento como siempre sujetó sus manos y la reprendió con la mirada. Minutos después, dijeron su nombre y al poco estaba sentada en una silla frente a una mujer mayor, de pelo castaño, corto, de ojos marrones, algo rellenita y una sonrisa espectacular en los labios.

- Hola Ariel. Me llamo Carla y me gustaría que habláramos un poco sobre tu día a día. Que es lo que sientes, que es lo que sucede y que es lo que te provoca cada suceso que vives.

Dejó de escucharla. Tenía una voz suave, relajante y le transmitía confianza. Y ella no quería confiar en nadie y menos en una desconocida. Observó detenidamente el lugar. Cuadros y diplomas adornaban las paredes blancas. En el costado derecho había un sillón que se reclinaba. Quedaba al lado de los ventanales y se veía el cielo en primera plana. En sus labios nació una pequeña sonrisa.

¿Qué había mejor que contemplar el cielo y las nubes para traer la paz al corazón?

- ¿Ariel?

No le hizo ni caso. Siguió mirando el hermoso cielo.

- ¿Prefieres sentarte allí?

Confundida la miró. Al mirarla vio que su mano estaba extendida y señalaba el sillón. Asintió despacio. La mujer se puso de pie y la guió. Se sentó y su sonrisa se hizo más amplia; amaba pasar las horas mirando el inmenso cielo.

- Vamos a hacer una cosa. Vamos a seguir observando las nubes y cuando quieras hablar, te escucharé. Yo no juzgo, simplemente busco como ayudar.

Asintió perdida en el cielo. Pasaron segundos, minutos y siguió con su fijeza. La

mujer nada más la contemplaba, sentía su respiración, como sus ojos seguían cada gesto que hacía...

- Dmitriy. — Soltó de pronto.

¡Bravo! Ahora no se callaría ni tapándole la boca con piedras. Se reprendió su imprudencia. Pensó que esa mujer empezaría a hacerle preguntas, que escarbaría y examinaría cada palabra que saliera de su boca. La descolocó que no pronunciara frase alguna.

- ¿No va a preguntar? — Dijo mirándola.

La mujer sonrió. Su confusión se acrecentó. Volvió a mirar el cielo.

- No quieres que pregunte, Ariel. Y yo solamente quiero escuchar lo que tú me quieras contar.

¿Y si no quería hablar? ¿Y si no quería compartir su dolor? ¿Debía a hacerlo? ¿Era bueno dejar que otros evaluaran sus miedos? ¿Sus acciones? Suspiró con fuerza.

- Estuve dos años trabajando para él y nunca creí que fuera un buen hombre. Le critiqué con mis amigas, sola cada vez que cortaba una llamada e incluso con su amigo le apodamos el hombre de hielo.

Se asustó y abrió los ojos cuando su boca se desató y empezó a soltar todo lo que se le pasaba por la mente. Su mirada se entristeció y el habla le empezó a faltar cuando llegó casi al final de la historia. Sintió con cada palabra su pecho abrirse en canal. Dolía. Revivir cada momento, cada palabra, cada sonrisa, cada gesto, cada regalo, cada sorpresa...

Se puso de pie y se cubrió la cara con las dos manos. Agradeció que la mujer le diera el espacio que necesitaba. Ni siquiera entendía porque se estaba desahogando con esa desconocida, cuando con sus amigos, no había sido capaz de hacerlo.

Se limpió y regresó a su lugar. Lo peor había sido relatar su despertar en el hospital, la frialdad de Dmitriy, la dureza de su voz, la rabia que cargaban sus palabras.

- Y ahora no quiere verme. No deja que me acerque a él. Me odia y yo le... Amo.
— Soltó un sollozo. - Nunca imaginé que ese hombre se apoderaría de mi corazón. Yo... Yo le despreciaba por ser como era y ahora... Me duele, me hiere y me mata ver que no quiere saber nada de mí.

Cogió aire con pesadez. Respirar a menudo le suponía un problema.

- ¿No va a decir nada?

¡Quién la entendía! No quería su opinión, pero le molestaba que no dijera nada.

- ¿Quieres mi opinión? ¿Qué te aconseje? ¿Me quieres escuchar?

¿En serio? ¿Desde cuando un comecocos pedía permiso para decir lo que pensaba?

No supo porque, pero asintió. Necesitaba que alguien, le diera una perspectiva diferente a la que ella tenía.

- Muy bien. Creo que te has rendido. Sabes que ese hombre te quiere, igual que tienes presente que le hiciste daño al no pensar en las consecuencias a las que te podías enfrentar. Para ti, lo primero era el bienestar de él por encima del tuyo y el de tu bebé. — Apuntó algo en la libreta y volvió a mirarla. - Te he escuchado durante más de una hora y en ningún momento has mencionado que hayas tratado de arreglar las cosas. Te has conformado con lo que él determinó. En ningún momento le has buscado o hecho algo para recuperarle. ¿Por qué? Te pregunto yo ahora.

La observó fijamente. ¿No lo había dejado claro? Él no quería verla, la despreciaba, la odiaba, no quería tenerla cerca. ¿Qué podía hacer contra eso? La mujer arqueó una ceja. Esperaba su respuesta. Pensó durante unos segundos en todo lo que la mujer había dicho. Desvió la mirada al suelo...

- Por miedo. — Contestó con sinceridad.

La mujer sonrió y cogió sus manos.

- Has dejado que el miedo dirija tu vida. Estás acostumbrada a huir. Por una vez, haz lo contrario. Lucha. Si él corre hacia otro lado... Insiste. Si él te da la espalda... Vuelve a ponerte delante de su cara. Si él te grita... Repítele cien veces

que le amas. Si él te aparta, tú acércate más...

- Pero... Él no quiere...

- ¿Le importó a él lo que tu querías las veces que le alejaste de tu vida?

No. Esa pregunta era fácil de responder. Él siempre la había buscado y en todas había hecho que volviera con él.

Abrió los ojos dándose cuenta de lo equivocada que estaba. Esa mujer tenía razón. No había hecho nada. Simplemente se había quedado encerrada, llorando y rezando para que Dmitriy regresara a su lado.

La sonrisa nació en sus labios como desde hacía semanas no lo había hecho. Impaciente se puso de pie. Sintió como unas nuevas energías se apoderaban de ella. Ya no podía estar sentada. Tenía mucho que hacer y prisa por empezar.

- Gracias. — Dijo de corazón.

- No, de eso nada.

La miró perdida con la frente arrugada.

- Me tienes que prometer que empezaras a venir una vez a la semana. — Dijo ocultando una sonrisa.

- Delo por hecho.

CAPÍTULO TRES

Abrió la puerta de la consulta con ímpetu. Era el momento de tomar las riendas de su vida. Como había dicho la comecocos tenía que hacer algo. No podía rendirse sin siquiera haber empezado la guerra.

Sus amigos al verla se pusieron de pie. Los ignoró. Corrió hacia la calle. Se detuvo en medio de la calzada y miró a su alrededor. Se encontró con las miradas descolocadas de sus amigos. Sonrió.

- ¿Me prestas tu coche?

Mijaíl achicó los ojos. Le dedicó la sonrisa más angelical que tenía y varias caídas de párpados.

¡Ya era suyo! El resoplido sonoro de su amigo, lo había delatado; no le negaría nada.

- Ariel. — Dijo su nombre en tono de advertencia.

- Seré buena. — Dijo con voz de niña que nunca rompe un plato.

- Lo dudo.

Le tendió las llaves.

- ¿Qué pasa? ¿Dónde va? — Interrogó Penélope mientras les daba la espalda.

- A hacer que mi hermano desee colgarse de la ventana de su oficina.

Una sonrisa se le dibujó en la boca al oír la veracidad que llevaban las palabras de su amigo. Dmitriy la iba a conocer. Algo debía de tener a su favor el haberse criado entre hombres de la organización.

Los conocía, sabía como pensaban, como actuaban y ella tenía muchas formas para conseguir que Dmitriy, tuviera que acarrear con su presencia.

No creía que fuera a ser un camino de rosas. Ni mucho menos. Estaba bastante cantado que Dmitriy utilizaría todos sus medios para a hacerla a un lado de su camino. ¡Ojo! Que ella también iba a usar todo lo que tuviera en su mano para boicotear cada acción que él diera.

Aceleró subiendo por el Lincoln Park. Todavía le quedaban dos calles. Un semáforo en rojo importuno su trayecto. Esperó. Se miró en el espejo. ¡Dios que pelos! ¡Qué cara! Parecía una muñeca de esas feas que se vendían más que para gustar a las niñas, para que salieran huyendo y traumatizadas de por vida.

- Ni maquillaje. ¡Olé yo y mis planes suicidas! — Dijo a su reflejo.

Arrancó y enfiló a su destino. Detuvo el coche en la entrada. Buscó en su bolso. ¿Dónde estaba? Miró y miró. ¡Joder! Hasta para encontrar una puñeta tarjeta tenía mala pata. Volvió a revisar con más calma...

- ¡Por fin!

Cogió la tarjeta del parking que estaba escondida en el bolsillo pequeño detrás de una cantidad desbordante de papeles. La introdujo en la máquina y la barra ascendió dándole el paso. Aparcó.

- ¿Y ahora quién burla las cámaras?

Posiblemente en ese momento Dmitriy estuviera mirando cada una de ellas con su ojo de halcón. Ese hombre era demasiado controlador, como para no revisar a cada media hora lo que sucedía en su empresa.

Restregó una mano con la otra mientras le daba vueltas a la cabeza; tenía que haber alguna forma de despistarle y sorprenderle. No podía ser que él siempre fuera un paso por delante de ella. En alguna ocasión tenía que pillarle la vez. La puerta se abrió de sopetón. Pegó un salto y gritó asustada.

¡Al carajo!

- ¿Señorita?

Lo observó con su mirada más descuartizadora. ¡Aaaah qué mal! Le dio un puñetazo al volante y luego se cruzó de brazos en él y escondió su cabeza.

¡Empezaba de maravilla!

- Paolo. — Dijo con voz suplicante.

- No. A mí no me meta en sus problemas, señorita.

- Por favor... — Soltó como último recurso.

El chófer negó con la cabeza. Sus ojos empezaron a apagarse. Miró por la ventana. Si él no la ayudaba, no habría forma de que pudiera subir y empezar a dejar claro lo que pensaba a ese capullo, controlador, maniático, obseso de la seguridad.

- Señorita, le aseguro que quiero ayudarla. Si dejo que suba... Entre los dos son capaces de echar a abajo el edificio. Y mire que es decir.

Sus palabras la hicieron sonreír. En muchos días, era la primera sonrisa que le salía sin tener que a hacer ningún esfuerzo. Mira por donde, le pareció chistoso, que ese hombre al que cada vez que podía burlaba su vigilancia, resultara ser el que mejor los conocía.

- Tengo que intentarlo.

Echó la cabeza hacia atrás. ¿Por qué esa mujer conseguía con unas palabras apelar a su corazón humanitario?

- Vale. Pero solamente por esta vez. Se acabó el jugármela.

Eufórica lo abrazó. Luego besó su cara. Sonrió al ver la cara trastocada del chófer por su momentánea efusividad.

- No haga eso. — Amonestó quitando las manos de su cuello.

- ¿Por qué? ¿Es que nunca te han mostrado cariño?

- Su cariño prefiero que me lo demuestre a distancia, señorita. Aprecio mi vida, ¿sabe?

- Ja, ja, ja. Eres muy raro, pero me caes genial.

- Dígame que a hacer para cambiar esa visión. En serio, sería un gesto muy generoso por su parte y yo podría dejar de ser el idiota que utiliza para sus tretas saca casillas.

- Paolo, no tengo tiempo. Recuerda, me tienes que ayudar. — Sonrió con picardía. - Ahora dime como entro.

Resopló fastidiado. Podía intuir lo mal que lo estaba pasando por acceder de nuevo a su petición. ¡Era un sol! Si estaba casado, su esposa debía amarlo con locura. Quizás, le preguntaría algún día por su vida.

- No se mueva.

Asintió. Paolo salió del coche. Caminó hacia el ascensor y se detuvo. Lo vio dudar. Su inseguridad le hacía dar un paso adelante, llevarse las manos a la cabeza y de nuevo darlo hacia atrás.
Mordió su carrillo.

- Vamos Paolo. — Susurró pasados unos segundos.

Minutos después, el chófer regresaba al coche con las manos en los bolsillos. Tocó a la ventanilla. Enseguida la bajó. Le hizo gestos con las manos para que se apurara en hablar. Los nervios la dominaban.

- ¿Y?

Estaba por bajar y sacarle las palabras a golpes.
Una música sonó. Bufó. Paolo rápido descolgó y se lo llevó a la oreja.

- Sí, señor. Ya me ha llegado el aviso.

Escuchó atenta. Si era más agudiza, podría oír claramente su voz de mando. Su voz ronca e imperturbable. Esa que tan bien conocía y que le hacía vibrar zonas que solamente el conseguía alterar.

- Sí, señor. Parece que dos cables han hecho cortocircuito y he tenido que desconectar las cámaras.

Cuando escuchó la luz verde que le había otorgado el chófer, su sonrisa se hizo

enorme. Salió del coche sin hacer ruido y se apoyó en el lateral. Se aupó un poco y contempló a Paolo que seguía al celular.

- Sí, el electricista viene en camino.

Se calló durante unos breves segundos. Se le estaban haciendo eternos. No veía el momento de volver a tener a Dmitriy en frente, de ver su hermoso rostro, de sentir sus ojos sobre ella...

- Sí, estará arreglado lo antes posible.

Paolo cortó la llamada. Agachó la cabeza y perdido en sus pensamientos miró al suelo.

- Gracias.

Se encogió de hombros. La lástima golpeó con dureza su pecho. No se había dado cuenta que había arriesgado su pellejo hasta verlo abatido mirando a la nada.

- Te despediré. — Afirmó.

Paolo levantó la cabeza. Sus ojos preocupados, se suavizaron al encontrar los suyos llenos de remordimientos.

Se sintió miserable. No quería que perdiera su empleo, tampoco quería causarle problemas, pero ¿qué otra alternativa le quedaba? Dmitriy confiaba en Paolo, era al único que siempre llevaba con él. Era su fiel hombre...

- Espera... Espera... No eres un simple chófer.

- Señorita, debería subir antes de que él decida bajar.

¡Se iba a caer muerta! ¡Qué ingenua! Al final tenía que darle la razón a ese prepotente; se la había metido doblada no solo con su mundo perfecto de buen empresario, si no también con los hombres que la rodeaban.

- ¿Me puedes decir cual es tu verdadero oficio? Porque me queda claro que el de chófer veinticuatro horas no es el único. — Le soltó molesta.

- Aseguro los perímetros y soy podemos decir que un investigador.

- ¿Y eso qué significa? ¿No puedes hablar en una lengua que entienda?

Le dio una sonrisa que le dieron ganas de quitársela de la cara con sus propias uñas.

- Que soy el que se encarga de tener los lugares despejados, las cámaras desactivadas y ojos indiscretos alejados del encargo.

Se puso blanca... Muy blanca... Creyó que en cualquier minuto la meterían en un ataúd. Debía estar muerta. No podía ser que ese imbécil que tenía delante, le estuviera hablando de algo tan serio como si hablara de como se hacía un estofado.

- Además de ser el que averigua cada nombre, domicilio, edad, secretos...

- ¡Te quieres callar!

Se tapó los oídos.

- Usted ha preguntado.

- ¡No te he pedido que me des un puto informe!

Paolo ladeó la cabeza. Le dio la espalda y puso sus manos en su cintura. Necesitaba dejar de verlo para poder pensar y medir la magnitud de sus palabras.

- ¿Tú sabes dónde están Luca y Travis? — Interrogó, decidiendo a hacer de oídos sordos a su última conversación.

Negó con un movimiento de cabeza. Su confusión creció. Era muy extraño. Los dos hombres que la solían vigilar, habían desaparecido desde el día anterior. No era la primera vez. En las dos últimas semanas, los dos en contadas ocasiones se habían evaporado de su presencia. A ella le había venido como anillo al dedo. Sin esas desapariciones divinas que le habían dado un poco de espacio para respirar, no habría podido encontrar su contacto y conseguir lo que necesitaba para poder dormir.

- Tengo que cogerlo.

- Eh... Sí, vale... Yo iré subiendo...

Se alejó sin volver a echar la vista atrás. Se adentró en el ascensor. Cogió aire y lo volvió a soltar. Los nervios se la comían. No podía dejar de dar vueltas dentro del espacio reducido. De forma inesperada le nació una sensación parecida a la de la claustrofobia.

No. No era por estar encerrada, ni tampoco porque el ascensor se acabara de detener. Tampoco porque las puertas se abrieran dejando a la vista a la secretaria, ni porque ya estaba andando hacia la puerta del despacho; todo lo que sentía se lo provocaba el volver a tener a Dmitriy Novikov, cara a cara, después de un mes.

- Señorita no puede...

Dejó a la mujer con la frase a medio pronunciar; había abierto la puerta sin ser anunciada.

- Novikov. — Pronunció su nombre con seguridad. - ¿Melisa?

Sus ojos se entrecerraron en dirección a su amiga. Estaba sentada, de piernas cruzadas, con el codo reposando en la mesa y la cabeza apoyada en la palma de su mano. A una velocidad extraordinaria se puso de pie y se acercó a ella. Dmitriy se negaba a mirarla. La cabreó que no fuera capaz de siquiera levantar la cabeza de los papeles que tenía en la mano.

- Esto no es lo que crees...

Observó a su amiga. Le costó un buen esfuerzo poder dejar de mirar al hombre de traje gris, que se mantenía impassible, como si ninguna de las dos estuviera presente.

- ¿Qué crees que estoy pensando?

Su amiga palideció. Los ojos se le llenaron de ira y se cegó. Se abalanzó sobre su amiga como si fuera una rata que había que aplastar. Corrió detrás de ella. No conseguía alcanzarla, daba vueltas alrededor de la mesa y de Dmitriy.

- ¡Ariel para! Deja que hable... — Intentó apelar a su juicio.

- ¡Qué te den! ¡Maldita traidora!

Siguió detrás de ella. ¡Qué esperara que la cogiera! Le iba a enseñar la fiera leona que había en ella si se atrevían a tocar lo que le pertenecía.

Cogió un portarretrato que había en la mesa y se lo lanzó.

¡La iba a mandar al hospital! Como que se llamaba Ariel Miller que la mandaba a una cama de hospital.

Su cuerpo se paralizó cuando vio estrellarse el artilugio contra el suelo. El sonido retumbó en la sala. Sus ojos se quedaron fijos en los cristales y la foto que había debajo; ¡Era ella sonriendo!

No recordaba esa foto, ni siquiera sabía que le había tomado una. Pero sí recordaba la noria, el agua y lo guapo que se veía su hombre de hielo.

Unas manos atraparon su cintura y la levantaron en peso. La cargó mientras pataleaba hasta el ascensor. Cuando las puertas se cerraron, la dejó en el suelo. Se cruzó de brazos.

- Qué... Haces... Aquí. — Exigió saber.

Sus ojos la miraron. Todo su cuerpo se sacudió. La miraba como a cualquier mujer. Sus ojos no mostraban sentimientos. No brillaban. Eran como si una tela se hubiera levantado en ellos y ocultara cualquier tipo de emoción que él pudiera tener.

- Dmitriy...

- Responda la pregunta, señorita Miller. Y no se tome confianzas y trátame con respeto.

Sus palabras la hicieron dar un paso hacia atrás. Eran tan duras... Tan firmes... Tan contundentes... Por un momento se vio indecisa.

Tomó una bocanada de aire. Estaba harta. Aquello era la gota que colmaba el vaso. Decidida se plantó delante de su cara y le miró a los ojos.

- No podemos seguir así. Dmitriy ya. Cometí un error, lo reconozco. ¿Crees qué no me duele? ¡No era solo tuyo! No te has dado cuenta que si pasó lo que

ocurrió, fue porque yo estaba dispuesta a todo por ti. ¿Es que no piensas?

- ¿Dónde están Luca y Travis?

Le dio un empujón en el pecho con las dos manos. ¿Por qué no la escuchaba?

- ¡No lo sé! — Gritó. - Son tus hombres, si tú no puedes tenerlos controlados, no sé que esperas que pueda a hacer yo.

Se apoyó en el cristal. Le miró... Él también la miró... Sus ojos quedaron unidos durante minutos interminables. Durante unos segundos le pareció reconocer en ellos al hombre que la había enamorado. El posesivo, romántico y preocupado por ella.

De repente Dmitriy dio un brusco movimiento de cabeza y con esa acción sus esperanzas se desvanecieron como una bola de nieve en la palma de la mano.

- Desde cuando estás sin vigilancia. — Demandó con su tono exigente saber.

Se hizo la sorda. No tenía porque contestar. Según su propia boca, estaba fuera de su vida. Así que no tenía porqué obedecer sus ordenes. Eso no quitaba que quisiera a hacer lo contrario.

Era de manicomio. Deseaba complacerle, seguir sus ordenes, escuchar esa voz ronca dándole directrices al oído...

- Ariel, contesta.

- No he escuchado que me hayas hecho ninguna pregunta. Por otro lado... Aunque la hubieras hecho, tampoco quiero responder.

¡Chupate esa engreído! Pensó mientras se contemplaba las uñas y los ojos de Dmitriy se volvían feroces.

Las puertas se abrieron. Se apresuró a salir primero. Llegando a su coche se encontró con la mirada de Paolo, que con disimulo y precaución no dejaba de echar pequeñas miradas en su dirección.

- ¿Has estado con Mijaíl?

Le miró con extrañeza. ¿Qué quería decir con ese tonito? No, si al final iba a

resultar que hasta sus amigos estaban prohibidos en su vida de prisionera. Sin contestar abrió la puerta del coche. Dmitriy la agarró del brazo antes de que pusiera un pie dentro, la apartó del auto y pegó un portazo.

- ¡Paolo, bloquea el ascensor en veinte segundos!

¿Para qué quería un ascensor parado?

- Sí, señor.

Giró la cabeza para mirar sobre su hombro y poder ver a Paolo...

- ¡Novikov! ¡Maldito seas!

Dmitriy la había cogido de la cintura y cargado como a un mono.

- ¡Qué nos vas a hacer caer! ¡Por la madre que te parió, no corras!

Cinco minutos más tarde, le habían nacido unas ganas incontrolables por matarlo. ¿Había preguntado para qué quería detener un ascensor? ¡Pues ya tenía la respuesta! El patán los había encerrado.

Lo atravesó con la mirada. En ese instante ni el querer comérselo a besos, logró que su mal humor bajara de la escala tan alta a la que se había subido.

- Te he hecho dos preguntas. Las quiero contestadas.

Arqueó una ceja. Ese hombre todavía no la conocía. Le parecía que no se había encontrado todavía con una mujer verdaderamente enfadada. No, no debía haberlo hecho, porque si no, no sé explicaba, que los hubiera encerrado sin valorar que, eso en una mujer cabreada podía ocasionarle una grave... Grave lesión.

En forma de protesta, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Extrajo el teléfono. Bajo la atenta mirada de Dmitriy se puso a teclear. Podía sentir como su acción, le hervía la sangre.

- Ariel.

Pasó de él. Era más divertido comentarle a su amiga Claudia por correo lo que

estaba sucediendo. Claro... Que ni ella le prestaba atención, ni su amiga se la prestaba a ella; mandaban mensajes tontos criticando a los burros que las volvían descerebradas sin neuronas. En su caso... Dmitriy. En el de su amiga... Caleb, el inglés que llevaba casi dos meses acorralando a su amiga para lograr ponerla debajo de su fibroso cuerpo.

Se mordió el labio. El último mensaje de su amiga había tratado de ser divertido. En cambio, ella no descartó esa idea. Todo valía en el amor y en la guerra.

- A ver, deja que vea eso tan interesante que hace que te muerdas el labio como si estuvieras a punto de tener un orgasmo.

- ¡Devuelvemelo Novikov!

Se enfureció. En su descuido el idiota le había quitado el móvil.

- ¡Qué me lo des!

Le dio un puñetazo en la pierna. Dmitriy la cogió del pelo. No estaba tirando para a hacerle daño, pero sí lo suficiente como para que se pusiera de pie. Pegó su espalda de nuevo al cristal. La agarró del cuello de esa forma tan excitante suya y la paralizó con su mirada intensa.

- ¿Este es el que estabas leyendo?

Le mostró el aparato. Abrió la boca y la volvió a cerrar. No sería capaz... No tenía derecho a leer sus mensajes...

- Amiga, si yo fuera tú, le saltaba encima en la primera oportunidad, le arrancaba la ropa y le montaba hasta que se olvidara incluso de la edad que tiene. — Recitó el correo sin apartar la mirada de su cara.

Se sonrojó. Los colores le abrasaban la cara. ¡Descarado mete en todo! Le observó con cautela. Se preocupó al ver que no dijo nada. La miró... Miró...

Esa mirada extraña... Esa mirada... ¿Cuándo se la había visto antes? Dmitriy dejó caer su teléfono al suelo. Se acercó tanto que el calor rápidamente se propagó por su piel. Entonces lo vio claro. Ya había logrado situar esa forma de mirarla. ¡La había estado evaluando como a uno de sus balances! ¿Hasta un polvo tenía

que tenerlo controlado? ¿Mirar los pros y los contras? ¿Saber si le iba a ser satisfactorio?

¡Le daba! ¡Por su madre desaparecida que le quitaba las tonterías a tortazos! Por una maldita equivocación no tenía derecho a tratarla como a una de sus finanzas o proyectos.

- Dmitriy... — Casi tartamudeó.

Soportar su cabeza escondida en su cuello, mientras sentía sus inhalaciones recogiendo el olor de colonia de su piel, era demasiado para aguantar.

- Novikov. — Corrigió.

Ya la había cabreado.

- ¿Me quieres echar un polvo y esperas que te llame por tu apellido?

Ante su grito escandalizado, Dmitriy alzó la cabeza. Sonrió como un depredador. Sacó su lengua y repasó sus labios con ella. Se le cortó la respiración. Cuando se alejó segundos después, no sabía si protestar o darle un sopapo.

- ¿Qué esperas Ariel? Puedo oler la humedad de tus piernas, sentir tu excitación. Soy un hombre, me gustan las mujeres. Que no te quiera en mi vida, no significa que no me apetezca meterme en tus piernas y tomar lo que estás deseando que tome.

¡El sopapo! Esa era la única opción viable, si ese idiota la estaba tratando como a las mujeres que normalmente se llevaba a la cama.

- ¡Suelrame, cretino! — Reventó.

Trató de empujarle y apartarlo de su cuerpo. Dmitriy no lo consintió. Se apretó contra su cuerpo un poco más. La agarró con más firmeza del pelo. Tiró hacia atrás y dejó su cuello expuesto. Mordió con fuerza cerca de su garganta. Contuvo un chillido en sus labios. No quería darle la satisfacción de que viera como se derretía por su toque.

- Dame las dos respuestas y quizás podamos llegar a un acuerdo con el que los

dos estemos satisfechos.

¡No estaba haciendo eso! ¡Aaah, intentaba humillarla! Miles de insultos se le hicieron cola en la garganta. Iba a empezar a soltar uno detrás de otro cuando la boca de Dmitriy mordió la suya con fuerza. Gimió. Y en ese pequeño segundo en el que su boca se abrió, Dmitriy coló su lengua en ella.

La dominó. La sometió. Descontrolada buscó su lengua. No lo pudo remediar. Había pasado un mes desde la última vez que había tenido su boca sobre la suya. Con exigencia y movimientos demoledores, arrasó con el poco juicio que le quedaba.

Sin despegar sus labios, tiró de la camiseta en direcciones contrarias; la rajó. Todo su pecho quedó al descubierto. Con habilidad desabrochó el sujetador y lo arrancó con brusquedad de su piel. Jadeó.

- Date la vuelta.

Perdida en el deseo, no escuchó la orden que le había dado. Dmitriy tiró de ella hacia su cuerpo. Levantó la mano y la dejó caer con fuerza en su culo. Un gemido escapó de su boca. No le había dolido. La tela del pantalón cubría esa zona. Abrió los ojos sorprendida.

¿Cómo lo hacía? No importaba el qué, pero hiciera lo que hiciera, ella se encendía como la dinamita y estaba dispuesta a dejar que él hiciera con ella lo que quisiera.

- No lo volveré a repetir. Date la vuelta. — Ordenó.

Titubeante hizo lo que le pidió.

- Las manos al espejo y no se te ocurra dejar de mirar tu reflejo.

- ¿Qué pasa si olvido que debo mirar? Eh... ¿Si cierro los ojos?

Dmitriy pellizcó su pezón. Ardió. Todo en ella hizo una especie de combustión. Dmitriy sonrió y repasó con sus dedos todo el pezón. Vio en sus ojos lo que pretendía. Quería a hacer que perdiera la razón. Suave y sin detenerse, hizo círculos en él. Lo incitó con mimo. Lo acarició y recorrió una y otra vez con sus dedos. Así hasta que él decidió propinarle otro pellizco más fuerte que el anterior y luego lo volvió a calmar con el suave cosquilleo que le producían sus dedos.

- Te quedaras sin orgasmo. — Amenazó contestando la pregunta que le había hecho.

- No lo harías.

- Ponme a prueba Ariel. — Susurró en su oído.

Seguido le bajó los pantalones hasta las rodillas. Con ellos se llevó las braguitas. Toda su feminidad quedó al aire y a la vista de Dmitriy. Pegó sus manos con firmeza al cristal para no desobedecer la orden que le había dado. A través del espejo, vio como se deshizo del cinturón, como desabrochó y bajó la cremallera de sus pantalones. Sin apartar sus ojos de los suyos, dejó libre su pene. No lo vio, más bien lo intuyó cuando Dmitriy agarró sus cachetes con fuerza y se los abrió. Se relamió los labios. Dmitriy la miraba poseído por la lujuria y eso le provocó estar muy cerca del precipicio.

De un golpe se internó en su interior. Presionó sus palmas con más fuerza contra el cristal. Dmitriy se retiró despacio, tan despacio que le pareció una inmensa tortura. De nuevo embistió con energía. Con cada golpe se abría un poco más de camino en ella.

Mientras se movía haciéndola ver las estrellas, sintió que el hombre que la estaba poseyendo, no era su hombre de hielo. Su pecho en medio de la excitación y el deseo, lo presentía, se rompía un poco más con cada movimiento brusco y mecánico para llegar a un fin; conseguir el placer.

Inconscientemente desvió la mirada del cristal. No negaba que estaba disfrutando. Su cuerpo estaba al punto del colapso. Su respiración era muy fatigosa y con cada brutal embestida de Dmitriy que la acercaba a la liberación, empeoraba.

¿Cómo no iba a estar desesperada moviendo su cuerpo al ritmo que él marcaba?

Sentía lo duro que estaba en su interior, lo implacable que estaba siendo, como la llenaba por completo y la castigaba con esos movimientos de salida lenta y entrada demoledora...

- Mírame. — Ordenó. - Ariel.

No podía... Con ese sexo salvaje su corazón se estaba haciendo trizas.

Disfrutaba, pero si iba a ser un puto cabrón que la utilizaba para solamente obtener su placer... No le daría el gusto de mirarle a los ojos.

Salió de ella abruptamente. La cogió por los brazos y la giró. La levantó sin esfuerzos e hizo que rodeara su cintura con las pierna. La agarró del pelo obligándola de esa manera a que le mirara directamente a los ojos.

Aguantó su mirada... Dmitriy sonrió. Besó su boca con fiereza... Y por fin decidió moverse. Sus entrañas bailaron de alegría, su sexo palpitó... Se mordió el labio... Jadeó... Se retorció...

CAPÍTULO CUATRO

- ¡Serás hijo de puta!

Le pegó un puñetazo. Dmitriy había sacado su mástil, rodeado con su mano, masturbado dos segundos y poco después llenado la tripa de su semilla y privado al mismo tiempo de que alcanzara la gloria.

- Te dije que no apartaras la mirada de mí.

La dejó en el suelo. Besó una última vez sus labios y le sonrió con chulería. Atónita y cabreada observó como metió la mano en el bolsillo de su pantalón. Se había quedado de piedra. No esperaba que el idiota cumpliera su amenaza.

- ¿Qué haces?

Le mostró las llaves. Confundida, terminó de subirse el pantalón. La camiseta iría directa a la basura.

¡Menos mal que tenía la chaqueta en el coche! Dmitriy sacó un pañuelo del bolsillo de su chaqueta, se limpió y luego le echó una mirada. Se acercó y se puso a limpiar el estropicio que había hecho en su estómago. Su cabreo se elevó otro decibelio.

- No vas a dejarme así, ¡capullo!

Cogió su mano en una actitud desvergonzada y la llevó a su entrepierna. Dmitriy abrió los ojos. La diversión bailaba en ellos, pero también la excitación. Gruñó y apartó la mano.

- ¿Qué tal tu entrevista?

- Dmitriy... — Lloriqueó.

- No lo repetiré, Ariel.

¡Le odiaba! No había pasado desapercibido para ella que trataba de no llamarla por el mote gracioso con el que siempre se dirigía a ella.

Contó hasta veinte y cuando creyó que podía manejar la situación, puso su cara de inocencia y sonrió.

- Tres preguntas, Novikov. Dos te las respondo ahora. La tercera cuando las puertas estén abiertas y me devuelvas las llaves del coche de Mijaíl.

Dmitriy se apoyó en el cristal de forma casual. La miró muy despacio. Sus ojos miraron los suyos con mucha insistencia. Su sonrisa se hizo enorme. La desestabilizó. No le agrada ver esa sonrisa de buitre sabiondo en sus labios.

- Tú no aprendes, ¿verdad?

Cerró los labios con mucha fuerza.

- Gírate, ahora.

Sabía por donde iba, pero no que quería demostrar. Despacio le dio la espalda. Esperó muy quieta. Las manos de Dmitriy se pusieron en su cintura. Metió la mano hasta llegar a su cachete... Lo apretó...

- Me perteneces Ariel. Por mucho que mis planes hayan cambiado y ya no quiera una vida contigo, estás marcada como mía. — Se estremeció. - Eso quiere decir, que estás obligada a informarme de cada paso que des, de cada pensamiento que tengas, de cada idea estúpida que se te pase por esa hueca cabecita. — Todo su cuerpo se tensó. - Y por cierto... En esa obligación, también entra lo que acaba de pasar. ¿Te lo explico mejor?

Negó con la cabeza. No podía a hablar. La angustia presionaba en su garganta provocando que no saliera ningún sonido de su boca. Se estaba pasando. Su crueldad era excesiva. Su ahínco por hacerle daño, descabellado. Los ojos se le apagaron y la visión se le tornó borrosa.

- Lo voy a hacer, es necesario que sepas cuales son tus obligaciones...

Besó su cuello. Intentó rehuirle. Dmitriy rodeó su cintura con su brazo y la arrió a su pecho.

- Elegiste mi protección. Llevas las señas de nuestra organización. Eso deja claro a todos que me perteneces y que nadie puede ponerte una mano encima. Si intentas huir... Mi responsabilidad es buscarte, informar a tu padre y que la organización te juzgue. — Sonrió. - No te asustes, que no irás a ninguno de mis

clubs. El único que tiene derecho a poner una mano sobre tu cuerpo soy yo. Te aviso que lo haré cuando me pegue la gana y cada vez que quiera.

- ¿Y qué harás si me niego? — Interrogó incrédula.

Toda esa información sobraba. Ella estaba más que dispuesta a dejar que tomara lo que quisiera. Se lo acababa de demostrar en ese maldito espacio reducido, en el cual, ni una sola palabra de las que había soltado por la boca, había sido para negarse.

- Oh... Puedes negarte. Pero que tú te niegues, no quiere decir que yo esté de acuerdo con tú decisión y que la respete.

En ese momento empezó a entender porque era el jefe de Chicago. ¡Era despiadado! Aniquilador, frío e implacable cuando hablaba.

- Atiende, que es hora de que me asegure de que mis ordenes se cumplen.

Lo miró con rabia. No podía creer lo que estaba sucediendo. No era posible que ese hombre fuera el que le había robado el corazón.

- Paolo te va a llevar a casa y te vas a quedar allí hasta que yo llegue. Tengo unos asuntos que atender y esta conversación no ha terminado.

De nuevo desvió la mirada. No podía más. Las manos le picaban... Quería a hacerse daño, lo necesitaba. Dmitriy la estaba destrozando con su manera de hablar y tratarla.

¡Y no llevaba las pastillas!

Las manos de Dmitriy se adhirieron a su cuello. Era su típica forma posesiva, un gesto que tenía por costumbre cuando se revolcaban como salvajes o como en esa ocasión que estaban discutiendo y ella no quería mirarle.

- Mírame.

- ¡No quiero! ¡Te odio!

Se quebró. Sus ojos se inundaron de lágrimas. Su frialdad era demasiado para

ella. Se limpió con la camiseta rota y le dio la espalda. Por un segundo pensó que Dmitriy la abrazaría como tantas veces había hecho. No lo hizo. Le escuchó hablar por teléfono y dos minutos después las puertas se abrieron.

Fue la primera en salir y dirigirse a Paolo. Caminó como en trance. Sabía que sus pies se estaban moviendo, sabía hacia donde iba, pero no quería que se movieran, ni ir hacía allí. Se detuvo frente al chófer. Ni siquiera le importó estar en sujetador, ni ver el aprieto en el que acababa de poner al chófer. Simplemente se paró. Esa era la orden y hizo lo que se esperaba; la acató.

- ¿Señor?

El pobre miraba de uno a otro sin saber que hacer o decir. Pensó que debía estar arrepintiéndose por haberla dejado pasar al verla de esa guisa.

- Llévala a casa y te quedas allí hasta que lleguen Travis y Luca. Puede que también mande a Richard.

- Señor no creo...

- Sin discusión, Paolo. Estoy cansado de que siempre se os pierda.

Que hablara como si fuera un perro al que se estaba refiriendo, la llenó de desolación. No podría recuperarle. El abismo se había abierto y puede que aunque lo intentara, nunca lograra cerrarlo.

Bajó la mirada al suelo. Las lágrimas amenazaban con desbordarse de sus ojos. Unas manos que conocía muy bien, se posaron en su cara y la hicieron levantar la cabeza.

- Te advertí que era un hijo de perra. Lo que no te dije, es que cuando me dañan soy un puto monstruo.

Besó sus labios con dureza. Era tan rudo que le costó asimilar que era el mismo hombre que la besaba con ternura y suavidad. Protestó cuando recibió un mordisco. Había apretado demasiado y le había provocado dolor.

- No lo olvides, Ariel. Me perteneces. Toda tú eres mía.

Giró la cabeza. Sus ojos grises eran una de las cosas que le gustaba mirar sin

cansarse. Siempre le gustó verse reflejada en ellos. Ver ese brillo alegre que había descubierto muy oculto en sus iris. En cambio, en esa ocasión, teniéndolo de frente, prefirió mirar a otro lado a verificar de nuevo que ese brillo, no aparecía como esperaba; el hielo sin corazón se había encargado de hacerlo desaparecer.

Paolo se encargó de llevarla a su encierro. Esperó que montara en el coche, le abrió y cerró la puerta. La acompañó hasta su piso y cuando estuvo dentro, Paolo se dio la vuelta y se quedó apostado en ella como un romano.

Lo sabía porque había mirado veinte veces en dos horas que llevaba allí encerrada. Ese había sido su pasatiempo, además de seguir buscando empleo por Internet, saltándose así para no faltar a su costumbre, las ordenes de Dmitriy.

Se asomó por la ventana, eran cerca de las cinco. Ni Dmitriy, ni las dos niñeras daban señales de vida. Su ansiedad había crecido. Estaba intentando controlarse. Si Dmitriy aparecía no quería que la cogiera drogada y con la retaguardia baja. Lo intentaba, los minutos se le hacían insoportables. El reloj por mucho que mirara seguía sin avanzar.

Suspiró. Los sudores que le ocasionaba estar tanto tiempo sin una de esas pequeñas pastillas para bloquear su cabeza, hacía que se desesperara... Temblara... Y estuviera inquieta.

Cogió papel de la mesa y se limpió. Las siete... ¡No más! Salió corriendo hacia el cuarto. Se hizo con el bote de pastillas. Las miró. Su pecho se afligió. Estampó el bote contra la pared. La desesperación hacía rato la había poseído y sabía que una no sería suficiente y ella solamente tomaba dos para dormir. Se encerró en el baño. La cabeza le daba vueltas. Era muy difícil detener los pensamientos... Su madre estaba en paradero desconocido. Su bebé no nacería porque ella había sido una loca irresponsable. Dmitriy nunca la perdonaría porque le ocultó un embarazo que jamás debió haber escondido. Su amiga Melisa era una traidora que se veía a sus espaldas con el hombre que amaba... Muchas cosas que golpeaban su alma para poder callarlas...

Abrió el espejo derrotada...

- Lo siento.

Su mano empuñó la pequeña navaja que se había comprado en una de las evaporaciones de sus niñeras. Desde que se había estado medicando con esas

pastillas, sus crisis con artilugios se habían detenido. Sus manos eran otra historia, las tenía que daban pena de tantos arañazos que se había provocado. Pero hasta ese día, en un mes, era el primero en el que necesitó sentir su piel partirse en dos.

Lo alzó con seguridad. Vio su reflejo en el espejo una vez más y tomó el aire con potencia. Hizo un movimiento rápido y directo a su estómago...

- ¡Ariel!

Las manos de Dmitriy sostuvieron las suyas con fuerza. Sollozó al encontrarse con sus ojos grises aterrorizados.

- Estoy aquí. — Susurró, quitándole la navaja.

La abrazó. Sentía su cuerpo cortado. Cuando se acercó al baño y vio lo que estaba a punto de llevar a cabo, se asustó. Corrió hacia ella y apresó sus muñecas segundos antes de que ese artilugio afilado traspasara su piel. Agradeció en silencio al universo el milagro que le acababa de hacer.

¡Era un cabrón!

Esa pelirroja no debería haberse enamorado de él. No era merecedor de ese amor que ella le procesaba. Esa mañana la había tratado como a una cualquiera, puteado dejándola sin acabar y sido despiadado con sus palabras. Y luego para terminar de destrozarla, cuando se había echado a llorar, pasó de ella manteniendo su frialdad, aun sabiendo que debía haberla abrazado.

- ¡Qué ibas a hacer, joder!

La apretó contra su pecho. No podía dejar de llorar. Todo se le había venido encima. Cansada... Estaba muy cansada...

Se agarró al cuello de su camisa. Parecía irreal que él estuviera allí. Le costaba creer que la abrazara y susurrara en su oído para tranquilizarla. Lloró. Durante minutos interminables dejó salir toda la amargura que tenía en el alma.

Dmitriy la cargó en brazos. La tumbó en la cama. Se entretuvo en apartar el cabello que se había pegado a la humedad de su rostro. La limpió con cuidado. Con sus manos se afanó en borrar todo rastro de llanto en su cara.

De repente se dio cuenta de que estaba encima de ella. Colocó un brazo a cada lado de su cabeza y acercó su cara hasta casi rozar sus labios con su boca. Aspiró aire y todo lo que llenó sus pulmones fue el aire que Dmitriy expulsó y ella recogió con su bocanada.

- Estoy aquí. — Repitió.

Depositó un beso en sus labios. Su pecho se alteró y su corazón aceleró el ritmo de sus latidos.

- ¿Por qué siempre tienes que salvarme?

No lograba entenderlo. ¿Por qué no podía dejar que acabara con su sufrimiento? Era la primera vez que deseó morir, dejar de respirar, no volver a abrir los ojos. Segura había levantado la mano sin que le temblara el pulso dispuesta a dejar de vivir esa vida que se había empeñado en hacerla infeliz. Y como siempre Dmitriy la había detenido.

Acarició su mejilla. Se estremeció. Ladeó un poco la cabeza para recibir un poco más de esa ternura que tanto echaba de menos.

Cerró los ojos preparada para recibir otro beso. Con dulzura rozó sus labios. Abrió la boca lo justo para dejar pasar el aire. Pudo sentir su sonrisa en sus labios. Su lengua acarició muy lentamente el filo de ellos. Gimió.

¡Cómo lo añoraba!

Cuando sacó su lengua y buscó la suya todo dolor quedó olvidado. Sus bocas se unieron. Se saborearon. No les importó quedarse sin respiración. Se necesitaban y con desesperación se besaron.

Dmitriy apartó el habitual camisón que usaba para estar en casa. Los segundos que su boca se alejó de sus labios, fueron una tortura. Temía que en cualquier momento el hombre sin corazón regresara y se llevara a su tierno y amoroso Dmitriy. La miró... Sus ojos se clavaron en ella de una forma que el calor recorrió cada centímetro de su cuerpo.

Jadeó. Sus manos se habían puesto en su cintura y la acariciaba con delicadeza. Se incorporó sin poder estarse quieta. Pasó las manos por su cuello y lo pegó a su boca. Le besó. Tenía muchos besos perdidos que recuperar. Con deleite saboreó cada rincón de su boca. Lamió sus labios de punta a punta. Dmitriy

gruñó. Estimulada por su buena disposición, mordió su labio inferior, luego lo acarició con su lengua y luego lo volvió a apresar para succionar.

- Ariel... — Murmuró.

Se detuvo. Había dicho su nombre en advertencia y eso significaba que quería que se estuviera quieta. Se dejó caer hacia atrás. Resopló.

¡Cómo se le ocurriera de nuevo dejarla con el calentón el muerto iba a ser él!

- ¿Estás tomando anticonceptivos?

Se incorporó un poco y le prestó atención. Se quitó la chaqueta sin dejar de mirarla. Después se deshizo de la camiseta. Llevó sus manos a su pantalón y sacó la correa con un movimiento ágil. Se le secó la boca... Su vagina se sacudió... Y todo su cuerpo se estremeció...

Apretó con fuerza las sábanas. No podía apartar la mirada de sus manos. Con calma se desabrochó el botón del pantalón y bajó la cremallera. Se le escapó un gemido.

¿Qué le había preguntado?

Puso la mano en su rodilla. La acarició durante unos segundos. Luego le separó las piernas y se metió entre ellas. Contuvo la respiración. Su... Su... ¡Dios sentía toda su grosura pegada a su sexo! Se mordió el labio.

- Respira Ariel. — Dijo divertido.

- Para ti es fácil... Como no llevas un mes sin sentir...

- ¿Esto?

Cogió y apretó su vagina por encima de su braguita. Saltó. Dmitriy rió. Su corazón se llenó de dicha, aunque no le vio la gracia a su risa. No había querido pensar en si él... Sacudió la cabeza. No importaba. Estaba allí con ella. Todo se podía superar o eso creía.

- ¿Tomas la píldora? No me has contestado y te aseguro que si no me interno pronto en ti, explotaré como un puto crio en los calzoncillos.

Se rió. ¡Le amaba! Ese era su Dmitriy, su tierno, divertido y cariñoso hombre de hielo. Esperaba que no desapareciera pronto. No aguantaba al cruel, despiadado y frívolo hombre sin corazón.

- Sí. — Dijo temerosa.

Rápido se bajó los pantalones. Muerta de risa por su acción apresurada, contempló como su hermoso órgano creado para dar placer a la mujer, se levantó ante sus ojos con poderío. Apresó sus labios con los dientes. El deseo corría como la pólvora por su piel. Alzó las caderas y pudo rozarlo. Suspiró... Se volvería loca si no lo tenía dentro lo antes posible...

Como si Dmitriy supiera lo que por su cabeza estaba pasando, se dejó de juegos preliminares. Puso su pene en su hendidura. Lo movió de arriba a abajo incitándola y haciendo que se retorciera debajo de él.

- Ariel. Mírame.

Lo hizo. Su voz la encandilaba de una manera que muy difícilmente podía a hacer oídos sordos a sus ordenes.

- Nadie ha estado en mi cama después de ti.

De una estocada se adentró en ella. No le dio tiempo para asimilar lo que le acababa de confesar. Se movió. Como un maldito demonio se movió sobre su pelirroja. Necesitaba recordarle que era suya. Que le pertenecía. Que únicamente él podía darle el placer que anhelaba.

Con vigorosidad empezó a mover las caderas. Su pelirroja le obsequió con un grito que lo volvió loco. Segundo a segundo aumentó su intensidad... Su penetración... Perdió el control. Como un bestia dio embiste tras embiste. Pellizcó sus pechos. Mordió sus labios. Succionó su cuello. El juicio se le nubló y en el solo había cabida para marcarla como suya.

Se convulsionó como nunca antes lo había hecho. El orgasmo la pilló por sorpresa y arrasó con ella. Dmitriy arremetía con fiereza. No tardó mucho en tener otro demoledor orgasmo mientras Dmitriy seguía sus embestidas salvajes. Por unos segundos creyó que no se detendría, que alcanzar un tercer orgasmo la mataría. Se equivocó. Cuando Dmitriy se dejó ir con un gruñido, la lanzó hacia el tercero. Se agarró a él con fuerza temiendo perder la conciencia y que al

despertar se diera cuenta que él ya no estaba.

- ¿Estás bien?

Su pregunta minutos después, la hizo sonreír. Se acurrucó en su pecho. Dmitriy seguía encima de ella con la boca pegada a su frente. No quiso contestar. No quería ver como se levantaba, se alejaba de ella y la dejaba sola en la cama. Probablemente sería lo que pasaría en cuanto le diera respuesta.

- ¿Ariel?

- ¿Tú como me ves?

- Ja, ja, ja. Increíblemente hermosa y satisfecha.

Sus ojos se llenaron de un halo de tristeza.

- No hagas eso. — Suplicó.

Dmitriy arrugó el ceño. Sintió su mirada puesta en sus ojos. Sabía que estaba buscando en ellos y que pronto encontró lo que había hecho que sus ojos dejarán de brillar alegres.

Se apartó de ella. Sintió frío. Un escalofrío la recorrió. Se abrazó a la sábana y se cubrió. Le dio la espalda. No era tonta y que Dmitriy la deseara, no significaba que él pudiera olvidar el daño que le había provocado con su secreto.

Oyó la puerta cerrarse. No tuvo que girarse para saber que él ya no estaba allí. Cerró los ojos. Intentó por una vez dormir sin necesidad de tomar pastillas. Tras un rato de intentar a hacer desaparecer las voces que gritaban en su cabeza, se levantó. Recogió el frasco que había ido a parar debajo de la cama cuando rebotó en la pared y se puso dos pastillas en la lengua. Se internó en el baño y bebió un poco de agua.

Diez minutos más tarde, cayó inconsciente en un sueño profundo.

CAPÍTULO CINCO

Revisó de nuevo el correo. ¿Cómo era posible? Leyó de nuevo:

De Diego Novikov para:
Ariel Miller:

Señorita Miller, me dirijo a usted porque me parece que cuando nos conocimos empezamos con mal pie. Me gustaría invitarla a comer y que hablásemos sobre el trabajo que le ofrezco. Sé que ahora mismo estará llena de dudas y desconfianza. Lo comprendo. Y más sabiendo que ha salido con mi hermano y que le habrá contado pestes de mí. Lo que le propongo es una cita para que me conozca y exponerle los beneficios que tendría si aceptara trabajar para mí. Cordialmente le mando un saludo y espero que lo piense.

¿Y provocar que Dmitriy la odiara? Le parecía que no. Borró el correo y pasó a revisar el mensaje de su traidora amiga Melisa. Le había llegado el día anterior, antes de que Dmitriy llegara y tuvieran ese pequeño acto rebajador de tensión. Todavía tenía sus palabras en la cabeza; "después de ti nadie ha estado en mi cama".

¿Cuánta verdad habría en esas palabras? Dmitriy no solía mentir, pero contando con que le había ocultado que era miembro de la organización y que no era un simple miembro, si no el jefe... No podía descartar nada. Si antes ya existía entre ellos la desconfianza, en aquel momento lógicamente, la confianza era nula por parte de los dos.

Melisa: Ariel, de verdad que no es lo que crees. Te apreció, nunca te la jugaría así. Si estaba allí era por ti. Todos estamos preocupados. Pensé que hablando con Dmitriy, él te haría entrar en razón. Solamente fui a contarle como te habíamos visto las últimas semanas. Llámame, por favor.

El sonido de la puerta consiguió que apartara la cabeza del móvil. Lo dejó en la mesa cerca del zumo de naranja que se estaba tomando. Miró el reloj. Casi eran las once. No esperaba a nadie, así que ignoró por completo a quien quiera que fuera.

Tecleó en el ordenador. Había visto un libro que a su madre siempre le había gustado. Cuando estaba en casa, siempre lo llevaba en las manos. Le encantaba ver la sonrisa que se le dibujaba cada vez que pasaba una página.

¡Agotado!

Le dio un manotazo a la mesa. Le hacía mucha ilusión tenerlo. Tener ese libro era como tener una parte de ella cerca. ¿Dónde estaría?
La puerta volvió a sonar e interrumpió sus pensamientos.

- ¡No quiero ver a nadie...!

La puerta se abrió y Paolo apareció en su campo de visión.

- ¿Por qué haces eso? — Dijo pasmada.

¡No podían invadir su espacio!

- Vengo a recoger sus pertenencias...

¿Sus qué? ¡Es que estaban todos locos!

- Señorita, cálmese y hable con el señor. Richard, Travis, recoged todo.

- ¡Se lo has dicho! — Acusó.

Al ver a Travis entrar por la puerta, todo empezó a encajar. ¡Joder! Se acercó y le dio un puñetazo en el estómago. Le dio con todas sus fuerzas, pero ese hombre era un muro y su endeble mano poco daño le ocasionó.

- ¡Estese quieta!

El tal Richard la cogió de las muñecas y con apenas un movimiento la alejó de su objetivo.

- Como permites que te hable así.

- ¿Y tú quién eres?

Giró su muñeca lo justo para causarle un leve dolor. Sus labios hicieron una mueca.

- Soy el segundo hombre de confianza del señor Dmitriy. A mí me respetas. Una sola escapada y te ato de pies y manos en una puta habitación. Un grito o una jugada como la de rajar las ruedas y conocerás porque me llaman la Roca.

Abrió los ojos como platos. ¡Genial! El hombre que se suponía debía protegerla, la acababa de amenazar. ¿Qué mejor que tener al enemigo a su cuidado?

- Ahora siéntese. ¿Quiere explicaciones? Hable con el señor. Nosotros vamos a hacer nuestro trabajo quiera usted o no.

Le dio un empujón que la sentó de culo en el sofá. Todavía alucinaba cuando miró a Paolo. En silencio le pidió que le diera una explicación a porque Dmitriy había escogido a ese loco para ser su nueva niñera.

- El señor se ha cansado de que nos burle como a muñecos de circo.

Fue la única respuesta que le dio. Se levantó y dirigió a la cocina. Cogió el móvil y marcó todo lo veloz que pudo.

- ¿Qué pasa ahora?

- ¿Cómo eres tan imbécil?

- Ah... Ya has conocido a Richard.

- Vete a la mierda, Novikov. ¿Qué hacen en mi piso? ¿Por qué sacan mis cosas?

- Lo hablaremos en quince minutos cuando estés aquí. Sube al puto coche sin rechistar o Richard te hará subir. Tú decides.

Cortó la llamada dejándola con la palabra en la boca. Miró a los hombres que estaban empaquetando su ropa. Aturdida pensó como salir de allí. Una tarea difícil con aquellos tres vigilando sus movimientos.

Se sentó. Su cerebro daba vueltas. Tenía que haber algo que pudiera hacer. Y entonces su bombilla se encendió.

- ¿Puedo ir al baño?

- Mientras no salga de nuestra vista, no tiene que preguntar estupideces.

¡Se iba a cagar!

Escondió una sonrisa y se encerró en el baño. Abrió el móvil y decidida marcó. Al finalizar la llamada dos minutos más tarde, se le dibujo una sonrisa enorme.

- Salga ya que tenemos que irnos.

- ¡Estoy cagando! ¿Quieres entrar y comprobarlo?

Tenía que ganar tiempo. De ese baño no la sacaban a no ser que derribasen la puerta.

- No agote mi paciencia... — Avisó.

Ese no sabía lo que era agotar. Lo que iba a disfrutar. Pronto... Solo faltaban unos minutos... Esperó entretenida con el móvil; Claudia había tenido otro encontronazo con Caleb y estaba que se tiraba de los pelos.

De pronto un golpe en la sala la puso en guardia. Escondió el teléfono. Había llegado la hora de su actuación. Se pellizcó la cara. Enseguida sus ojos reaccionaron al dolor...

- ¡Señorita! ¿Se encuentra bien?

Abrió la puerta con cuidado. Asomó la cabeza y con los ojos llorosos asintió. Se echó a los brazos del policía. Suspiró, sollozó y soltó lágrimas como si estuviera aterrorizada.

- Cállese señorita. Ya está a salvo.

El agente se apartó y le pasó el hombro por encima. Pudo ver a las tres niñas sentados en el sofá esposados. Por poco se tronchó de risa. Menos mal que recordó que tenía que parecer una chica a asustada.

- ¡Querían abusar de mí!

Escondió la cabeza en el pecho del hombre. Debía ser buena actriz. El hombre acarició su cabeza y trató de infundirle serenidad.

- ¡Estás loca!

- ¡Ariel!

Oyó las voces de Richard y Paolo a la misma vez. Le costó poder seguir con la mentira. Cada vez que miraba por el rabillo del ojo y veía al pobre Paolo con cara indignada, le subía la carcajada por la garganta.

- ¿Necesita que llamemos a alguien para que se quede con usted?

Negó con la cabeza. El policía asintió dándole toda su comprensión. La acompañó hasta la cocina y le sirvió un poco de agua. Lo cogió con cuidado. ¡Qué buena era! Hasta las manos le temblaban como si verdaderamente estuviera aterrada. Bebió un poco y lo dejó en la mesa.

- ¿Cree que podría acompañarnos a la comisaría a levantar la denuncia?

Desvió un segundo la mirada hacia los tres que estaban en el sofá. Conversaban en susurros entre ellos. Se mordió la lengua para apartar las ganas de reír. Regresó su mirada al policía y negó con fervor moviendo la cabeza de un lado a otro.

- Podría... No sé... ¿Mañana?

¿En serio era ella la que tartamudeaba? Sí, era buenísima. Quizás se presentara a algún casting para salir en una película.

- Claro. Entiendo que ahora mismo lo que querrá será olvidar este episodio.

Le dio la razón moviendo la cabeza afirmativamente.

- ¡Chicos ir llevándolos fuera!

Mientras las tres niñeras desfilaban hacia la puerta, le dieron una mirada asesina. Si no hubieran estado esposados y su piso lleno de agentes, habría echado a correr e incluso valorado saltar por la ventana; le quedó claro que se había ganado tres enemigos. Poco después, vio como los coches desaparecían de su calle.

Corrió a su cuarto. Cogió las llaves. Se aseguró de que todo estaba en su lugar,

cerró y bajó las escaleras a la velocidad del rayo. Se montó en la moto y en cuanto estuvo encendida, aceleró como una experta en carreras. Diez minutos después, la casa de Dmitriy apareció a unos metros de ella. Pudo ver desde lejos como Dmitriy se subía en su coche. Le dio gas a la moto y cuando casi estaba encima del coche y los ojos de Dmitriy estaban puestos sobre la moto que se le iba directa encima... Giró rápida haciendo que la moto diera una vuelta entera. Frenó y quedó de costado. Su rodilla rozaba la delantera del auto.

Le observó desafiante. Dmitriy apretó la mandíbula. No se perdió ni uno solo de sus movimientos. Primero la mató como cinco veces con los ojos. Luego apagó el motor del coche. Salió del auto con una mirada muy cabreada y pegó un portazo con la puerta. Le extrañó no ver que el cristal se hiciera añicos. Se fue acercando. Sus pasos eran largos, firmes y sensuales.

¡Estaba grillada! Confirmado. Si ver a Dmitriy cabreado le parecía excitante y su cuerpo vibraba con cada paso que daba hacia ella... Es que su cabeza había perdido completamente el dominio sobre su propio cuerpo.

- ¿Dmitriy? — Pronunció su nombre confusa.

Se había detenido a unos centímetros de ella. Miraba de ella a la moto y así a la inversa. La miró a los ojos. Se mordió el labio. Sus ojos la observaban con lujuria. Su cuerpo se encendió. Su respiración se agitó.

- ¡Jodidamente te ves caliente!

La agarró del cuello y de la nuca. La pegó a su boca. La besó. Un beso rudo que demolió sus sentidos, que hizo palpar su feminidad y que la hizo desear que la tomara allí mismo sin importar que estaban en medio de la carretera.

Sonrió en sus labios. Había esperado cualquier cosa, pero que Dmitriy la besara con desesperación y de esa forma tan tórrida... No se le había pasado en ningún momento por la cabeza.

- ¿Entonces te gusta? — Dijo coqueta.

Lamió sus labios. Le pegó una patada al caballete y una vez la moto se sostuvo sola, la hizo girar. Le abrió las piernas. Acarició la cara interna de sus muslos.

¡Agüita!

Ardió. Su cuerpo se prendió a un ritmo demasiado rápido. Se colocó entre sus piernas y pegó su erección a su pelvis. Jadeó.

- ¿Qué si me pone la idea de poseerte encima de la moto? Mucho. Te prometo que ahora mismo me da igual estar en la calle o si nos están mirando. Pídemelo... Y te juro que lo hago. Me adentrare centímetro a centímetros en ti y disfrutaré que todo el que pase vea como te hago mía hasta que pierdas la cabeza y olvides como te llamas.

Tragó con mucho esfuerzo. Se le había secado la boca. Su voz ronca... Sus palabras llenas de deseo... Su dureza rozando su sexo... Sus manos torturando sus piernas...

¡Cómo lo deseaba!

Cerró los ojos y se obligó a decir:

- No creo que...

Besó su boca. Gimió. Sus manos habían ascendido unos metros y casi rozaban su monte.

- Dmitriy...

La cogió del pelo. Chupó su cuello como si fuera un caramelo. Se perdió, su cabeza se desconectó y empezó a dejarse llevar por las sensaciones. Dmitriy desplazó las manos a su culo, la asió con fuerza y la apretó contra su erección. Inconsciente echó la cabeza hacia atrás. Tiró de nuevo de su cabello y la pegó a su boca a la vez que hizo una rotación de cadera.

¡La madre, se iba a ir sin siquiera haberle puesto nada ahí abajo! ¿Cómo lo hacía? Sus manos estaban cerca... Su grosura la tenía pegada... Su boca no se apartaba de sus labios... Era increíble, que fuera capaz de hacerla rozar la raya del placer extremo sin pararse a tener que excitarla.

¡Y para qué! Si Dmitriy con solo mirarla ya la ponía más cachonda que una ninfómana en media hora sin sexo.

Sintió como el bolsillo de Dmitriy se movió. Segundos después, la música inundó sus oídos. Dmitriy gruñó. Le dio un beso sencillo y se alejó. Sonrió. Su ceño fruncido era el gesto más lindo que tenía. Se llevó el teléfono a la oreja. Conforme los segundos pasaban, su cara fue cambiando. Todas sus facciones se volvieron serias. Puso sus ojos sobre los de ella. La escaneó. Estaba segura por su forma inquisitiva de contemplarla que en aquel momento, ya no quería tenerla debajo de su cuerpo; si no matarla de la manera más lenta que pudiera.

Esperó en silencio hasta que cortó la llamada. Seguía pegado a ella. Aunque su actitud había cambiado y percibía que se lo estaban llevando los demonios, no se alejó.

La sorprendió cuando la cogió por el cuello y la acercó a su cara. Lo tenía tan cerca que le costó mucho no ponerse bizca contemplando sus ojos. Su boca estaba abierta. El aire salía a pequeñas ráfagas.

- ¿Debes contarme algo?

Se encogió de hombros como si fuera la mujer más inocente del mundo.

- ¡Ariel! — Gritó.

- ¡Qué! Ese gilipollas se lo merecía. — Soltó con chulería.

Dmitriy la soltó abruptamente. Se llevó las manos a la cabeza. Las pasó varias veces por su cabello echándolo hacia atrás.

No entendía porque se ponía a así. Tampoco era para tanto. Y un par de horas encerrados les enseñaría a no volver a intentar acobardarla.

Bajó de la moto. Se apoyó en el capo del coche y atenta a todo lo que hacía Dmitriy, se mantuvo en silencio.

Durante minutos lo oyó hablar por teléfono. Su voz era de mando. Hablaba y hablaba sin parar. Exigía y daba ordenes de como proceder. La verdad de poco se enteró, sabía que estaba relacionado con los hombres que estaban en comisaría, pero exactamente no sabía de qué hablaba, a que se refería, ni que ordenes estaba dando.

¡Era demasiado rápido! Hablaba sin parar y cuando empezaba a coger parte de la conversación, Dmitriy cambiaba la dirección del tema y de nuevo se veía con la frente arrugada, los morros bien juntados y con una confusión descomunal.

- Ariel.

Levantó la cabeza y se encontró con la mirada de Dmitriy. Seguía enfadado. ¿Qué le iba a hacer? Puede que tuviera algo de razón y su acto rebelde, no hubiera sido el mejor modo de hacer las cosas.

- ¿Qué?

Dmitriy se acercó, se inclinó y besó su frente. La dejó descolocada. Y luego con su sonrisa acabó de dejarla tonta del todo.

- Ese gilipollas como tú le llamas, está puesto a tu lado para protegerte.

Dejó un beso en su nariz. Y dale con la misma historia... ¡Qué no quería protección!

- Dmitriy, eres excesivo. No hay motivo para que aumentes mi vigilancia. La última vez que hablamos, decidimos que con Luca y Travis estaba bien. ¿Por qué de nuevo pones más hombres pegados a mí?

Dmitriy le dio una sonrisa divertido.

- No decidimos. Tú te pusiste a discutir y no me quedó otra que acceder. Ahora creo que esos hombres son de nuevo necesarios. Simplemente acéptalo y deja de causarles problemas.

Se cruzó de brazos. ¡No quería! ¿Por qué tenía que aceptar que allí donde fuera un séquito de guardias estuvieran detrás de su culo las veinticuatro horas del día?

- Por favor...

¡Qué la pellizcaran! Abrió los ojos. Pensó que en cualquier momento le saldrían volando y acabarían en la luna.

- ¿Qué has dicho?

¡Quería oírlo de nuevo!

- Por favor, deja que te proteja.

Acarició su estómago. La angustia apareció como un vendaval al sentir sus dedos acariciar la marca que le había quedado de la bala que había matado a su bebé.

No percibió cuando se le impregnaron de lágrimas, tampoco cuando empezaron a descender por su rostro y aún menos se dio cuenta de cuando había empezado a morderse el labio para acallar los sollozos.

- Ariel...

La abrazó. Su cuerpo por un segundo se quedó rígido. Había imaginado tantas veces tenerlo de nuevo así, que en ese instante le pareció un sueño. Se apretó contra su pecho y por primera vez en un mes... Su amargo dolor fue compartido con quien ella creía siempre debía haberla abrazado como estaba haciendo esa vez.

- Lo siento... Lo siento, Dmitriy... — Dijo sintiendo su corazón empequeñecer.

- ¿Quieres cenar esta noche conmigo?

Su cabeza sufrió una parálisis momentánea.

- ¿Cenar tú y yo?

Dmitriy acarició su rostro con las palmas de las manos. Todo rastro de humedad lo hizo desaparecer con la insistencia de sus manos por secar su cara.

La cogió con las dos manos de los lados de la cara y con sus labios casi pegados a su boca, dijo:

- De que te sorprendés, ya lo hemos hecho antes...

No daba crédito a sus palabras. ¿Habría dejado de odiarla? ¿Quizás sí había una posibilidad de arreglar lo que tenían?

- Sí, ¿ya has olvidado cómo terminó?

Sus ojos brillaron alegres y su sonrisa resplandeciente. Y eso solamente lo lograba el hombre de hielo que tenía delante e intentaba que las cosas entre ellos volvieran a la normalidad. No desaprovecharía la oportunidad que le ofrecía. Le

amaba. Pero debía recordar siempre que Dmitriy todavía tenía esa espina en el pecho y que no iba a ser fácil a hacer que desapareciera.

- Mmm, fue tú culpa.

- Mía... ¡Me relataste tus escarceos como si fuera tu amigo con el que a diario tomas cervezas!

- Me mirabas como si fuera el mejor hombre de la tierra. — Contrarrestó.

Bajó la cabeza y sin atreverse a mirar sus ojos dijo:

- Para mí lo eres.

Dmitriy la obsequió levantando su cabeza y plantando en sus labios un beso que por poco la dejó sin aire y a punto de desmayarse.

- No lo soy. Mírate Ariel. ¿Desde cuándo no comes bien? ¿Crees que soy ciego?

Se encogió de hombros avergonzada. Apartó sus manos de su cintura.

- No lo hagas.

Puso de nuevo las manos en el mismo lugar. La acarició. Tembló. Su ternura siempre le había provocado sensaciones demasiado intensas.

- Quiero que te quedes en casa. No voy a discutir. Tendrás tu habitación y contratare a alguien que cocine.

Se enfadó. Su respiración se torno discontinua. Por sus venas empezaron a correr unas ganas inmensas por darle una patada y destrozar su órgano preferido.

Respiró... Respiró... Y respiró...

¡Qué le dieran! Estaba harta.

- ¿Por qué, Dmitriy? ¿Por qué te doy lástima? ¿Por qué tu conciencia de gilipollas no te deja vivir? O... ¿Por qué sabes que tu hermano está intentando ponerse en contacto conmigo?

CAPÍTULO SEIS

- ¿Qué mi hermano qué? — Soltó a la defensiva.

Cerró los labios de golpe. ¡Mierda! Se acababa de percatar por la mirada de Dmitriy que no sabía de que le estaba hablando.

¡Joder... Joder!

Pensó que Travis se lo había contado... Si no, ¿a qué venía la repentina prisa por recoger sus cosas? ¿A cuento de qué quería tenerla de vuelta en su casa?

Sonrió para tranquilizarlo cuando sus miradas se unieron. Trató de que viera en ellos la poca importancia que ella le daba a la situación. No quería discutir de nuevo. Aunque bien mirado, la discusión ya estaba puesta encima de la mesa. Posiblemente, la zanjarían en la cama como muy a menudo ocurría. ¿Qué no arreglaban nada así? Eso se sabía, pero hasta que resurgiera el tema, se quedaría ahí en suspense, evitando con ello acabar a gritos y enfadados.

Esa vez fue ella quien decidió rebajar la tensión que había en el ambiente. Se acercó, lo rodeó con sus brazos por la cintura y le dio un suave beso en la barbilla. Su barba de dos días, la obsequió con su familiarizado raspado. ¡Lo adoraba! Más todavía cuando lo sentía en otros lugares más ocultos. Se deshacía con cada roce.

- ¿Por qué siempre estamos discutiendo? Parecemos el perro y el gato. —
Comentó con una sonrisa.

- Quizás, porque burlas a mis hombres como una liebre a un cazador. Tal vez, porque das por hecho las cosas sin pararte a pensar. Tienes la mala costumbre de juzgar una situación sin analizar primero cada detalle.

Frunció el ceño. Sus labios formaron una mueca rara. Por mucho que odiara darle la razón, no se la podía quitar. Siempre actuaba llevada por lo que sentía. No era capaz de detenerse como él, con su típica frialdad y seriedad a encontrar una razón lógica para cada acción que Dmitriy hacía. Era más fácil pensar que lo hacía porque era un celoso controlador, que creer que tenía otro fundamento para lo que hacía.

- Tú tampoco eres un Santo... — Reprochó.

- Tengo que a hacer un par de cosas, si quieres esperarme...

Se apartó con cuidado. Se tocó el cabello. Resopló. Parecía como si tuviera algo más que decir, como si no hubiera a acabado, como si tuviera muchas cosas que aclarar con ella. Lo vio caminar, pararse un segundo en la puerta y finalmente subir al auto. Arrancó. Al pasar por su lado, le dio una última mirada. No pudo evitar pensar que la mirada extraña que le había dedicado; era una suplica para que se quedara.

Durante más de media hora se quedó sentada en los escalones de la puerta. Muchas veces miró hacia atrás. Indecisa, no dejaba de acariciar sus manos. Un gran avance que no las estuviera arañando con los nervios que la tenían poseída. ¡Hora de hablar con alguien!

Extrajo el celular y marcó. Esperó hasta que en el otro lado de la línea contestaron.

- Ariel, te aseguro que este es el peor momento en el que podías a haber decidido llamarme.

- Necesito tú ayuda.

Su amiga Claudia soltó el aire con cansancio. Tapó unos breves segundos el auricular y poco después escuchó de nuevo su voz.

- ¡Qué te largués!

La risa que claramente identificó como la de Caleb, llenó sus oídos.

- No hemos terminado, bomboncito.

Un golpe cortó el aire. Contuvo el aliento. En ese instante no le gustaría nada ser ese hombre. Cuando su amiga se enfadaba, todo el que estuviera a su alrededor, se topaba de lleno con un fuego demoledor muy difícil de apagar. Se podía comparar con un bosque ardiendo, que por mucho que se intentara reducir, si no se podía controlar, seguía avanzando arrasando hectáreas y más hectáreas. Así era su amiga; un fuego fuera de control, dispuesto a arrasar y derruir a

cenizas a todo el que no se apartara de su camino.

- Dime.

- ¿Le acabas de cruzar la cara?

Sabía la respuesta, pero necesitaba la confirmación.

- Dos veces.

Su amiga rompió a reír. Alucinó. Su amiga era única.

- ¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

El silencio se abrió paso llenando los segundos que transcurrían.

- Me ha acorralado.

No le hizo falta tener a su amiga delante para saber que se había encogido de hombros.

- ¿Cómo?

Oyó el movimiento de su sillón de oficina. Su amiga debía haberse sentado y estar mirando por la ventana como las nubes negras iban cerrando el cielo.

- Ha entrado a mi despacho. El capullo ha cerrado la puerta, ha venido hacia mí, luego me ha cogido en brazos como si fuera una puta muñeca hinchable para colocarme encima de la mesa y así poder colocarse entre mis piernas. ¿Te parece poco?

Ocultó una carcajada. Ya solo le faltaba cabrear a su amiga y que le colgara el teléfono.

- Y el verdadero motivo es...

- ¿No puedes callarte nunca?

- No si sé que hay más. — Contraatacó.

- El imbécil a conseguido que perdiera la cabeza a tal punto que su mano a terminado dentro de mis bragas, tocándome de una manera que... ¡Joder, me ha hecho ir en segundos!

- ¿Qué tal si cenamos y me informas de las novedades?

- ¿Qué tal si te bloqueo y te tacho de mi lista de amistades? — Se burló.

- Tú sabrás, pero entonces yo no podría contarte que de nuevo he dejado que Dmitriy se meta en mi cama, que otra vez quiere que me quede en su casa y que estoy en su maldita puerta sin saber si debo entrar o si debo irme.

- ¡Eso es fenomenal! — Gritó su amiga eufórica.

¿Dónde veía ella lo genial en todo lo que le había dicho?

- No estoy de acuerdo.

Su amiga se calló de golpe.

- Pero a ver, Ariel, ¿a ti qué te pasa? Llevas un mes lamentando que te haya dejado. Un mes en el que nos has apartado y en el que te has encerrado. Un mes en el que has parecido una muerta, comiendo porque lo necesitabas para subsistir, pero no pasando de lo justo para poder mantenerte de pie. — Cogió aire. - Ahora me dices que de nuevo te quiere en su vida y que está yendo a por ti otra vez sin dejarte opción a que salgas huyendo... ¿Y te atreves a decir que no sabes que a hacer?

- No lo entiendes...

- ¡No, no te entiendo! Deberías estar dando saltos de alegría porque ese hombre que por cierto te ama, quiera volver contigo.

¡Zas! Otra vez conseguía cerrarle el pico con dos frases.

- Pero es que ese hombre que me ama, resulta que salió lastimado por mi culpa. No es tan fácil. No es un arroz al que has olvidado echarle la sal y lo solucionas añadiéndola cuando ya lo has apagado.

- ¡De qué hablas ahora! — Interrumpió Claudia su sermón.

Miró al cielo de una manera que decía: ¡Dame paciencia! Había olvidado que su amiga no sabía los verdaderos acontecimientos. Después, bajó la mirada al suelo y buscó en su cabeza como explicarle a su amiga lo que quería decir. ¿Y si se lo exponía como si se tratara de un niño pequeño?

Noooo... No lo entendería. Bueno, al menos podía intentarlo...

- Claudia, perder el bebé nos ha marcado a los dos. Nunca quise quedar embarazada, pero cuando lo supe, me di cuenta que ya lo amaba. Dmitriy es distinto... Él si quería el bebé y yo...

- Tú no sabías lo que iba a pasar. No puedes seguir teniendo esa carga sobre ti.

- Sigues sin escuchar y si no escuchas, no puedes entender. Lo que a Dmitriy le ha dolido, fue que se lo escondiera, que me lo callara, que no fuera corriendo a él a darle la noticia que yo sabía le haría brincar de alegría. Y encima todo se empeoró con lo ocurrido...

- Ariel, cambia el chip, ¿quieres? Dmitriy te quiere. Es hora de que os sentéis y habléis para aclarar las cosas.

Colgó el teléfono sin darle contestación. ¡Menuda amiga estaba hecha! Suspiró. No podía olvidar lo cruel que había sido el día anterior, la manera de "hago contigo lo que me da la gana y tienes que aceptarlo" con la que la había tratado. Su mirada... Fría, vacía, sin rastro del pequeño reluciente que los solía cubrir cuando la miraba.

¡Le iba a estallar la cabeza!

Quería a Dmitriy, no imaginaba una vida sin él. Los ojos se le empeñaron...

Tenía presente que si decidía a abrir esa puerta, tendría que ser fuerte, aguantar como una campeona hasta conseguir romper esa muralla que de nuevo estaba construída y que tanto le había costado derribar.

Se levantó. Dio unos pasos. Su corazón latía muy rápido, podía oír su propio retumbar. Abrió la puerta bruscamente. Había tomado una decisión... Era una leona, las leonas luchaban para proteger lo que querían y ella amaba a Dmitriy e iba a lograr que él olvidara su error aunque para ello tuviera que convertirse en una fiera.

Se sentó en la cama y observó el techo. ¡Cómo lo había añorado! Casi se le había olvidado la paz que sentía cuando la lluvia caía y chocaba contra el cristal.

Desvió la mirada un segundo; Dmitriy seguía sin aparecer y casi eran las diez y media.

Cogió el vaso de leche y la pastilla. Había decidido a partir de ese día que las tomaría únicamente para dormir. No lo haría más. No podía seguir abusando de ellas. Llevaba todo el día dando vueltas por la casa evitando a hacerse con el frasco que siempre tenía en el bolso. Pero la hora que era... Había conseguido menguar su fuerza. Sus manos habían empezado a temblar, su respiración se agitaba y sonaba más fuerte de lo normal, las gotas de sudor habían aparecido en su frente y empezaba a sentir que perdía el control; las ganas de auto dañarse eran muy potentes.

Se metió la pastilla en la boca y dio un gran sorbo de leche fría. Esperó unos minutos para empezar a sentir los efectos de aturdimiento y así lograr dejar su cabeza en blanco.

Miró de nuevo el bote. Refrenó como tres veces el impulso de tomarse otra. Se llevó las manos a la cabeza. Nada... ¡No le hacía nada! Movié la cabeza de un lado a otro. No era posible que se hubiera hecho tan dependiente de unas simples pastillas.

Segundos más tarde la segunda pastilla acabó en su boca mientras con los ojos llorosos; suplicaba perdón al aire.

- Estás aquí...

Oyó que le susurraban al oído. Se removié un poco. Su cuerpo pesaba... Como siempre lo que su cabeza ordenaba era ignorado. Quiso a abrir los ojos, pero el sueño la tenía sujeta como una cadena a una bicicleta.

- Dmitriy... — Murmuró con mucho esfuerzo.

La miró. Sus manos que habían rodeado su cintura con rapidez abandonaron su cuerpo. Con todos sus sentidos en alerta, encendió la luz. ¡Joder! La pelirroja de nuevo lo estaba a haciendo perder la cabeza.

- Ariel, ¡mírame!

Le dio un golpe con la palma de la mano en la cara. Un gemido llenó sus oídos. Volvió a hacer la misma operación. El terror empezó a correr por sus venas. La cogió en brazos y sin dilatación la metió en la ducha. Con ella entre sus brazos, abrió el grifo. Pronto el agua helada los cubrió a los dos. La sintió temblar, como la neblina que la había atrapado se iba difuminando...
Sus ojos se abrieron y dieron con los suyos atemorizados.

Su corazón al verla quebrada e indefensa, frágil y destruida, se sacudió. Escondió la cabeza en su cuello y la abrazó con desesperación. ¿Qué había hecho?

- Tengo frío...

- Lo sé...

Besó su cuello negándose a soltarla. Pasados unos minutos cerró el grifo y la sacó. Se encargó de secarla bien y a la vez mantenerla equilibrada. Casi no podía mirarla. La tenía de pie frente a él desnuda y sus ojos rehuían tener que ponerse sobre su piel.
¡Había sido un desalmado, hijo de su madre sin compasión!

Estaba ante él y apenas reconocía a la mujer que tocaban sus manos. Podía sentir cada hueso allí por donde pasaba la mano. ¡Estaba esquelética! Y él era el culpable. La había tratado como a cualquier otra mujer imponiéndose contra las protestas de su corazón. Y por mucho que lo había intentado, de nuevo se veía queriendo protegerla, mimarla, sanarla...

¡Menuda idiotez! Si ella estaba así era porque él la había mandado a volar y desterrado de su vida. Había querido alejarla por haber sido una mentirosa que le había ocultado algo tan importante como lo era que iban a tener un bebé y solamente conocía una forma de lograrlo; actuando como el jefe que era y sin una sola duda.

¡Le había dolido!

No sabía la magnitud del daño que le había provocado con su silencio, con su imprudencia, con su actitud irresponsable... Y aun así la miraba y no podía dejar de querer abrazarla.

Terminó de recostarla en la cama y la tapó. La observó... Observó... Y así estuvo

posiblemente un buen rato pensando qué hacer con ella.

Abrió los ojos despacio. Los cerró y volvió a abrir. ¡Joder que cansancio! Se dijo mientras se sentaba y apoyaba la espalda en el respaldo de la cama.

- ¿Qué demonios? — Le salió en un chillido.

No reconocía nada de lo que había a su alrededor. Esa no era la habitación de Dmitriy. Jamás había visto ese dormitorio de lujo con cortinas doradas, paredes brillantes en blanco y dorado, televisión gigante colgada...

Se levantó. Tenía que a hacerlo. Su prioridad en ese instante era averiguar donde se encontraba. Abrió la puerta blanca... La cerró de golpe... Respiró. Se pellizcó las mejillas y volvió a abrir...

- ¡Cielos no es un sueño!

Se acercó hasta estar en medio del cuarto. Tocó curiosa la madera. ¡Un jacuzzi! ¡Y de los caros! Pasó la mano por los botones. Apretó uno. Enseguida las burbujas empezaron a hacerse visibles. Metió la mano en el agua...

- ¡Qué lujazo!

Sin dejar de balancear la mano, miró a su costado derecho. El reflejo de una mujer deteriorada, fue lo que encontraron sus ojos al dar con el inmenso espejo. Por unos segundos, la chispa de ilusión de niña pequeña que está descubriendo una habitación llena de muñecas, desapareció.

Contempló su reflejo y se dio cuenta de que su pequeña sonrisa se había borrado, al mismo tiempo descubrió que ese lugar no era el baño; era una habitación de relajación.

Tanto el espejo de diseño sin mueble, que abarcaba toda la pared, como el jacuzzi, como la especie de caja de madera con puerta que había a su espalda y que había visto por el reflejo del cristal, así lo confirmaban. Además de que había un banco como de vestuario también completamente de madera.

- ¿Por qué no entras y disfrutas del agua caliente y te relajas?

Se giró al oír la voz del hombre que hacía que su mundo fuera una atracción de feria. La sonrisa que encontró en sus labios la noqueó. Fue tal el golpe que

recibió que sus piernas empezaron a temblar. Como pudo recuperó la compostura. Desvió la mirada al agua y dejó su mirada fija en las burbujas.

- Sabes que el lujo y yo no nos llevamos muy bien. — Comentó con tristeza.

- Pero te gusta.

Se encogió de hombros.

- Como a todos, supongo. El problema es que yo sé de donde sale todo este lujo... Y no lo quiero.

Extrajo la mano del agua y con firmeza le dio al mismo botón que había encendido esa cosa. Se dio la vuelta y caminó hasta estar frente a Dmitriy.

- Eh... ¿Me dejas...? Mmm... ¿Qué pase?

Dmitriy arqueó una ceja. Arrugó el ceño. Su mano subió hasta su cara y acarició con delicadeza su moflete. Confundida buscó sus ojos. Dmitriy dio un paso hacia adelante. La rodeó con su mano libre por la cintura y la pegó a su duro pecho.

- Dmitriy...

Su mano se desplazó hasta sostenerla con seguridad de la nuca.

¡Oh Dios!

Sus ojos grises le hablaron como si su boca hubiera mencionado palabra por palabra; "no huyas de mí". Instantes después, su boca implacable estaba moviéndose sobre la suya obligándola con su lengua a recibir cada deslizamiento en su interior. Gimió. Se retorció. Se apretó más contra él.

Y es que cuando Dmitriy la besaba de esa forma arrolladora, su cuerpo se volvía pura llama. El calor la dominaba y la excitación tomaba el control de todo lo que su cabeza pudiera estar pensando.

- No... Todo lo que... Tengo... Proviene de ahí... — Dijo con la respiración agitada.

- La mayoría... — Soltó sin saber que era lo que sus labios habían soltado.

Todavía estaba afectada por el beso que Dmitriy le había dado. Su cabeza estaba en modo parado. Por mucho que quisiera pensar, no había forma de lograr que lo hiciera. Dmitriy era como un interruptor de seguridad; con un toque la dejaba fuera de juego. Su voz era la que valía, sus besos los que dirigían, sus manos las que mandaban, su cuerpo el que exigía...

¡Qué mal! ¡Qué mal! Dmitriy era para ella como la kriptonita para Clark Kent.

- ¿Por qué le das tanta importancia? — Dejó salir en un suspiro juntando su frente a la suya.

Cerró con fuerza los ojos. Tener a Dmitriy tan cerca le ocasionaba muchas dificultades para mantener sus latidos a raya; se habían vuelto igual de descontrolados que un caballo desbocado.

Despacio dejó que el aire saliera de sus pulmones. Empezaba a sentir la ansiedad, como sus manos temblaban, como le costaba mantener la respiración a un ritmo constante.

- No puedo disfrutar algo que por muy bueno que sea proviene de la sangre.

Se detuvo un segundo para aspirar aire. De repente sentía que se ahogaba. Aun así trató de mantener la cordura y evitar que la zozobra que sentía la dominara.

- Que sientes.

¿Qué? Abrió los ojos de golpe y se encontró de lleno con unos ojos grises muy irritados mirándola con mucha intensidad.

- Que sientes. Sabes que no me gusta repetirme.

Su mirada exigente la hizo asentar como si fuera una pelota que había lanzado y no dejaba de rebotar; así movió la cabeza una y otra vez hasta que Dmitriy paralizó sus movimientos con sus manos posesivas.

- No sé... No me siento bien... Pienso en ese hombre o mujer... En si tenía niños... Una esposa esperándolo en casa... Un proyecto de futuro... — Parpadeó. Necesitaba dejar de pensar. - Una vida, Dmitriy. ¿Quién sois para decir si ha de vivir o morir?

Vio como poco a poco sus facciones se endurecían, como el hombre que amaba desaparecía para dejar paso al hombre de hielo; el jefe, el implacable, el frío y devastador hombre sin corazón.

Sus manos la soltaron como si el simple hecho de tocarla le estuviera provocando ronchas alérgicas. Dio dos pasos atrás y la miró de una manera tan dura que la hizo sentir pánico. Pisó con fuerza el suelo para no salir corriendo y esconderse del hombre que tenía su vida y corazón en sus manos.

- Actuamos por justicia. — Aclaró con un tono de voz escalofriante. - ¿Me gusta? No. ¿Disfruto con ello? No. Pero si una mujer viene y me dice que su hija fue brutalmente asesinada y que quien lo hizo vive libremente como si no hubiera destrozado una familia... Sí, hago justicia y ese individuo recibe su merecido y es tratado de la misma manera que él trató a su víctima. — Tambaleó hacia atrás. - Si una persona viene y me dice que un hombre está abusando de su hija pequeña... Sí, hago justicia y que se acuerde de quien soy antes de mandarlo al infierno.

Se mordió el labio. Estaba a punto de echarse a llorar. Su seguridad al hablar era aplastante. Empezó a temer saber de que era capaz Dmitriy Novikov.

- Si un hombre maltrata a una mujer... Te juro que ese sí vive para contarlo, ahora me encargo de que recuerde bien que si se le ocurre o si siquiera se le pasa por la mente lastimar a otra mujer, me volverá a ver y no habrá segunda oportunidad.

- Ya, por...

- Sea la injusticia que sea, yo me la cobro. No quieras a hacerme sentir mal por librar al mundo de un puñado de alimañas sin escrúpulos que se creen con derecho de insultar, vejar, golpear, violar, matar y hacer daño a quien no lo merece.

- ¡Eres un hipócrita!

Le dio un empujón y pasó corriendo por su lado. No sabía donde ir. No conocía ese lugar. No sabía donde estaba, ni si Dmitriy la habría aislado del mundo. No le costó demasiado pensar que lo más seguro su razonamiento iba por buen camino.

Una mano rodeó su brazo con firmeza. ¡Era un bruto! La había hecho girar y apretaba con fuerza. No es que quisiera ocasionarle dolor, sino todo lo contrario, sus ojos le dejaban claro que cuando se comportaba como una cabezota, lo que él quería era dominarla a base de otra clase de golpes. Ese pensamiento la hizo sonreír y a la vez desear que lo hiciera. No había nada más apetitoso o delicioso que pasar horas recorriendo su piel con la lengua.

- ¡No me compares con ellos! — Gritó cerca de sus labios. - Lo que yo he hecho contigo ha sido protegerte... — Dijo como si fuera un secreto en un murmullo. - A ti te he protegido. A ti he querido cuidarte. A ti es a la única que he querido mantener a salvo poniendo mi vida en juego... No vuelvas a mirarme como si fuera igual a ellos por unos cuantos encuentros en los que he querido a hacerte daño para alejarte de mí. ¡No lo soy!

CAPÍTULO SIETE

Se miraron durante segundos con la vista fija en la del otro. Su labio empezó a temblar, sus ojos se empañaron y el sollozo escapó de su pecho rasgando su garganta provocando un sonido en la estancia desgarrador...

- Dmitriy... Me has encerrado... Apartado de tu vida... Negado el trabajar... Prohibido comunicarme contigo... Dicho cosas que cada día me han partido el corazón un poco más...

Limpió las lágrimas que había derramado con el puño de su jersey. Dmitriy intentó abrazarla. Le dio un manotazo y se lo impidió. No era el mejor momento para que la tocara. La ansiedad que sentía era muy grande y temía perder el control.

¡Necesitaba las putas pastillas!

- Deseo estar contigo, te lo juro. — Se obligó a dejar de mirar esos ojos que la volvían la mujer más boba del mundo. - Pero a veces pienso que si seguimos por este camino posiblemente acabaremos destruyendonos... ¡Dmitriy! ¿Qué haces? ¡Levántate!

- Lo siento. Perdóname.

Mantuvo las manos pegadas a su pecho temerosa de ponerlas sobre su cabeza; Dmitriy estaba arrodillado a sus pies, abrazado a su cintura con fuerza y con la cabeza pegada a su estómago.

Había sido tan rápido, que le había costado procesar lo que ese idiota estaba haciendo.

- Perdóname. Estaba muy enfadado... ¡Dios Ariel! No solamente tengo grabado en la cabeza la pérdida del bebé, si no que sueño cada noche con ese jodido día. Te veo caer, como tus ojos se apagan, como tu vida se escapa en mis brazos e indefenso sin poder a hacer nada contempló como tu pecho deja de subir y bajar...

¡No estaba llorando! Llevó sus manos a su pelo y sin contemplaciones tiró. Sus ojos le asestaron un golpe que por poco no consiguen todo lo que Dmitriy acababa de decir; dejarla sin vida.

Su corazón se encogió. Lo rodeó con sus brazos y con fuerza lo acercó más a ella. No le gustaba ese Dmitriy. Se veía abatido, triste, perdido, angustioso...

- ¡Levántate! — Dijo cabreada.

Ese hombre que estaba a sus pies, no era su posesivo, dominante, controlador... Ese que estaba a sus pies era uno traumatizado, asustado y sin un gesto que mostrara su característica seguridad.

¡No quería ese hombre!

Quería al que con una de sus miradas intensas la hacía deshacerse... Al que con un roce, la volvía la mujer más desinhibida de la tierra... Al que con una exigencia de su tono de voz ronco, deseaba darle lo que pedía e incluso lo que aún no le había demandado... Ese hombre era al que amaba, el que la volvía loca, el que hacía que su cuerpo se encendiera, el que hacía que se sintiera hermosa, deseada, amada... Quería devuelta a su Dmitriy Novikov, apodado hombre de hielo con corazón de oro escondido.

- Lo siento... No debí tratarte de esa forma en el ascensor... Lo siento, leona. Perdóname.

¡Ahí estaba de nuevo su mote! Su corazón se agitó. Sin darse cuenta la sonrisa apareció en sus labios. Se acercó hasta su oído y dijo:

- Novikov, me estás enfureciendo y te prometo que si no dejas de hacerlo, salgo por esa puerta y no vuelves a verme hasta que te hayan salido canas y andes con bastón.

La sonrisa que Dmitriy le dedicó, hizo que todo su cuerpo vibrara, que su boca se secara y su bragas se humedecieran. Lentamente vio como se ponía de pie. La apretó contra él y acarició sus labios con la lengua.

- Te estoy pidiendo perdón... — Susurró.

- Hazlo, pero no como un hombre derrotado

- ¿Es lo que quieres? — Dijo arqueando una ceja.

Asintió con una enorme sonrisa en los labios.

- Vale...

De pronto se vio volando por el aire. Dmitriy la había tomado de la cintura y colgado de su hombro. No podía quejarse; tenía en primer plano su culo duro y bien formado.

- ¡Dmitriy! — Amonestó.

Se recuperó de la sorpresa que le había provocado que la tirara en la cama como un animal y retrocedió despacio hasta que su cabeza tocó el cabecero. Dmitriy agarró sus piernas y tiró haciéndola regresar al medio de la cama. El aliento se le escapó cuando lo sintió recostarse encima de ella...

- Lo siento.

Besó su cuello y después lo mordió.

- No volverá a pasar.

Acarició con su lengua su garganta.

- Te necesito, leona.

Subió la tela de su jersey hasta dejar toda su tripa a la vista. Acercó su cabeza. Besó su ombligo, luego introdujo su lengua y después mordió la piel atrapándola en sus dientes durante unos segundos.

- Dmitriy...

Se agarró con fuerza a las sábanas cuando Dmitriy acarició su cicatriz. Gimió cuando la besó.

- Dmitriy... — El miedo se percibió en su voz.

Dmitriy no dejaba de besar ese lugar. Parecía dispuesto a mimarlo, a lograr que esa marca desapareciera de su piel. Se incorporó y lo observó mientras aprisionaba el labio entre sus dientes. Al percibir el movimiento, Dmitriy la

miró. Sus ojos se unieron. La resolución que vio en ellos la dejó helada.

- Lo volveremos a intentar.

Con los ojos de par en par, estalló a reír. Sí, Dmitriy había regresado. Su corazón se aceleró. Dmitriy había ascendido por su cuerpo hasta estar mirándola a los ojos y tener su boca a milímetros de la suya.

- Lo digo en serio.

Su forma de niño caprichoso al decirlo, de nuevo la hizo reír. Claro que eso fue hasta que Dmitriy se aprovechó y coló su lengua en su boca. No le quedó más remedio que recibir su lengua y saborearla hasta sentir que iba a perder el conocimiento.

- Otra vez... Estás corriendo...

- ¿Y qué?

- ¿Cómo qué y qué? ¡Dmitriy! Mira todo lo que ha pasado.

Se encogió de hombros.

- Hablas en serio, ¿verdad? Digo, que no vas a parar hasta que tengas ese bebé.

- Tengamos. — Rectificó.

Bufó sonoramente. ¡Increíble! ¿Cómo le decía que ahora mismo ella no estaba para preocuparse por tener un niño al que había que cuidar y alimentar? ¡Si no sabía ni cuidar de si misma!

- Lo pensaré.

Le dio la sonrisa más inocente que pudo encontrar en la recopilación de falsas sonrisas ficticias que tenía ensayadas.

- No tienes que pensar nada. Solamente tirar a la basura las pastillas.

Su boca se abrió enormemente. Iba a contestar. Tenía el gusto de darle la réplica

que merecían esas palabras arrogantes que había soltado por su labia mandona.

- Perdón. Yo... ¡La Santa Eulalia quién me mandará a mí no tocar!

Miró a la mujer avergonzada. Escondió la cabeza en el pecho de Dmitriy y ocultó una carcajada.

- No pasa nada Coral.

¡Qué no pasaba nada!

Alzó la cabeza para encontrar la mirada de Dmitriy. ¡Así qué se estaba divirtiendo! Achicó los ojos hacia esa sonrisa graciosa que la había molestado y con un gesto que denotaba su cabreo, le asestó un empujón que lo hizo volcar y chocar contra al suelo.

- ¡Ay madre! ¡Pobre!

Al mirar de nuevo a la mujer mayor, no pudo evitar sentir una especie de conexión, como si la conociera, como si la hubiera visto en algún lugar y no lo pudiera recordar. La observó... Observó... Y siguió observando con el ceño arrugado a esa mujer de pelo canoso recogido en un tirante moño, algo bajita, bastante barrigona, con sonrisa de ángel y ojos de zafiro.

- ¡Ariel!

Se sobresaltó. Había olvidado que acababa de mandar a un estrellazo seguro y sin miramientos a su hombre. Sonrió inocentemente. Dmitriy se acercó... Casi lo tenía encima... Su cara se había descompuesto... La atravesaba como una lanza a un jabalí...

- Dmitriy, fuera está Tristán.

Dmitriy se detuvo en seco. Ante sus ojos vio como le costaba ocultar la incredulidad que le había provocado saber que el jefe de la Rosa estaba allí. Se sentó y esperó. Sabía que Dmitriy estaba pensando con velocidad; su gesto ceñudo, su mandíbula apretada y su cuerpo tieso como si acabaran de pegarle con una botella en la cabeza y lo hubieran dejado fuera de juego, lo decían a voces.

- No te muevas de aquí. Coral traerá la cena y cuando regrese cenaremos.

Se dirigió hacia la puerta sin esperar su respuesta. ¿Qué había dicho de no moverse?

¡Era imbécil si creía que le iba a hacer caso! ¿Es que no la conocía?

En cuanto la mujer desapareció, se puso de pie. Primero dio un rodeo rápido con la vista alrededor para buscar su bolso. Estaba claro; no se hallaba allí. Se pasó las manos por la cara. Las necesitaba. Tenía que encontrar su bolso antes de que Dmitriy se diera cuenta de que le estaba ocultando algo.

Asomó la cabeza por la puerta con cuidado. Un pasillo larguísimo la recibió. Era tan largo que por unos segundos sintió pereza de tener que recorrerlo. Avanzó despacio. ¡Ni una puerta a excepción de la que daba a la habitación! Al llegar al final, calculó que unos cinco minutos más o menos después, volvió a hacer la misma operación. Sigilosa observó el comedor. Jamás podría decir que Dmitriy no era hombre de buen gusto. Era un salón espectacular, con mucha luz y una mesa larga de madera acompañada de sillas en tono marrón con el tapiz dorado. Las cortinas por lo que pudo alcanzar a ver, iban a juego con las sillas.

- Señora, por favor...

Se tapó la boca corriendo para que el grito no retumbara en el lugar; la misma mujer de antes tiraba de su ropa para que regresara a la habitación. Con precaución retiró sus manos y negó en su dirección. La mujer miró la sala, un destello de pánico se mostró en sus ojos.

Se giró siguiendo su mirada. De lleno encontró una puerta entreabierta. Se apresuró a ir hacia allí.

- Suélteme. — Dijo en voz baja.

- Señora, Dmitriy se enfadará.

Volvió a apartar sus manos con delicadeza. No quería a hacerle daño, pero como insistiera en seguir tirando de su ropa, no aseguraba lastimarla sin querer. Se paró detrás de la puerta. Miró por el lateral abierto.

¡Los había encontrado!

Sentados alrededor de una mesa de despacho conversaban como si fueran dos buenos amigos. Se sorprendió al fijarse en el cuarto. Exactamente era igual que el despacho de su empresa. No le dio ninguna importancia. Quería saber que estaba ocurriendo y lo iba a descubrir aunque luego tuviera que liarse a practicar kárate con la cara de Dmitriy.

- Señora...

- Ssssh...

Agradeció que la mujer se cansara y bajara los brazos a su costado desistiendo en su intento por hacerla regresar al cuarto. Atenta escuchó...

- ¿Qué pasa ahora?

- Dmitriy, nuestros clientes no están nada contentos. Se les ha quitado a lo que tanto tiempo llevan acostumbrados y se quejan. Habla con la asamblea y pide que reviertan esa orden absurda.

- ¿Absurda? ¿Te parece absurdo evitar que niñas que no llegan a los dieciocho puedan trabajar en el club?

- ¡Sí, me lo parece!

Tristán dio un golpe en la mesa cabreado. Dmitriy le miró. Una mirada que dejaba claro que esos humos en su territorio no los toleraba.

- Pues a mí no. Hable con cada uno de ellos y expuse buenos argumentos para ser muy convincente y por lo que parece el único que no lo entiende eres tú.

Tristán lo atravesó. Sus ojos de pronto mostraron el asco que le tenía, las ganas que corrían por sus venas de despedazarlo con sus propias manos. Se asustó y dio un paso hacia atrás; ese hombre le despreciaba, quería a hacer desaparecer de su camino a su hombre.

- No lo entiendo porque siempre ha habido menores, siempre se ha decretado que la mujer que traiciona a la organización ese es su lugar o la muerte. Y de repente porque tú vas y te enamoras de la mocosa... Decides hablar y que esas

mujeres en vez de terminar en los clubs, acaben como muchachas de servicio en casas de la organización. ¿Cómo se entiende eso? ¡Te has vuelto loco!

- Si vuelves a llamar a Ariel mocosa... Me encargaré de coserte la lengua. — Amenazó con brusquedad.

- No me digas que aún estando a miles de metros bajo tierra, sigues enamorado de ella.

A la misma vez que se cubrió la boca, Dmitriy saltó por encima de la mesa, dio una patada que impactó en el estómago de Tristán y le hizo volcar hacia atrás. Se acercó, puso el pie encima de su estómago y apretó. Llegó a creer que lo mataría.

- Tus perros aquí no te pueden defender. Tengo la casa bien protegida con mis hombres y si tu estás en mi puta sala es porque yo te dejo estar. Lava tu boca antes de hablar de ella o dejaré el acuerdo y me preocuparé de hallar la manera de acabar con tu vida. ¿Lo has entendido?

- Está... Muerta...

Observó como la ira se abría camino por la piel de Dmitriy. Su cuerpo se tensó. Sus manos se hicieron puños y crujieron cuando hizo un poco más de fuerza. Sus ojos se volvieron oscuros. Jamás habría dicho que Dmitriy alguna vez la haría sentir terror.

Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando lo vio llevar la mano a su espalda. Tembló impotente al ver como su mano portaba una navaja con mango negro. Casi gritó al ver como lo ponía de punta hacia Tristán justo donde tenía el corazón.

- Señora... Vámonos...

- Ssssh...

- Repítelo y nadie impedirá que te mate, ni siquiera ese viejo zorro que te tiene tanto aprecio y al que le prometí hace años no acabar con tu vida.

Tristán sonrió. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Las manos le picaban... Rascó con fiereza. Su sonrisa le daba mala espina.

- Los dos sabemos que si Ethan no hubiera matado primero a mi hermano, lo habrías hecho tú por esa mujer...

- Los dos sabemos que tu hermano al disparar quebrantó el pacto dándome vía libre para enterrarlo si me apetecía hasta diez veces... — Espetó egocéntrico.

Tristán volvió a sonreír como un demonio.

- Tú lo quebrantaste primero al quedarte con la mujer de mi hermano.

Dmitriy lanzó el cuchillo contra la puerta. Asustada dio un bote. Se llevó la mano al pecho y verificó que seguía latiendo. Tristán se puso de pie. Pasaron segundos mirándose el uno al otro. Se percibía la tensión cortante en el aire.

- En mis planes no entraba quedarme con ella. En cuanto vi a tu hermano en ese hotel, quise alejarla de mí para no empezar una guerra entre nosotros. Mis planes salieron mal. Esa pelirroja con sus ojos miel, con sus locuras y sus planes suicidas se ganó el quedarse a mi lado. Por nada del mundo iba a dejar que ese hermano tuyo pusiera una mano encima de lo que es mío.

¡Se acabó! ¿De qué estaba hablando ese gilipollas? ¿Qué tratos tenían? ¿Qué le impedía a acabar con él? Alzó la cabeza y se encontró con la mirada entristecida de Coral. Pasó por su lado. Habría gritado, pataleado, roto todo lo que había a allí adentro. No lo hizo y fue porque las palabras de Tristán se repetían en su cabeza sin control; está muerta.

Abrió la primera puerta que encontró en su camino. Menos mal que la suerte estaba de su lado y era la que daba a la calle. Un enorme jardín con palmeras, césped verde y camino asfaltado, la dejó tiesa en el sitio. Giró la cabeza llevada por la curiosidad.

¡Joder, aquello no era una casa, era una mansión!

Tenía que salir de allí. Corrió hacia la verja. Dos hombres entorpecieron su camino. Los empujó, les dio una patada e incluso arremetió con el codo en su estómago. ¡Esas piedras llamadas hombres ni se inmutaron!

- ¡Ariel!

- ¡No, no!

- ¡Basta!

Travis la cogió por la cintura y con rapidez la llevó al costado derecho de la casa. Siguió por un caminito de tierra rodeado de árboles y mientras le daba puñetazos en la espalda, sus ojos dieron con una casa pequeña de madera.

- ¡Suéltame capullo!

Al instante sus pies tocaron el suelo. ¡Capullo! La había encerrado en esa pequeña casa. Que ahora que la miraba bien, de casa tenía poco; había una mesa con sillas, una cocina y una televisión gigante que mostraba toda la casa desde fuera.

- ¡Ah, así que por eso me has visto!

Señaló la condenada pantalla de vigilancia.

- ¡Dónde ibas!

- Lejos de toda esta mierda.

Hizo movimientos con las manos para dejar en claro a qué se refería. Travis extrajo el celular y marcó...

- Señor, tenemos un problema.

Escuchó atenta tratando de oír la voz de Dmitriy. Una tarea inútil. Esos teléfonos debían tener algún botón para reducir el volumen cuando los descolgaban, porque era alucinante que ni aun estando cabreado y gritando detectara su voz.

- Sí, señor.

Se cruzó de brazos. Por el rabillo del ojo estudió la estancia. Debía haber alguna forma de salir de allí. No podía ser posible que Dmitriy la hubiera encerrado en una casa, rodeada de sus guardias, como si aquello fuera una cárcel y ella una presa conflictiva.

Su cabreo ascendía por segundos...

- Siéntate, Coral traerá la cena. La reunión va para largo, luego si quieres puedes regresar a tu cuarto o quedarte en la habitación que hay detrás de esa puerta.

- Me quiero ir.

- No está en mis manos tomar esa decisión.

Le empujó.

- ¡Qué me abras que me vaya!

- Ya le he dicho que no soy yo quien decide.

Le dio otro empujón más fuerte. La rabia y la ansiedad se mezclaban en su organismo. Estaba a poco para perder el control.

- ¡Qué me dejes ir!

- ¡Richard, tú turno!

Los ojos se le desencajaron al ver al segundo de Dmitriy entrar con cara de perro rabioso. Tragó con mucha dificultad y tomó asiento. Después de lo que les había hecho, mejor no darle problemas. Ese no era como Travis que todo se lo aguantaba.

- Ves, macho, te torea porque se lo permites.

- Gilipollas... — Susurró.

- ¿Qué ha dicho, señorita?

- Que me traigas la comida que tengo hambre.

El idiota dos arqueó las dos cejas. Durante un segundo le pareció un gesto de diversión. Por supuesto, que eso fue hasta que abrió la boca...

- Si yo le traigo la comida no la comerá, porque después de la majadería que hizo, saldría, cortaría dos hojas verdes, cogería un poco de arena, los serviría en un plato y se lo pondría delante para comer. Y le aseguró que se lo comería, ya

he hecho varias veces la prueba.

- Richard... — Amonestó Travis.

Tragó fuerte. Se le había hecho una bola en la garganta y temía ahogarse con ella.

- Creo que he... Perdido el apetito... Prefiero recostarme... — Tartamudeó.

Richard señaló la puerta con una sonrisa triunfante en los labios.

CAPÍTULO OCHO

Dio otra vuelta hacia el lado derecho. Resopló. De nuevo los recuerdos se abrían paso con insistencia. Apretó los ojos con ferocidad para intentar bloquearlos. ¡No, no, no! Se sentó de golpe. Llevó sus manos a la cabeza y frotó. No lo lograba. Necesitaba las pastillas y no podía salir de allí. Bajó las manos hasta los muslos. Desesperada arañó con brío. Ahogó un chillido mordiéndose el labio; la sangre empezó a brotar.

- Calla por favor... Basta...

Las lágrimas cayeron de sus ojos. Las voces se hicieron más audibles, los recuerdos de aquel día se alzaban potentes para atormentarla... Arañó con más urgencia... ¡No funcionaba!

Se puso de pie. Buscó a su alrededor una manera de escapar. Ya lo había hecho cuatro veces en dos horas y media que llevaba allí y sabía que no había forma de huir a no ser que saliera por la puerta principal.

¡La habían metido en un agujero!

Un cuarto pequeño, sin ventanas, sin baño, sin muebles, sin televisión y únicamente con una cama pequeña del tipo militar... No se le podía llamar habitación.

Exasperada se dejó caer en el suelo. Reposó la cabeza en la pared y pegó las piernas a su pecho. Las rodeó con sus brazos. Se meció y empezó a cantar:

- Calla mi vida,
no hay que llorar,
duerme y sueña feliz.
Siempre tú debes
mi arrullo llevar,
así yo estaré junto a ti.

Repitió las mismas palabras hasta que el llanto se tragó su voz. Hacía tanto que no pronunciaba esa melodía de cuna, que había olvidado las veces que su madre se había tumbado con ella en la noche tras haber despertado gritando de una pesadilla y se la había cantado al oído.

Derrotada agachó la cabeza y la escondió entre sus brazos. La angustia no la

dejaba respirar. La ansiedad controlaba su cuerpo y su cabeza; ya no podía pensar. Solamente sentía como su cuerpo sufría espasmo tras espasmo... Como las gotas de sudor mojaban su frente... Como iba perdiendo el dominio sobre sí misma...

- Ariel...

Unos brazos la rodearon. Entre gemidos se abrazó a su cuello. Enseguida su olor impregnó sus fosas nasales haciéndole recordar que él siempre era su salvador, que cuando le necesitaba él estaba ahí, que cuando caía él la sostenía, que cuando se perdía en sus crisis él la traía de vuelta a la realidad...

- Dmitriy... — Susurró escondida en su cuello.

Dmitriy no contestó. La sostuvo en sus brazos acariciando su nuca y besando su cabeza. Pronto su cuerpo se relajó, la angustia cesó y su llanto menguó. Subió la mano hasta su mentón; todavía le temblaba. Le acarició. Pasó la mano por su barba una y otra... Y otra vez... Y así el sueño la atrapó.

Abrió los ojos con pereza. Se restregó con los puños para acabar de despertarse. Parpadeó... Repitió la acción de nuevo.

- ¿Dmitriy?

- Hola.

- ¿Qué es eso?

Dmitriy sonrió y su corazón se olvidó de como se latía.

- El desayuno.

Dmitriy destapó los platos y una sonrisa apareció en su rostro. Como niña pequeña saltó de la cama. Hizo una mueca al sentir la piel del muslo tirar al andar; ya se le había olvidado la crisis sufrida recientemente. Se acercó a la mesa y contempló ilusionada cada uno de ellos.

- ¡Por Dios Dmitriy deja de a hacer eso que el día menos pensado me da un infarto!

Rió pegado a su espalda.

- No puedo evitarlo. Me encanta tenerte sentada en mis piernas...

- Mmm, ¿por qué será? — Le dijo con voz pícara.

Dmitriy mordió su hombro. Una forma de amonestarla. Luego besó esa misma zona. Suspiró. El aire salido con fuerza de la boca de Dmitriy, le acarició la piel. Juguetona se removió encima de él.

- No me provoques y come. — Ordenó con su voz de mando.

- ¡Anda, mi madre...! ¿Y qué hay cuando lo haces tú?

Se acercó y mordió su oído. Después pasó su lengua por todo el lóbulo. Lo atrapó con sus dientes, estiró y soltó...

- Yo sé cuando jugar una batalla que tengo ganada.

¡Rojo! Sus palabras prepotentes y su chulería al decirlas, la pusieron furiosa. Decidió contar hasta veinte y no darle el sopapo que picaba en la palma de su mano.

- ¿Qué diferencia esta situación de las tuyas?

Arrugó el ceño a la vez que miró por encima de su hombro. Interesada le prestó toda su atención.

- Come.

Desvió un segundo la mirada para contemplar las tortitas, el chocolate, los cafés y los bollos rellenos de chocolate.

- No me da la gana. — Dijo clavando de nuevo los ojos en los suyos.

- ¿No vas a comer?

- No.

- Lo he hecho con todo el cariño para ti y sabes que no me gusta la cocina.

- ¿Qué tú has hecho qué...?

Observó de nuevo el contenido de la mesa. ¡Ja, se la quería colar! Todo eso estaba muy bien hecho para que hubiera sido él quien los hubiera hecho.

- Estos. — Dijo con orgullo.

Siguió su mano. La metió debajo de la mesa, trasteó unos segundos y al sacarla, un plato pequeño relució en su mano. Lo dejó en la mesa. Intrigada estiró la mano para quitar el plato que lo cubría...

- ¡Ay!

Lo miró confusa; le había dado un manotazo en la mano cuando ya casi sus dedos tocaban el borde del plato.

- Eres una desagradecida.

- ¿Y ahora qué he hecho?

- No siento en mis labios la humedad, ni el calor de los tuyos tras haberme dado un beso matutino...

- ¡Serás idiota! — Dijo muerta de risa.

Se giró todo lo que su cuerpo le permitió. Rodeó su cuello y pegó sus bocas en un beso asfixiante. Poco después lo finalizó con una lamida juguetona.

- ¿Contento?

- No sé... Creo que ha... Sido algo corto...

- ¡Imbécil!

Con la mano abierta le arreó el golpe en la cabeza que hacía rato quería darle.

- ¿Por qué siempre tienes que golpearme? — Se quejó.

Al ver como se acariciaba el cabello, rompió a reír.

- ¿Por qué siempre tienes que ser tan arrogante?

- Mi madre me parió así.

- Pues recuerda que a mi la mía me parió con la mano algo suelta. — Espetó con chulería.

- Ja, ja, ja. ¿Solo un poco? Leona.

Su voz sugerente, hizo que un escalofrío la recorriera de pies a cabeza. Cerró un segundo los ojos para recuperarse y soltó:

- No me tientes que aun te doy otro en la cara y te la pongo del color del tomate.

- Te quiero, leona.

Destapó el plato. Paralizada no pudo dejar de observar la especie de bombones en forma de corazón. Algunos en forma de luna y otros en forma de estrellas, pero todos... Todos... Con las iniciales A y D; Ariel y Dmitriy.

La euforia que recorrió su cuerpo fue una sensación demasiado enérgica. Tenía ganas de llorar, pero por primera vez de alegría. No entendía como ese hombre que la miraba con esos ojos grisáceos llenos de esperanza, era capaz de hacer en un segundo y con un simple gesto, que le amara más de lo que ya le amaba.

- ¿Por qué has esperado tanto? — Dijo apenada.

Desde que la había dejado su vida había sido caótica. Sus crisis habían empeorado a gran escala. No podía controlarse como había venido a haciendo desde que tenía uso de razón. Que él la hubiera dejado y hubiera sido tan cruel, le había provocado unas graves secuelas, de las cuales se avergonzaba y a las que no sabía cómo poner fin.

- Es difícil de explicar.

Su mirada que hasta ese momento había estado puesta en los chocolates, pasó a centrarse únicamente en sus ojos. De repente se le reflejó en ellos la tristeza. Esa revelación la golpeó con dureza.

¿Qué le estaba ocultando? ¿Por qué de la nada al mirarle había sentido que lo que escondía posiblemente era algo muy grave?

- Come.

Dmitriy apartó sus ojos de los suyos. Le dio la sensación de que mirarla en ese instante le suponía un gran esfuerzo. Lo dejaron así. Ninguno volvió a tocar el tema. Pasaron el rato tranquilos centrándose en comer y en sonreír cada vez que se encontraban sus miradas.

Al dar las doce ya estaba aburrida. Había buscado por toda la casa su bolso aprovechando que Dmitriy había recibido una llamada de los guardias de un local cerca de Princezno, pero no lo había encontrado.

De nuevo se veía sin salida. ¡Por su santa madre que el bolso no tenía patas! Dmitriy debía de haberlo escondido, pero... ¿Dónde? Se dejó caer en el sofá. Le dio vueltas al coco hasta que comenzó a sentir un leve dolor. Se pasó la mano por el cabello y luego se llevó la mano a la boca y mordisqueó; estaba preocupada... Muy preocupada... No encontrar el bolso, mejor dicho lo que tenía dentro el bolso y que tanta falta le hacía, solamente llevaba a una vía; a vivir una nueva crisis y conociendo el historial de las últimas... Eso no era nada bueno...

- ¿Le apetece que le prepare un emparedado?

Miró a la mujer que acababa de entrar en el salón y que había interrumpido sus pensamientos. Negó con la cabeza.

- ¿Ha visto un bolso negro pequeño con un cierre dorado?

Quizás ella podría ahorrarle el trabajo de seguir buscando. Si esa mujer vivía allí, tal vez ella lo hubiera visto. La mujer se dio la vuelta y salió de la enorme sala. Se masajeó la frente. Ni fuerzas tenía para fijarse en lo que la rodeaba. Tampoco le importaba. Había sido suficiente con el cuarto de baño que había en la habitación que Dmitriy le había designado.

¿Dónde? ¡Ni puñetera idea!

Dmitriy ni eso le había dicho. Mientras desayunaban le había preguntado, como siempre, recibió evasivas que la llevaron a dejar de insistir.

- ¿Es este?

Al ver lo que la mujer le mostraba sus ojos se abrieron, su sonrisa floreció y su corazón dejó de palpar a una velocidad que si hubiera mantenido ese ritmo unos segundos más, le habría explotado.

Saltó del sofá. Se lo arrebató de las manos. Mientras la mujer la observaba con una mirada que no supo descifrar, buscó dentro como si su vida dependiera de ello.

- ¡Maldito sea!

Lanzó el bolso a la otra punta de la sala. Se le había acabado la paciencia. Su cabeza colapsó y empezó a tirar todo lo que encontró a su paso. La rabia y ansiedad dirigían sus actos. Las dos sensaciones corrían por sus venas, ya no había remedio, lo que tanto miedo le daba había ocurrido; había entrado en trance.

Tiró sillas, vajilla, retratos, vasos... Todo lo que había encontrado en el mueble terminó destrozado en el suelo.

- Por favor, señora cálmese. Ya he llamado al señor.

No la escuchó o puede que sí, pero su cabeza era tal cacao que las palabras no llegaron a su cerebro. Corrió a la cocina, en su recorrido la había visto de pasada. Con la respiración sonando fuerte se detuvo. Sabía que la mujer la había seguido, pero no llegaba a procesar lo que estaba haciendo, ni sucedía; la desesperación se lo impedía.

Abrió cajón por cajón. Cada uno aterrizó con un golpe estruendoso en el suelo. Cuando abrió el último sus ojos se abrieron con un brillo diferente. Ida se hizo con uno. No veía más allá del artilugio que sujetaban sus manos. Percibió el terror en los ojos de la mujer cuando alzó un segundo la mirada, pero su juicio estaba tan nublado, que esa sensación la hizo sonreír como una posesa.

- ¡Fuera!

Observó como la mujer salía a la carrera aterrorizada. Una vez sola, puso el artilugio bien pegado a su muñeca siguiendo la voz de su cabeza; "hazlo y el

sufrimiento se detendrá".

Apretó decidida, si su cabeza se lo decía, debía ser verdad. Gritó al sentir como la carne se abría, sintió alivio cuando vio la sangre empezar a caer... De pronto empezó a sentirse mareada. El cuchillo cayó de sus manos. Quiso correr, taponar la herida, pero para cuando se dio cuenta de lo que había hecho, ya era tarde; la vista se le nubló. Tambaleante intentó a andar. Se sujetó a la encimera. No tenía fuerzas, el cansancio la llamaba a cerrar los ojos. Sus piernas cedieron... Y cayó... En el mismo momento que Dmitriy traspasaba la puerta con una mirada llena de pánico...

- Mmm.

Se removi6. Era dif6cil no hacerlo y obviar lo que le hab6a parecido un beso en su frente. Hab6a sentido tanta ternura en un simple beso, que 6nicamente por volver a sentirlo, mantuvo los ojos cerrados.

- Sé que estás despierta. Así que mírame, debemos hablar.

Como un resorte los abrió de par en par. Tanto su voz, como sus palabras, le indicaron que Dmitriy se encontraba muy enfadado. Sé sentó y entonces las imágenes la avasallaron sin piedad. Miró su muñeca. No había sido un sueño.

¡Oh, Dios! ¿Qué estaba mal con ella? ¿Por qué no podía parar?

Se cubrió la cara. Esa no era ella. No lo podía ser. ¡Joder, había intentado a acabar con su vida! Los ojos se le humedecieron. Con razón Dmitriy estaba furioso. Le extrañó que no estuviera saliendo humo de sus oídos como si fuera una locomotora.

- Lo siento. — Dijo compungida.

- Yo también.

Se incorporó con la intención de abrazarle. Algo se lo impidió, no podía seguir hacia su destino. Desorientada se miró de arriba a abajo.

¡Qué demonios!

¿Por qué tenía una especie de cinta rodeando su estomago y espalda? Y aún

peor... ¿Por qué de esa cosa salían dos tiras a cada lado?

Siguió la cinta. ¡No podía creerlo! ¡Estaba sujeta a la cama! Se movió para intentar alcanzar las cintas que la retenían. No logró nada. Soltó el aire furiosamente. Esas cosas estaban bien pensadas para que solamente pudiera sentarse.

- Dime que no estoy atada a la jodida cama. — Dijo muy despacio.

Le estaba costando mantener su cabreo. No podía creer que Dmitriy fuera capaz de privarla de la poca libertad que tenía.

No le respondió. Se puso de pie y se alejó yendo hacia la puerta. Su mosqueo creció.

- Pasa.

¡Mierda! ¿Por qué lo hacía?

- Hola.

Se sentó a sus pies y la miró. Que le sonriera de esa forma tan apacible, la crispó. Desvió la vista hasta encontrar a Dmitriy. Con sus ojos se lo dijo todo; "eres un desgraciado".

- Ariel mírame. Estoy aquí para a hablar, no quiero juzgarte, ni que me cuentes porque has llegado a esto. Únicamente quiero que me acompañes a un par de reuniones, que te relaciones con otras personas que pasan por lo mismo...

- Te lo agradezco, Keith. — Cortó. - Pero no pienso ir a ninguna reunión, no pienso sentarme en un círculo como niñas de patio y mucho menos voy a decirle a unas desconocidas mi vida, ni lo que pasa por mi cabeza.

Keith dejó caer los ojos. Ese gesto la hizo enfadar más todavía. Empezaba a sentir las ganas de arañar sus manos. Sopló el aire con fuerza hacia afuera y lo volvió a coger. Lo hizo tantas veces que perdió la cuenta. Era una mera forma de contenerse, de demostrar que podía parar, de dejar claro que no estaba enferma y que no necesitaba ayuda.

Mentalmente se lo repitió sin cesar. Era a lo único que podía agarrarse para que las voces críticas y dañinas que le gritaban sin cesar lo poco que valía, no utilizaran también eso en su contra.

Alzó la cabeza. Dmitriy no dejaba de mirarla. El pecho se le comprimió. Él sufría. Sus ojos estaban cubiertos por una tela de dolor y... ¿Culpabilidad? ¿Remordimientos? No supo decirlo, pero si se dio cuenta de que mintiendo y sonriendo con falsa felicidad, no engañaba a nadie; lo único que estaba haciendo era engañarse a sí misma.

- Ariel...

- No.

- Ariel, deja...

- HE DICHO QUE NO.

Que hubiera reconocido que no estaba bien, no quería decir, ni que les iba a dar la razón, ni les iba a permitir que la trataran como a una enferma mental.

¡Empezando por esas cintas opresivas!

Tiró con fuerza queriendo soltarse. Tiró... Tiró... Y siguió tirando hasta que sintió las manos de Dmitriy en su cuello cogiéndola de esa manera tan suya que la hacía perderse en su tacto, en el color de sus ojos...

- Basta, leona. — Susurró cerca de sus labios. - Tienes que parar, ¡joder! Hazlo por mí, necesito que estés bien. No puedo salir por la puerta y a cada minuto estar pensando en si estás bien o has tenido otra crisis. No sirve de nada tenerte rodeada de hombres que darían su vida por protegerte, si eres tú la que se provoca ese mal cada vez que estás fuera de su vista.

Apoyó la frente en la suya y la miró fijamente. Quería comérselo a besos. ¡Se le veía tan rico!

- No quiero tener que poner un hombre dentro de esta casa para que este pegado a ti. No quiero tener que dejarlo a la puerta de nuestra habitación. No quiero tener que estar desconfiando de ti. Te quiero bien, leona. Te quiero fuerte, con las ideas claras y preparada para darme pelea.

Besó con ternura su cabeza. El aire de su respiración acarició su cabello.

- No quiero a esta Ariel débil, destruida y sin ganas de vivir... Por nosotros,

acepta lo que te propone mi madre. Escucha a otras mujeres, no hace falta que tu digas nada. Solamente escucha, ponte en otras situaciones y valora si lo que tu has pasado es peor que lo que han vivido ellas.

Durante segundos no pudo hablar. Su cabeza estaba dando vueltas sin parar. Pensó... Y repensó... Aunque si era sincera con ella misma, desde hacía rato sabía lo que debía a hacer.
¡Qué malo era ser una orgullosa!

- Si digo que sí... ¿Me soltaras?

- No creerías que iba a dejarte mucho tiempo así, ¿verdad? — Sonrió sabedor. - Solamente era una medida para que escucharas. Es más te prometo quitar a Richard de tu cuidado y custodia, además de concederte el tiempo que estés con mi madre y Claudia sin niñeras. — Remarcó con gracia.

Al escucharle su risa resonó fuerte en el cuarto. No sabía que él conocía el apodo que le había puesto a sus guardias patanes. Asintió despacio. Era hora de empezar a dejar que los demás se preocuparan por ella y la ayudaran a salir del abismo en el que había caído.

- ¿Me lo prometes? No, espera, júramelo. — Exigió.

Dmitriy echó la cabeza hacia atrás. Sabía que lo había hecho para que no viera la sonrisa que habían dibujado sus labios. Sonrió y esperó de manos cruzadas como si fuera la niña más buena del mundo.

Cuando volvió a bajar la cabeza, no la miró a ella, si no que puso sus ojos sobre su madre y le hizo una especie de señal con la cabeza. Confusa observó como sonreía mientras caminaba hacia la puerta.

- ¡Hola! ¿Ya podemos irnos de compras?

- Sabías que aceptaría, ¿Verdad? — Inquirió a Dmitriy sin dejar de mirar la sonrisa enorme de su amiga.

Sintió sus manos tocar las cintas. Creyó que la estaba desatando, por eso no le prestó atención a sus movimientos.

- ¿Qué haces?

Giró bruscamente la cabeza. Como niño travieso tenía una sonrisa en los labios. Esa vez si la dejó verla, es más quería que la viera; la miraba con un brillo en los ojos que le hizo temer lo peor.

Le regañó con la mirada. Si hubiera podido a abrir la boca, probablemente le habría dicho desde desvergonzado a libertino; aceptaba gustosa que se acomodara con ella en la cama, pero no que el cretino pusiera la mano donde no debía y menos estando su madre en la habitación.

Se tragó como más bien pudo las ganas de estrangularlo y sonrió a su amiga que se acercaba. Eh... ¿Qué había preguntado? Se preguntó en silencio mientras disimuladamente escondía la mano debajo del cubrecama y le daba un pellizco a la mano que aunque no hacía indicios de moverse, si la inquietaba con su tacto.

- ¿La sueltas ya o tengo que secuestrarla como tú acostumbras?

Dmitriy la miró con una mirada letal.

- Prueba a hacerlo y conocerás quien soy, al hombre que es capaz de mover cielo y tierra por encontrarla y al que es capaz de lo que sea por retenerla a su lado.

- Hijo mío que profundo...

- Ni que lo jure señora, este perdió la cabeza desde que comenzó a vivir con ella y vio cuan hermosa es.

Los colores subieron abrasando su cara. Así era Dmitriy, ya estaba acostumbrada a sus acciones descabelladas. Por eso precisamente no era por eso por lo que se había puesto colorada, si no que el cabrito le había devuelto el pellizco en terreno peligroso.

CAPÍTULO NUEVE

- ¿Y este?

- No.

- ¿Por qué? Es precioso.

Arqueó una ceja y la miró como diciéndole; "a ti que te gusta enseñar carne, cómpratelo".

- He dicho que no. ¿Por qué no me escuchas cuando hablo?

Sacó el vestido de la cesta y lo dejó en su lugar. No se molestó en colocarlo bien, simplemente mirarlo ya le hacía sentir arcadas, como para encima estar tocándolo y entreteniéndose en ponerlo cuidadosamente en su lugar.

- Vieja rancia.

- Fulana. — Le devolvió el afecto.

Claudia puso morritos. Era una especie de mueca parecida a un beso. Se le asemejó a un pez y estalló a reír. Su amiga frunció el ceño y se cruzó de brazos. Si su mirada en aquel momento hubiera sido un rayo, no se lo hubiera pensado para fulminarla.

- ¿Qué tiene gracia?

- Tú.

Le sacó la lengua y le dio la espalda. Sentaba de maravilla disfrutar de ese espacio de libertad. Le había parecido mentira mirar varias veces sobre sus hombros y no ver a ninguno de los hombres que la vigilaban.

Una sonrisa enorme se le pintó en la cara al ver la imagen de Dmitriy con cara de disgusto cuando se alejaba con su amiga. Vio su imagen tan nítida, que casi sintió su corazón protestar. Sí, era de chiste, tanto tiempo deseando que las niñeras dejaran de estar detrás de su culo y en cambio ahí estaba sintiéndose mal porque conocía a su hombre y sabía que seguramente debía de estar tirándose de los pelos.

- ¿Qué te preocupa? Ese ensimismamiento en el que te has quedado no puede ser nada bueno.

Se encogió de hombros. Pensativa clavó los ojos en su amiga que tras su gesto se había dado la vuelta y contemplaba un pantalón de cuero negro ajustado. Negó con la cabeza. No cambiaría nunca. Seguramente cuando fuera vieja, iría a haciendo el ridículo por querer imitar a las jóvenes.

- Dmitriy. — Se le escapó.

- ¿Qué?

- ¡Mierda! Olvídalo.

- ¿Cómo? Si ya has soltado la primera palabra cuéntalo todo para que me entere porque teniendo a un hombre que se desvive por ti, tú sigues de majadera cabezona.

Se mordió el labio ante la mirada tan insistente que le dedicaba su amiga. Como iba a explicarle la mitad de sus miedos si no había podido confesarle quien era. Si le había estado mintiendo durante tanto tiempo. No quería perderla, para ella Claudia era muy importante. Era su hermana, su apoyo, la alocada que siempre le robaba una sonrisa.

¿Por donde debía empezar para que con su confesión, no dejara de hablarle?

- Solamente... Estoy todavía asimilando lo de la casa.

- ¿Qué tiene de malo?

"Que viene de dinero manchado", estuvo a punto de soltar. Menos mal que recapacitó y se mordió la lengua.

La había impactado ver que no habían salido de Chicago, pero mucho más que Dmitriy con una sonrisa engreída le especificara en la misma puerta, que había comprado esa hermosa casa al lado del muelle, exactamente; a unos metros del lago Michigan.

Como era normal su boca se abrió y sin pensar en que su amiga y la madre de Dmitriy estaban presentes, empezó a despotricar contra él. No le había estampado un zapato en la cabeza, porque la cogió con firmeza del pelo y le hizo mirarle a los ojos mientras le susurraba: "quería que empezáramos de cero, que olvidáramos la forma en la que empezamos todo y de la forma en la que terminó. Y quería que aquí, el lugar donde tu sonrisa resplandeció como el sol mientras mirabas el lago sostenida en mis brazos, fuera nuestro principio".

El mismo movimiento de tierra que sintió cuando se lo dijo, lo sintió en ese momento. Para que engañarse, aunque no le gustaba nada la idea de vivir del dinero que para ella era sucio, la intención había sido buena y otra vez el

condenado se ganó otro trocito de su corazón.

- ¡Joder!

- ¿Qué? ¿Qué pasa?

Observó a su amiga que de repente se había puesto a mirar la tienda de punta a punta.

- No me has visto.

- ¿Eing?

La vio correr con desesperación. Llegando al mostrador casi se fue de culo debido a la gran velocidad que iba. Movi6 la cabeza de un lado a otro sin entender nada. Perdida por su actitud desfasada con la que se había escondido detrás del mostrador, se dio la vuelta...

- Hola.

- ¡Ay!

Saltó hacia atrás. ¡Oh, ya entendía! Cambió su gesto de sorpresa, mejor dicho de asustada, no lo había podido evitar, no había terminado de darse la vuelta cuando ese hombre la saludó demasiado cerca. Por la sonrisa que llevaba en sus labios, supo que lo había hecho a propósito.

- Hola, Caleb.

- Mmm, sabes mi nombre, pero yo no sé el tuyo.

- Ja, ja, ja. Puede que sea porque cuando estás con mi amiga no le dejas tiempo para que hable. — Comentó divertida. - Soy Ariel, encantada.

El inglés cogió su mano con delicadeza e hizo algo que no esperaba; se la llevó a los labios y besó el dorso de su mano.

- Veo que cuando quieres puedes ser un caballero. — Soltó muerta de risa cuando le devolvió la mano.

- Soy un caballero.

Puso cara de ofendido. Como amiga casi hermana de Claudia, le echó una mirada y evaluó si era suficiente bueno para su amiga. Por lo pronto, entre lo guapo que era, lo divertido que se veía y que derrochaba galantería... Ya iba por el seis.

- No con Claudia. — Reprochó.

- Claudia no necesita cursiladas y regalos. Como amiga de ella bien sabrás que si fuera de esos, no tendría ni la más mínima posibilidad.

- No creo que hayas ganado mucho más con esa actitud arrogante y chula de cojo las cosas porque me sale de las pelotas.

¡Hala, de nuevo se le había ido la boca! Le observó por el rabillo del ojo mientras se entretenía en mirar un vestido corto que en su vida llevaría puesto. Todo su cuerpo se tensó; estaba a su espalda, demasiado cerca y eso la puso muy nerviosa...

- Me parece que no estás al tanto de los últimos acontecimientos... — Susurró en su oído.

Giró la cabeza para mirarle a la vez que dio un paso a atrás. Acababa de perder un punto por querer burlarse de ella. Se veía en su cara que ese tipo disfrutaba a haciendo que las mujeres se pusieran nerviosas.

¡Pobre de él! Que no la buscara porque la encontraría. Al único que le permitía reírse de ella era a su hombre de hielo e incluso a veces salía escaldado por su boquita y mano rápida.

- ¿Cuáles? ¿Qué eres un capullo? ¿Egocéntrico? ¿Insoportable? ¿Despreciable? Tengo muchos acontecimientos para que pasemos a aquí el día, pero la verdad... No quiero que tus oídos se resienten y tengas que ir al médico.

Sus ojos chocolate se achicaron en su dirección, incluso así, le fue imposible dejar de ver la chispa divertida en ellos.

¡Qué hacía! Increíble miró de él a su brazo dos veces. No podía asimilar que ese

hombre, un extraño para ella, le acabara de pasar el brazo por encima de los hombros y la guiaba. Ni siquiera se dio cuenta de hacia donde iban. Y es que era lógico, no dejaba de pensar que si Dmitriy estuviera allí, primero ese tipo no se habría atrevido a tocarla y segundo, le habría partido los brazos.

- ¡Hey nena, porque no dejas de a hacer el ganso ahí atrás y le dices a tu amiga donde estabas anoche!

- ¡Capullo!

Su amiga rápidamente se puso de pie y apoyó las manos en el mostrador con una mirada que dejaba claro que quería que cerrara el pico.

- ¿Claudia?

- Eso, Claudia, dile lo ocupada que estabas anoche, esta madrugada y esta mañana antes de que su novio te llamara.

Su amiga se puso roja y no precisamente por vergüenza. Eso ella no sabía lo que era, posiblemente todavía no la había conocido. Se acercó con los ojos llenos de rabia y le dio un guantazo que impactó de pleno en su cara. Se escabulló y se tapó la boca.

- ¡Eres... Eres... Te odio!

Caleb la cogió por las muñecas y la presionó contra su pecho. Poco después, su boca devoraba la de su amiga y ella no sabía donde meterse. Lo único que pudo a hacer fue bajar la mirada al suelo y esperar que el show que estaban montando acabara.

- Nena, deja de luchar contra lo inevitable, eres mía y los dos lo sabemos.

Con la boca abierta vio como la soltaba y salía con andares firmes de la tienda. Por primera vez, vio a su amiga sin habla. Miraba en dirección a la puerta sin siquiera parpadear.

- ¿Claudia? — Pronunció con cuidado.

- Tengo hambre.

- Vaaaale.

Era la una cuando se sentaron en el Hog, al final no habían comprado nada. Lo bueno era que había pasado una mañana muy entretenida.

- ¡Hola!

- Hola, Melisa. — Dijeron las dos a la vez.

Ella con un tono algo mosca, todavía tenía detrás de la oreja el encuentro en el despacho. No se tragaba ese cuento de que había sido ella el motivo de su presencia. No lo veía claro. Tenía grabado en la mente su mirada, su postura, su sonrisa. La conocía bien. Y por ella no apostaba la vida como lo hacía con Claudia y eso que quien había estado en su cama había sido la última.

- Ariel...

- Déjalo, Melisa. No quiero que vuelvas con el mismo rollo. He leído tus mensajes varias veces, así que deja ya la historia.

- Entonces... ¿Estamos bien?

Le dio una leve mirada. Parecía sincera, pero sabía mejor que nadie que las apariencias engañaban. Que se lo dijeran a ella, que jamás habría pensado que un empresario conocido y con dinero de sobra, perteneciera a la misma organización en la que ella había nacido y de la que con tanto ahínco había tratado de escapar.

- Solamente te diré que no te quiero cerca de Dmitriy. Que si te veo a dos pasos de él o sonriendo en su dirección, te enseñaré quién soy para que te acuerdes de mí el resto de tu vida. ¿Entendido?

Claudia carraspeó y Melisa tragó con dificultad. Esperó a que asintiera para pedir su comida. Al ver que no lo hacía la miró con una mirada que hasta el asesino más buscado se habría asustado.

- Que si lo has entendido.

- Sí. Has sido muy clara.

- Perfecto. Ahora sírveme mi comida de siempre. — Dijo arisca.

Melisa asintió y se dio la vuelta. La tristeza de sus ojos lo decían todo; su relación ya no volvería a ser la misma.

- Has sido muy dura. — Recriminó Claudia.

La miró como diciendo; "¿No me digas?".

- Se lo ha buscado ella.

- No creo...

- ¿Sabes cuando te das cuenta de que estás enamorada?

Observó ensimismada por la ventana. Al ver que su amiga no decía nada, devolvió su vista a ella.

- El corazón te lo dice. No le ves y tu corazón está inquieto, como si le faltara algo y no importa lo bien que lo estés pasando. Siempre está alterado... Descontrolado... Y entonces vas junto a él y tu corazón se sosiega, ya no sientes esa sensación con la que crees que en cualquier momento el corazón te va a reventar...

- Te has vuelto muy poética...

Negó con la cabeza por no darle con la silla en la cabeza.

- Lo que te estoy diciendo es que cuando tu mundo se reduce a él... Que cuando tus pensamientos solamente están llenos de su sonrisa, de su voz, de sus gestos, de cualquier cosa que haya dicho o hecho que te haya provocado una sonrisa... Ahí empiezas a darte cuenta de que tienes un problema.

- ¿Y...?

- Que cuando miras a tu amiga y sientes como el corazón se te acelera e intentas tranquilizarlo, pero vuelves a mirarla y tu corazón incluso aumenta la velocidad

que ya llevaba y sientes por tu sangre como se calienta e impide que la veas como tu amiga... Tenemos otro gran problema.

- Ella no lo hizo con mala intención...

- Eso es lo que tú crees. No la viste. Así que deja de reprochar como la trato, porque tanto ella como yo sabemos que en nuestra relación se ha abierto una enorme brecha.

Poco después Melisa les sirvió la comida. Por norma se habría sentado con ellas y se habrían reído un rato. Aquel día no. La incomodidad cuando ella se acercaba se mostraba en todo su cuerpo. Durante segundos cerraba la boca y se ponía a jugar con el mantel de la mesa hasta que se alejaba y sentía que podía respirar con normalidad. Así pasaron dos horas, hablaron sin parar, comieron y como no podía faltar criticaron a los hombres.

Más tarde dieron una vuelta por la ciudad, sin prisas, disfrutando del paseo. Mezclándose con la gente, oyendo el sonido de los coches, mirando escaparates... Todo disfrute se quedó corto. Cuando se dieron cuenta el tiempo se les había ido, la noche había caído y la subida a la torre que habían acordado la tuvieron que posponer.

Claudia la acompañó hasta la puerta. Un destello de tristeza cubrió sus ojos. No quería que el día terminara. Todo había sido tan normal... Tan satisfactorio... Tan común... Que temía que ese hubiera sido su único día como el de cualquier otra mujer.

Su amiga que la conocía, la abrazó. Un abrazo tan cariñoso y lleno de ternura que la reconfortó y la hizo darse cuenta de que estaba dando por hecho las cosas sin que todavía hubieran pasado. Dmitriy no faltaría a su palabra. No a no ser que metiera la pata y él creyera conveniente actuar contra sus propias ordenes.

Le dio un último beso a su amiga. Sonrió y atravesó la verja...

- ¡No me echó!

Se detuvo en el acto. Procesó lo que su amiga le había gritado y se dio la vuelta; su amiga le suplicaba en silencio que la ayudara.

Se acercó un poco, pero se mantuvo callada. Su amiga resopló y se cruzó de brazos como si así se pudiera proteger de lo que iba a decir.

- Tengo miedo... — Susurró.

Lo había dicho tan flojo que le costó captar todas las letras de la frase.

- ¿Y qué? Así es el amor. Uno se lanza aterrorizado con la duda de si se estrellara, pero... ¿Y qué? No puedes dejar que el miedo se haga el amo de la situación, que domine tus sentimientos, que te cohíba, que te impida ir a por lo que quieres.

Sonrió y antes de empezar a andar hacia la casa dijo:

- Puedes perder mucho si dejas que el miedo tome posesión de tu vida. El amor, Claudia. Y puede que sea de los que es para toda la vida y que solo se cruzan en tu camino una vez.

Abrió la puerta y la cerró de golpe. Echó a correr. Ni en broma. ¡Ese idiota estaba como las cabras!

Unas manos la cogieron de la cintura... Le asestó una patada en la espinilla y siguió a la carrera. Las manos la volvieron a atrapar y los dos volcaron por el césped. La risa de los dos llenó la noche silenciosa.

- ¡Suéltame, Mijaíl!

- ¿Dónde ibas con tanta prisa?

- No me enfades, Mijaíl. No voy a entrar ahí.

Señaló la casa como si fuera la casa del terror.

- Miedica.

- Precavida.

- Cagada.

Apretó los dientes con fuerza. ¡Por qué estaba en el suelo que si no ya lo habría dejado estéril y con los huevos bien morados!

- Mijaíl, ¿por qué tus manos están tocando el cuerpo de mi mujer?

Rompió a reír sin remedio; Mijaíl había saltado como un perro asustado, puesto de pie y cuadrado delante de su hermano.

- Solo la he parado. — Aclaró levantando las manos.

Su gesto la hizo retorcerse en el suelo. ¡Dios! Eran como los niños chicos, no podías tocar nada que fuera suyo. Su hombre de hielo levantó el dedo en una clara advertencia.

¡Menuda tontería! ¿No veía que su hermano no era un peligro?

- Es mía. — Soltó como un perro guardián.

Su risa se cortó al instante. ¿De nuevo hablando ruso? Se sentó con las piernas cruzadas, apoyó los codos en las piernas y la cabeza en sus manos. No tenía intención de perderse nada... De nada.

- No soy Diego cretino.

Mijaíl pasó por su lado y al pasar le dio un golpe con el hombro. Dmitriy lo paró cogiéndolo por el brazo. Se puso de pie temiendo que terminaran a golpes en el jardín.

- Lo siento, Mijaíl. No era mi intención...

- ¿Ah, no? ¿Y cuál era si se puede saber? — Soltó el aire con fuerza. - Joder Dmitriy, la quiero como a una hermana.

Su cara se suavizó al ver como Dmitriy rectificaba e intentaba pedir disculpas.

- El está aquí.

Dmitriy dio una patada al césped a la vez que soltaba a su hermano.

- Pasa de él...

Le dio una mirada muy significativa. Mijaíl la miró. Disimuló jugando con la hierba.

- No.

- Sí, Mijaíl. Parece que mi preciosa leona se ha guardado para ella que ha conocido a Diego.

- ¿Cómo?

- Casualidad de la vida. Por lo que me ha dicho Travis, ella no sabía quien era cuando asistió a una entrevista.

Dmitriy la observó y le sonrió. Le dieron ganas de levantarse y escupirle a la cara. Apretó con fuerza los puños. Pronto sintió las uñas ir clavándose en sus palmas.

- La quiere a ella. Me ha amenazado en una carta donde detalla con lujo de detalles lo que quiere hacer con ella y no puedo a hacer más que esperar...

- Oh, ¡ahora lo entiendo! Llevaba rato preguntándome porque tu casa parecía un fuerte blindado. Si yo fuera ella te cortaría los huevos.

- Sufriría la agonía con gusto si con ello consigo que esté a salvo y lejos de ese hijo de puta que tenemos por hermano.

¡Hale, ya se había cansado! Se puso de pie y empezó a caminar hacia la casa de madera de la noche anterior. Saber la mitad de lo que le pasaba a Dmitriy empezaba a inquietarla y a hacerla sentir estresada.

- Suéltame o te juro que te desfiguro la cara. — Amenazó.

La apretó con fuerza de la cintura pegándola a él. Se mordió el labio.

- Leona... Nos están esperando y te prometo que si no fuera por ese pequeño contratiempo, te tumbaba aquí mismo para recordarte lo poco que me gustan tus huidas.

Una descarga de placer la atravesó al oír semejante sugerencia. Cerró las piernas inconscientemente. No era normal las sensaciones que ese hombre le producía con unas simples palabras susurradas en su oído. Claro que también estaba su

gran juguete marcando la evidencia de cuanto la deseaba pegada a su culo.

- Así que te gusta la idea, ¿eh?

Le dio la vuelta y cuando la tuvo de cara mordió sus labios con parsimonia. Avivada por el deseo se olvidó de todo y rodeó su cuello con sus brazos. Lo acercó a ella. Dmitriy rió en sus labios y luego la incitó a abrir la boca con su lengua. Lo hizo y enseguida fue premiada con el sabor de su boca. La razón se le fue y gimió.

¡Le deseaba!

Su cuerpo pedía a gritos sentir sus feroces embestidas, oír sus gruñidos complacidos, sentir sus manos sosteniéndola mientras alcanzaba el clímax.

- Vamos.

- No, por favor... — Suplicó.

Dmitriy se quedó muy quieto. Podía ver el mismo deseo que ella sentía reflejado en su ojos grises. El debate que su cabeza estaba teniendo con su cuerpo...

- Pídemelo y los mando a todos a la mierda, saco a los hombres de alrededor y me paso toda la noche haciéndote el amor bajo las jodidas estrellas.

Sonrió. Lo decía en serio. Cuando Dmitriy hablaba de esa manera tan firme, era porque con una palabra que dijera ella, lo haría. Poco le importaba que a quien tuviera que echar fuera a su familia.

Negó débilmente con la cabeza. Por mucho que su cuerpo estuviera ardiendo en llamas, no se veía capaz de hacer un desplante de ese calibre a la familia que la quería como a una hija.

- ¿Seguro?

Volvió a negar y Dmitriy estalló en risas. ¿Qué? Había sido sincera. Ni quería echarlos, ni quería quedarse sin su gloria.

- Te compensare, leona impaciente y caprichosa.

- Más te vale, me la has vuelto a liar.
- Facebook, leona. Ha sido Facebook.

Se llevó la mano a la frente y dijo:

- ¿Qué has hecho ahora?
- Yooo... Nada.
- Sí, claro. Como eres un Santo.

CAPÍTULO DIEZ

- Ya era hora, la cena se va a enfriar.

- Hola, Keith.

La madre de Dmitriy la abrazó. Le encantaba sentir la ternura de esa mujer, su cariño, su vitalidad.

- Tengo hambre. — Fue el saludo del señor Novikov.

Cuanto más lo miraba más parecido le encontraba con Dmitriy. Ya iba entendiendo de donde había sacado Dmitriy esa forma de dar ordenes y mandar como si fuera el amo del mundo y luego no ser capaz de dar un simple gracias.

- ¡Hola!

Penélope y su efusividad, la hicieron casi perder el equilibrio. Se agarró a su cuello y la estrechó con fuerza. Su gesto hizo que sonriera. Esa mujer era hermosa de pies a cabeza y de dentro a afuera. Se separaron y sus ojos dieron con su barriga. Los remordimientos cubrieron sus ojos y la pena ennegreció el brillo de sus ojos.

Una mano grande y firme la hizo girar. La pegó a su pecho y dijo en voz baja:

- Tienes que dejarlo ir, leona. Pronto nosotros también tendremos uno y será igual de bello que tú.

Con los ojos llorosos, pegó la cabeza a su pecho. Necesitaba su calor, su ternura, su paciencia, su serenidad, sus dulces palabras...

- Yo no quise...

- Lo sé, simplemente olvida.

Alzó la mirada para encontrar sus ojos.

- ¿Tú lo has hecho?

Su silencio le dio la respuesta; no. Todavía le dolía. La forma en que sus ojos se habían apagado y la manera en que su boca se había mantenido presionada, lo habían dejado muy claro.

- Mírame. — Ordenó.

Volvió a subir la mirada que había bajado desolada.

- Tú no tuviste la culpa.

- Déjalo, Dmitriy. Eso ya me lo he repetido muchas veces y no funciona.

- ¡Oye, que la mesa no se pone sola!

Dmitriy atravesó a Mijaíl con la vista.

- ¡Qué la ponga tu mujer!

- ¿Te recuerdo que es tu casa?

Contuvo una sonrisa. Esos dos eran igual de chinchosos. "De pequeños tuvieron que dar mogollón de quebraderos de olla a su madre", ese pensamiento provocó que la sonrisa que intentaba ocultar se mostrara en toda su cara.

Dmitriy la acarició. Pasó la mano por su cara, rozó su peca y luego perfiló con sus dedos toda la largura de su sonrisa.

- Eres hermosa. Por eso no pude evitar enamorarme de ti.

Su corazón saltó. Dio pirueta tras pirueta mientras sonreía sin parar.

- ¡Ooooh, que bonito, hermano!

- ¡Mijaíl, te quieres callar!

Penélope que regresaba de la cocina, le pegó un manotazo con la mano abierta en el culo.

Todos rompieron a carcajadas al ver como Mijaíl se masajeaba el culo.

- ¡Cierra ya la boca, cariño! ¿O quieres que cuente donde me pediste matrimonio?

- No serás capaz.

- Uy, nombre de escritor eso si me interesa.

Dio dos pasos hacia Penélope, pero enseguida se vio de vuelta en los brazos de Dmitriy que había tirado de su mano con fuerza antes de que llegara a soltarle. Le dio un beso pequeño y breve, pero que hizo estragos en su pecho tanto o más que si hubiera sido uno de diferente grado y con fines distintos.

- Yo tuve la culpa.

Sus palabras la dejaron desconcertada. Buscó en sus ojos, ahí estaba de nuevo el destello de culpa.

- ¿De qué hablas?

Dmitriy se acarició la barbilla. Que tardara tanto en responder, empezó a provocarle picores.

- Aquel día. Yo. Tuve. La. Culpa.

- ¡A comer ya!

Paralizada no pudo moverse. No entendía a que venían esas palabras, ni porque lo hacía en ese preciso momento cuando toda la familia estaba allí.

- ¿Por qué?

- Vamos, podéis seguir hablando después de cenar.

Mijaíl tiró de Dmitriy y Penélope de ella. Se sentaron sin volver a abrir la boca. Un gesto muy incómodo para todos los allí presentes, que mientras conversaban animadamente entre ellos, se habían percatado de que Dmitriy removía la comida y ella le miraba pidiendo que explicara que había querido decir. Ninguno era sordo y todos aunque no se acercaban a la realidad, sabían por donde iban los tiros.

Dos horas más tarde habiendo pasado una cena incómoda, una despedida penosa y una velada interminable, se recostaron en la cama. Todavía no podía creer como era posible que hiciera un rato estuvieran riendo y comiéndose de lujuria con la mirada a no hablarse y ni siquiera hacer el intento.

Se tapó con la colcha y miró el techo. No había cristal, no podía ver la oscura noche, ni las estrellas brillantes; echaba de menos su antiguo cuarto. Suspiró. Se sentía muy cansada, pero eso no la preocupaba. Lo que temía era no tener sus pastillas para desconectar del mundo. El día se le había hecho corto, no había pensado en ellas en ningún momento, pero estar tumbada era otra historia, sus pensamientos estaban activos y de nuevo la acribillaban sin piedad.

- ¿Qué has querido decir antes?

Dmitriy la miró. En sus ojos detectó al frío Novikov. ¡En esas andaba!
¡¿Necesitaba transformarse en el Novikov despreciable para a hacer frente a sus palabras?!

- Yo debí haberlo visto venir. Nada hubiera pasado si me hubiera adelantado a sus movimientos. — Se pasó las manos por la cara. - Soy bueno adelantándome a los pensamientos de los demás, por eso siempre gano. Valoro todo desde distintos puntos de vista y me pongo en cada lugar para saber lo que haría yo en esa situación.

Entrelazó sus manos y acarició con su dedo gordo allí donde había ido a reposar. Sus cambios eran fascinantes; los gestos de su cara se habían suavizado al empezar a hablar.

- Ese día no lo hice. Temía que cuando supieras quien era me dejaras y estaba demasiado centrado en como hacerte cambiar de parecer en vez de estar en lo que tenía que estar.

Subió la otra mano hasta sus ojos y acarició sus párpados. No tuvo valor de moverse, de hablar a pesar de que quería gritarle que ninguno de los dos tuvo la culpa de lo que sucedió.

- Cometí un error enorme y después te culpe a ti. Eso era más fácil que reconocer que había fallado y que por culpa de ese fallo, perdimos lo más importante.

Dejó de sentir su toque. Abrió los ojos. Dmitriy miraba sus manos con mucha obcecación. Sintió su angustia.

- Sé que lo mejor que podría a hacer por ti es darte la libertad. Puedo a hacerlo te lo aseguro. — Le informó antes de que preguntara. - Llevo un tiempo buscando entre nuestras leyes un párrafo que indique que una mujer puede salir de la organización y lo he encontrado.

- Dmitriy...

Hizo un gesto de la mano para que mantuviera el silencio. Asintió para que se diera cuenta que le había entendido. Esperó...

- Te aseguro que pronto... Muy pronto... Podrás vivir una vida fuera de todo esto.

No supo qué decir. Tampoco le dio tiempo. Dmitriy besó su frente, se recostó y le dio la espalda.

Con los ojos empañados, fue repitiendo cada palabra que le había dicho. Un mal presagio le estrujó el corazón. Se abrazó a su espalda y antes de dejarse vencer por el sueño, susurró:

- ¿Vendrás conmigo?

Dio un manotazo. No quería despertarse. Era la primera vez en mucho tiempo que conseguía dormir del tirón y sin pastillas y eso se lo debía a la cercanía de Dmitriy. Aunque en ese momento lo quería bien lejos. La estaba incordiando. No necesitaba a abrir los ojos y verle para saber que se estaba divirtiendo viendo lo perezosa que estaba y lo mucho que se estaba quejando.

- ¡Para ya!

- Leona, mi madre está fuera.

- Dile que vuelva más tarde.

Sintió unas cosquillas en la pierna. No sabía lo que tenía el bromista en las manos, pero le estaban dando unas ganas de dejarlo sin pelos...

- Son las doce.

- ¡Me tomas el pelo!

Se incorporó de sopetón. Dmitriy tenía una sonrisa divina de esas que te hacen que el corazón se detengan.

- Ay, no... No... Dime que no...

- Se llama manchas. Es tuyo.

¡Iba a llorar! Lo cogió en sus brazos y lo miró. ¡Era el perro más lindo del mundo! Siempre había querido tener un dalmata. Le encantaban, tenía pasión por ellos, pero su padre nunca se lo había querido comprar. Dejó al cachorro en un lado de la cama y saltó a los brazos de Dmitriy. Lo besó en la cara, los ojos, la boca, el cuello, la cabeza... No quería dejarse ni un centímetro de ese hombre por besar.

- ¡Te has afeitado!

- Sí, bueno...

- Ni bueno, ni no bueno. Pero a ver guapo, ¿quién te ha dicho a ti que te toques la zona que más me gusta?

Dmitriy la estrechó mientras se reía descontrolado de su enfado infantil. Se enfurruñó, se cruzó de brazos y le negó el beso que trataba de darle.

- Lo siento, leona, no pensé...

- ¿Y quién te ha dicho que pienses? Sabes que amo esa zona y tú vas de egoísta y me la arrebatas.

- Ja, ja, ja. Volverá a crecer en pocos días.

¡Le daba! Al final se ganaba el premio del año al hombre más imbécil de la tierra.

- Dame un beso... — Imploró.

Entrecerró los ojos. Si encima la provocaba mal iba. Se alejó de su cuerpo. Cogió al perro y se dirigió a la puerta...

- ¿Leona?

Le dedicó una mirada poco amistosa.

- ¿Qué te parece si me tiño el pelo, no sé, de negro?

Dmitriy perdió todo el color en el rostro. Por poco se tronchó de risa viéndolo

caminar hacia ella con esa cara de mala hostia que tan bien conocía y que tanto le gustaba.

- Pelirroja no me amenaces.

La cogió de la cintura y la acorraló entre su cuerpo y la puerta.

- ¿O qué? — Le soltó con toda su chulería mirándole a los ojos.

Su mirada se volvió feroz, intimidatoria. Se encogió de hombros y sonrió para terminar de acabar con su control.

¡Si es que tenían que dedicarle un premio a la mujer más toca bolas del año!

- No volverás a ver esa barba que tanto placer te da en mi cara.

Sonrió con prepotencia. Sopló con fuerza y desgana el aire hacia afuera a la vez que hacía un gran esfuerzo por mantener su humor a un grado medio.

¡Y un carajo!

Lo asesinó con sus ojos. Si hubiera podido lo hubiera despellejado como a un pollo. Por fanfarrón, chulo y prepotente.

- ¡Mira idiota...!

- Te quiero, leona.

Su risa unida a esas palabras la desconcertó. Todo su cabreo se convirtió en confusión. ¡Pero bueno! ¿Estaba bien de su cabeza?

Dmitriy puso su dedo en su boca y evitó que dijera cualquier palabra.

- Jamás haría algo así viendo cuanto te fascina. Lo siento, leona, pero ver como se te enciende la cara porque la furia te domina, no tiene precio.

Estalló a reír. Sus ojos se abrieron escandalosamente. ¡Mamón! De nuevo se había burlado de ella. Le dio un puñetazo en el pecho. Quería a hacerle tragar esa risa estridente, pero consiguió lo contrario; Dmitriy reía y reía como si esa fuera la última vez que podría a hacerlo.

Un pequeño zumbido interrumpió su discusión. Dmitriy cortó su risa. Su gesto se volvió serio. Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y extrajo el teléfono. Lo observó detenidamente. La miró de reojo. Las ganas por coger y quitarle el aparato y contestar ella misma se hicieron muy insistentes. Una especie de alarma se encendió en ella.

- ¿Por qué no contestas?

Dmitriy sonrió de una manera tranquilizadora. La abrazó y besó su cuello. Su forma sutil de ignorar su pregunta, hizo que sus dientes se apretaran al punto de sentirlos chirriar. Apretó los puños. Le dio un leve empujón. Lo justo para poder sacar la cabeza de debajo de su brazo.

- Sigue sonando. — Insistió.

- No es importante.

Besó su mejilla. Su gesto logró que durante unos segundos su cara contraída se relajara y una sonrisa se dibujara en sus labios. Sin poder evitarlo lo cogió de las solapas de la camisa azul marino de ese traje que le quedaba como la seda y lo hacía verse como un demonio muy apetecible y lo besó con ganas.

¡Es que no podían tener un minuto de paz!

La puerta se abrió en el mismo segundo que sus bocas dejaron de tocarse. De antemano sabía que sería su amiga. Era la única que tenía la cabeza tan hecha mierda como para creer que tocar tres veces seguidas y abrir la puerta era una señal clara de aviso para que dejaran de hacer lo que estuvieran haciendo. La miró con su mala leche conocida y con esa mirada de cabreada se lo dijo todo; ¡Perfecto que toques, pero coño, espera a que se te de el paso!

- ¿Nos vamos?

Su inocencia fingida y su sonrisa de niña buena, consiguieron que las cejas de Dmitriy se arquearan en su dirección. Se encogió de hombros. Desvió de nuevo la mirada dejando de ver esos ojos hermosos que la hipnotizaban; ese cacharro sonaba cansadamente sin cesar.

- ¿Puedo matarla?

Levantó la cabeza a una velocidad a la que no estaba acostumbrada.

- No ha tenido gracia, Dmitriy.

- Nena, era una broma.

La rodeó por el cuello y la pegó de nuevo a su pecho. ¡Una broma! Para ella no tenía nada de broma, nada de gracia. Para ella era un tema de muy mal gusto, un tema que la atormentaba, que la tenía muy sensible y que le causaba muchos quebraderos de cabeza. ¿Era malo sentir que no encajaba allí? ¿Sentir que el estómago se le rebotaba cada vez que oía el teléfono de su hombre sonar? ¿Qué su mundo se desmoronara pedazo por pedazo cada vez que creía que Dmitriy iba a cumplir un encargo?

- Llévatela Claudia.

Aturdida recibió el beso que suavemente le dio Dmitriy. Sus ojos se habían oscurecido. Una tela no sabía como, había cubierto los ojos del hombre arrogante, divertido y juguetón que tanto le gustaba encontrar al abrir los ojos por la mañana. Mirando sus ojos una última vez lo supo. Entendió porque de pronto el jefe había aparecido. Ella tenía la culpa; había olvidado que Dmitriy cuando ponía sus ojos en los suyos, no solamente veía su color miel, si no que él llegaba más lejos... Veía sus pensamientos, su estado de ánimo, su alma... Siempre lograba ver, lo que ella no quería que viera y precisamente en ese instante, no había podido ocultar la desazón que sentía cada vez que recordaba que Dmitriy era un hombre que sin un temblor en la mano era capaz de arrebatar una vida.

Cuando llegaron a su destino, le costó mucho poder poner un pie fuera del coche. Plantada en la puerta miró el edificio. Sus manos picaban. Su ansiedad creció. Como un gesto que hacía siempre rebuscó en su bolso. Mientras buscaba con prisas recordó que no estaban, que no las tenía. Suspiró y observó el cielo. ¿Por qué tenía que ser tan controlador?

Aunque no habían hablado del tema, ni hecho mención a ese problema, sabía que si Dmitriy se las había arrebatado era porque sabía exactamente lo que le ocurría. Probablemente estaba esperando el momento adecuado para abordar el

tema. Por eso ella no había preguntado, no había insistido en su búsqueda y es que no sabía como mirarle a los ojos y decirle que la había fastidiado. Que en su empeño por querer bloquear sus pensamientos, se había perdido y provocado que sus crisis fueran incontrolables a no ser que dependiera de ellas. Pero lo que más angustia le hacía sentir, no era otra cosa que tener que mirarle a los ojos y confesar que el problema que hasta ese momento había negado tener, era mucho más grande de lo que ella creía.

- ¿Preparada?

Negó con vehemencia. Keith agarró su mano. Le dio un apretón. Claudia hizo lo mismo con la otra. Observó primero a una y luego a la otra; las dos sonreían. Su corazón vibró y a punto estuvo de echarse a llorar. Tenía gente alrededor que la amaba, que no la juzgaba, que estaban ahí para apoyarla.

Cogió aire y temblando como una magdalena, rectificó su gesto y les dio una afirmación que las hizo agrandar su sonrisa.

Keith abrió la puerta blanca y esperó a que pasara. Conforme entró, su mirada lo recorrió todo. La sorprendió darse cuenta que nada de lo que había imaginado se parecía a lo que tenía delante. Aquello era una sala normal, con sus sillones, mesa de café, televisión...

- Preferimos a hacer la estancia acogedora y que así se sientan en confianza. Hay habitaciones por si necesitan un tiempo a solas. Gimnasio si por el contrario lo que necesitan es mantener la mente ocupada. Sala de pintura si lo que prefieren es sacar lo que llevan dentro dibujando. Piscina, pista de tenis, sala de baile...

- ¿Baile? Yo pensé que esto sería como un centro médico, con su típica sala sin gusto, con una mujer de sonrisa amable, salas con psicólogos que toman apuntes. Reuniones donde tienes que relatar un día y otro lo que sientes, lo que has hecho, lo que has sentido...

Keith la abrazó y tiró de ella. Recorrieron un pasillo largo con Claudia detrás de ellas. Se detuvieron frente a una puerta de dos aberturas en color marrón.

- Siento decepcionarte. Aquí meramente nos encargamos de hacer que se sientan bien. De enseñarles una manera distinta de sobrellevar su angustia, su dolor sin tener que hacerse daño. — Sonrió ampliamente. - No te niego que tenemos psicólogos, personas de apoyo que aconsejan, pero ni toman nota, ni van a

obligarte a nada que tú no quieras. Te escucharan y si no quieres hablar, esperarán hasta que tú quieras a hacerlo.

Abrió la puerta. Una enorme habitación hizo que sus ojos brillaran de una forma diferente. No tenía palabras. Intentó varias veces decir algo, pero las palabras se le atascaron en la garganta.

- Tú sitio personal. Dmitriy nos dijo que te encanta mirar el cielo, ver la lluvia. Bueno, pues aquí lloverá siempre que quieras. Hemos colocado arriba un simulador que se enciende con este mando. — Se lo mostró. - Es un cristal especial. — Aclaró como si hubiera escuchado su pensamiento. - Tiene varias funciones, ya depende del ánimo en el que tú te encuentres.

Alucinada. Así se quedó durante mucho tiempo. Keith y Claudia esperaban su reacción. Lo sabía porque no dejaban de mirarla, era como si estuvieran esperando su aprobación, su halago hacia tremendo gesto, pero no podía ni hablar, ni moverse. Que hubieran tenido la consideración de crear un espacio para ella en un lugar donde pasaría unas cuantas horas contadas, era hermoso, lindo, maravilloso... Lo extraño era que su boca encontrara palabras adecuadas para agradecer ese enorme cariño que le tenían.

- ¿Ariel?

Bajó la mirada al suelo.

- No merezco el esfuerzo que estáis a haciendo por mí... — Murmuró.

Los brazos de Keith se adhirieron a sus brazos. Cuando la estrechó en sus brazos, casi rompió a llorar. Y es que no podía dejar de recordar a su madre cada vez que esa gran mujer le dedicaba un gesto de cariño. Con su actitud hacía que su mente volviera a atrás en el tiempo y viera a su madre tumbada en su mecedora sonriendo a la noche.

- ¡Hola! ¿Sois nuevas?

Guiada por la voz chillona, giró la cabeza. Una chica vestida a lo hippie, con el pelo negro en punta, un pendiente en la nariz y con la raya de los ojos más marcada que una señal de carretera, las miraba con una enorme sonrisa en la cara.

- Hola, Mara. Te presento a Ariel.

La chica tomó su mano y la sacudió un poco en forma de saludo.

- Mucho gusto Ariel. Me encanta tu nombre. Y pensándolo te pega, eres igual de bonita que la sirena.

Una sonrisa se formó en sus labios. Le habían dicho un montón de cosas, pero nunca la habían comparado con un dibujo animado.

- El gusto es mío, Mara.

La chica volvió a coger su mano. Tiró de ella y Keith se echó a reír. No sabía donde la llevaba, pero la siguió. Su euforia y alegría eran admirables. Incluso le empezó a pegar esa vitalidad que iba derrochando con cada paso que daba. Se percibía que era bastante acelerada, que era una muchacha que prefería a hacer lo que pudiera en el momento y no de las que solía decir; "mañana lo haré". Presintió que esa chica alocada que la guiaba a pasos rápidos por el edificio sin darle tiempo a quedarse con nada de lo que veía en su mente, le iba a caer fenomenal.

Se detuvieron. Pisó fuerte el suelo. Había sido tan abruptamente su detención, que no se había comido su espalda de milagro. La chica abrió la puerta. Hizo por darse la vuelta y salir corriendo. Era lo que deseaba. De pronto las manos le picaban. La ansiedad se abría paso. Incluso sentía los sudores a pesar de que nada corría por su frente.

Al darse la vuelta, lo primero que encontró fueron los ojos brillantes de Keith. Su intento de huida se estampó contra las frías baldosas blancas y negras; no quería decepcionarla. Tomó una bocanada enorme y desesperada de aire. Giró sobre su eje y siguió a la chica hasta el interior.

- Ya podemos empezar.

¿Qué decía esa chica? ¿Qué iban a hacer? No estaba preparada para aquello. Como se pusieran alrededor de ella y esperaran que hablara en una reunión de grupo, las mandaba más para allá del polo norte y se largaba y no volvía a pisar esa sala en su vida.

- Tranquila.

El susurró de Keith a su costado consiguió calmar los latidos de su corazón. El pánico seguía bailando en su pecho, pero con dos grados menos de intensidad. Su cuerpo había dejado de temblar y podía observar a todas esas mujeres que la miraban, pero que mantenían la distancia. Suspiró aliviada.

Una por una vio como se iban sentando en el suelo de piernas cruzadas. Keith la instó con un apretón de manos a hacer lo mismo. Claudia las siguió. Se fijó en que había mujeres de toda clases de edades, incluso muchachas que todavía no eran mayores de edad. En silencio observó el círculo. No sabía lo que pensaban a hacer. Lo que si tenía claro es que ella no abriría la boca.

- Bueno, quien quiere empezar. — Dijo Keith divertida.

La miró como diciendo: "¿Dónde está la gracia?".

- Yo.

Se puso de pie una muchacha que no rondaría ni los dieciocho.

- Y yo.

La siguió otra más o menos de la misma edad. Se sonrieron y colocaron en el centro. Todas las miradas estaban puestas en ellas.

- ¿Qué van a hacer? — Cuchicheó intrigada.

Las chicas se habían puesto un guante... De boxeo y en la otra llevaban una especie de escudo.

- Ah, les encanta estos encuentros. — Comentó. - Las chicas sueltan lo que les atormenta y si lo que dicen les duele dan un puñetazo.

- ¿Y eso de qué les sirve?

Levantó el dedo en dirección a las muchachas. La miró... Miró... Miró... Acarició su mejilla con delicadeza.

- Canalización de ira. Lo que aquí dejan ir, aquí se queda. Salen por la puerta y ya no puede hacerles daño. Escuchan y son escuchadas y son conscientes de que no están solas. Que hay gente que sufre como ellas y que juntas y con esfuerzo se supera todo.

Asintió y miró al frente. Emocionada prestó atención. Quería llenarse de la fuerza que veía en esas chicas, de su insistencia en volver a levantarse cuando caían, de su perseverancia en decir no cuando querían provocarse dolor. Eran valientes. Aguantar un día y otro. Ver como ha salido de nuevo el sol por la mañana y has conseguido que en tu cuerpo no haya otra herida, otra cicatriz para recordar que eres débil, para sentir que no puedes seguir y que lo necesitas para estar bien.

- Mi padre apareció anoche en casa, borracho... Le dio varias patadas a la puerta y consiguió entrar.

La chica rubia asestó un puñetazo que la morena de ojos azules detuvo con el escudo.

- Mi madre como cada vez que él está así, salió a esconderse. Como siempre preocupada por su seguridad... Pero no por la de su hija...

Los ojos pequeños de la muchacha se empañaron a la vez que daba otro puñetazo.

- ¿Por qué? Quise gritarle. ¿Por qué no me defiendes? Mamá, ¿Por qué no me proteges?

La angustia se clavó en su pecho. La chica dio dos puñetazos más. Unas ganas por ir y abrazarla se abrieron en su alma. Ver como se quebraba y seguía dando puñetazos con rabia, le enseñó el dolor que había en su corazón. Sin cansancio arremetió hasta que minutos más tarde se quedó muy quieta. Se limpió las lágrimas y miró a su compañera.

- Esta vez no me quede quieta. Esta vez corrí y busqué con que defenderme. — Sonrió con tristeza. - Cogí el bate de la habitación de mi hermano y cuando lo tuve casi encima, le amenace. ¡Me insultó! ¡Quiso a hacerme dudar! ¡Darme miedo!

Se mordisqueó las uñas. La chica dio dos golpes más seguidos que le encogieron el corazón.

- ¡Pero no esta vez! Cuando se abalanzó hacia mí, cerré los ojos e hice un movimiento rápido. Cayó de espaldas... Creí que lo había matado, la sangre corría por su frente... ¿Y sabéis qué? ¡Qué nunca me había sentido mejor! Lo paré, no logró ponerme una de sus puercas manos encima. ¡Gané y aquí estoy!

La chica de ojos azules tiró el guante, se abalanzó sobre ella y la abrazó con un cariño que jamás había visto hasta ese día. Sintió envidia. Una envidia sana. En ese momento deseó ser ella quien estuviera calmando a esa joven que no conocía.

Las chicas se sentaron. No pudo apartar la mirada de ellas. Seguían abrazadas sosteniéndose la una a la otra. El llanto de la rubia cesó. Las palabras que le dijo a su compañera, le produjeron una conmoción; "gracias por no dejarme caer".

CAPÍTULO ONCE

Una hora después, su rostro estaba bañado en lágrimas. Había oído tres historias, a cual más dolorosa y desgarradora. Tenía el corazón en un puño. Creyó que en cualquier momento su alma saldría de su cuerpo y la abandonaría. La última había sido... Dolorosa, brutal, incomprensible... Y así se veía, llorando desolada. Claro que Claudia estaba igual, apretaba su brazo como si fuera una barra de hierro mientras sus suspiros llenaban el aire.

¡Por el amor de Dios! Se secó las lágrimas. ¿Cómo podía una madre matar a sus hijos? No le entraba en la cabeza. Los llevaban nueve meses en el vientre, los criaban y llegada a una cierta edad, ¿los mataba?

¡Quién iba a entenderlo!

Era incomprensible. Años de regalos, de cumpleaños, de cenas, comidas, juegos, arropamientos de cama, de contar cuentos... Y así, sin más, ¿una lo olvidaba todo y los mataba? En qué cabeza entraba que después de ver a tus hijos durante años sonreír, lo estuvieras viendo llorar, luchando por su vida y a sangre fría fueran capaces de ver como sus ojos se cerraban, su cuerpo dejaba de pelear y su corazón de latir.

Tragó con mucha dificultad. La historia de esa chica se le iba a quedar grabada para toda la vida. Saray que así se llamaba, se sentó. Otra chica la abrazaba con ternura. En el último tramo de la historia, la chica no había podido evitar derrumbarse. Había caído de rodillas cuando de su boca salió el nombre de su hermano de seis años. Llevaba en el alma una grieta demasiado grande causándole daños enormes; no había podido llegar a él antes de que su madre lo dejara caer con una mirada vacía por el balcón.

Se puso de pie. No supo porque. Su cuerpo únicamente se levantó. Guiada por los sentimientos de su corazón, se acercó hasta la chica. Se arrodilló. Saray con los ojos empapados y cara todavía con rasgos de niña, la observó. Pudo sentir sus temblores incluso sin estar tocándola.

Estiró la mano y la dejó suspendida...

- Me llamo Ariel. — Dudó unos segundos antes de proseguir. - Que tu madre perdiera la cabeza no es culpa tuya. Eras una niña y nada podías hacer. Si no hubieras huido, tú habrías seguido el mismo camino posiblemente.

Acarició su cabello rizado. Era hermosa. Aunque su rostro estaba lleno de tristeza y su vida marcada por la tragedia, era bonita, fuerte y joven... Ella debía seguir y olvidar para encontrar su felicidad.

- Le dejé. — Murmuró.

- Sí, pero después de ver que ya no podías a hacer nada. — Ladeó la cabeza. - Me apuesto contigo un día en las atracciones del muelle a que si hubieras tenido una posibilidad de salvarle, te habrías quedado sin importar lo que hubiera pasado.

Saray parpadeó mientras pensaba en sus palabras. Dejó de sorber los mocos y cogió sus manos. Todavía se sentía un leve temblor. Le sonrió y su corazón se aceleró. Tenía la sonrisa más preciosa y perfecta que había visto después de la de su hombre de hielo.

- Nunca le habría dejado.

- ¿Ves? Tu hermano no te culparía, tu instinto de supervivencia te hizo luchar por vivir. Para tu hermano ya no había... Oportunidad, pero para ti sí. El debe estar feliz sabiendo que su hermana le quería con toda su alma y es una luchadora que sigue adelante porque así lo querría él.

- Gracias.

Se le agarró al cuello sollozando. Como si fuera una hermana suya la sujetó con fuerza hasta que su llanto cesó y pudo volver a ver una pequeña sonrisa en sus labios.

- Eres muy buena con las palabras. Deberías a aprender a utilizarlas a tu favor en tu vida.

¡Qué oportuna! Se encogió de hombros.

- Ojalá fuera tan fácil, Keith.

A las cuatro estaba tirada en el sofá. En la televisión como siempre programas donde jugaban a ver quien criticaba más la vida de otra persona. Dmitriy de

nuevo había desaparecido. La había llamado justamente cuando salían de la asociación para decirle que estaría dos días fuera.

¿Dónde estaba? ¿Dónde iba? Para no faltar a su costumbre sus preguntas no tenían respuesta.

Cogió el vaso de refresco y le dio un trago. Su móvil seguía sonando. No lo escuchó, pero sintió la vibración encima de la mesa. Melisa no se cansaba. Seguía insistiendo. Una y otra vez marcaba sin parar. Estaba cansada...

- ¡Qué! ¿No puedes darte por enterada?

- Hola.

Enmudeció. Bajó el teléfono hasta tenerlo frente a los ojos. Frunció el ceño. Se lo volvió a llevar a la oreja para confirmar que no estaba loca.

- ¿Diego?

- ¡Premio para la chica hermosa de ojos miel!

No, claramente aquello de sueño tenía poco. Cortó la llamada en el acto y borró el número. Lo dejó de nuevo en la mesa y prestó atención a una serie aburrida que había encontrado pasando canales.

A los cinco minutos se cansó. Su cabeza no dejaba de pensar. Se había quedado muy tocada con la chica de esa mañana. Luego estaba el hecho de que seguía sin saber nada de su madre y para empeorar Dmitriy no estaba a su lado. Acarició sus muslos. Tenía tantas marcas... Tantas que hasta contarlas sería un esfuerzo agotador...

"Búscalas". Negó con vehemencia. No las necesitaba. No dejaría que su cabeza siguiera jugándole malas pasadas. Aguantaría, por ella y por Dmitriy.

El miércoles por la mañana se levantó renovada. Dmitriy todavía no había regresado, pero sí se había comunicado con ella cada noche en los tres días que llevaba ausente. Sonrió ampliamente. Parecía que todo en su vida empezaba a coger buen rumbo; su relación con Dmitriy se mantenía estable. Sus energías habían regresado. Había dejado la negatividad a un lado y tenía unas nuevas ganas por vivir. Todo gracias a esa mujer que desde que la había conocido, la había acogido como a una hija.

Coral le sirvió el desayuno y la sorprendió con un cacho de pastel con el que acabó en menos de dos minutos.

¡Para chuparse los dedos! Y eso es lo que hizo cuando no quedó más y Coral no estaba cerca.

Se levantó de la silla, cogió su mochila y enfiló hacia la calle. Se paró al ver a Coral discutiendo con Travis. Eso sí que era una novedad. Ese hombre raras veces hacía que alguien se enfadara. Por lo que podía ver, si había a alguien en el mundo a quien ese hombre podía hacer cabrear.

- ¿Suced algo?

Coral se asustó y se llevó la mano al pecho.

- ¡Este hijo mío que es un condenado!

- ¿Hijo?

¿Había dicho que era su hijo? Los miró. Sus ojos iban de uno a otro como si no tuvieran claro donde detenerse. ¡Qué tonta! Por eso esa mujer le resultaba familiar. No es que la conociera, si no que su cerebro había detectado el parentesco y por eso se le hacía conocida.

- ¡Cómo... Cómo...!

- Vale ya, mamá. No soy un niño para estar escuchando tus gritos.

Travis levantó las manos para mantener a Coral lejos. Ella también lo habría hecho si hubiera sido hacia ella sobre la que se hubiera abalanzado. Por la cara que tenía la mujer, quería darle con todas sus ganas.

- Se acabó Travis. — Advirtió dándole un manotazo. - No te cubro más. Me harté. ¿Quieres pasar la noche en uno de los clubs del señor con una pelandrusca en vez de en casa con tu mujer? Hazlo, pero deja de obligarme a mentir por ti.

- No te he pedido que lo hagas. — Aclaró con un tono desinteresado.

- ¿Y qué quieres que le diga? Me llama Travis, te conoce, ¡por la santa virgen!

Tratando de procesar lo que allí estaba ocurriendo, se quedó en un costado. Eran asuntos personales. De lo que allí se estaba hablando era de la intimidad de Travis. Ella por mucho que quisiera mediar, no podía a hacer nada, no era su vida, ni su familia como para meterse en la conversación.

- Tengo que irme. — Dijo con un tono tosco.

Que se dirigiera así a su pobre madre que lo único que quería era que empezara a comportarse como lo hacía un hombre de familia, le tocó la moral, el humor y los ovarios.

- ¡Oye, respeta a tu madre!

Travis la miró de una manera que la dejó tiesa en el sitio. Esa mirada no se la había visto en los meses que lo llevaba conociendo. Se sorprendió al ver esa mirada despreciativa en su rostro, que aunque estaba lleno de facciones duras, siempre se mostraba afable y comprensivo. Ah, lo había olvidado... Su lado altanero siempre estaba saltando para tocarle lugares que solo una persona tenía permitido tocar.

- Con respeto señora, pero no se meta donde no le incumbe.

Casi se atragantó con la lengua. ¡La llevaba clara el tipo listo!

- ¿Qué hora es?

Arrugó el ceño extrañado por su pregunta. Le pidió con las manos que se diera prisa e hiciera el favor de contestar. No le hacían falta palabras para que la entendiera. En las últimas semanas había aprendido a comunicarse por gestos y señas con él.

- Las once. — Escupió de mala gana.

Sonrió victoriosa.

- ¿Y a qué hora comenzó tu turno?

Su gruñido inundó sus oídos. Una risita se le escapó. Travis que parecía que iba

empezando a conocerla, se tiró de los pelos. Luego se giró y caminó hacia el coche sin tan siquiera despedirse de su madre.

Negó con la cabeza y abrazó a la mujer antes de seguir el mismo trayecto. Una vez montada, reposó la cabeza en el respaldo y dejó que la llevara a su destino.

Abrió la puerta del coche... Sabía que no era su problema... Que no debía inmiscuirse... ¡Y por qué era tan tozuda!

- Travis, ¿por qué...?

La observó por el espejo retrovisor. No creía que le contestara, pero por lo menos lo había intentado. Esa espina al menos no se le quedaría dentro.

- No la quiero.

- ¿Y por qué no la dejas? — Interrogó aprovechando que estaban los dos solos.

¡Gracias a que Dmitriy había aceptado que se turnaran en su cuidado!

Sí, por fin empezaba a escucharla. La noche anterior le había expuesto su propuesta y la verdad, la descolocó que fuera tan fácil convencerle y que aceptara sin discutir.

Travis miró su mano. Su anillo de boda relucía en su dedo. Llegó a pensar que se había excedido con su pregunta al ver lo callado que se había quedado. Terminó de abrir la puerta dispuesta a dejarlo así. Total, no era asunto suyo.

- Porque le prometí a su padre en su lecho de muerte que cuidaría de ella.

- Umm, entonces...

- No, no me casé enamorado.

- ¿Y porque lo hiciste?

Sonrió de una manera extraña.

- Señora, por hoy fue suficiente. Confórmese con lo que le he dicho. Su curiosidad es agotadora.

Su risa resonó en el auto. Debía ser sincera y darle la razón. Acabó de salir del coche y cerró la puerta. Comenzó a andar hacia el edificio. Dos pitidos le llamaron la atención. Se giró.

- ¿Viene Luca a por usted?

- No. Claudia y yo pasaremos por la torre y después iremos a alquilar una película y a comprar palomitas.

- Perfecto. Cualquier cosa me llama.

Le guiñó el ojo. ¡Qué bien sentaba ser tratada como una mujer!

- ¿Los has traído? ¡Dime que sí! ¡Dímelo!

- ¡Saray! — Reprendió.

Nada más cruzar la puerta se le había echado encima. Su euforia por poco las tumbó. Suerte que tenía buenos reflejos para reaccionar y antes de que saltara a sus brazos como la chica de Dirty Dancing, afianzó sus pies al suelo.

- Déjame verlos. ¡Vamos!

Su risa salió libre. Había intentado contenerse. Sí, lo intentó, no creía que estuviera bien reírse de esa extrema energía que por lo que había visto, siempre iba con ella.

Se descolgó la mochila...

- Tu teléfono está sonando.

- Déjalo, no es nadie importante.

Saray asintió poco convencida. Dejó de mirarla. Acabó de abrir la mochila. Metió la mano. Cuando sus dedos tocaron lo que estaba buscando, sonrió. Los extrajo y los puso ante los ojos de la niña. Así la había apodado. La niña, su niña. Le había cogido un tremendo cariño y haría lo que estuviera en sus manos para que nunca dejara de sonreír.

- ¡Qué hermoso! ¡Y qué envidia!

Saltó con ellos en las manos. Su energía la contagió. Se acercó juguetona y le quitó uno de los guantes. Corrió. Saray enseguida echó a correr detrás de ella. Cuando la alcanzó ya había llegado a su habitación. Abrió la puerta...

- ¡Mierda!

Sus pies trastabillaron y cayó. No fue grave, fue peor ver como Saray que iba detrás de ella, tropezaba y aterrizaba encima de ella.

Se miraron muertas de risa. A la vez estallaron a reír. Se habían dado tal batacazo, que no había cabida para a hacer otra cosa que no fuera troncharse de risa.

- Se te ve hermosa.

Levantó la cabeza hacia atrás. Sintió un leve tirón en el cuello. No le importó. Merecía la pena sufrir un poco con tal de grabar en su cerebro, la imagen que Dmitriy le estaba ofreciendo.

Estaba ahí... Con un chándal azul y sus zapatillas de marca blancas... Con el pelo algo mojado. Supuso que se habría dado una ducha... Mirándola con una mirada que invitaba a hacer cosas innombrables.

- ¿Y tú quién eres?

¡Se había olvidado de la niña!

Dmitriy la observó divertido. Le había agradado su descaro. La forma en la que esa niña se había puesto en guardia porque estaba en su habitación.

- ¿Qué tal si dejas de aplastar a mi novia? ¿Le permites que venga y me de un beso y luego lo aclaramos?

- ¡Dmitriy!

- Leona, no empieces.

- Pues cuidado con lo que sueltas delante de la niña.

Le dedicó una sonrisa pícaro y a la vez arqueó una ceja. ¡Ay, no! Ya iba a hacer

de las tuyas.

- ¿Qué edad tienes?

- Dieciocho.

- Leona... No veo que tenga nada de niña.

Apartó a Saray con cuidado, pero con decisión. Se puso de pie y acercó a Dmitriy. Como una gata se tiró hacia él. Dmitriy atrapó sus manos. Se rió. Su cabreo creció. Sabía que no era una niña, pero para ella sí lo era. La había tomado como suya y la defendería hasta del idiota que la tenía enamorada.

- ¡No me enfades, burro!

- ¿Y perderme esos colores rojos que te hacen ver tan sexi?

La apretó contra su cuerpo. Dejó libre sus manos y la sostuvo con fuerza de la cintura.

- Te he echado de menos, fiero. — Susurró.

Su corazón se derritió. Ella también lo había extrañado. Dormir en esa cama enorme, no era lo mismo si no estaba él. Detuvo sus manos. Lo rodeó por el cuello. Sonrió. Dos segundos después, su boca estaba devorando la suya con desesperación. Su cuerpo se activó. Las emociones se dispararon. Todo espacio que había entre ellos, era demasiado grande. Se arrimó un poco más. Su olor se coló por sus fosas nasales. Su deseo aumentó. Dmitriy hizo un recorrido suave con su mano hasta tener su culo presionado con fuerza en su mano.

¡La niña! ¡Mierda!

- Dmitriy, para. La niña... — Dijo con mucho trabajo.

Su respiración se había descontrolado a la misma velocidad que su deseo se había propagado por su cuerpo. Sentía su entrepierna latir. Dolía. Habían sido muchos días sin estar cerca de su hombre...

La cogió en brazos y la dejó caer en la cama. Se puso encima de ella. Subió su

jersey y acarició cada pedazo de piel que encontró hasta llegar a sus labios.

- Hace diez minutos que se ha ido, leona.

Rió en sus labios. ¡Sería idiota!

- Dmitriy detente. No hay seguro y no podemos...

Saltó al sentir como su mano se habría paso hasta tocar el lugar que muy bien conocía y que sabía la hacía gritar de placer.

- Dmitriy...

Respiró con dificultad. Dmitriy acarició despacio. Sus ojos estaban puestos en ella.

- Por favor...

- ¿Qué, leona? ¿Qué pides? ¿Me detengo o sigo?

Apretó con fuerza las sabanas. Estaba logrando que perdiera la cabeza. Si seguía gritaría. No podría evitarlo. Dmitriy descendió la mano hasta colar un dedo en su interior. Se mordió el labio.

- No lo retengas, quiero oírte. Vamos, leona, ruge para mí.

Añadió otro dedo en su interior. Aspiró aire con fuerza. ¡Maldito fuera por ponerla en esa situación!

- No te oigo.

- Para... Que...

Su dedo gordo dibujó un círculo en su clítoris. Se cubrió la boca con las manos. ¡Por qué poco!

- Mira lo que he traído para ti.

Fijó la mirada como pudo en la mano que le mostraba.

- ¡Ni en sueños...!

Se lo metió en la boca.

- Sí, lo voy a hacer. Chupa.

Atónita hizo lo que le estaba exigiendo, no porque hubiera cedido a sus ordenes, ni porque pensara seguirlas. Ni mucho menos esa era su idea. Le extrajo de la boca el artilugio con una mirada digna de un hombre completamente poseído; poseído por la lujuria.

- Novikov, olvídalo. — Protestó mientras le bajaba los pantalones.

Sintió un poco de frío al quedar su sexo expuesto. Pronto su mano logró que ese frío fuera sustituido por un calor abrasador. Se posicionó encima de ella. El aire que expulsaba a causa de la excitación, rozaba sus labios. Gimió muy flojito. Dmitriy besó sus labios con dulzura. La poca resistencia que le quedaba se vio afectada cuando su erección se restregó contra ella. Dmitriy se apartó. Sonrió.

- Solo serán unas horas...

Sus palabras, su tono, el brillo de sus ojos y el dolor que estaba sintiendo por la mano torturadora de Dmitriy, la llevó a asentir despacio.

Con una sonrisa triunfal sintió bajar su mano. Allí donde rozaba su piel se encendía. Se mordió el labio a la vez que su cuerpo se arqueó; Dmitriy acarició con cuidado su culo. Llevo el pequeño metal a su agujero y mirándola a los ojos, lo impulsó hacia dentro. Jadeó. Era algo molesto, pero la mano de Dmitriy no le permitía centrarse en otra cosa que no fuera alcanzar la liberación que la tenía extasiada.

- ¡Arriba!

- ¿Qué?

Su excitación se evaporó de golpe; Dmitriy se había puesto de pie. Cogió sus manos e hizo lo mismo con ella. Después le colocó la ropa. Desorientada procesó lo que el idiota había hecho. Con toda su mala leche, le asestó un puñetazo en el pecho.

- ¡Joder! ¿Quién te ha enseñado a golpear? — Se quejó.

- ¿Y a ti a dejarme a medias?

Le dio la espalda. Se cruzó de brazos. Dmitriy la abrazó por la espalda. Sintió la grosura de su pene pegada a su culo. Se estremeció.

- Te he colocado un dilatador anal con un hermoso cristal en forma de corazón en color rojo. ¿Crees que ahora mismo no me duelen los huevos? — Susurró en su oído.

Se giró despacio.

- ¿Y por qué lo haces?

Acarició su cara. Un temblor la sacudió con fuerza. Seguía demasiado encendida. Su sexo protestaba. Le habían privado de obtener la satisfacción que casi había rozado.

- Leona... Porque esta noche cuando llegue a casa, estarás tan caliente y deseosa porque te toque, que la espera de unas horas, no te importara cuando ponga mis manos en tu cuerpo y te dé, lo que ahora te he negado. Y también está el hecho de que no voy a poder dejar de pensar en todo el día en ti y en la noche salvaje que te concederé.

La idea le gusto. No lo iba a negar. Ya sentía las cosquillas en el vientre que le provocaban las palabras sugerentes de su hombre. Y aun así, siguió enfurruñada. Quería su gloria y no quería esperar todo el día por mucho que la idea se le antojara un reto con finales muy productivos

- Muy bien. Pero no te prometo aguantar esa cosa ahí... — Señaló su trasero. - Todo el día.

- Te acostumbraras.

Le dio un beso y una palmada en el culo antes de alejarse y salir por la puerta; en ese instante sí sintió la incomodidad, le había dado apostata para que no olvidara lo que llevaba en su interior.

CAPÍTULO DOCE

Encontró a Saray media hora después en la sala de las batallas. Así había denominado esos encuentros donde dejaban salir la rabia y después sus compañeras las arropaban en sus brazos con ternura y secaban sus lágrimas. La chica no dejaba de mirar los guantes rojos con fascinación. Se la veía tan feliz que esa misma dicha se le contagió. Se acercó. Aún había algo que esa niña no sabía.

- Saray.

- Eh, sí, perdona. ¡Son tan bonitos!

Rió. No entendía como unos simples guantes podían a hacerla tan feliz. Vale que eran buenos y sí eran preciosos. Eran en un tono rojo brillante con el borde de la muñeca en dorado. Además de que había pedido que en los puños añadieran en uno la letra S y en el otro una L.

Se sentó como pudo ignorando la molestia de su trasero y tomó los guantes. Los miró... Y luego se los volvió a entregar.

- Son para ti.

- No, Ariel. Mira que bonitos son. No puedo aceptarlos. No estaría bien.

Su sonrisa se amplió. Clavó sus ojos en los de ella y mirándola fijamente dijo:

- Son tuyos. Mira... Estas letras dicen soy luchadora. Y no veo a nadie aquí que merezca más que tú tenerlos. — Tocó su cabello. - Son tuyos. Mira...

Los volvió a coger. Abrió un poco las muñecas y buscó en el interior. Luego se los mostró.

- Saray... — Susurró con un leve temblor en el labio.

La hizo sentir bien hacerla feliz. En sus ojos se podía ver lo mucho que significaba para ella el gesto que había hecho. Dejó los guantes en su regazo y la abrazó; las lágrimas escapaban de sus ojos.

- No lo... Entiendes... Ooooh, esto es un detalle muy hermoso. Nunca nadie me ha regalado algo tan caro y aún menos personalizado.

- Siempre hay una primera vez.

Acarició su cabeza. Aquel lugar le estaba haciendo mucho bien. Sentir que podía a ayudar a poner una sonrisa en los labios de esa mujeres que creían estar solas... Era una sensación indescriptible y que ahora que había conocido, no cambiaría por nada.

- No es solo eso... Cuando mi hermano cumplió cinco años, yo le pedí a mi padre que me diera dinero para comprar un regalo para mi hermano. En ese tiempo... Mamá ya había empezado a cambiar. Un mes después, papá se había ido porque ya no la soportaba.

Saray reposó la cabeza en su pecho. Sus temblores casi le impedían a hablar.

- Yo le compré unos guantes. No como estos... Ya no recuerdo si eran azules...
— Dijo con voz penosa. - Pero sí veo la sonrisa que le produjeron. La alegría que se mostró en su rostro cuando se los puse y su risa cuando me dio un puñetazo en el estómago.

La comprendió. Imaginó que lo que ella había sentido ese día, era lo mismo o parecido a lo que su pecho había notado cuando le había dicho que eran para ella...

A las tres estaba sentada en el balcón de la torre. El cielo había oscurecido y las gotas de agua habían empezado a caer. Se le dibujó una sonrisa. Había recordado el día en el que se dio cuenta que se había enamorado de Dmitriy.

- ¿Y ahora de que te ríes?

- ¡Quieres salir ya!

- No.

Divertida negó con la cabeza.

- ¿Por qué siempre te niegas, si vas a terminar saliendo?

- ¡Yo qué sé! Quizás porque espero que algún día seas considerada, te levantes y nos vallamos.

Miró al cielo. Su amiga era incorregible.

- Nunca pasará. Ahora siéntate.

Durante una hora estuvieron allí sentadas viendo como el agua mojaba todo lo que había debajo. Había añorado esos momentos. Era como si aquel lugar fuera

su casa árbol. Donde hablaban... Se confesaban secretos... Se reían... Criticaban a los hombres... No sabía que tenía ese lugar, pero te hacía sentir paz.

- ¿Cuándo vas a animarte a hablar?

Su ceño se arrugó.

- ¿Te refieres...?

- Sí. He visto como escuchas. Como te emocionas y tus ojos se empañan... Pero tú te lo guardas todo. No compartes tus miedos, tus preocupaciones, tus sentimientos...

Le costó un poco tragar.

- No estoy preparada.

- ¿Y algún día lo estarás?

- ¡No lo sé!

Se levantó de pronto cabreada. La ansiedad que en esos tres días había conseguido neutralizar, reapareció con mucha potencia. La mano de Claudia se puso en su hombro. Hizo un gesto despectivo con el suyo y su mano cayó.

- Yo no quería... Tranquilízate...

Sus palabras en vez de lograr calmarla, le provocaron un efecto rebote. Salió a toda prisa optando por utilizar las escaleras. Llegó a la calle y con desesperación buscó una manera de darle esquinazo a su amiga. Se llevó las manos a la cabeza. Oía sus gritos detrás de ella.

- ¡Sube!

La puerta de un coche gris se abrió. No pensó, simplemente corrió y se internó en el coche. Tenía que alejarse. Estaba harta de reproches, de exigencias, de que le recordaran que no estaba bien...

- ¡Mierda!

Dio un puñetazo al asiento del coche. Sus manos habían empezado a temblar. La furia corría por su cuerpo, venenosa y dañina. Se subió el jersey y apretó sus uñas con ganas.

- ¡Alto hermosa!

Una mano sostuvo su muñeca sin contemplación. El dolor hizo que su cabeza se alzaría enérgicamente.

¡Ya la había vuelto a liar!

- ¿Me estás siguiendo?

- ¿Por qué no coges mis llamadas?

- ¿Hay algún motivo por el que deba a hacerlo?

Apretó otro poco más su muñeca.

- No quiero a hacerte daño, hermosa.

La soltó. Se acarició la muñeca.

- Detén el coche.

Le dio una mirada que dejaba claro que allí quien daba las ordenes era él.

- No me hagas repetirme y contesta la pregunta.

Le dio una sonrisa maquiavélica. Solo había un hombre al que le permitía ese carácter y no era precisamente el que la estaba desnudando con la mirada.

- ¿Hasta en eso te tienes que parecer a él?

La cogió por las muñecas con brutalidad y la hizo saltar de un estirón a sus brazos. Rodeó su cintura con las piernas y sonrió como el mismo demonio.

- ¿Quieres que verifiquemos cuanto me parezco a él?

Negó con mucha insistencia. No dejaría que le pusiera una mano encima aunque tuviera que arrancarle el corazón con sus propias manos.

- Entonces... No me provoques.

Metió la cabeza en su cuello y aspiró su olor. Los temblores se acentuaron. La ansiedad estaba creciendo y tomando el control de su cuerpo a una velocidad temeraria.

Su teléfono vibró. Intentó zafarse de su agarre.

- ¿Qué quieres de mí?

Su mano descendió hasta el bolsillo de su pantalón. La introdujo con mucha calma...

- De momento esto.

Le enseñó el móvil.

- ¡No!

Golpeó con dureza en su pecho con la mano que le había dejado libre.

- Hola, Dmitriy.

Le asestó otro puñetazo esa vez en la pierna. La agarró sin consideración del cabello y la inmovilizó.

- Claro que está bien, ¿por quien me tomas? ¿Crees que voy a dañar algo que me gusta?

Escuchó en silencio. Su agarre no le permitía a hacer otra cosa.

- ¡No me amenes! Y ves bajando ese tono si no quieres que grabe un vídeo mientras me la tiro y después te lo mande.

La empujó con maldad. Cayó hacia atrás. Se incorporó rápida, pero él lo había sido más; bloqueaba sus movimientos sentado en sus piernas.

- Dile en que posición te encuentras.

Le puso el teléfono en la oreja.

- ¡Habla! — Graznó.

¡Ni muerta! Dmitriy enloquecería.

- Espera hermano, vamos a ver si hay alguna forma de que hable.

Dejó el teléfono en el suelo. Percibió sus intenciones. Le empujó con fuerza. No sabía de donde había sacado esa tremenda adrenalina, pero consiguió que volcara. Intentó a abrir la puerta. Saltaría del coche en marcha si era necesario.

- ¡Ven aquí!

- Aaaah.

La tumbó de nuevo con un golpe seco. ¡Qué dolor! Acababa de aprender lo que no se debía de hacer con un tapón en el culo.

- ¡Diego! ¡Cómo le hagas daño olvidaré que eres mi hermano!

Ese energúmeno sonrió como poseído. Cerró los ojos con fuerza...

- ¡Vaya, hermano! Está delgada, pero que buen pecho tiene.

Se mordió el carrillo con fuerza para poder aguantar su manoseó bruto. Sabía que si chillaba, Dmitriy perdería la cabeza. No quería ser la causa que provocara la muerte de una persona. Y viendo como estaba la cosa, Dmitriy no dudaría ni aunque ese tipo llevara su sangre.

- Dile en que posición estamos, no lo repetiré.

- Diego, te estoy localizando, cuando de contigo te sacaré del camino para siempre. — Amenazó. - Ariel, escucha. Dímelo nena.

Su tono había sonado duro... Exigente... Frío... Lo supo, no necesitó ver las facciones de su cara para saber que quien estaba al teléfono, era el jefe, el

demandante, el que era capaz de tener en su mano una mosca e impedirle movimiento con su mirada autoritaria.

- ¿No? Bueno, tendremos que inspeccionar un poco más el calibre de la mercancía que esta preciosidad puede ofrecer.

- Diego. — Advirtió Dmitriy en un rugido.

Su mano descendió. Su cuerpo se puso rígido, sus ojos se desencajaron y las lágrimas empezaron a amenazar con salir de la misma impotencia que sentía; sus dedos bordeaban la cintura de su pantalón.

- ¡Ariel! No lo repetiré, ¡contesta ahora!

Su voz llegó a su cerebro y la hizo salir de la neblina que la había atrapado.

- Estoy tumbada en el suelo.

Los dedos se detuvieron, pero no se movieron de su cintura. Diego se recostó sobre ella y contempló sus ojos con un brillo victorioso en los suyos.

- Me tiene sujeta las dos manos por encima de mi cabeza.

- Está encima de ti. — Aseguró.

Gimió impotente. No quería seguir. Podía ver en su cabeza claramente a Dmitriy y sentir lo que él debía estar sintiendo.

- Sí... — Murmuró. - Su mano libre no deja... De acariciar el bajo de... Mi vientre...

Se oyó un golpe. La risa de Diego hizo eco en el coche.

- Sigue Ariel.

- Dmitriy... — Escapó de sus labios en un suspiro.

- No hagas que lo repita.

- Me mira... Emm... Está muy cerca de mí...

- ¿Cómo de cerca?

¡En serio! ¿Es que era tonto? Ya solamente faltaba que le pidiera que relatara cómo iba vestido.

- Ariel.

- ¡Mucho! ¡Mierda! Cada vez que hablo se acerca más.

El silencio se hizo durante unos minutos. Su cuerpo empezaba a acumular la tensión. Saber que Dmitriy estaba sufriendo, la ponía sobre la cuerda floja; las voces se habían levantado en su contra y se llevaban la poca cordura que le quedaba.

- Voy a por ti hijo de puta.

Diego observó el teléfono un segundo. Después la miró. Se pasó la lengua por los labios. Se acercó a su oído. Todo su cuerpo tenía los pelos de punta.

- Se nos agitó la fiesta.

Besó su cabeza por encima de la oreja. El temor recorrió su ser.

- Pero no te preocupes... Esto no ha terminado. — Sonrió. - Únicamente ha sido una muestra para mi querido hermano de lo mucho que voy a disfrutar cuando llegue el momento.

Se incorporó y tiró de sus manos para a hacer lo mismo con ella. De nuevo se vio en sus brazos, rodeada por su piernas. Cogió su cara con las dos manos y pegó sus labios con rudeza. Sorprendida, lo único que se le pasó por la mente fue darse cuenta de que si Dmitriy daba con él, le arrancaría los huevos y se los haría tragar.

- Baja. — Ordenó dos minutos después.

Ni lo pensó, corrió hasta estar respirando aire puro y no el intoxicado que se respiraba en ese auto. Cogió una gran bocanada de aire y entonces sus ojos se

abrieron aterrorizados.

- Quita esa cara que no vas a presenciar mi muerte.

Se rió. ¡Qué poco debía apreciar su vida!

- Puede que él tenga buena tecnología, buenos hombres, armas como para llenar dos tráileres, pero... Yo soy su hermano. Sé como piensa... Como se mueve... Como actúa... Y claro, tengo que adelantarme a él. Por eso he mandado señales falsas a su gente.

Salió del coche y atónita lo miró.

- Estás jugando con nosotros.

Acarició su cabello. Dio un paso a atrás.

- Sí y te aseguro que no he disfrutado tanto en mi vida.

- ¿Pero por qué?

- Eso no te importa. Lo que debe preocuparte es que voy a hacer de su vida un infierno. Bueno y de la tuya, porque eres quien está con él.

Su sonrisa le heló la sangre. Si la hubieran pinchado en ese momento, no habría salido tan siquiera una gota.

- ¿Qué quieres?

- Destruirle.

- Es tu hermano...

- ¿No me digas?

Se acarició la barbilla pensativo.

- ¿Harías cualquier cosa por él?

Asintió sin dudar. ¡Sí es que no aprendía!

De nuevo lo tuvo encima. No se movió. No quería que la viera débil. Eso era darle poder para jugar con su mente. No se lo permitiría.

- Una noche... — Susurró en su oído. - Una noche en mi cama y desapareceré.

- ¡Estás loco! — Soltó escandalizada.

- No tiene porque saberlo. — Sugirió. - Una vez y me iré, olvidaré que tengo un hermano y todo el odio que le tengo. Todo a cambio de que tú estés en mi cama.

Se montó en el coche. Su cabeza no dejaba de pasar con lentitud cada palabra que había salido de sus labios.

- Nunca.

Le miró de frente. Quería que viera la seguridad en sus palabras. Diego negó divertido. Su sonrisa asquerosa siempre dibujada en sus labios.

- Eso mismo dijo Susana. El tiempo empieza a correr. Tienes mi número. No soy muy paciente.

- ¡Vete a la mierda!

- Ja, ja, ja. Te voy a dar una pista de mi siguiente movimiento para que no digas que soy cruel. Vigila a Penélope.

No hablaba en serio. No sería capaz. Llevada por la rabia se tiró hacia él. Sus golpes fueron detenidos fácilmente. Era como si esperara sus movimientos.

- El tiempo corre. Yo que tú tomaría una decisión sin demora porque cuando me hacen desesperar... Puedo a hacer mucho daño.

Besó sus manos. El asco que sintió, hizo que tuviera que dar un tirón brusco para soltarse de su agarre y poder vomitar en un costado.

- Por cierto... No te servirán esas pastillas para huir de la realidad... No si no puedes conseguirlas y de eso ya se ha encargado mi hermano.

Se puso de pie a la vez que se limpiaba la boca.

- ¿Qué quieres decir?

- Que tu amiguito pasó a mejor vida hace días y que nadie te suministrará, porque mi hermano lanzó una amenaza muy convincente...

- No es verdad.

- Pregúntale si no me crees... Ya sabes donde localizarme.

Cerró la puerta dejándola con la mirada perdida. Caminó hasta llegar a la casa. Tocó para que abrieran la puerta. Por un costado vio aparecer a Coral.

- ¡Señora!

La mujer corrió y en cuanto abrió la puerta la abrazó. Se agarró a ella.

- ¿Dónde están todos?

- Buscándola.

Asintió perdida en sus pensamientos. Atravesó la entrada y se dirigió a su dormitorio. Se internó en el baño. Caminó hasta el fondo donde se encontraban un baño y una ducha y sin dudar abrió el grifo. Se quitó la ropa a tirones y la lanzó por el cuarto. Después, se metió en el agua hirviendo y frotó su piel hasta sentirse de nuevo limpia.

Se dejó caer en la cama. Coral estaba siendo muy considerada. Cogió el vaso de leche fresca. Probó a beber... No podía... Su garganta estaba cerrada. Se lo entregó. Su mirada seguía perdida. Sentía que estaba allí. Veía a Coral entrar y salir...

Un portazo avisó de que alguien había llegado. No supo calcular el tiempo que llevaba allí sentada. En su cabeza todo se repetía. Cada palabra, cada amenaza, cada sensación...

- ¿Desde cuándo estás aquí?

Su voz... Alzó la mirada. El impacto fue colosal. Entristecida apartó la mirada. Había esperado encontrar al hombre que por las noches la acurrucaba en sus brazos y en cambio estaba siendo recibida por el jefe capullo. En cierto modo lo entendió. Estaba muy enfadado y eso no le dejaba ver que lo que necesitaba era precisamente lo que no estaba haciendo; rodearla con sus brazos. Se encogió de hombros... Frunció el ceño. No entendía como podía ser tan rápido. La había cogido de esa forma suya tan posesiva y la había levantado dejando su cara muy cerca de la suya.

- ¿Te ha tocado?

Su tono preocupado y temeroso casi la hicieron desplomarse.

- No.

Su boca se estrelló contra la suya. Del mismo ímpetu con el que la estaba besando la hizo caer de espaldas a la cama. Sin dejar espacio para la respiración, bajó sus pantalones y raudo desabrochó los suyos...

- Lo necesito, nena.

- Pero... No iba a ser así, no llevó...

Dmitriy la besó callando toda palabrería. Se alejó el tiempo justo para deshacerse de lo que le estorbaba y sin demora se internó en su interior. No se movió. Extrañada acarició su barbilla. Dmitriy temblaba. Entonces se dio cuenta de la magnitud de su miedo. Su corazón se comprimió y es que no era para menos; era la primera vez que le veía acobardado y perdido como un niño pequeño en un rincón.

- ¿Dmitriy?

La beso con tanta calma que la dejó sin respiración. Dmitriy se movió. Despacio, suave, lento. Acarició su rostro con mimo.

- Hoy lo necesito así... — Murmuró en sus labios.

Acarició con delicadeza su cintura a la vez que sus movimientos cogían un ritmo tranquilo, pero muy intenso. Dmitriy se apretó contra ella. Jadeó. El calor que

sentía se había hecho el amo y señor de su cuerpo. La besó en el cuello, luego la frente, los ojos y le siguió la nariz.

Unas lágrimas rebeldes se le deslizaron de los ojos. Se abrazó a su cuello. Estaba siendo tan distinto... Tan relajado... Tan amoroso... Que las sensaciones estaban arrasando con ella... Pronto se vio rozando la raya que la dividía entre el aquí y el cielo. Se movió queriendo más, sentir aquella lentitud era una tortura...

Hermosa, divina, pero una tortura, tratándose del grado de excitación que sentía.

Dmitriy apresó su cadera. Cualquier movimiento que intentara a hacer era impedido por sus manos fuertes, grandes y dominantes...

- Dmitriy... No puedo... Más...

- Mírame, leona.

Clavó sus ojos en los de él a la vez que arqueó su cuerpo para encontrarse con su cadera.

- Te quiero... Vamos, nena, dámelo que vayamos juntos al paraíso.

Todo su cuerpo se sacudió. Convulsionó sin control mientras sentía su semilla caliente derramándose en ella.

CAPÍTULO TRECE

- ¿Dmitriy?

Tocó su lado de la cama. Se incorporó. Pensativo lo encontró mirando por la ventana. Miró el reloj.

¡Qué hacía! ¡Eran las cuatro de la mañana!

Se levantó. Lo abrazó por la espalda. Sabía a ciencia cierta en lo que su cabeza estaba sumergida. No habían tocado el tema. Se habían quedado dormidos y habían pasado la tarde en la cama abrazados.

- Richard y Paolo se unirán de nuevo a tú vigilancia.

- ¿Qué?

Se apartó de sopetón. Sus manos cayeron a su costado.

- Me has oído.

Se puso delante y le dio un empujón mientras le gritaba:

- ¡No te comportes como el cabrón del jefe! ¡No puedes a hacerme el amor de la manera que lo has hecho y luego cambiar al hijo de puta sin corazón!

Detuvo sus manos y la miró con dureza.

- Saliste huyendo de nuevo y te pusiste en peligro. No hay nada que discutir.

- ¡Gilipollas!

- ¡Basta ya, Ariel! Estoy cansado. Debes aceptar que naciste en este mundo, donde el peligro siempre está a la vuelta de la esquina y donde nuestros hombres son necesarios para mantener nuestra seguridad.

Le dio la espalda. Su actitud la cabreó. Lo cogió del brazo e hizo que la mirara.

- No lo acepto. No quiero dar un paso y tener a tus hombres pegados a mí. No

quiero que sepan cuando meo o cuando cago. No puedes privarme de nuevo de mi libertad.

La agarró por los brazos y fijamente mantuvo su vista en sus ojos.

- No has necesitado mi ayuda para privarte de ella. No me exijás que retire una orden que ya está dada.

De nuevo le dio la espalda...

¡Y una mierda! Aquello no había terminado. Se plantó frente a él de brazos cruzados. Sus ojos se convirtieron en dardos destructivos.

- ¿Dónde has estado? Novikov.

- Miller, no me enfades más de lo que ya estoy.

- ¡Quiero una explicación!

- ¿Explicación? — Soltó burlón. - Bien.

Caminó hasta el armario. Se adentró en el pequeño espacio. Rebuscó en una chaqueta y volvió frente a ella.

- ¿Qué es esta mierda?

Le mostró el tarro. Se abalanzó hacia él y trató de cogerlo.

La sostuvo de la muñeca y casi a arrastras la llevó al baño. En la parte de atrás había un pequeño váter. Abrió el tarro con la boca.

- Dmitriy, ¡no, no!

- Se acabó esta mierda. Acepta de una puta vez de donde vienes en vez de escudarte en mierdas como estas.

Dmitriy la soltó. Se arrodilló en el suelo. Se llevó las manos a la cabeza y con los ojos desencajados, vio como sus pastillas aterrizaban en el inodoro.

- Le has matado... — Espetó convencida.

Dmitriy se arrodilló y cogió su cara.

- ¿Te extraña? Esto es lo que soy Ariel. Ese gilipollas te ha estado suministrando unas pastillas que no te han sido recetadas y que podían haber acabado con tu vida. No pienso dejar que nadie de esta jodida ciudad te las proporcione, así que deja de llorar porque odias esta vida, porque es en la que has nacido.

- ¡Deja de decir eso!

Se puso de pie y le pegó una patada. Dmitriy sujetó su tobillo, giró lo suficiente para a hacerla caer. Puso sus manos rápido y evitó el impacto contra el suelo. Subió con agilidad por su cuerpo y atrapó sus manos entrelazándolas con las suyas.

- Es la realidad. Tú realidad.

Con una mirada furibunda lo contempló.

- Tú lo has dicho. Nací en una vida que detesto. ¿Y tú por qué estás en ella?

Los ojos de Dmitriy se entrecerraron. Embalada siguió asentando golpes verbales...

- ¿Por qué te odia tu hermano? ¿Por qué te quiere ver destruido? ¿Por qué decidiste ser un hijo de perra? ¿Por qué no pensaste en el peligro al que exponías a tu familia? ¿Por qué quieres criar a tus propios hijos como desalmados asesinos?

Dmitriy dio un puñetazo al suelo que la hizo cerrar los ojos. Cuando los abrió, la mirada de Dmitriy era letal e intuyó que lo que iba a decir, la destrozaría...

- Somos unos hijos de puta, tengo que darte la razón. Por eso buscamos a la mujer que nos mantiene con los pies en la tierra y alejados de los demonios que atormentan nuestra cabeza.

Se puso de pie dejando una buena distancia entre los dos. Su mirada la hizo sentir que no valía nada.

- ¿Crees que no dudamos? ¿Qué no nos tiembla la mano? ¿Qué a veces no

tenemos que alejarnos para poner nuestras mierdas en orden? ¡Sí, lo hacemos, joder! Pero ahí están nuestras mujeres, nuestros niños, recibiéndonos con un beso y un abrazo. Con palabras amorosas. Con sus brazos reconfortantes para sostenernos. ¡No has entendido nada!

Con un puñetazo demoledor rajó el espejo. Sus sollozos ya eran incontrolables. Se tapó la boca. Auguraba que ahora venía lo peor...

- Vosotras sois las que nos convertís en personas. Las que se llevan nuestros problemas. Las que nos hacen olvidarnos del desprecio que sentimos hacia nosotros mismos. De la amargura que corrompe el corazón haciéndote ser un perro salvaje capaz de las peores atrocidades.

Sus ojos la despreciaron, en ese momento sintió que todo el amor que le tenía había sido un simple sueño.

- Pero, parece que contigo escogí mal. Me equivoqué. Idiota de mí que cuando supe quien eras y me di cuenta de que te amaba, te vi como la mujer perfecta para crear la familia que anhelaba. ¿Quieres la libertad?

No contestó. No podía. Estaba destrozada. Sus palabras al igual que las suyas habían querido dañar. Y lo peor es que lo habían logrado; se habían herido mutuamente.

- Palabra de Dmitriy Novikov, el jefe de Chicago, que haré lo que este en mis manos para dártela. Hasta entonces... No me des problemas.

Salió del cuarto de baño y pegó un portazo. Saltó por el estruendo.

Pasó todo el día encerrada en su habitación. No era bueno que conforme estaban las cosas se encontrara con Dmitriy. Otra confrontación como la de esa madrugada y su relación no tendría salvación; iría de cabeza al fracaso. Los dos estaban muy nerviosos. Era normal que las palabras salieran como arma de fuego cuando uno estaba en caliente, pero tenía la certeza de que en unos días todo volvería a la normalidad.

El viernes fue desesperante. Le buscó por todos lados para arreglar la situación. La noche anterior había evitado dormir en su habitación y eso le había herido. No le encontró. Parecía que tenía unos asuntos que arreglar con su padre y había

mandado a que la informaran de que no iba a estar en los próximos días y que allí a donde fuera, sus niñeras irían con ella.

El sábado el día para no variar amaneció nublado y con probabilidades de que cayera un buen chaparrón. Otro día más que decidió pasarlo en casa. Mandó que alquilaran una película e hizo palomitas. La soledad que sintió, junto con la tozudez de Dmitriy de no comunicarse con ella, la sobrecargaron y decidió pasar el resto de la tarde haciendo limpieza. Aunque la verdad era que aquella casa estaba como los chorros del oro gracias a Coral.

El domingo lo pasó cabreada. La paciencia se le había agotado. Por eso informó a sus perros de que iba a salir y lo pasó comprando hasta tener todo lo que quería y sabía la haría olvidar que necesitaba esas pastillas para callar las voces.

El lunes su humor había variado. En cuanto sonó el timbre, salió corriendo de la cocina, pasó a Coral que la miró con desaprobación y abrió la puerta alegre y con una enorme sonrisa.

- ¡Hola!

Las abrazó. Podría decirse que en su efusividad, era más acertado decir que las aplastó.

- ¡Hey! ¿A qué se debe este recibimiento? ¿A vuelto Dmitriy?

Su felicidad se vio empañada un milisegundo. Negó con la cabeza.

- Lo siento, no quería...

- Lo sé, no te preocupes. Venga, vamos.

Las hizo pasar. Saray silbó. Curiosa miraba de un lado a otro.

- ¡De alucine!

- Espera a ver el resto. — Dijo Claudia.

Se sentaron en la sala. Coral les sirvió unos pasteles y unos zumos de naranja. Les contó lo que pretendía ilusionada. Las dos la miraron fascinadas e igual que

ella pronto estaban inquietas por comenzar.

- ¿Se lo has comentado?

Observó a Saray que se había levantado e inspeccionaba el jardín como si fuera una isla llena de joyas. Una vez se aseguró de que no las oiría, regresó a tener toda la atención en su amiga.

- ¿Cuándo? Lista. Llevo días sin saber si sigue en los Ángeles, si está en Boston o aquí.

- Fue mi culpa, no debí decirle sobre qué estábamos hablando.

Cogió su mano y la apretó. Que creyera eso, le hacía sentir mal. Lo que había pasado, tenía que pasar algún día. Dmitriy y ella eran muy distintos. Estaba cantado que por mucho que se quisieran, iba a llegar el día en el que los dos estallaran. Y eso exactamente era lo que había ocurrido.

- Te voy a hacer un favor. Vamos a montar esa habitación y cuando esté lista, tú y yo protagonizaremos nuestra propia batalla.

- ¿En serio? Después no te irás a echar atrás. — Insinuó graciosa.

- Aun arriesgo de que no quieras volver a verme en la vida, lo haré.

Se sentaron en la puerta. Estaban agotadas. Había sido un día de no parar. Habían movido muebles y traído, quitado y puesto. Sonrieron viendo su trabajo finalizado.

- ¿Seguro que no te matará?

Se atragantó con el refresco que expresamente había ido a buscar. No quería que nadie se acercara. Nadie sabía lo que su cabeza había tramado con tantas horas de tiempo libre. Los artilugios los había encargado por Internet y como iban empaquetados nadie había descubierto que era lo que había comprado. Y lo demás lo compró el día que pasó de tiendas.

- ¡Cielo santos!

Un metal retumbó contra el suelo. Se giraron las tres a la misma vez. ¡A la porra su cuarto secreto!

- Yo venía... ¿A qué venía?

Las tres se echaron a reír. Ver a la pobre mujer tan nerviosa con la mirada sin un punto fijo, era algo para pasar una hora riendo. Se contuvieron porque la pobre mujer estaba tan sorprendida que pensaron que le iba a dar un jamacuco y tendrían que llevarla al hospital. Mejor si estaban preparadas. Por si acaso.

- No es para tanto Coral. Es un cuarto... Instructivo.

- ¿Instructivo? — Susurró Claudia.

- ¡Cállate!

Le dio un manotazo juguetón.

- Pero... Señora, para qué quiere usted eso.

- Es una sorpresa para Dmitriy.

- Ja, ja, ja. Sí, seguro le encanta y te come a besos. — Dijo sarcástica su amiga.

Le dio un puntapié.

- Lo que va a darle al señor es un genio de los mil demonios... La avisaré cuando llegue para que este preparada.

Recogió la bandeja que había traído con galletas y con una cara a cuadros las dejó solas.

- Quizás, no...

- ¡Ni se te ocurra, Saray!

Dijeron las dos muertas de risa.

- ¿Qué? ¿Qué he dicho?

- Nunca, oye bien. Nunca decimos quizás no ha sido buena idea. Lo que está hecho, hecho está y con orgullo aguantamos y defendemos nuestras acciones por muy locas y sin sentido que sean.

- Guaaaay.

- Ya lo sabes, niña. — Dijo con una sonrisa en los labios. - ¿Quieres probar?

- Ariel, de eso nada. Después de la paliza que me has hecho darme con este cuarto apestando a viejo y trabajo, me lo debes.

Le guiñó el ojo y le susurró; "mañana a las once". Claudia resopló con fastidio, pero asintió.

- ¿Entonces probamos?

Saray fue la primera en saltar. Se apoyó en la cuerda y observó el cuarto.

- ¡Quiero uno igual!

- Sí, yo creo que también.

Le pasó el brazo por encima de los hombros y ella hizo igual con Saray. Su obra estaba lista y con dicha disfrutaron de verla completada.

Estaba completamente dormida cuando sintió hundirse la cama. De pronto una mano se puso en su boca. Gritó con fuerza a la vez que abrió los ojos. Atemorizada parpadeó muy seguido. La oscuridad le impedía ver bien.

- Hola, preciosa.

¿Qué? ¡Era imposible! Tenía que estar soñando si la voz que había reconocido era la de Diego. Asustada movió los brazos para defenderse...

- No te esfuerces, preciosa. Conociendo tu genio, vi necesario ser precavido.

Intentó morderle la mano. No podía ser que ese loco, hubiera entrado en su habitación, atado y estar pegado a ella. ¡Despierta! Se dijo cien veces como

mínimo.

- No te asustes, todavía no es el momento. Vengo para darte otra nueva pista y darte la oportunidad de que la puedas salvar.

Palideció. Su cabeza pronto entendió a que se estaba refiriendo. Las lágrimas acudieron a sus ojos. Pensar que Penélope estaba en peligro, era demasiado. ¡Estaba embarazada! ¿Es que no le importaba?

- El jueves, pequeña. Ese será el día. Te doy dos días para comunicarte conmigo. Si no lo haces... Tú tendrás la culpa de lo que le pase.

Besó su frente. Olió su cabello. El asco que le provocó, por poco la hace vomitar. Se puso de pie.

- ¡Travis! ¡Richard! — Gritó con todas sus fuerzas.

Dejó algo en la mesita de noche y le tiró un beso. La repulsión le ocasionó un escalofrío.

- ¡Travis!

¡Malditos fueran! ¿Dónde estaban?

- ¿Señora?

- Coral. — Soltó aliviada.

¡Quince minutos! Le dolía la garganta con tanto grito.

- ¡Dios bendito!

La mujer que había encendido la luz, se dio cuenta de sus muñecas y pies amarrados y corriendo se puso a desatarla.

- ¿Qué ha pasado? ¿Señora?

Cogió con prisas lo que ese imbécil había dejado en la mesa. Era un colgante; un colgante de Penélope. Estaba segura porque se lo había visto otras veces. Esa

piedra en forma de luna, le encantaba.

- ¿Señora?

Salió corriendo. Atravesó el pasillo con una velocidad que no sabía que tuviera. Abrió la puerta de la calle. Coral la seguía preocupada. Corrió hasta llegar a la casa de madera. Esos patanes la iban a oír. No era posible que nadie entrara allí. La casa entera estaba vigilada por cámaras y dos hombres estaban siempre apostados en la puerta. Iban a tener que dar muchas explicaciones para aclarar porque estando la casa vigilada constantemente, el hermano de Dmitriy había conseguido burlarlos y meterse en su cuarto.

Abrió la puerta con un golpe seco. Las tres niñeras estaban sentados en la mesa riendo y... ¿En serio? ¡Jugando a las cartas!
Observó las pantallas, todo se veía con normalidad.

- ¡De esta os vais a acordar! — Graznó enfurecida.

Desconcertados todos la miraron. Travis que era el que más confianza tenía con ella, se puso de pie y se acercó. Al ver sus ojos, no sabía lo que habría visto, pero su cara enseguida cambió y se mostró en alerta.

- ¿Qué pasa Ariel?

- ¡Qué pasa!

Le dio un empujón con las dos manos. Se la llevaban los demonios. ¿Para qué quería semejante niñeras? Empezaba a pensar que ese idiota era más listo que esos tres juntos.

- ¡Ahora mismo voy a llamar a Dmitriy! — Amenazó. - Y los tres vais a explicar porque su hermano a conseguido entrar, tener tiempo para amarrarme y conversar conmigo, mientras vosotros jugabais a las cartas.

Travis relajó sus facciones. ¡No la creía! A punto estuvo de levantar la mano y cruzarle la cara.

- Ariel, cálmate. Debes haber tenido un sueño.

Empezó a hiperventilar. Sus fosas nasales se dilataron y con fuerza recogían el aire para al segundo dejarlo salir.

- Te estoy diciendo que me ha tocado y amenazado, payaso. ¿Y tú te atreves a decirme que me lo he imaginado porque no sabes aceptar lo incompetente que eres?

Richard puso una mano en el pecho de Travis. En silencio se dio la vuelta y se sentó.

¡Perfecto! ¡A tratar con el loco dos!

- Señora, es imposible. Las cámaras no han dejado de funcionar en ningún momento. Dos hombres están en la puerta haciendo vigilancia. Si hubieran intentado entrar a la fuerza, la alarma que va instalada en la verja de acceso habría sonado. Hay que introducir un código y si lo que está diciendo es verdad, alguien debería haberle ayudado. Le aseguro que de otra forma, no se puede acceder a este lugar.

- Pues poneros y buscar que ha fallado porque no creo que a Dmitriy le guste mucho que me aten a mi propia cama.

En ese momento apareció Coral. Miró a los hombres y sin cortarse un pelo soltó:

- Llama a Dmitriy ahora, Richard. Yo he desatado a la señora y todo lo que te ha dicho es verdad. Ateneros a las consecuencias como hombres que sois y arreglar el problema.

Flipó en todos los colores. Richard había acatado las ordenes de la mujer sin rechistar. Con el teléfono en la oreja miraba a Coral como diciendo;

"¿Contenta?".

Esperó pacientemente. Confusa aceptó minutos después el teléfono que Richard le cedía.

- ¿Sí?

Salió hacia el jardín. Quería privacidad para hablar con el hombre con el que convivía y que desde hacía días se mostraba como un extraño.

- Ariel, no será otra forma de las tuyas de llamar la atención, ¿no?.

¡Qué la colgaran! ¿Cómo se atrevía? Hizo el esfuerzo y se tragó las ganas de contestarle con un improperio.

- Me conoces, Dmitriy. ¿De verdad crees que jugaría con algo como esto para llamar tú atención?

- No lo sé...

- Señor, las chicas ya están listas.

¿De quién era esa voz? ¿A qué chicas se refería?

- Tengo que irme, hablaremos el jueves por la noche.

- Dmitriy, no. Espera.

- Tengo asuntos que atender.

La línea sonó como finalizada. Dejó caer el brazo. Sentía tanta impotencia... Con la mirada apagada entró en la estancia y le entregó el aparato. Volvió a su cuarto seguida muy de cerca por Coral. Cuando cerró la puerta, se acurrucó en la cama. Tardó en poder conciliar el sueño. Sus pensamientos estaban enturbiados debido a la indiferencia que había sentido por parte de Dmitriy.

- ¡Buenos días!

Se incorporó con los ojos pegados. Bostezó. Su amiga con una falda pantalón, zapatillas y un jersey de escote, tiraba de las mantas para sacarla de la cama.

- ¿Pero quién te ha dejado entrar?

- Vamos, son las diez y media. ¡A prepararse!

Se dejó caer hacia atrás y se cubrió la cara con las dos manos. Bueno, al menos le quedaba el consuelo de que iba a darle una paliza.

Su amiga le estampó una prenda en la cara. La cogió y estiró. ¿De dónde había sacado eso?

- ¡No voy a ponerme esto!

Lo mandó volar a la otra punta del dormitorio.

- ¡Claro que sí!

La agarró de la mano y la hizo ponerse de pie. Se vistió por no matarla. De mala gana, pero le dio el gusto. Bajaron al salón. Coral ya estaba dejando unas tortitas al lado de su café. Cogió una a la vez que tomó asiento. Coral y su amiga la miraban divertidas.

- Ni. Una. Palabra. — Avisó.

- ¿Me has oído decir algo, Coral?

Muerta de risa la mujer negó. Arqueó una ceja.

- ¡Qué! ¡No he dicho nada!

- Tus ojos bastan, hablan solos. — Le recriminó a Coral.

- Lo siento... Lo siento... Es que... Nunca la he visto con tan... Poca prenda...

Claudia al oír a la mujer desternillarse al punto de que hablar para ella era algo muy difícil, se echó a reír agarrándose el estómago.

- Como no os calléis la vamos a tener...

Su teléfono sonó encima de la mesa. Lo cogió sin mirar pensando que sería Dmitriy. Era lo más lógico después del corte que le hizo la noche anterior.

- ¿Hola?

- Voy a abrir la puerta. — Informó Coral en un susurro.

Asintió mientras esperaba que en el otro lado de la línea hablaran.

- Ariel, me gustaría que quedáramos para comer.

- Melisa...

- Por favor... No me cuelgues... Solamente hablemos... Os echo de menos...

Coral apareció con un enorme ramo de rosas y una caja en forma de corazón de bombones. Se quedó sin habla.

- De verdad, Ariel, lo siento mucho.

Siguió mirando los dos detalles que había colocado frente a ella. Una pequeña sonrisa apareció en sus labios.

- Vale. Te doy la dirección. Te esperamos. — Dijo sin poder dejar de observar ese precioso gesto.

CAPÍTULO CATORCE

- ¿No vas a leer la nota?

¡Menuda pregunta! Claro que iba a hacerlo. Solamente estaba disfrutando del olor de esas maravillosas flores. Había finalizado hacía diez minutos la llamada y ahí estaba como una panoli mirando lo que había recibido como si nunca nadie le hubiera regalado antes flores.

Tras dudar unos segundos se hizo con la pequeña tarjeta. Rehusarse a cogerla era una tontería por mucho que siguiera enfadada. Despacio leyó:

Lo siento, leona. Anoche fui un completo imbécil. Ya he tomado medidas. Hasta que llegue quédate en casa... No es una orden, es una súplica.

Se mordió el carrillo. De nuevo se iba a meter en problemas. Primero porque iba a ignorar, como él había dicho, su súplica. Segundo porque como nadie se había dignado a escucharla, nadie sabía que era lo que ese monstruo pretendía. Y tercero porque no podía quedarse de brazos cruzados sabiendo que alguien estaba en peligro.

- ¿Subimos?

- ¿No vas a decirnos que pone?

Su amiga y su curiosidad. No le extrañaba que Caleb estuviera obsesionado con ella y afanado en hacerla entrar en vereda.

- Nada importante.

Sonrió inocentemente. Su amiga bufó. No le gustaba la idea, pero se calló. La conocía muy bien, para saber que por mucho que insistiera, su boca seguiría cerrada a cal y canto.

- Bueno, ¿por dónde quieres empezar? — Preguntó todavía haciéndose a la idea.

- ¿Qué tal... Por explicarme como funciona?

- Vaaale. Como puedes ver esto... — Tocó las cuerdas que lo rodeaban. - Es una tarima de boxeo. Sí, lo sé, nada del otro mundo que te pueda sorprender. —

Sonrió chistosa. - Pero, si te muestro esta pantalla... Ya empezamos a ver donde está la diversión y la diferencia de un ring normal.

- ¿Y qué hace?

- Va junto con este equipo reproductor. Es... Para alentar al luchador. Tiene varias funcionalidades. Tiene un modo aprender, que te enseña golpes, movimientos, como cubrirte, como detener un golpe mortal...

- Vamos, un entrenador virtual. — Específico, su amiga.

- Sí, algo así. El modo combate es muy real, casi puedes sentir los golpes. — Se encogió de hombros. - Y luego, puedes meter a quien quieras en la pantalla. Basta con que pongas una foto aquí, en esta ranura y el equipo la registra y pone el rostro a uno de los luchadores.

- Yo pensaba que eso, era un equipo de música.

- Sí, yo también hasta que leí la información.

- ¿Y los sillones esos del suelo?

- Pensé que después de una buena pelea, una se merece un buen descanso. La mesa de en medio contiene una pequeña nevera debajo con bebida refrescante.

- Lo tienes todo muy bien pensado.

- Ya dije que era instructivo...

- No creo que Dmitriy lo vea así y menos después de haber desarmado su despacho.

- Ja, ja, ja. Eso ha sido por capricho, lo reconozco.

- ¿Empezamos?

Se subió a la tarima pasando entre las dos cuerdas. Le tendió la mano. La cogió y la ayudó a subir. Claudia se fue a su esquina a colocarse los guantes. Hizo lo mismo.

Mientras se los ponía el pánico revoltoso como era, hizo intención de aparecer. Sopló con fuerza. Saltó un par de veces moviendo los puños y pies. Minutos después, la tensión de su cuerpo se había esfumado. La sensación que sentía cuando se colocaba los guantes, era única... Sentía que sus miedos ya no tenían poder sobre ella, que podía a hacer frente a su sufrimiento, que podía pelear contra lo que le hacía daño... Y es que por sus venas corría las ganas de vivir, las ganas de enfrentar sus temores, las ganas de demostrar que lo que una vez la hirió, ya no podía a hacerlo y que como una luchadora había conseguido la victoria; seguir adelante y olvidar. Esa era su gran victoria... Y lo iba a lograr.

- ¿No lo enciendes?

Se habían colocado una en frente de la otra.

- No es necesario para un cara a cara.

- Pues... Venga, que me aburro.

Dio el primer puñetazo y dijo:

- Te he mentado. Llevamos años siendo amigas y nunca te he dicho la verdad.

Asestó otro golpe.

- ¿Crees que me sorprende? Siempre lo he sabido, Ariel. Algo en ti, me decía que guardabas algo.

Claudia pegó dos golpes seguidos que detuvo sin dificultad.

- No quería ponerlos en peligro... — Susurró. - Provengo de una familia... ¡De locos! ¡Joder, Claudia! Nací en un mundo muy diferente al tuyo. Mientras tú te sentabas a la mesa a cenar con tus padres, yo lloraba en mi habitación porque de nuevo los chavales habían insultado a mi madre. Las cosas horribles que decían me enfurecían. No sabía como afrontar... — Asestó con rabia varios golpes. - Que todos supieran como eran los pechos de mi madre, si la mamaba bien, o si tenía un culo... ¿Cómo decían? — Arremetió de nuevo con más brío. - ¡Delicioso!

- Ariel...

- Luego iba a mi padre y le pedía explicaciones. No entendía porque lo permitía, porque no detenía todo aquello. Él podía, ¿Sabes? Pero no quería. Sus palabras siempre fueron despreciables. Me gritaba que mi madre era más provechosa en uno de sus clubs que estar en casa cuidando de mí.

Apretó con fuerza los puños y cegada golpeó. Dejó que todo lo que la amargaba saliera con cada golpe que muy hábil su amiga detenía.

- Nací en una vida donde el dinero y la lealtad es lo primero, luego el disfrute y después el deber y por último tú familia. ¡Escapé y me encontraron! Me habrían matado o obligado a complacer a los hombres si no hubiera sido por Dmitriy.

Golpeó con más violencia.

- Quise escapar de esa vida. ¿Sabes qué? ¡No se puede! Son tantos y están tan bien unidos y organizados que tarde o temprano dan contigo y pagas las consecuencias. Yo tuve suerte... ¡Me enamoré de uno de ellos y eso me salvó!

Con potencia dio tres golpes más. Con el último se percató de que los ojos de su amiga estaban impregnados en lágrimas y que le costaba seguir sus movimientos. Se detuvo, quitó los guantes y los tiró al suelo.

- ¿Pero y todas las que no han corrido con esa suerte? ¿Y todas esas muchachas que como yo huyeron? — Dijo muy suave. - En el mundo del que vengo, la mujer no es nada. Su palabra no vale. Sus sentimientos no importan. Simplemente desde que nacen las enseñan a ser buenas esposas y criadoras de niños. Muchas lo aceptan porque no tienen el valor de huir. La que huye siempre lleva a la espalda el temor. Siempre mirando sobre sus hombros y desconfiando de cada persona que conoces. Pero lo que te destroza y te deteriora cada día es saber que si dan contigo... Estás muerta.

Claudia se le echó a los brazos. Las dos lloraban como bebés. Se sostuvieron por un tiempo indefinido. Los temblores y los sollozos llenaban el aire. Claudia limpió sus lágrimas. Besó su cara con cariño.

- Todavía hay mucho que contar... ¿No?

Asintió.

- No sé donde está mi madre. Contraté a un hombre para dar con ella, pero a la semana lo dejó. Lo intenté con otro y lo mismo ocurrió. Estoy cansada de llamar a mi padre y de que nunca me coja el teléfono. Y si lo hace, en cuanto oye mi voz, cuelga.

- ¿Y Dmitriy? Eh... Me has dicho que es uno de ellos...

- Sí. Él es bueno Claudia. No cambies tu visión de él. Él me quiere y daría su vida por mí.

- Es un poco difícil. Bueno, lo intentaré. ¿Por qué no te ayuda? Me refiero a tu madre.

- No puede. Dmitriy es el jefe de Chicago. Todos los hombres de esta ciudad responden ante él, pero él responde a mi padre y si hace algo con lo que mi padre no esté de acuerdo podrían acusarle de traición. Y la verdad... Si le hacen daño, no sé qué sería de mí... No quiero ni pensarlo.

Durante más de una hora hablaron sin parar. Todo lo que su alma guardaba con recelo debido al temor de perderla, salió en aquellos minutos que estuvieron abrazadas. Mientras hablaba y hablaba, se dio cuenta que Claudia nunca la juzgaría, que jamás la dejaría de lado. Que todo el miedo que había sentido había sido infundado; Claudia la abrazaba, la sostenía y la escuchaba. Y eso fue para ella como la prueba final para saber que ella era una verdadera amiga.

Se sentó a la mesa después de haber marcado por quinta vez el teléfono de Penélope. Necesitaba moverse, si no actuaba rápida todo podía acabar en un cataclismo. Pinchó la ensalada. No tenía apetito. Su estómago estaba cerrado y era imposible que nada entrara en él.

Resopló. Tendría que comunicarse con Dmitriy si no daba con ella. El tiempo corría. Dos días escasos eran los que tenía para actuar y evitar una desgracia. Estaba descartado llamar a ese payaso. Esa no era la solución. Exponerse de esa manera, no significaba que así la fuera a salvar. Conocía poco a Diego, pero era suficiente para saber que no era de fiar y probablemente aunque dijera que no sucedería nada, sucediera igual.

- ¿Por qué tenéis los ojos igual de rojos que un cangrejo? Me recordáis al que ve la niña de mi prima en televisión. Ese que está obsesionado con el dinero.

- ¿El señor cangrejo? ¿El del Bob Esponja?

- ¡Sí, ese! ¡Tenéis el mismo color!

Claudia la miró. Ella hizo la misma acción. Se contemplaban los ojos. Las dos buscaban el parecido al que Melisa se refería. Como si se hubieran puesto de acuerdo, rompieron a reír. Algunas veces creían que su amiga era demasiado infantil y al parecer no se equivocaban.

- Deja de decir esas burradas. Que con esa labia que tienes te pareces al Patricio.

- ¡Qué! De eso nada. Si tuviera que parecerme a alguno sería a Arenita y porque es la más lista.

- ¿Por qué estáis hablando de dibujos animados? ¿Es que hemos vuelto a tener cinco años y no me he dado cuenta? — Intercedió en la conversación absurda.

Su teléfono sonó e interrumpió la conversación. Le dio pavor mirar el número. Ya ni siquiera podía disfrutar de una comida tranquila con sus amigas. En el silencio siguió sonando la música que avisaba de que la estaban llamando. Suspiró. Se hizo con el aparato y las dejó en la cocina. No quería poner a nadie más en peligro. Suficiente tenía con preocuparse con Penélope.

- ¿Qué quieres?

- Darte otra pista. Las seis. No dirás que no soy benevolente. Te estoy dando la oportunidad de salvarla y parece que no lo aprecias.

- ¡Vete al infierno!

- Otra cosita que sé que te va interesar... ¿Sabes que mi hermano está haciendo tratos con los de la Rosa a escondidas de los Caballeros?

Apretó sus uñas con fuerza. Negó con la cabeza. No era verdad. Dmitriy sabía cada una de las leyes... Lo que significaban... Y las consecuencias de cada una de ellas...

- ¡Mientes, maldito!

La línea de llamada finalizada resonó fuerte en su oído. Un nudo se le hizo en el estómago. Si esas palabras eran ciertas... Dmitriy estaba jugando con fuego.

- ¿Ocurre algo señora?

- No, Travis.

Desganada volvió a la mesa con sus amigas. Quiso a hacer como que todo iba bien. No surtió efecto. Poco después sintiéndose como una víbora, las despidió. Pasó toda lo que quedaba de tarde llamando a Penélope. Cada minuto lo sentía como si la catástrofe estuviera más cerca... Casi sentía el sabor amargo de la pérdida...

¡Ni lo pienses! Se dijo incorporándose. Cogió el teléfono de la mesita y lo volvió a intentar...

- ¡Mierda, Mijaíl es que la has amarrado a la cama! — Gritó al techo.

No era posible que tuviera tan mala suerte. Eran casi las diez y media y no se había podido comunicar con Penélope. Su desesperación creció y empezó a temer lo peor. Las manos como cada vez que algo la sacaba de su confort, le picaron. Sentía como si por su mano corrieran miles de hormigas diminutas. El picor crecía por segundos. Cada vez era más difícil mantener la tranquilidad. Con todas sus fuerzas encerró la sábana en sus manos. Luchó como nunca contra el deseo de hacerse daño. Poco a poco sus ojos proyectaron para ella los ojos grises más lindos de la tierra. Una sonrisa se le dibujó en los labios. Sus puños fueron cediendo... Su cuerpo perdió rigidez... Se recostó viendo esos ojos que sin palabras le decían que todo estaría bien y sin darse cuenta, igual que la noche aparecía oscureciendo el día, el sueño la atrapó.

- ¡Ariel!

- Hola, Saray, yo también me alegro de verte.

Sonrió con la niña sujeta a su cuello.

- Buenos días, Ariel. ¿Cómo te encuentras?

- Hola, Keith.

Soltó a la niña y le dio un abrazo cariñoso a la madre de Dmitriy.

- ¿Qué hay para hoy?

Como imaginó el tema drásticamente cambió. Se había dado cuenta que con Keith era fácil desviar la atención de ella. Únicamente bastaba con atraerla hacia lo que ella no podía resistirse y eso que lograba que dejara de buscar en ella indicios de una baja o una nueva crisis, no era otra cosa que sus chicas. Keith amaba a ayudar a esas mujeres. Estaba completamente segura que no concebiría vivir sin ver sus sonrisas, sin poder darle sus consejos, sin poder ver como cada día salen a adelante. Aquel lugar lleno de mujeres que estaban destrozadas, para Keith lo era todo. No le extrañaba. Desde que ella había pisado aquella sala, unas ganas incontrolables por ayudar habían aparecido en ella. Por esos sus problemas había pasado a verlos insignificantes y es que las miraba y el pecho se le contraía con dureza. Gracias a eso había logrado entender, que si esas mujeres que habían vivido situaciones peores a las suyas eran capaces de seguir levantándose cada mañana y sonreír a un nuevo día, ¿por qué no iba a hacerlo ella que tenía gente que la apreciaba y un hombre loco de amor por ella?

- Hemos pensado dar un paseo por el Millennium Park.

- Amm, ¿Y eso queda?

- ¿¡No has estado!?

El chillido de Saray le taponó durante un segundo los oídos. ¡No, no había estado! ¿Y qué? ¿Por qué viviera en Chicago debía conocer todo lo que había?

- No, no he estado.

- ¡No sabes lo que te has estado perdiendo!

Como volviera a chillar de esa manera de loca de película, le daba con toda la mano del revés para que pillara el concepto de lo que significaba hablar y no gritar como una tarada.

- Saray, ves con el grupo.

- Pero... Pero...

- Ahora, Saray.

Con pucheros en los labios y de brazos cruzados, atravesó el pasillo que llevaba a la sala de las batallas.

- ¡Gracias!

- A veces se excede un poco.

Se encogió de hombros. No le quitaría la razón. Esa niña tenía vitalidad hasta para agotar al caballo más salvaje, fiero e indomable que existiera.

- El Millennium Park, es un parque de arte, música y arquitectura. A mí me encanta y a ellas las distrae de su vida rutinaria. ¿Nunca has estado?

Negó rotundamente con la cabeza.

- Es una maravilla. El parque queda en el centro del corazón de la ciudad. Uno de los lugares que solemos visitar una vez al mes es la obra de Jay Pritzker Pavilion.

- ¿Y ese quién es? — Se interesó.

Nunca había oído hablar de él. Vale, tampoco es que fuera una mujer puesta en el arte o arquitectura, para ella esos temas eran como si le hablaran de los marcianos. En otro contexto; su entendimiento era nulo.

- Ja, ja, ja. ¿Dmitriy no te ha hablado nunca de ese lugar?

- No.

- Allí fue donde le pidió matrimonio a Susana. ¡Ups! Lo siento. Yo no...

- No importa. — La sacó del aprieto.

- Bueno, que me voy del tema. Jay Pritzker Pavilion es el creador del

revolucionario espacio de conciertos al aire libre. ¡Hasta once mil personas puede acoger!

Su ceño se arrugó. No veía lo maravilloso. Keith le hablaba de ese lugar como si fuera algo sensacional. Su euforia cuando se refería a ese espacio era derrochada en exceso. La sonrisa en su rostro resplandecía como una estrella fugaz en la noche. Sonrió para no aguar su ilusión y fingió que le parecía sorprendente.

- Tiene un diseño de acero bruñido único en el mundo que permite, a través de un sistema estructuras de acero, ver el cielo estrellado mientras se escucha la música. Te encantará.

- Suena como la cosa que nadie se puede perder. — Comentó.

- ¿La cosa? Esa cosa ha ganado premios y muy importantes. — Apostilló con convicción y algo mosca porque no sintiera la dicha que ella sentía.

Se disculpó con un encogimiento de hombros.

Cuando llegaron al sitio que tan extasiadas las tenía, no sabía donde mirar. Su malestar pronto se hizo visible en su rostro. Como pudo se sentó junto a las demás e intentó a hacer uso de sus sonrisas falsas y perfeccionadas hasta parecer reales. Soltó el aire y lo volvió a coger.

- No te rasques. Mira tus manos.

Abrió los ojos avergonzada. Si no hubiera sido por su amiga, sin darse cuenta se habría provocado una herida.

- No has comentado...

- No, Claudia, no lo he hecho.

- ¿Por qué?

- Mira... Somos como veinticinco, ¿ves qué tenga derecho? No quiero empañar su día.

Su amiga le dio una mirada significativa. La atravesó con la mirada.

Media hora después, estaba que se tiraba de los pelos. Entre su respiración que

era muy irregular, su amiga que no dejaba de vigilarla y su autocontrol cayendo en picado por milésimas de segundos, ya no pudo más. Se levantó como si fuera una estampida. Todas pusieron sus ojos en ella. No pensó. Simplemente se dejó la vida en correr.

- ¡Ariel!

El grito de Keith le perforó el alma. Aún así siguió corriendo. Llegó a la puerta del recinto fatigada. Mientras reposaba las manos sobre sus rodillas y recuperaba el aliento, vio como Travis y Richard se acercaban a una velocidad envidiable.

- ¿Qué sucede?

Travis la ayudó a incorporarse.

- ¡Ariel, espera!

- Claudia... — Susurró.

Su amiga cogió su mano con fuerza. Una señal de que no estaba sola. De que allí donde ella fuera, de cabeza, en plancha o a trompicones, ella también iba y que si se estrellaba, ella lo haría con el mismo ímpetu.

- Sacarme de aquí, ahora. — Imploró.

CAPÍTULO QUINCE

- ¿Estás mejor?

Con los pensamientos más despiertos que nunca, bebió un poco de agua. Agradeció que su amiga le diera el tiempo que necesitaba para recuperarse... Para salir del lugar al que se había ido. Por el rabillo del ojo, se dio cuenta de que su amiga la miraba apenada. Su culpabilidad la hizo sentir mal. No había sido su intención recordarlo, ver ese día como si de nuevo estuviera pasando, sentir que ya estaba todo perdido y que lo mejor era dejar de luchar e insistir en evitar algo que ya no tenía remedio.

- Lo siento, Claudia. No he querido a hacerte sentir mal. No puedo controlarlo. Es muy difícil para mí bloquear las imágenes de un suceso doloroso...

- Lo entiendo.

- No lo creo. Puede que las dos estuviéramos allí... En cambio, tú no tienes problemas para estar en ese tipo de lugares. Yo no puedo. Se me revuelven las tripas y dejo de pensar. Solamente puedo verla a ella y... La sangre.

Claudia la miró comprensiva. Se sintió idiota. Todos pasaban página... Olvidaban... Seguían con sus vidas... ¿Por qué ella no podía ser igual? ¿Por qué habiendo nacido en el mundo que había nacido, en vez de ser fuerte y saber afrontar los sucesos, era al contrario? Era débil, sensible, paranoica, miedosa... Conocer la maldad que había a su alrededor desde que había aprendido a pensar por sí misma, la había llevado a sentir que todo era peligroso. Que en cualquier momento cualquiera podía herirla. Acabar con su vida.

Se observó las uñas. ¡Qué lejanos veía esos meses atrás! Había sido apenas un año, pero había empezado a sentirse segura. A ser confiada. A creer que todo era posible.

¡Ingenua!

Todo lo que había intentado a hacer a un lado, había regresado con más fuerza que nunca. Todo se lo debía a su padre... A su maldita organización... A sus malditos hombres... A esa maldita vida que lo único que le traían eran desgracias.

- Tienes que aprender a dejar de pensar así. ¡Es un recinto cerrado! ¡Mierda, Ariel! Te pierdes miles de lugares alucinantes por tus...

- ¿Qué? ¡No te calles! ¡Dilo!

Las dos se habían puesto de pie. Con la vista clavada en la otra se desafiaban. La gente que había sentada en la cafetería contemplaba la escena con mucha curiosidad.

- ¡Obsesiones, Ariel!

Claudia dejó un billete en la mesa y le dio la espalda. La siguió. La cogió por el brazo antes de que llegara a salir. Sus niñeras, tres para no variar, se acercaron alertados al verlas sulfuradas.

- Tengo mis motivos para ser así, ¿no crees?

- Puede... — Dijo muy flojo. - Pero sigues erre que erre con lo mismo. Mira al frente, Ariel. No te estás dando cuenta que si sigues, si no empiezas a pensar que estás aquí, de pie, resistiendo... — Agachó la cabeza. - Si no abres los ojos y ves que no estás sola y que ya has vencido... Lo perderás todo.

Su amiga se acercó un poco. El pecho se le comprimió. El dolor de sus ojos, fue demoledor.

- Lo tienes todo... Todo lo que muchas querrían.

Se mantuvo en silencio.

- Yo lo querría.

Abrió los ojos muy sorprendida.

- Fui a un colegio de monjas. Mis padres siempre estaban de viaje y apenas los veía. Me crié entre niñeras y monjas. Cuando cumplí los dieciséis, me revele. Conocí a un chico... Muy mono...

- Claudia.

Alzó las manos para detenerla. Sus problemas para a hablar, la previnieron de que la historia de final feliz tenía lo que ella de mujer sensata.

- Durante un tiempo se mostró encantador. Estaba tan ilusionada... Tan decidida a enfrentar a mis padres... Le quería y estaba dispuesta a ir donde él me lo pidiera.

La miró con tristeza y su corazón protestó.

- Pero entonces... Hubo una fiesta... Las cosas se salieron de madre... — Sonrió dolorosamente. - Y bueno... Fue un imbécil y un bruto. Tardé años en poder tener algún tipo de contacto íntimo.

- Yo...

- Pero eso se olvida... ¿Sabes por qué te envidio?

Negó con un sabor amargo en la boca.

- Tú tienes un hombre que te ama hasta límites insospechados. Un hombre que desea formar contigo una vida. Tener hijos, verlos crecer a tú lado y envejecer juntos. Yo... No puedo hacer feliz a Caleb, por eso mi empeño es alejarlo de mi vida. ¿Sabes por qué?

No le dio tiempo a responder cuando su amiga soltó en forma de bomba:

- Porque ese hijo de puta fue tan brutal que me dejó un recuerdo para toda la vida.

Los ojos de su amiga se empañaron. Por primera vez, vio a una mujer que no conocía. Era una mujer que llevaba un dolor agudo en el alma...

- Me desgarró, Ariel. Yo nunca podré darle un hijo a un hombre. Por eso siempre los he mantenido alejados...

- ¡Claudia, espera!

Sintiéndose fatal vio como su amiga corría desesperadamente calle abajo. El shock la dejó parada en el sitio durante minutos. Lo que su amiga le había

confesado, era algo que le costaba procesar. Jamás se había mostrado triste, con un rastro de dolor en el rostro o un indicio de que algo la atormentaba. En ese instante entendió. Todos esos juguetes que compraba y que regalaba. Todas esas visitas a niños sin hogares... A centros de acogida... Todas esas asistencias a hospitales... Esa gran dicha que resplandecía en su cara al ver la sonrisa de un niño...

- Oh... Claudia...

Se echó las manos a la cara. Su alma se había contagiado de la agria realidad de su amiga.

- ¿Qué ha sucedido, Ariel?

Giró la cabeza. Travis estaba a su costado esperando ordenes. Luca detrás y Richard tecleaba al teléfono sin quitarle los ojos de encima.

- Que acabo de descubrir que no soy la única que guarda secretos...

Abrió los ojos desorientada. Coral la miró con una sonrisa divertida. La televisión estaba apagada y los restos de la merienda recogidos.

- ¿Me he dormido?

- Sí, señora. Lleva como dos horas inconsciente.

Coral se rió por su ocurrencia. Se restregó los ojos. Seguía muy cansada. Había llegado a casa y lo único que recordaba era querer tener un rato de paz. Por lo que estaba viendo; lo había conseguido. Escasamente dos horas. Pero para los días que llevaba de subidas y bajadas, era suficiente y debía dar gracias por poder pasar dos horas sin preocupaciones.

Apartó con cuidado al cachorro que dormía plácidamente en su regazo y se incorporó.

- ¿Qué es esto?

Cogió el paquete. Lo miró con extrañeza.

- Lo han traído hará media hora.

Se echó a reír. ¡Condenada cotilla! Seguramente había pasado el rato tratando de saber que era y como no lo había logrado, la despertó para descubrirlo.

- Déjalo por ahí, luego lo abriré.

Coral frunció el ceño. De nuevo su risa rebotó en el aire.

- ¡Anda, curiosa, trae!

Rasgó el papel. Al ver lo que era las manos le empezaron a temblar.

- ¿Señora?

Levantó el dedo para que le diera un segundo. Cerró los ojos y los volvió a abrir. ¡Era el libro! Se pellizcó la cara. ¡No estaba soñando! Lo tenía en sus manos y venía con una nota.

Eufórica lo estrechó contra su pecho. Se puso de pie y empezó a dar vueltas por toda la sala. Las palabras del papel blanco y simple, se repetían en su cabeza sin cesar:

"Para mi leona lo mejor. No necesito que lo pidas, ni que me digas lo que desees, únicamente miro tus ojos y lo sé, lo veo... Y en ese momento quiero correr y ponerlo a tus pies... Que lo disfrutes, te quiero. Nunca lo olvides."

- ¡Te amo, cabezón! ¡Te amo! — Soltó a gritos sin poder contenerse.

Se dio la vuelta y se encontró con la mirada de Coral. ¡Mierda! Se había olvidado que la mujer seguía en la habitación. Se arrodilló en el suelo y se lo mostró.

- Deduzco que para usted, es un libro importante.

Asintió. Acarició la cubierta. Perfiló cada letra con sus dedos.

- Sí. Tiene mucho valor sentimental. Yo no lo he leído... Todavía. Mamá siempre lo tenía al lado de la cama encima de la mesita. Cada noche le gustaba leer un par de páginas. Preferiblemente lo hacía en su mecedora. Decía que no había nada como leer bajo la luz de la noche.

Le vino a la cabeza uno de aquellos días en el que la encontró meciéndose con el libro en las manos. Recordaba haberle preguntado porque le gustaba tanto parada a sus pies. Su madre la miró. La luz de la luna la iluminaba escasamente. Recordó, haber pensado mientras esperaba su respuesta que su madre era la mujer más bonita del mundo.

- Mamá repetía sin parar que Jane describe a cada personaje y lugares de una forma tan precisa, que hace que el lector se sumerja en la historia y la viva de forma omnipresente.

- Señora, ni aunque me lo vendiera como el mejor libro de la historia, lo leería. A mí deme una buena novela y por televisión.

Arqueó una ceja. Descubrir que a Coral le gustaban los culebrones, se le hizo gracioso.

- ¡Ah, ahora sé donde te metes todas las tardes!

La mujer se sonrojó y desvió un instante la mirada.

- ¡Ay, señora! Es que mi Roberto Carlos es tan guapo... Tan romántico... Tan enamoradizo...

La mujer se llevó las manos a la cara. Fue un gesto instintivo debido a la vergüenza que se había apoderado de ella.

- ¡Pues habrá que echarle un vistazo! — Dijo muerta de risa. - Si es tan apuesto...

- ¡No señora! Si el señor Dmitriy ya está hasta el gorro de mí, no quiero escucharle cuando vea que usted se ha contagiado...

Lo dijo con una voz tan escandalosa que tuvo que echarse a reír. Esa mujer le recordaba a su nana. La hacía estar distraída y reír cada dos por tres. El timbre sonó tres veces seguidas. Coral se levantó y se dirigió a abrir. Mientras tanto sus manos siguieron perfilando las letras de la portada.

- ¡Ariel Miller!

Dio un bote. El libro saltó de sus manos y casi aterrizó a sus pies. Lo sujetó con fuerza y se giró. Keith se veía muy enfadada. Con las manos en la cintura y una mirada descontenta, la observó sin decir palabra.

- Lo siento.

- Eres igual que Dmitriy. No me vale una disculpa, quiero una explicación.

Pasmada por la seguridad y firmeza con la que se mantenía de pie a escasos metros de ella, se puso de pie. Apretó el libro contra su pecho mientras buscaba en su cabeza algo que decir.

Podría mandarla a paseo. Decirle que se metiera en sus asuntos. Dejarle claro que ella no era nadie para meter su nariz en sus problemas. Quizás, bastaba con especificar que no era su madre para pedirle cuentas, ni darle sermones...

¡No tenía escapatoria!

Cuando se puso a su altura y sus ojos se encontraron con los de ella, supo que nada de lo que se le había pasado por la cabeza, saldría de su boca. Esa mujer estaba allí, cerca de las nueve de la noche, porque se preocupaba por ella. A pesar de que se detectaba su cabreo, la angustia también brillaba potente. Apostaba su alma a que esa mujer no había ido antes a asegurarse de que estaba bien porque había tenido cosas que hacer.

- No podía estar allí. Hace unos años estábamos paseando por el famoso santuario de aves que está situado en una pequeña isla en el Jackson Park, cuando vimos a una mujer con una niña de unos cuatro años en el puente de madera.

Keith dejó caer los brazos a su costado.

- Nosotras estábamos bajo un árbol. Nos habíamos sentado a la sombra. Recuerdo que estábamos riéndonos de alguna tontería que Claudia había soltado. Vimos como un hombre con pasos veloces se acercó a la mujer.

Cerró los ojos. Su mente estaba creando la imagen clara de lo que pasó ese día.

- La niña corrió y se escondió. No estoy segura si fue tras un árbol o una roca. La mujer se puso a discutir con el hombre. Gritaban. El la zarandeaba. Nos

acercamos. Creíamos que si nos veía el hombre dejaría que la mujer siguiera con su paseo.

Observó el libro que tenía en las manos...

- Estábamos a dos palmos. Pocos metros eran lo que nos apartaba de la mujer que de pronto empezó a chillar pidiendo auxilio. El hombre la soltó y la mujer cayó al suelo. Corrimos. Yo me arrodille a su lado. Claudia llamó pidiendo ayuda. Y Melisa... Sus ojos no podían apartarse del cuchillo que la mujer tenía clavado en el estómago.

El rostro de Keith se suavizó. Durante unos minutos se mantuvieron calladas. La madre de Dmitriy empezaba a conocerla y sabía que la mejor opción, era esperar a que decidiera seguir con el relato. Presionarla no era la mejor forma para conseguir que hablara. Lo más seguro, si hubiera optado por esa vía, se habría guardado el resto de lo que pasó.

- No dejaba de sangrar... Lo que sucedió después, está muy confuso y borroso. Se que me rompí la camiseta e intenté taponar para que la sangre dejara de correr. La mujer tragaba con dificultad y no dejaba de repetir el nombre de la niña... "Tara". Luego ya no sé lo que ocurrió.

Keith se acercó sigilosa. No quería sobresaltarla. La abrazó como la madre que abraza a un hijo cuando se ha caído de la bici. La ternura de esa mujer era conmovedora... Envidiable... Y ella tenía la suerte de ser la recibidora de todo ese cariño.

- ¿Te pesa no saber si vive?

- Puede... Keith lo vi todo rojo. Me estaba asfixiando. Por eso salí corriendo.

- Si lo hubiera sabido, lo habríamos podido evitar.

- ¿Cómo?

- Ariel eres muy sensible... No sé como fuiste de pequeña, nada sobre tus padres... Tengo claro que es un tema delicado para ti y por eso nunca lo toco. Pero he visto muchos casos parecidos y he ayudado a muchas mujeres con problemas para saber que tú niñez te ha marcado de una forma irreparable. Que a

pesar de ser adulta y haber seguido adelante, no sabes como detener los pensamientos que no dejan de decirte que no puedes ser feliz y que siempre habrá algo que vendrá y se llevará tu alegría.

Keith acarició su mejilla. La calidez que desprendía la reconfortó.

- Tienes que dejar de pensar en el y si... Y empezar a vivir y disfrutar lo que tienes. En la vida tendrás momentos buenos y otros malos, pero ahí es donde está la verdadera fuerza. Tienes que saber aceptarlo y como afrontarlo. Y entonces cuando te des cuenta de que tú no puedes evitar algo que está escrito, será cuando todo lo que te atormenta deje de poder hacerte daño. Toma lo que la vida te da, lo que te ofrece. Deja de mirar lo malo que te ha pasado y observa lo bueno. Estoy segura de que si eres buena observadora, encontrarás mucho más bueno por lo que vivir y sonreír... Que malo por sufrir y llorar.

Las palabras de Keith la dejaron muy pensativa. Puede que tuviera razón. Tanta importancia le había dado a lo que la había hecho sufrir que se había olvidado de mirar hacia las cosas que la habían hecho sonreír y sentirse bien. Agradeció sus palabras... Que fuera tan buena... Que tuviera tanta paciencia... Y que mostrara lo importante que era para ella verla bien.

Se apartó un poco y sonrió. En silencio se comunicaron. No estaba segura, puede que fuera otra perdida de tiempo, pero las palabras de Keith, la hicieron desear con todas sus fuerzas poder lograrlo. Y empezaría por poner recuerdos alegres allí donde aquellos que la hacían caer estaban.

- Por cierto... — Dijo dirigiéndose a la puerta. - Me encanta Orgullo y prejuicio... Es un libro muy dramático.

Le guiñó el ojo. Rompió a reír. Poco después, depositó el libro en la mesa y buscó a Coral. Esa mujer era demasiado cotilla para estar lejos. Al no encontrarla, se acercó a la cocina. Se sirvió un vaso de leche. Un ruido llamó su atención. Dejó el vaso sin tocar. Abrió un cajón y se hizo con el rodillo de amasar. Con precaución se acercó a la despensa. Abrió la puerta de sopetón...

- ¡Aaaaah!

- ¡Coral!

- ¡Quiere matarme, señora!

- ¿Qué? Yo no me he encerrado en la despensa como una ladrona.

Bajó el rodillo y al segundo lo volvió a subir...

- ¿Qué sucede?

En cuanto vio que quien había entrado corriendo era Travis, bajó el rodillo. ¡La que había liado Coral!

- ¡Ahora si escuchas! — Recriminó a Travis.

- Estaba cerca, señora.

Pasó por su lado y le dio un empujón con el hombro.

- Pues a ver si estás igual de cerca cuando ese payaso quiera volver a amenazarme.

Travis subió las manos por encima de su cabeza y las agitó.
¡Aun le daba!

- Señora, estoy deseando que vuelva Paolo. Cada vez que el señor se lo lleva aguantarla es de recibir una medalla.

Lo asesinó con los ojos. ¡Él era quien le hacía perder la paciencia!

- Ahora... ¿me podéis decir a que venían esos gritos?

- Tu madre.

- Ha sido ella.

Se miraron como diciendo; "¿Eing, qué ha sido quién?".

- Yo estaba viendo mi novela. — Se justificó.

- ¡Anda, leches! Y yo bebiendo un vaso de leche.

- Usted entró con el rodillo. — Acusó.

- ¿Y qué debía a hacer si en esta casa se cuelan polizones? ¿Dejar qué me atenga otra vez?

- ¡Basta! Me dais dolor de cabeza.

- ¡Te jodes!

- Señora... Estoy intentando ser amable y comprensivo. Estoy cansado... Llevo más de una hora recibiendo la reprimenda del demonio por teléfono. El señor nos ha puesto a los tres de irresponsables e incompetentes, además de ordenarnos despedir a todos los que el otro día estaban alrededor de la casa y a los guardias de la puerta. ¿Le parece que puedo también con su bravuconería?

Repasó mentalmente todas sus palabras excepto la última frase. Teniendo todavía el rodillo en la mano, no era muy buena idea, ya que si no se lo iba a tirar a la cabeza y mandarlo derechito para urgencias.

- ¿Por qué los ha mandado despedir?

Travis resopló. Conociéndolo, ese gesto solamente significaba una cosa; no le hacía gracia tener que quedar como un inepto a sus ojos.

- Uno de ellos fue quien le ayudó a entrar...

- ¿A quién? — Se hizo la tonta.

- Diego.

- ¿No que lo había soñado?

La cara de Travis se volvió igual de dura que una caja fuerte de hierro. Vio como se pasaba las manos por el cabello. Su exasperación era muy visible. Esperó... Esperó... Y esperó...

- Fue un error de mi parte no creerla.

Arqueó una ceja. ¡Eso si era un avance!

- ¿Es una disculpa?

Coral que no les quitaba ojo, la agarró del brazo. La observó por el rabillo del ojo. Suspiró. Su gesto había sido indicativo de que no se excediera.

- Sí, lo es. No volverá a pasar.

Su boca se abrió a la misma velocidad que la mano de Coral cayó a su costado. Las dos estaban igual de conmocionadas. Esperaba un desaire, un desplante, alguna palabra esquivada.

¡Guau! Le había pedido disculpas, de frente y con la cabeza bien alta. Eso si que no se lo esperaba. Ni ella, ni Coral. Se había quedado mirando a su hijo como si fuera un hombre al que no conocía.

- Em... Bueno... Acepto tus disculpas. Continúa.

Travis asintió. El ambiente de aquella habitación pasó a ser distendido y armonioso, como si fueran tres amigos hablando del tiempo. Se le antojó extraño. Muy extraño... Tomó asiento y se centró en prestar atención y no en el cambio de actitud que allí había ocurrido.

- Parece que se llevó a su hija del colegio y así lo obligó a abrir la puerta de acceso de atrás y desactivar las cámaras.

- Pero yo las vi funcionando...

Reposó la cara en sus manos. El cansancio estaba consumiendo las pocas energías que le quedaban.

- Eso es porque... Todos disponemos de un inhabilitador.

Le miró como diciendo; "en mi idioma ¿plish?".

- Las cámaras siguen funcionando, pero muestran lo que quieres que muestre. Por eso nosotros no vimos nada raro. Todo se veía normal y puede que mientras nosotros estuviéramos hablando, él todavía siguiera en la casa.

- ¿Y atrás no hay guardias?

- Sí, los hay. Pero parece que los drogaron.

- ¿Cómo?

Al ver que se quedaba callado se puso de pie. Lo desafió con la vista. Ni aunque fuera el mismo Jack el destripador, conseguiría que dejara de retarle con los ojos.

- Habla. — Demandó volviendo a sentarse.

- Mamá... ¿Puedes...?

Señaló la puerta. Coral no discutió, ni gritó, ni puso mala cara. Simplemente acató la orden.

- Uno de nuestros clubs ofrece... Bueno... Jolin... No sé como explicarlo sin que suene depravador.

- ¡Súeltalo y punto!

- Hay... Gente que solo disfruta experimentando las violaciones.

Su cara fue de póker. Perdió el habla, el movimiento y hasta se olvidó de cómo pensar.

- Nuestras chicas... Toman una copa... Se hacen las estrechas... Luego ellos echan una pastilla en la bebida que las deja despiertas, pero con los reflejos muy bajos y con los movimientos y el habla ralentizados.

¡Demasiada información!

Se levantó inesperadamente y le dio un empujón. ¡Estaban locos! Sulfurada se puso a pasear por la cocina. ¡Increíble! ¡Era increíble!
Se detuvo en seco. Le miró de frente y le señaló con el dedo.

- ¡Sois... Sois...!

¡Nada! No tenía palabras.

- Ariel, es todo consentido.

¡Le metía con la mano abierta!

- ¿Consentido? No me digas... ¿¡Y para qué entonces las pastillas?!

Travis se puso de pie, la cogió de los brazos y la hizo sentar.

- Si no parece real el cliente no se excita. Eso le da credibilidad.

- Estáis mal de la cabeza. — Arremetió. - ¿De dónde sacáis esa mierda? ¿Y dónde se entiende que una mujer se deje drogar para que tomen su cuerpo?

Hizo una mueca de asco. Sintió el sabor del vómito en la garganta.

- Todo el mundo tiene deseos ocultos... — Comentó Travis sin importancia.

- No me fiaré de vosotros en la vida. — Soltó contundente. - ¿De dónde las sacáis? — Insistió.

La cara de Travis mostró en el aprieto que le había puesto. Todo le dio vueltas. Pensó... Y pensó... Cuando llegó a una conclusión, quiso matar a Dmitriy muy lentamente. Suerte que no lo tenía delante.

- Vosotros las creáis y las suministráis. — Murmuró.

- Dan mucho dinero...

Lo dijo de una forma tan normal, que su cabeza se bloqueó y sin pensar, le arreó un puñetazo.

- ¡Dios! Yo no quería...

Se llevó las manos a la boca.

- ¡Joder! Para no querer, no ha sido cuidadosa...

Travis se acarició la mandíbula.

- Me voy a la cama porque aún te doy otro... — Advirtió.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Giró la silla. Puso los codos en sus rodillas. Con la mano izquierda se acarició la frente. Le empezaba a doler la cabeza. Marcó por décima vez...

- ¿Sí?

¡Al fin!

- Mijaíl, pásame a Penélope.

- Así que eras tú quien ha estado llamando sin parar.

Contó despacio, tranquila, sin prisas, logrando que su humor se mantuviera estable.

- Mijaíl... Si te he chafado el polvo... ¡Te jodes! Ahora, pon a Penélope al teléfono.

- ¡Oye, fiera! Creo que estoy en mi derecho, ya que en cuanto...

- ¡Mijaíl, dámelo! — Resonó fuerte la voz de Penélope.

- Estoy hablando. ¿Qué estaba diciendo?

- Que me lo des...

- ¡Ay, pellizcos no! Penélope. — Regañó Mijaíl.

Contuvo la risa que amenazaba con contaminar el silencio del despacho.

- ¡Dame!

- ¡Penélope!

Silencio. Pensó que se habían olvidado que estaba al otro lado del aparato.

- ¿Me has mordido? ¡Serás carnívora!

- Dámelo a ahora.

En silencio esperó. Aunque le estaba costando quedarse callada, logró comportarse. A duras penas, pero lo hizo.

- Ariel.

- Hola.

- ¡Ves, leona, por tú culpa ya me he quedado sin polvo!

Rompió a reír pocos segundos después de empezar a hacerlo Penélope. La voz de fondo descontenta de Mijaíl, las hizo estallar en risas fuertes y contagiosas. Y es que para ellas era muy divertido cuando Mijaíl se mostraba enfadado. Daban ganas de comérselo a besos... Se le ponían unos morritos... Unas arrugas tan bonitas... Era imposible no querer borrar su mal genio a besos.

- Parece que se enfadó. — Comentó muerta de risa.

- Vaaa, luego se lo quito en dos segundos.

- ¡Gracias! Ahora no podre quitarme esa imagen de la cabeza.

Volvieron a reír hasta que se quedaron casi sin aire.

- Siento no haber recibido tus llamadas.

- No hay nada que disculpar, parece que alguien te ha tenido muy entretenida.

Penélope rió con su comentario. Así era ella. Sonriente y alegre. Y así había sabido ver y apreciar que tenía un enorme corazón que la hacía ser una gran mujer.

- ¿Te apetece comer mañana y pasar la tarde en el cine?

Era un plan mediocre. Lo tenía claro desde que se le ocurrió, pero si podía a apartarla del gentío y así lograba mantenerla a salvo... Se chuparía sin rechistar una película detrás de otra aunque fueran en blanco y negro.

- Oh, mañana no puedo. Prometí a la abuela llevarla a pasear si hacía buen día.

Se llevó la mano a la cabeza. ¿Y ahora qué? No podía insistir. Si lo hacía, Penélope se percataría de que algo extraño estaba sucediendo y no quería que se preocupara; estaba embarazada y eso no era bueno para el bebé.

- ¿Puedo acompañaros?

- ¡Cómo se nota que Dmitriy no está cerca!

Arrugó el ceño confundida.

- ¿Qué quiere decir eso?

- Nada, nada. No he dicho nada.

- ¡Penélope!

- Te espero a las cinco.

Miró el teléfono alucinada; había colgado. Ni besos, ni un nos vemos, ni un hasta mañana. ¡Eso sí era educación!

Dejó el cacharro encima de la mesa. Por su cabeza no dejaba de merodear la idea de volver a marcar a su padre. Se recostó en el respaldo y desechó la idea. No valía la pena intentarlo. De él lo único que podía esperar era otro desplante como venía siendo su costumbre desde que había empezado a buscar a su madre.

Levantó la pierna para ponerla encima de la mesa...

- ¡Porras!

Se agarró el pie con las dos manos. Varios improperios salieron de su boca.

¡Cómo le dolía!

Iba descalza y al levantar el pie, no tuvo otro lugar con el que topar que no fuera la pata de la mesa. Y para rematar... ¡Se había lesionado el dedo gordo! Cogió aire y lo soltó.

- ¿Qué es esto?

Se olvidó del dolor que sentía y se agachó debajo de la mesa. Miró hacia arriba. Contuvo un quejido contrayendo la boca. ¿Cómo era posible que un golpe tonto le doliera tanto?

Tocó lo que parecía un compartimiento secreto debajo de la mesa. Frunció el ceño. ¡Con razón le dolía tanto! Aquel hueco en forma de carpeta adherido a la mesa, le dejaba más que aclarado que la mesa de "madera" tenía bien poco y que lo que en un principio pensó que era un escritorio de roble, era claramente de metal. Metió la mano por curiosidad. No creía que hubiera nada más aparte de la carpeta que había caído al suelo por culpa de su pie patoso, pero por mirar

tampoco perdía nada.

- Nada... ¿Por qué guardas esto con tanto recelo, Dmitriy? — Se preguntó.

Oyó pasos acercándose... Se apresuró a ponerse de pie. Guardó la carpeta donde la había encontrado y se sentó. Dibujó una sonrisa. Le costó. Casi incluso la vida. El dolor era cada vez más insoportable. El dedo gordo le daba pinchazos como si lo estuvieran aporreando sin piedad.

- Hola.

"Bájale a la efusividad Ariel", se amonestó. En serio, era incomprensible. No podía dejar de preguntarse porque cada vez que alguien descubría algo, su instinto le llevaba a poner cara de felicidad y a hablar en un grito eufórico. ¡Por favor! Que eso era lo primero que atraía a las sospechas. ¿Cómo no iba a mirarla Travis con las cejas levantadas, si casi le había gritado que estaba ocultando algo?

- ¿Algún problema?

¡Si ya lo decía ella! ¿Por qué directamente no le había mostrado la carpeta y listo?

- Eh... No... — Hizo una mueca. - Necesito que venga el médico.

- ¿Qué ha hecho ahora?

- ¡Oye, que no lo he hecho a adrede! Ha sido esta mesa que la ha tomado conmigo y me ha fastidiado el dedo. Mira.

Levantó el pie para que el mismo viera como el dedo gordo se le estaba hinchando. Travis negó con la cabeza, sacó el teléfono y sin decir palabra marcó. El tiempo que le dio la espalda no pudo dejar de mirar hacia ese hueco secreto. La misma curiosidad hacía que las manos le picaran sin control. Cantó mentalmente una canción de Shakira movidita para distraerse. No quería poner a Travis sobre aviso. Necesitaba saber que había en esa carpeta y porque estaba escondida.

- Ya está en camino. ¿Me llevare otra paliza por esto?

Señaló su pata. Se echó a reír. ¡Pobre! Probablemente una paliza no, pero varios gritos e insultos, puede. Dmitriy pensaba que todo lo que le pasaba era culpa de ellos por no vigilarla como era debido. Así que sí. De nuevo recibiría una regañina por patoso.

- No necesitas que conteste a eso, ¿verdad?

Travis se encogió de hombros. Luego bufó con fastidio.

- Señora, estoy considerando envolverla en papel de burbujas de esos que traen los regalos cuando el señor no esté. Me empiezo a cansar de comerme el mal genio del señor cada vez que a usted le apetece andar de torpe.

- ¡Idiota!

- Voy a avisar al señor, no tengo ganas de verme otra vez con el labio partido.

Su cara de alucine se transformó en dinamita. Roja, encendida y furiosa, le gritó antes de que saliera por la puerta:

- ¡Me apetece un pastel de chocolate!

- No...

Se dio la vuelta despacio. Si no fuera la mujer de quien era, ya la habría matado con sus propias manos. Sus ojos se lo decían.

- Y lo quiero de la pastelería que está en la otra punta de la ciudad.

- Mandaré a por...

- Irás tú. Por insolente e idiota. — Especificó con voz victoriosa.

¡Jodete que de nuevo te he ganado! Gritó en su mente. Travis la fulminó con la cara más despreciable que tenía. Se dio la vuelta y pegó un portazo una vez salió del despacho. A pesar de lo que le dolía el dedo una sonrisa se formó en su boca.

¡Era masoca!

O eso o es que todavía no la conocía, porque no le entraba en la cabeza que siguiera provocándola cuando ya le había hecho ver, que a ella la provocaba únicamente quien ella quería y ante todo estaba primero que se dejara.

Cogió la carpeta y le dio una vuelta. Observó y escuchó con atención. Aquel despacho estaba alejado del salón. No era como el otro que ella había desbaratado y puesto patas arriba para dejarlo a su gusto. No, nada de eso. Ese despacho pequeño, quedaba hacia el lado contrario de su dormitorio. Para llegar a él, había que cruzar una segunda puerta que tenía el despacho principal, la cual había descubierto al empezar a sacar cosas. Intrigadas y estupefactas por el hallazgo, caminaron las tres por el pasillo larguísimo para encontrar una única puerta que desembocaba en ese despacho. Saray con sus gritos locos, denominó a aquella casa como la casa laberinto. Y la verdad que aunque no lo dijo, pensó que allí tenía mucho por descubrir. Y por la carpeta que sus manos sostenían, poco se había equivocado.

¡Dmitriy la mataría! Y no contaba con una sola razón para hacerlo... Si empezaba porque no había dejado nada de su enorme despacho... Lo había convertido en un cuarto de entrenamiento personal... Había encontrado su cuarto escondido... Se había apropiado de él... Y para echar más a la lista infernal... Había amenazado a sus tres niñeras con a hacer su vida grotescamente insufrible si se atrevían a chafarle la sorpresa a Dmitriy y el gusto de ver su cara encendida en cólera... Bastantes y suficientes para querer acabar con ella. No sabía porque, pero todos asintieron como perritos. Hasta Richard la sorprendió con su asentimiento silencioso.

Abrió la carpeta...

- Señora...

La cerró de golpe. Sonrió lo más naturalmente que pudo y con disimulo y a tientas la dejó en su lugar.

¡Menuda suerte la suya! Al paso que iba vería lo que contenía cuando fuera vieja y sus nietos corretearan a su alrededor.

- ¿Sí?

- El doctor.

Le dejó paso y el matasanos con su sonrisa apacible atravesó la estancia hasta estar a su lado.

- ¿Ahora qué es?

- ¿Por qué todos utilizáis la misma pregunta?

Apoyó la cabeza en sus manos y resopló a posta para que vieran lo descontenta que estaba con esa actitud que mostraba lo agotado que se encontraba y la poca paciencia que le quedaba.

- Ariel, nos conocemos... Desde hace tanto que ni me acuerdo.

Le miró y puso toda su atención en el matasanos que estaba empeñado siempre en ser un héroe, salvarla y mantenerla con vida aunque le estuviera costando su buen esfuerzo lograrlo.

- Siempre que me llaman, tu nombre está en la conversación y nunca tengo la suerte de que no seas tú la herida. Parece que me iré a la tumba con las ganas de que me llamen por otro motivo que no seas tú.

- No diga tonterías.

El viejo negó con la cabeza. Podía ver la sonrisa que sus labios estaban ocultando y eso que no le estaba mirando de frente; de nuevo sus ojos se habían movido hacia la carpeta. El hombre le hizo un gesto con la mano que no necesitaba palabras. Captando su atención, subió el pie encima de la mesa.

- ¡Qué duele!

- Pues la próxima vez ten más cuidado. — La regañó.

Su mano volvió a tocar su dedo. Se agarró fuerte a la silla y apretó con fuerza los labios. No confiaba en su autocontrol lo suficiente como para asegurar no darle una patada al hombre y a hacerlo sentar de culo. Simplemente pensar en el pobre aterrizando contra el suelo la hizo reír por lo bajo. Ya bastante tenía, como para que ese viejo la mandara a encerrar en un loquero.

- ¡Quiere parar ya!

- No, si acabo de empezar...

- ¡Y un cuerno!

Le apartó la mano bruscamente y bajó el pie al suelo. El matasanos en desacuerdo con su acción, se cruzó de brazos y empezó a dar golpes impacientes con el pie.

- ¡No me mires así!

- Ariel... — Dijo en un tono que no dejaba espacio para discusiones. - Sube. El. Pie. Ahora.

- ¡Qué no! Que cojas ese maletín guarda utensilios inservibles y te vayas a buscar algo importante que a atender...

- Tu dedo es importante.

Bufó... Bufó... Y así siguió hasta sentir que sus pulmones habían vaciado todo el aire de exceso que a veces... Solo a veces... Y cuando le tocaban demasiado el chichi... Se le quedaba retenido dentro como una forma de mecanismo, la cual usaba como vía para no gritar y gritar hasta quedar afónica y dejar sordos a los que le tocaban la moral y lo que no era la moral.

- No. — Musitó cansada.

- Tienes un buen golpe, no sé que estabas a haciendo pero tengo que ponerte este hierro y vendarlo...

- He dicho...

- ¿Me ves cara de que me importe? Mi trabajo es sanar. Tú estás herida, yo te curo. Cierra el pico de una vez.

¡Vaya si lo hizo! Ese condenado le había cerrado la boca en un plis plas. No es que no tuviera ganas de soltarle una de sus lindezas, es que por más que rebuscó en su cerebro no encontró ninguna. Así que mantuvo los labios juntos y de mala

gana volvió a colocar el pie a la vista del doctor.

- ¿Y cuanto tiempo...?

- Siete.

Levantó una ceja. Le hizo gracia que la conociera tan bien.

- ¿Siete horas?

- Días, Ariel. Y ni se te ocurra quitártelo antes de su tiempo como aquella vez en la que te hiciste una fisura en la muñeca.

Una sonrisita se le formó en los labios imposible de esconder.

- Me molestaba. — Refutó.

Terminó de vendarle el pie y se enderezó. La señaló con el dedo. Con sus ojos miel entrecerrados le retó.

- Lo digo en serio, Ariel.

- ¿No me digas? ¿Y qué quieres que haga con esto puesto? No esperaras que salga a la calle con esta cosa. ¡Ni la zapatilla me ha de entrar!

- ¡Ariel! Me exasperás. Ese hombre tiene que tener medio cielo ganado por aguantarte, además de una paciencia bendita. ¡Siete días y san se acabó la discusión!

Aturdida por ese tono de voz exigente y firme, se agarró a la mesa, apoyó el pie en el suelo y le hizo un saludo militar en toda regla mientras decía:

- ¡Cómo usted mande mi general!

A Luca se le escapó una risotada. El médico que ya había perdido toda la calma que tenía, lo clavó al suelo con la mirada.

- No tiene gracia.

- ¿Cree que no lo sé? Pero doctor cuando esa medio metro bocazas no es conmigo con quien la tiene liada, las cosas cambian y hasta le encuentras la diversión a sus frases estúpidas.

- ¡Estúpido tu padre! — Le graznó.

- ¿Ve, doctor? Al menos usted puede dar gracias de que la señora es considerada y le ahorra el mal trago de tratarlo como a un mono de feria.

Una figura voló por el cuarto...

- ¡Ariel!

- Lo siento, es que la mano se tomó vida propia.

Se sentó a la vez que Luca se incorporaba y revisaba seguir teniendo la cabeza en su lugar. Con ganas rompió a reír. Sintió lástima cuando de malos humos y maldiciendo lo vio salir de la habitación.

Si es que a veces... Era una bruja... Y de las malas... Y con malos reales...

El médico salió poco después. Aliviada de verse otra vez sola, extrajo por tercera vez la carpeta. Sin demora la abrió y empezó a leer los papeles que contenía.

- Victoria Harris, casada con Ethan Miller.

- 40 años.

- Huyó de su casa cinco meses después de que su única hija consiguiera escapar de la opresión de su padre y la organización.

- Se la considera una traidora y se la busca por orden del mando mayor.

- Todo aquel que la proteja estará violando el código de la organización y será considerado un traidor.

- A todos se les juzgará por igual y su destino quedará sellado por su acción.

- Cualquier persona que sepa de su paradero ha de comunicarse con Dmitriy Novikov para que pueda proceder y entregarla a la mayor brevedad al mando mayor.

- No se perdonará ninguna falta y mucho menos su encubrimiento.

- Con esta nota quedan advertidos todos a aquellos que la puedan estar ayudando y protegiendo.

- No habrá excusas.

- Sean leales y actúen conforme al código de honor de la organización.

- Si no lo cumplen, nos veremos obligados a proceder de una forma contundente y sin concesiones.
- Atentamente, El jefe de Chicago. Espero sus respuestas y noticias.

Soltó el papel de un manotazo. La angustia corría por su vientre subiendo hasta su garganta. Sintió la presión. Le costaba respirar. Miró ese papel que había tirado encima de la mesa y le seguía pareciendo una mala pesadilla.

Los ojos se le empañaron. El dolor y la rabia presionaron con fuerza en su pecho. Se ahogaba. No podía respirar. Se sujetó la garganta con las dos manos y trató de recordar las palabras de su nana. Probó a controlar su respiración...

Aspiró una bocanada pequeña de aire y la soltó despacio. Cuando llegó a la sexta vez, respiraba con normalidad, a pesar de tener los ojos anegados en lágrimas.

- ¡La matarán Dmitriy! ¡Joder! ¿Por qué me haces esto? ¡Tú no! ¡Por Dios!

Los siguientes folios le perforaron el alma y aumentaron su llanto. Hacía rato que había dejado de ver con normalidad. Tenía los ojos tan empañados que la lectura se le hacía dificultosa. Se sorbió los mocos de nuevo y apartó las lágrimas a manotazos.

Seguir leyendo se le hacía cada vez más cuesta a arriba. Había leído tantas ubicaciones... Tantas presuposiciones... Tantos lugares donde al parecer la habían visto...

El temor se le echó encima de golpe cuando sus ojos se clavaron en esa última hoja que su mano sostenía y que todavía no había tenido valor de empezar a leer; era de apenas unos días a atrás. Los peores sucesos se le pasaron por la cabeza. Y más cuando en ese momento entendió la desaparición de Dmitriy...

- Se la ha visto por los alrededores de Chicago, cerca del restaurante el Hog. Lleva una foto y al parecer todos los días pregunta por la acera si la conocen. A ciencia cierta está intentando ponerse en contacto con su hija. Esperamos sus ordenes señor.

Sollozó descontrolada y sin cesar hasta que las lágrimas se le agotaron. Por eso Dmitriy estaba aquel día muy pensativo... Por eso decidió volver a poner a sus guardias detrás de ella; se había aprovechado de la situación, de su huida, del encuentro con su hermano. Por eso había provocado esa pelea... Ya lo entendía... El necesitaba salir para atrapar a su madre y su confrontación le había dado la excusa perfecta para hacer su trabajo.

- ¡Perro, traicionero! — Gimoteó escondiendo la cabeza entre sus manos.

Levantó la cabeza al oír abrirse la puerta. Ni siquiera le importó tener los ojos bañados en lágrimas e igual de rojos que la sangre que corría por las venas del cuerpo. Le costó un poco enfocar y conseguir identificar a la persona que había entrado.

- Su pastel. — Dijo por decir algo.

Encontrarla de la guisa que la había encontrado le había provocado una enorme conmoción.

No se molestó en limpiarse. Mucho menos en ocultar los papeles. Nada importaba en aquel instante. Solamente quería saber... Si Dmitriy la había entregado y si todavía seguía con vida.

Travis se acercó. Dejó el pastel envuelto encima de la mesa. Al ver lo que le había provocado ese abatimiento, se apresuró a recuperar todos los papeles. Se encogió de hombros y le dejó que los apilara todos. Ella no tenía fuerzas para a hacerlo.

- Ya los he visto... Puedes recogerlos con tranquilidad... — Dijo entre hipidos.

- Señora... Todo tiene una explicación... Cuando el señor...

- Ja, ja, ja. — Rió con perversidad. - El señor... El jefe... ¡Siempre el hombre de los negocios!

- Señora...

- ¡No! Yo quería un hombre bueno... Un hombre fuera de toda esta porquería... Un hombre que me quisiera y donde su única prioridad fuera a hacerme feliz...

- La ama. — Dijo con firmeza.

Alzó la mirada. La fijó en esos ojos que la miraban apenados. La cólera se fue propagando por su organismo hasta conseguir que olvidara lo mal que se sentía y las ganas que tenía de introducirse en la cama y llorar hasta reventar.

- ¿Y de qué me sirve?

La rabia habló. En aquel momento todo el amor que sentía por Dmitriy, quedó calcinado a sus pies. Todo lo vio rojo... No sabía que había sentido él cuando su hermano lo traicionó yéndose con su prometida, pero si era una cuarta parte de lo que ella estaba sintiendo... Entonces él no había llegado a experimentar lo que era el dolor más devastador de una traición.

- Señora...

- Ni lo intentes Travis... No le defiendas porque esta vez no tiene perdón. Me ha ignorado... Me ha ocultado que mi madre estaba a dos pasos de mí sabiendo que la estaba buscando... Y ha organizado una partida para atraparla... No vuelvas a repetir que me ama... ¡Jamás!

- No puede traicionar a la organización. Tienes que entender, Ariel.

- Oh, claro que lo entiendo. Y ese es el problema, Travis. Que siempre será primero la puñetera organización.

CAPÍTULO DIECISIETE

Abrió los ojos. Le dolían. Se los restregó con los dedos. Necesitaba una pastilla. Además de los ojos, la cabeza le martilleaba como si tuviera un tambor tocando un repertorio de semana santa en su cerebro.

Giró la cabeza. La vibración de su móvil la avisaba de una nueva llamada entrante. Desde la noche anterior no había dejado de sonar. No había que imaginar mucho para saber quien era y porque de repente insistía en comunicarse con ella. Suspiró. Lo cogió. Su nombre hizo que el estómago se le contrajera. Le dolía. Esa traición sería muy difícil de ignorar. Apagó el teléfono y se levantó.

- ¡Mierda!

Saltó a la pata coja. Segundos después se sentó para recuperar el equilibrio. Había olvidado su maldito pie vendado y el dolor que le provocaba el dedo. Se masajeó la cara con pesadez. ¿Cómo iba a hacer para ir al paseo con Penélope? La puerta sonó dos veces seguidas...

- Pasa Coral.

Se recostó boca arriba y la observó entrar por encima de su cabeza.

¡No llevaba un teléfono!

- Ariel... El señor...

Estiró la mano dejando la palma hacia arriba. Al instante lo dejó en su mano. Tardó unos segundos en llevárselo a la oreja. No quería oír su voz... Sus excusas... Directamente no quería oír nada que saliera de su boca.

- ¿Por qué no entiendes? ¡Deja de llamar!

- Leona...

Colgó. ¡Cabrón! Chilló en su interior a la vez que envolvió el teléfono en un puño y dio un golpe contra el colchón.

Coral dio un paso a atrás. No era para menos. Su cabreo era enorme y no sabía como detener las ganas que le habían nacido por destruir... Por herir... Por acabar

con todos esos malnacidos de la organización...

- Ariel...

- No quiero oír nada. Por favor, respeta mi decisión.

Coral se sentó en la cama y apartó un mechón de su cabello de la cara. Ese gesto tan lleno de ternura, consiguió que los ojos se le empañaran. No había podido dejar de rememorar el cariño de su madre al abrazarla. Su amor al besarla en la frente. Su tierna sonrisa al despedirse de ella cada madrugada. El pecho se le encogió. Sintió como si alguien estuviera intentando quitárselo. Las lágrimas asomaron a sus ojos. De un manotazo las hizo desaparecer.

- ¿Sabe como Dmitriy entró en este mundo?

Negó mirando el techo blanco.

- Tal vez, ahora no quiero saberlo...

Coral sonrió de una manera que le recordó al sufrimiento marcado durante años en la cara de su madre. Se incorporó de sopetón. Dejó la pierna estirada y la otra doblada. Entrelazó las manos.

- Yo he trabajado para los Novikov, desde que Dmitriy tenía cuatro años. Mis hijos se han criado como miembros de esa familia gracias al gran corazón de Keith que siempre los ha tratado como uno más de su casa.

Algo de lo que recordó hizo que sonriera. Una sonrisa grande y brillante. Sintió esa alegría traspasar su piel. Los pelos de los brazos se le erizaron.

- Tricia tenía nueve años cuando por primera vez la llevé conmigo. La familia ya conocía a Travis y a Richard.

- ¡Espera! ¿Richard? ¿El loco que me saca de mis cabales?

- Ja, ja, ja. El mismo.

- ¡Pero si son dos polos opuestos! Es como si uno fuera el sol y el otro la luna.

Coral sonrió orgullosa. Se veía en sus ojos lo mucho que los quería. Lo feliz que se sentía de tenerlos junto a ella.

- Aunque no lo parece, los dos tienen buen corazón. Personalmente me encargué de que así fuera. Como le iba diciendo, Tricia se quedó impactada al ver tanto lujo. No podía estarse quieta. La ilusión de niña como es normal hizo que quisiera recorrer la casa y no pude detenerla.

Apoyó la cabeza en sus manos y sonrió. Ver la alegría que ponía en el relato, la tenía obnubilada. El júbilo rebosaba en sus facciones cada vez que nombraba el nombre de "Tricia".

- Dmitriy hacía apenas unos meses había cumplido los diecinueve. Con él fue el primero con quien se tropezó. ¿Sabes la frase que salió de la boca de Tricia? "Cuando sea grande quiero un novio igual de guapo que tú".

Sonrió inesperadamente. Tenía que estar de acuerdo con el juicio de esa pequeña. Dmitriy era un buen espécimen. Un hombre que al pasar por su lado no podías evitar mirarle el culo dos veces.

- Dmitriy ante las palabras de mi pequeña se echó a reír. Luego le desbarató el pelo y le dijo que era la mocosa más lista que había conocido. Tricia estuvo sonriendo todo el día. Desde ese entonces, todas las tardes después de la escuela venía a estar conmigo.

Se rió. Era fascinante observar tanta alegría en una persona.

- En realidad pasaba la tarde desesperando a Dmitriy. El pobre no sabía que a hacer con ella. No importaba si estaba con la novia o con los amigos. Tricia hacía que todos salieran corriendo en cuanto abría la puerta de Dmitriy.

Coral se miró las manos. Al mirar en esa dirección, se percató del leve temblor que había aparecido en ellas. Se las sostuvo con cariño y sonrió para serenarla.

- Un día cuando Tricia ya había cumplido los diez años, no apareció. Dmitriy fue el primero en salir corriendo a buscarla. Todos sabíamos que algo había pasado. El corazón de una madre es sabio y el dolor que yo sentí ese día, me avisó de que mi Tricia no estaba bien.

Apretó con fuerza sus manos. Sentía que en ese instante Coral necesitaba ser reconfortada. La habría abrazado, pero no creyó que fuera el momento; su relato no había terminado.

- Durante cuatro días no supimos nada. La casa de los Novikov se volvió un caos. Todos estuvieron conmigo desde el primer día de agonía hasta el último. Entonces Dmitriy que apenas era un muchacho contactó con los hombre de... Bueno... De tu padre.

Contuvo el aire. Siempre era su padre. Donde había un problema ahí estaba, donde había información ahí estaba, donde había dinero ahí estaba... Era extraño que Ethan Miller no estuviera allí donde hubiera provecho para él.

- Al parecer sus hombres si tenían información... Y mucha... Llevaron a Dmitriy con él. Por lo poco que sé, le pidió que le diera la información y tu padre se negó rotundamente.

- ¿Se negó?

- Sí. Pero no porque fuera un buen hombre, ni porque viera que Dmitriy era un muchacho lleno de rabia capaz de cualquier cosa.

- No sé porque me extraña... — Murmuró bajito.

- El vio en Dmitriy un muchacho potencial. Cuando lo tuvo delante el supo ver el partido que podía sacarle si lo tenía de su lado. Dmitriy me dijo que le había dicho que de los traidores, injustos y alimañas despreciables se encargaba él. Que por esa razón no podía darle lo que le estaba pidiendo. Le dijo que su información le llevaría a cometer un acto atroz y que entonces en vez de ir a por quien iba... Iría a por él.

- Capullo. — Dijo entre dientes.

Coral se detuvo durante unos segundos. Los suficientes para recuperar la compostura y proseguir con la historia, la cual empezaba a intuir que no tenía final feliz.

- Dmitriy estaba obcecado en encontrarla y en a hacer pagar a quien fuera si la encontraba y le habían hecho daño. Por eso no desistió. Enfrentó a tu padre y le

dijo que se encargaría de coger uno por uno de sus hombres y a hacerles hablar así fuera a puñetazos o arrancándoles la lengua.

El aire se le escapó de los pulmones. Había querido evitar sorprenderse. No lo había logrado. Escuchar esas palabras de un joven que recién empieza su vida... Era atroz e impactante.

- Ethan lo tomó como su oportunidad y no la dejó pasar. Le ofreció la información completa a cambio de unirse a los suyos. Él ya había intuido que podía ser un gran hombre en la organización y que se atreviera a amenazar al jefe de todos ellos, solo se lo confirmó.

- Aceptó.

- Es obvio.

Coral agachó la cabeza. Se empeñaba en mantener la vista fija en sus manos. Era como si mirándola sus fuerzas se redujeran, como si pensara que mantener el contacto visual la haría retractarse de su decisión de compartir con ella sus recuerdos.

- Tom Hank.

- ¿Tom?

- Ese es el nombre que le dio tu padre. Ese es el nombre del maldito que en su iniciación en una de las bandas más débiles y donde no conocen lo que es el respeto y lo que significa traspasar la línea... Se llevó a mi pequeña...

Una lágrima cayó de los ojos de la mujer. Su corazón se entristeció. Abruptamente soltó sus manos y las juntó pegándolas a su pecho. No quería escuchar más... No quería ver como Coral se quebraba delante de sus ojos sin poder ofrecerle consuelo.

- Hicieron con ella las cosas más horribles que puedas imaginar para luego arrebatarse la vida a sangre fría.

Sin habla... Sin aliento... Sin movimiento... Sin reacción...

Se petrificó y su cuerpo empezó a temblar llevada por el dolor que Coral estaba

sintiendo.

- Dmitriy... Te ama... Y él no hace daño a lo que ama. Todo tiene un motivo... Y una razón... No desaproveches el tiempo porque después te puedes arrepentir.

Se levantó y salió del cuarto dejándola afligida.

El reloj marcaba las cuatro. Llevaba todo el día pensando como evitar la tragedia que sentía se avecinaba. Volvió a repasar sus últimos pensamientos. Era un plan suicida, pero no tenía opción.

Se levantó del sofá. Cojeó hasta la cocina y se sentó a la mesa. Se aseguró de que Coral había salido a comprar lo que le faltaba para la cena y después encendió el teléfono...

- ¡Imbécil!

Colgó la llamada que en ese momento le estaba entrando. ¿Cómo era tan cabezón? ¿No entendía lo que era estar enfadada? La próxima vez, le haría un dibujo para dejárselo especificado.

Buscó en las llamadas...

¡Mierda! ¡Suerte maldita!

Lo había eliminado. Pensó... Pensó... Una luz en su cabeza se encendió. Le había enviado un mensaje la noche anterior remarcando la hora de sus planes. No recordaba haberse deshecho de él. Con prisas abrió la bandeja...

- ¡Sí!

Marcó con desesperación...

- ¡Vamos!

- ¿Irritada preciosa?

- Vete a la mierda. — Contestó cabreada.

- Se te acaba el tiempo... Tic, tac... Tic, tac...

Apretó con fuerza el teléfono a su oreja.

- ¡Puedes cerrar esa boca! Acepto, ¿vale?

La línea se quedó en silencio. Miró el aparato un segundo para comprobar que la llamada seguía activa y luego se lo volvió a colocar en la oreja.

- Oye...

- Repítelo.

- Que sí, que lo voy a hacer.

- ¿No será un truco? Te avisó que mis amigos están siguiendo a tu amiga.

- ¡Es tu cuñada, payaso!

- Bueno, Mijaíl puede encontrar a otra que sea mejor que ella.

Se mordió la lengua. Si empezaba a insultar y a amenazar no lograría nada. Ese idiota le ganaría la batalla.

- Da la orden para que la dejen tranquila.

- Te espero en una hora en el hotel. Sin juegos, preciosa.

Bajó el móvil a su costado. Su mirada estaba fija en la ventana. Su decisión estaba hecha. No dejaría que Penélope saliera lastimada por un idiota caprichoso. Su deber era detenerle y lo haría. Aunque de nuevo su vida corriera peligro...

- ¡Travis! ¡Travis!

Esperó en la puerta. No tardaría en aparecer. Se sentó en el escalón e hizo tiempo mirando el cielo. Puede que no estuviera a haciendo lo correcto, pero de nuevo se veía sin salida.

- ¿Qué necesita?

- Tu ayuda.

- Eso si es una novedad.

Cuando el coche se detuvo frente al hotel, sus nervios estaban fuera de control. Sentía que se dirigía hacia un barranco y una muerte segura. Abrió la puerta con torpeza. Las manos le sudaban...

- ¿Estás segura?

- Tengo que hacerlo Travis. La vida de Penélope está en mis manos.

- Puedo llamar a Dmitriy...

- Sería demasiado tarde... — Se lamentó.

Salió del auto y despacio caminó. Le había costado lo suyo convencerle. Por varios momentos creyó que no cedería, que la delataría con Dmitriy y su esfuerzo habría sido en vano.

Cogió aire con insistencia. Aquello iba a ser duro. Otra cosa más a su espalda que la haría caer... No necesitaba una bola adivinadora para saberlo. No era un juego... No era un sueño... Era el momento de afrontar quien era y de donde procedía.

Tocó a la puerta con decisión. Su imaginación voló y por su mente pasaron miles de imágenes de lo que podía acontecer si nada salía como esperaba. La puerta se abrió y la sonrisa de Diego la trajo de vuelta a esa realidad que tanto despreciaba.

La cogió de los hombros y la estampó contra su pecho. Tenía que reconocer que el tío tenía un cuerpo de escándalo...

- Espera. Tengo el pie lastimado.

La observó. Sonrió. Acarició su cabello y un escalofrío recorrió su espina dorsal.

- Sin problemas.

La cargó en peso y depositó en la cama.

- ¿No vas muy rápido?

- El tiempo es oro. No voy a darte la oportunidad de que te echas a atrás.

Se subió a la cama y pegó su cuerpo al suyo. Con fuerza hizo las sábanas un puño. Temió romperlas debido a la fuerza que ejerció. Diego la cogió por la nuca y acercó sus bocas. Una arcada se le formó en la garganta. Sentir que estaba traicionando a Dmitriy no la ayudó. Cerró los ojos con fuerza.

¡No tenía opción!

Lo único que importaba era la vida de Penélope. Ella era la única que podía a hacer algo... Que podía impedirlo... Que podía detenerle... Echó la cabeza hacia atrás y con sus dedos comenzó a desabrochar los botones de la camiseta.

- Siento que tengas que a hacerlo tú todo... Pero como ves, mi pie me impide hacer muchos movimientos... — Comentó con gracia.

- No es molestia, pensaba a hacerlo igual.

Le guiñó el ojo divertido. Se mordió el carrillo. Temía lo que su boca era capaz de soltar y esos gestos de personas normales, la incitaban a decirle las peores palabras que su vocabulario conocía. Se centró en terminar de quitar los botones. Una vez acabó, abrió la camiseta y puso la mano en su estómago. Era lo que él esperaba. Así lo hizo, aun arriesgo de desear cortarse la mano.

- ¿Puedes decirme al menos por qué odias a tu hermano? — Interrogó esperanzada mirando directamente sus ojos.

El silencio se apoderó del tiempo. Diego apoyó la cabeza en su frente de la misma forma que otras veces hacía su hermano. La miró a los ojos. Sus cuerpos estaban muy juntos. Tanto que sentía su pecho subir y bajar sobre el suyo.

- ¿Te han dicho que eres muy habladora? ¿Y qué tienes unos ojos embaucadores?

Se encogió de hombros. Paolo se lo repetía todo el tiempo. A veces pensaba que era el único que verdaderamente veía su interior... Su verdadero temor...

- ¿Por favor?

- ¿Por qué te importa?

- Mira donde estoy. Me has chantajeado y amenazado... Es justo que sepa porque voy a hacer esto.

La observó detenidamente. Sintió como su cabeza pensaba. Cómo valoraba sus palabras. Por eso supo que accedería, ya fuera por cargo de conciencia o por destruir un poco más a su hermano.

- Tom Hank

- ¡Joder, que tiene ese nombre que todos se vuelven locos! — Espetó a la vez que dio un saltó hacia atrás.

Diego la cogió del pelo sin miramientos y la pegó a su cara.

- ¿Te ha hablado de él?

- N... No... Coral...

La soltó de golpe. Sintió su ira. Su cambio. De repente era como un monstruo salvaje al que habían sacado de su jaula. El miedo la hizo dudar. Con un movimiento brusco le rompió el jersey que llevaba.

¡Era un bicho, no podría con él!

Si había sido fácil para él rajarse de esa manera su jersey sin que ninguna de sus facciones se inquietara, sería un juego de niños para él inmovilizarla. ¡Tenía que cambiar de táctica!

- No has respondido... — Susurró.

- Lo haré... En cuanto esto deje de estorbar.

Se mantuvo callada y a la espera. Se centró en cantar mentalmente para soportar sus sucias manos despojándola de lo que quedaba de jersey. Besó su cuello.

Acarició su cintura. Mordió su hombro. Su respiración se alteró. El pánico la paralizó. Su fuerza se vio trastocada y dudó.

"Estoy perdida... No podre a hacerlo...", se repitió sin parar.

- Tom y yo eramos pareja.

- ¿Qué?

Detuvo sus manos sosteniéndolas con fuerza.

- ¿Sorprendida?

- Más bien... Aturdida. ¿Eres...?

- Los prefiero, pero no digo no a regalos de mujeres con cuerpos que hacen que la boca se te haga agua.

- No entiendo nada. ¡Estáis todos locos! ¡Sois unos desestabilizados de la cabeza!

Le empujó. ¡Increíble! ¡Menuda panda de monos! Se sentó e hizo con el jersey. Lo pegó a su pecho.

- De eso nada, monada.

Se lo quitó y volvió a recostarla.

- Es tu hermano. — Intentó apelar a su juicio.

- También yo lo era cuando le suplique por su vida. Pero no le interesó escuchar. Esa mocosa le importó más que yo. ¡Me destrozó! ¡A mí! ¡A su hermano!

Temblando tanteó hasta llegar a su venda. La cosa se estaba calentando. Pronto actuaría y entonces sería demasiado tarde. Lo perdería todo... Perdería a Dmitriy...

Enseguida encontró lo que buscaba. Con fuerza lo extrajo. Lo preparó de cara a él y cuando tocó su cintura y Diego se percató de lo que era y abrió los ojos desmesuradamente sin titubear dijo:

- Tu hermano hizo lo que tenía que hacer... ¡Ese cabrón mató a una cría! ¿Y sabes qué? ¡Qué nadie llorara la muerte de otro hijo de puta!

Apretó el gatillo dos veces. Un gemido escapó de su garganta y los ojos se le abrieron por completo. Observó como su cuerpo tomaba una última bocanada de aire y luego se desplomó encima de ella. Asustada y con los ojos llenos de lágrimas, dejó la pequeña pistola que le había proporcionado Travis a su costado. Temblando y sin poder contener la angustia, soltó un sollozo. Le empujó. El cuerpo sin vida de Diego cayó en la cama boca arriba; sus ojos seguían abiertos...

Se miró... Y obviando el dolor de su pie salió corriendo al baño.

- Lo he hecho... He acabado con su vida...

"Soy como mi padre", fue la frase que se reservó mientras se lavaba las manos con ahínco. Frotó hasta que sintió que el agua caliente le cortaba la piel. Cerró el grifo. Se observó fijamente en el espejo...

¿¡Qué he hecho!?! Se preguntó sin dejar de poder apartar la mirada de su cuerpo lleno de sangre. No pudo aguantarlo mucho tiempo. Cogió una toalla, la mojó y se la pasó por toda la piel hasta asegurarse de que no quedaba rastro de ella. No supo el tiempo que tardó, no tenía ninguna prisa por volver a pisar esa habitación. Se sentó en la tapadera del váter. Se sujetó la cabeza con las manos. Tenía que seguir con el plan... Todavía no podía derrumbarse... Había empezado aquello y tenía que terminarlo...

Sacó su teléfono del pantalón y marcó sin demora...

- Travis.

Ahogó un gemido con la palma de su mano.

- Subo.

Cinco minutos contados a reloj más tarde tocaron a la puerta. El pánico hizo acto de presencia y su cuerpo comenzó a dar sacudidas. El aire le faltaba y la cabeza le empezó a dar vueltas. Respiró suavemente e intentó controlar la ansiedad que quería adueñarse de sus sentidos. Caminó atemorizada. Detrás de la puerta se quedó parada; la incertidumbre de que no fuera Travis, podían con ella.

Se rascó... Rascó... Y con cada segundo que aumentaba arañó sus manos con más presión... Lo necesitaba... Su cabeza ya estaba acribillándola y reprochándole, la salvajada que había cometido.

- Ariel, abre.

La voz de Travis fue para ella como estar en una hoguera en llamas a punto de morir y ser salvada en el penúltimo segundo, cuando creía tenerlo todo perdido. Se apresuró y abrió la puerta. Travis la estrechó en sus brazos. Con ternura y comprensión acarició su nuca. Se agarró con fuerza a él. No podía dejar que aquello arrasara con ella como un volcán en erupción acababa con todo lo que había a su paso.

- Vamos. Toma, vístete.

Mientras lo hacía vio como Travis limpiaba la pistola, la revisaba y se la guardaba en la cintura.

- ¿Qué vas a hacer?

El cuchillo llamaba su atención como la melodía más dulce que no podías dejar de escuchar.

- Llevarme las balas. Mira hacia la pared.

- ¿Estás de broma? — Espetó con incredulidad.

- Ariel... Date la vuelta, ya.

No discutió más. Hablaba en serio. Se giró y cantó la canción de cuna que su madre tanto le había cantado para calmarla. Aunque Diego ya no sufría, ni sentía lo que le hicieran, su cuerpo y cerebro protestaban viendo esa acción como un acto criminal.

Criminal... ¡Ja y ja! ¡Ella era la criminal! Había disparado sin dudar. Simplemente disparó porque sabía que esa era la única forma de detenerle, que no había otra manera; el odio lo tenía poseído. Tanto su vida, como la de Penélope, la de Dmitriy y todos a los que quería... Estaba en peligro mientras ese descerebrado siguiera respirando.

¿La solución más fácil? ¡Qué no volviera a respirar más!

- Entrad. Lo quiero todo limpio. Que no quede rastro de que ella ha estado aquí.

- No te preocupes, Travis. Ya sabemos como hemos de proceder.

- ¿Os habéis asegurado de que las cámaras estuvieran intervenidas?

- No hay problema con eso. Las cámaras de este hotel están de adorno. Tienen cámaras, pero no graban.

- Perfecto.

Seguía sin darse la vuelta. Intuía que Travis había terminado. No creía que tuviera la sangre tan fría para estar abriendo la carne de un hombre y estar hablando como si lo que traspasaba su cuchillo fuera un pescado que se iba a comer. Aun así, prefirió esperar la orden para darse la vuelta. Tenía ganas de vomitar.

- Ponte esto.

La giró poniendo la mano sobre su hombro.

- ¿Para qué?

- No rechisté, Ariel. Tenemos que salir de aquí ya. No podemos arriesgarnos a que nos vean salir de su habitación.

Asintió despacio. Tenía toda la razón. No era el momento de ponerse a discutir, si no de actuar y evitar que la condenaran por... Asesina.

CAPÍTULO DIECIOCHO

- Travis, no lo veo.

- No tienes que ver nada. Camina y sonríe con naturalidad.

- No me pidas milagros. Acabo de quitarle la vida a un hombre. — Soltó con sarcasmo.

- Cierra esa boca o tendremos problemas.

Le dio un codazo con ganas. Ese idiota siempre conseguía molestarla y hacerla enfadar.

- Buenas, ¿en qué puedo ayudarles?

- Disculpe, queríamos cancelar la reserva que hice está mañana. Mi mujer no se encuentra bien y teme que el bebé no esté bien. — Sonrió encantador. - Ya sabrá como son las primerizas. Quiere regresar a casa y que nuestro doctor la revise.

Le dio un pellizco en la espalda. No le gustaba nada que la estuviera dejando como una mamá cobarde delante de la mujer del mostrador. ¡Menos mal que no era la misma que la atendió días a atrás! A ver como explicaba que le hubiera salido una barriga de siete meses de gestación en escasos días.

Travis se había encargado de todo. Era listo. Había dado nombres falsos, pedido comida a la habitación y comprado películas para tener una coartada. Ningún cabo se había dejado sin atar para que no los relacionaran con lo que allí había sucedido. En ese momento comprendió, porque la había hecho subir por la puerta trasera y atravesar una cocina llena de gente trabajando sin parar. Se sentó en el auto y dejó caer la cabeza hacia atrás. Se quitó el incómodo cojín y se lo estampó en la cara. Travis le dio una mirada de reproche.

¡Capullo!

Contempló el techo. Su vida ya era una mierda y ahora tendría que sumarle el haberse convertido en una perra desalmada y sin corazón.

Supuso que era normal, que algún día tenía que pasar. Los genes de su padre habían estado demasiado tiempo dormidos. Era lógico que siendo hija de quien

era, se le presentara un problema y lo solucionara al estilo más común de la organización; liquidando al enemigo.

Eso no quería decir que se sintiera orgullosa, ni que se alegrara de lo que había hecho. Al contrario, tenía ganas de chillar, llorar, tirar cosas, de vomitar, de hacerse daño... Eran tantas cosas las que quería a hacer que elegir una fue un gran dilema. Por eso optó por cerrar los ojos e intentar bloquear las imágenes de Diego desplomándose sobre ella.

- ¿Estás bien?

- ¿Qué sentiste tú?

Travis ladeó la cabeza. Luego regresó su atención a la carretera.

- No es lo mismo.

- Una vida, es una vida... — Murmuró.

Giró la cabeza y observó como las calles pasaban.

- No es lo mismo. — Repitió cabezón. - Dmitriy nos dio a Richard y a mí la posibilidad de matar al chico que mató a nuestra hermana. Yo disfruté cada segundo... Cada grito que salió de su boca... Cada súplica...

- ¿Querías que te diera la razón? Vale. No ha sido lo mismo.

- ¿Qué has sentido?

- Es difícil de explicar... En un principio el alivio me inundó. Vi desaparecer el miedo en segundos. Lo que podía a hacerme daño ya no existía. Luego... Cuando cayó... La realidad se cernió sobre mí de una forma aplastante. Había mucha sangre... Y sus ojos... Estaban abiertos sin dirección y era como si me gritaran... "Tú me has matado". En dos minutos, me he odiado, despreciado, repugnado y tenido ganas de que me devolvieran el daño que he hecho.

Bajó los ojos en un signo apenado. Quitar una vida pesaba mucho y con el historial que tenía... Era mejor no pensar mucho en como le podía afectar.

- Lo peor... Es que he sentido que he fracasado. Tanto pelear contra mi padre, contra la organización, contra toda esa vida... Y al final de cuentas, me he vuelto una de ellos y tengo las manos igual de manchadas... — Dijo con resignación.

- Una vida, no te hace una asesina, ni mucho menos una mala mujer.

El silencio se apoderó del tiempo. Los segundos transcurrieron.

- Pero demuestra que soy capaz de hacer daño por la gente a la que quiero...
¿Qué haré la próxima vez?

Travis apretó el volante con fuerza. Quería mirarla, pero apartar la vista de la carretera no era buena idea.

- No tiene porque haberla.

- Ni tú te crees lo que acabas de decir. Está vida es así, ¿no? He nacido en la organización y si algo sé seguro, es que los problemas siempre están presentes. Los dos sabemos que lo que ha sucedido es el principio de lo que hace mucho debía haber pasado. Es lo que soy. La hija de un miembro de la organización a la que le han enseñado a deshacerse de lo que le estorba.

En cuanto el coche se detuvo, se agachó y quitó la venda. Travis la regañó con la mirada, pero se mantuvo en silencio. Salió del coche y echó a correr. El dolor del dedo la hacía sentir bien. Pasó por el lado de Coral sin molestarse en saludarla. Abrió la puerta. Se subió a la tarima. Encendió el entrenador personal y lo programó en modo combate.

Agotada se dejó caer. Las lágrimas bañaban su rostro. Hacía rato que había oscurecido. Fatigada se hizo un ovillo. Dmitriy debía llegar. Le necesitaba. Por muy enfadada que estuviera con él, era su salvador y su anclaje al mundo. Esperó como dos horas allí tirada. Sentía la necesidad de desconectar del mundo. Lo habría conseguido si sus pastillas hubieran estado a mano.

- Ariel.

- Coral...

Se incorporó y limpió las lágrimas tratando de ocultarlas de la vista de la mujer.

Su mirada le aclaró que lo que estaba haciendo no servía para nada. Coral había visto el dolor en sus ojos, en su cuerpo, en su alma.

- Deberías darte un baño y acostarte, son casi las once.

- Pero, Dmitriy...

- No llegará hoy.

- ¿Por qué?

Coral negó apesadumbrada. Se puso de pie y perdida en sus pensamientos se dirigió al dormitorio.

- ¿Quiere un vaso de leche? No ha comido nada desde que llegó.

Oyó la voz de Coral, pero su cerebro no permitió que traspasara y llegara a su mente para interrumpir sus malos pensamientos. Cerró la puerta sin contestar y se tiró en la cama.

El sonido de su móvil la despertó. Lo cogió de la mesa con los ojos pegados. ¡Mierda! Había olvidado la cita del día anterior con Penélope. Lo dejó de nuevo en la mesa. Se incorporó...

- ¡Joder, Dmitriy! ¡Eres como los putos fantasmas!

Reposó la espalda en el respaldo de la cama.

- No he querido asustarte.

- Quedarte ahí parado como un imbécil, no es la mejor forma de avisar de tu llegada.

Se cruzó de brazos. Dmitriy la observaba desde la silla. Le molestó que no se moviera. Que mantuviera su pose fría de hombre implacable. De nuevo detestaba al hombre de hielo en el que se convertía. Y lo que más la enfureció, fue verle a él con cara de ogro cuando a la que tenían que llevársela los demonios era a ella.

¡La había traicionado!

Fue a abrir la boca, pero la puerta la interrumpió.

- Señor.

- Adelante.

Frunció el ceño. Un hombre algo mayor, con barba, regordete, un poco bajo y con gafas se acercó a Dmitriy. Le entregó una carpeta.

- Gracias.

- Estaré fuera.

Dmitriy se acercó hasta la cama y se sentó. Su actitud extraña desde que habían vuelto a vivir juntos, empezaba a acabar con su paciencia.

- Mira.

Le mostró una foto. Pasmada observó. A cuadros, así estaba mirando la foto. Alucinando como si los siete enanitos de Blancanieves hubieran pasado por los pies de su cama.

¡Era un loco! El mal genio se le suavizó. Se derritió. Cuando hacía cosas como esas, era imposible estar enfadada. Resopló resignada.

¿Qué le hacía? ¿Cómo iba a luchar contra el romántico, maniático, que se empeñaba en derribar sus muros de defensa?

- Dmitriy...

- ¿Te gusta?

Se encogió de hombros a pesar de que una sonrisa se le formó en los labios. Dejó la foto a un costado y levantó la mano. Acarició su barbilla. Su barba había crecido de nuevo. Dmitriy cogió su mano y la besó.

- Sabes que era mi sueño. Así que no creo que necesites que te detalle cuanto me agrada.

Volvió a desviar la mirada. No lo creía. Su sueño hecho realidad. Su escuela de baile lista para empezar. Así lo confirmaba el cartel encima de la puerta y el que había al lado resguardado por un cristal que mostraba los días y los horarios.

- Son tus empleados. — Contestó, respondiendo la pregunta que se estaba haciendo en silencio. - Los mejores profesores, profesionales con ganas de conocerte y empezar a trabajar contigo.

Sintió el calor de sus labios en su cuello. Su beso delicado hizo que se estremeciera.

- Gracias.

De pronto las imágenes del día anterior se mostraron fuertes y las arcadas incontrolables. Se levantó. Corrió al baño. Se apresuró a levantar la tapa y vaciar lo poco que había en su estómago.

Dmitriy aguardó a unos metros de ella. Se limpió. Con temor miró esos ojos grises que hacían que su cuerpo vibrara y deseara ser devorada hasta estar gimiendo bajo su duro cuerpo.

- ¿Qué pasa?

- ¿Por qué...?

- ¿Me tomas el pelo? Ariel, tus ojos han perdido el brillo que tanto amo. Tu cuerpo tiembla como si te hubiera puesto un cuchillo en la garganta. Y tu pie debería estar vendado...

De nuevo vomitó. La simple mención del cuchillo provocó que las arcadas reaparecieran.

- ¡Mierda, Ariel!

Le sujetó el pelo hasta que su cuerpo decidió que ya era suficiente. Con precaución se limpió. Dmitriy la agarró de esa manera tan suya y que la hacía calentar la sangre. Arrodillados, la acercó todo lo que pudo. La miró a los ojos. Se mordió el labio. Deseó que la besara... Que la hiciera olvidar... Que se llevara todo el malestar con ese amor que le tenía...

- ¿Qué sucede? No me hagas repetirlo de nuevo. Sabes que la paciencia no es mi virtud.

Los ojos se le empañaron y el labio le tembló. Se quebró. Todo se le vino encima, las imágenes no dejaban de atormentarla y su cabeza se ensañaba con ella.

Se abalanzó desesperada al cuello de Dmitriy. Enterró la cara en su cuello y lloró. En ningún momento dudó de que la sostendría. Los minutos pasaron mientras sentía las caricias suaves en su espalda.

- Vamos, leona... Sea lo que sea lo solucionaré.

Con mucho esfuerzo logró detener las lágrimas. Tenía que a hacerlo. Dmitriy empezaba a estar inquieto. Su respiración algo más fuerte de lo habitual así se lo insinuó. Se restregó la cara con cansancio. Dmitriy la agarró de la nuca e hizo que le mirara directamente a los ojos. Besó sus labios... Mientras con dulzura terminó de llevarse el rastro de su llanto.

Se apartó. Se sentía fatal. Ese hombre sería lo que fuera, pero era su hermano. La carga de conciencia era muy pesada. No podía ocultarlo y menos a él. El tenía derecho de saberlo.

- He matado a tu hermano.

La risa de Dmitriy resonó con potencia en el cuarto. Arrugó el ceño. ¡Perfecto! No la creía.

- A ver, pequeña fiera. Sé que estamos teniendo muchos problemas y que mi hermano es un malnacido del cual me tengo que encargar. Y lo haré. Pero he estado un poco ocupado y no he podido darle la atención que requiere...

- No me crees...

Se cruzó de brazos. Eso sí que la estaba enfadando. Que fuera sincera y ese patán se riera como si hubiera hecho una gracia, la ponía de muy mala leche.

- Leona, no eres capaz de lastimar ni a una hormiga. Si saltas cuando pisas una...

Se puso de pie. ¡Vale! Lo haría a lo bruto.

- ¡Te estoy diciendo que ayer fui a su hotel, le hice creer que iba a acostarme con él y le disparé dos veces! ¡Dos Dmitriy, cuando estaba encima de mí!

Cuando se quiso dar cuenta las manos de Dmitriy estaban en su cara, su cuerpo estaba pegado a la pared y sus ojos no dejaban de analizar los suyos. ¡Ya había salido! Ahí estaba, frente a ella, el hombre radar que evaluaba su mirada como si fuera uno de sus putos balances.

Tuvo ganas de darle una patada... De verlo arrodillado a sus pies... No le gustaba ni una pizca que la examinara de esa manera. ¿Quería examinarla como si fuera un examen? ¡Qué lo hiciera en la cama y con su cuerpo!

- Hablas en serio. — Afirmó.

La mirada que le dio, puso todos sus sentidos en alerta. ¡Nunca se acababan los problemas!

- Para, Dmitriy...

La arrastró por el pasillo hasta llegar al jardín.

- Ni te muevas.

- ¡Oyeeee!

Como una vez hizo al principio de toda su historia la clavó al suelo con los ojos. Todo lo decían; "atrévete y veras de lo que soy capaz".

Extrajo el teléfono. En todo momento su mirada estuvo puesta en ella. El calor pronto se propagó por su piel.

¡Qué mal estaba! Ese hombre conseguía que en unos segundos su grado corporal se elevara en gran manera, pero lo más loco e ilógico es que ni siquiera le hacía falta ponerle una mano encima. Se ruborizó y dos ronchones rojos aparecieron en sus mejillas.

- Te quiero en la puerta en un minuto.

Finalizó la llamada. Despacio y con el dedo acariciando su labio, la miró de arriba a abajo. Tembló. Dmitriy dio dos pasos hacia ella. Se mantuvo firme, a pesar de tener ganas de correr. Dio una vuelta a su alrededor. Se detuvo a su espalda. Inesperadamente cogiéndola del cuello le levantó la cabeza. Sus ojos se

encontraron. El deseo bailaba en sus ojos. La excitación empañaba su cordura. Se apoderó de sus labios. Gimió. Sus besos eran como si tocara la luna con sus manos...

- Estoy muy enfadado, Ariel.

Asintió. Por extraño que fuera, lo entendía.

Su respiración se disparó. Dmitriy era un experto en alterarla, se había pegado a su espalda y mordido su cuello para luego succionarlo. Jadeó. Los ojos se le cerraron. El deseo corría y la hacía estar impaciente y deseosa.

- No... Leona... Estoy muy cabreado.

Besó su nuca. Los pelos se le pusieron de punta.

- Aun así te tengo una ganas... He echado de menos cada temblor, cada gemido, cada beso... Y te prometo que esas ganas me las voy a quitar, leona.

Mordió su oreja y susurró:

- Pero lo que iba a ser suave, pausado y tierno... Tú con tus actos suicidas has logrado que sea todo lo contrario. Prepárate, porque te voy a enseñar a tener las jodidas ideas bajo control y no voy a detenerme hasta que se te haya grabado en la cabeza... ¡Qué no puedes actuar sin mi consentimiento!

Se estremeció. Todo su cuerpo se sacudió. La expectativa de lo que le esperaba no era nada desoladora. Es más, ya estaba deseando ese encuentro. Le gustaba el Dmitriy salvaje. Que no se quejaba del suave y delicado, pero... ¡Es que el salvaje era su salvaje!

- ¿Señor?

- ¡Al despacho ya!

Iba a decirle lo que le esperaba, pero había cogido su mano y tirado con energía; ya iban camino de allí. Dmitriy abrió la puerta. Patidifuso se adentró en el cuarto. Travis la miró. Ella hizo lo mismo. Desviaron la vista al mismo tiempo...

- ¡Ariel!

- ¿Que? No dirás que no me ha quedado chulo.

- Chulo. — Repitió. - Ven, aquí, ya.

Se puso frente a él con una mirada de disculpa. En realidad no lo sentía. Puede que tuviera que haberle avisado, pero le encantaba ese lugar. Toda su frustración quedaba en esa habitación cuando pasaba unas horas dando patadas y puñetazos.

- ¿Te has hecho entrenadora de taekwondo y no me lo has dicho?

Negó con una sonrisa en los labios.

- ¿Y por qué cojones hay en mi despacho un gimnasio de boxeo?

Levantó las manos y jugó con los botones de su camisa. No le iba a gustar nada su respuesta, pero bueno... Ahí iba...

- Estuve con tu madre y Claudia en el edificio. Me quedé tan impactada con la forma que usan para desahogarse que quise uno propio para mí.

Oyó el suspiro de Dmitriy. Su mano se posó en su mejilla. Por instinto alzó la mirada. Seguía enfadado, pero al parecer, no era ella sola la que no podía estar más de dos minutos enfadada. Sonrió. Se aupó y besó la comisura de sus labios. Dmitriy giró la cabeza y atrapó sus labios.

- ¿Y tenía que ser en mi despacho? — Dijo con diversión.

- No estabas. Últimamente nunca estás, puede que quisiera enfadarte un poco...

Hizo un gesto de puchero con la boca y un indicativo de pequeño con los dedos.

- Siempre estoy, Ariel. Tú eres lo más importante para mí.

Sus palabras dichas para traspasar y ablandar el corazón, no lograron el efecto esperado. Dmitriy lo vio. Lo percibió en sus ojos. Se pasó la mano por el pelo y luego le acarició la nariz.

- Te lo aclarare pronto. Confía en mí. No haría nada para a hacerte daño.

Le creyó. Todo estaba en su contra y aun sabiendo que puede que fuera una argucia para ganar tiempo, le creyó y le dio el beneficio de la duda.

- Bueno... Y ahora donde hablo con vosotros, ¿en medio de la tarima?

- Hombre si quieres podemos probar el método de tu madre. Seguro y aclaramos todo en menos de un minuto.

- Mi madre y sus absurdas ideas.

- ¡No son absurdas!

Dmitriy levantó las dos cejas.

- Me ha ayudado mucho, Dmitriy... He podido controlar la ansiedad y lograr dormir sin ayuda... Sin sudores... Sin que la cabeza me provocara ese continuo ahogo que me cierra la garganta e impide que el aire llegue a mis pulmones.

Dmitriy la cogió en un arrebato eufórico y la hizo girar. Sostenida en sus brazos, subió la mano hasta su cabeza y la estrelló contra su boca. Se abrazó con fuerza a su cuello, disfruto de cada beso, de cada sonrisa, de cada mirada... Esos momentos eran los que la hacían feliz y no podía permitirse desaprovechar los pocos momentos llenos de amor y alegría que se le presentaban.

- Me siento muy orgulloso de ti.

- La ayuda y vitalidad de Keith ha sido decisiva para sacarme de ese bache.

- Y tu fuerza, tus ganas de luchar, de vivir, de seguir de pie dándome guerra. — Finalizó cómicamente.

Su risa brotó con ganas. Lo volvió a estrechar y se impregnó de su olor tan característico de hombre limpio.

- Novikov, creo que deberíamos entrar al otro despacho. — Interrumpió la niñera.

- ¡Travis! ¡Maldito aguafiestas!
- ¿Qué has hecho?
- Yoooo... Nadaaaa. — Exageró su indignación.

CAPÍTULO DIECINUEVE

- ¿Dmitriy?

Igual que las otras cuatro veces no recibió respuesta. Se había parado en medio de la sala con los ojos desencajados y observaba con una mirada de lobo su alrededor.

Le pegó un manotazo a Travis.

- Haz algo.

- Ni en broma. Este marrón es tuyo.

- ¡Imbécil!

- ¡Os estoy oyendo! ¡Basta!

Los dos se callaron al momento. Dmitriy se giró. Sonrió como un acto reflejo para enternecer su mal genio. Se resignó al obtener una mirada helada... La tan conocida mirada del hombre de hielo inamovible.

- Quiero una explicación, Ariel. ¡Te has vuelto loca!

- ¡Me mentiste!

- ¿Y eso explica que hayas destrozado mi zona de trabajo?

- Tú tienes la culpa. Siempre dices... ¡Yo no miento! Y cada vez que me doy la vuelta me encuentro con algo turbio que me enerva hasta querer matarte.

- ¿Y qué quieres que haga? Sí, es verdad. No miento. Nunca. Pero desde que estoy contigo me he tenido que callar miles de cosas y arreglarlas sin que sospecharas con viajes inexistentes para que no te hicieran daño y sufrieras una crisis. Por ti miento. Por tu bien te mantengo al margen. Porque te amo es que te protejo. Y tú vas y te cargas unos muebles de diseño, un ordenador de miles de dólares y una pantalla enorme hecha expresamente a medida y a diseño. ¡Joder, Ariel!

Anonadada observó su alrededor.

- Valeee. Me he pasado, quizás no fue buena idea practicar pintura con tus cosas, pero ya no tiene solución. No vas a lograr que todo vuelva a ser como antes por mucho que pongas esa cara agria.

- Mejor hablamos esta noche, porque si no... ¡Te voy a atar a uno de esos árboles de ahí afuera! — Sacó el teléfono. - David, nos vemos en una hora. Sí, donde siempre.

El portazo retumbó en toda la casa. Se giró con velocidad dispuesta a alcanzarlo. Corrió por el pasillo y atravesó su cuarto instructivo. Apresuró sus pasos. Un nuevo pinchazo le traspasó el dedo gordo y le llegó hasta el tobillo.

- ¡Aaay!

El pie le falló y cayó.

- ¡Serás imprudente!

Travis la estabilizó de la cintura. Revisó que se encontrara bien y la ayudó a caminar hasta el sofá.

- Has forzado demasiado el pie. Te estás destrozando el dedo por cabezona.

- No es nada.

- Ahora. Pero como sigas así te vas a provocar una lesión grave.

Le dio una mirada que decía; "no me des sermones que no eres mi padre".

- Espera que vuelva. — Cambió de conversación.

- No quiero. Estoy harta. ¿Por qué huye? ¿Por qué no me enfrenta? ¿¡Qué se está callando!?

Se puso de pie. Travis no le daría respuesta. Se asomó a la ventana. Había quedado con David. El corazón se le hizo un puño.
¡Testarudo! Enfrentó a Travis.

- ¡Llévame con él!

- No puedo a hacerlo.

Lo cogió de la camiseta y pegada a su cara espetó:

- ¿Cómo qué no puedes?

Travis levantó su teléfono. Lo puso de cara a ella. Un mensaje... Una orden... Tres palabras que no serían desobedecidas... "Prohibida su salida".

Su cabreo la llevó a pasar todo lo que quedaba de mañana en la cocina. Tenía los nervios desbordados. Saber que Dmitriy estaba tan loco como para concertar una carrera con un mosqueo de los que mueven los cimientos, la tenía muy estresada y preocupada. Los peores escenarios se le reflejaban en la mente como un faro parpadeando sin descanso. Ya no podía más y todavía el reloj no marcaba ni las seis.

- ¡Hala! No sabía que fueras tan buena cocinera.

- ¿Qué haces aquí Saray?

Se encogió de hombros. Se fijó mejor. Algo empañaba la desbordante alegría que rebosaba siempre. La preocupación se marcaba en sus facciones. Algo la estaba haciendo recaer. Conocía cada uno de los síntomas; tratabas de sonreír cuando lo que querías era ocultar el dolor. Finges y actuas como si todo estuviera bien, cuando la realidad era que te estabas muriendo por dentro. Te preguntaban y a todo contestabas con encogimiento de hombros o desvío de miradas y eso solamente ocurría cuando no querías decir algo que te estaba haciendo daño en voz alta, porque entonces era real, entonces te caía encima como un vaso frío de agua y era cuando te atrapaba, el dolor se hacía fuerte y te reducía hasta sentir que debías combatirlo con otro dolor.

- ¿Quieres probar?

Se volvió a encoger de hombros y se sentó. Cruzó los brazos y los dejó reposando en la mesa mientras sus ojos contemplaban toda la clase de postres que había.

- ¿Hay una boda?

- Ja, ja, ja. No.

- ¿Y por qué tanto pastel?

Sonrió. Cada vez que esa chiquilla hablaba su sonrisa nacía sin esfuerzo.

- Exceso de mala hostia.

- Pues si en esto derivan tus cabreos, voy a venir a menudo para provocarte y que me hagas chocolates.

Quiso ser divertida. Intuyó que había puesto toda su energía en esa frase, pero algo impedía que fuera natural. Que esa fuerza que había en su interior no flotara en su autoestima.

- Normalmente, rompo cosas. Ni siquiera miró lo que destrozo. Hoy ha sido una excepción bastante productiva y entretenida. Puede que cambie los impulsos destructores por los creadores. Son menos dañinos y menos cansados. —
Aseguró tomando asiento.

- ¡Ay, madre! Esconda todo eso o tendrá al señor cuatro días vomitando.

Las dos rieron al oír a Coral. La pobre no sabía donde mirar. Había tanto dulce que era difícil no sentarse y probar una porción de cada uno de ellos.

- ¡Comer y no os quejéis que esto solo lo hago una vez al año!

- Eso espero.

- No seas mala Coral. Mira que rico se ve todo.

- Niña, no seas golosa que los dientes se pudren y ningún muchacho te va a querer sin dientes.

- Me da igual. — Le hizo burla. - ¿Para qué lo quiero teniendo estas delicias?

- Niña, te aseguro que las delicias que te da un novio, este chocolate no te la puede ofrecer.

- ¡Coral! — Regañó.

Casi se había atragantado al oír a la mujer hablar tan resuelta. Recompuso su cara y dio otro mordisco a la tarta de tres chocolates. Esperaba que no volviera a decir otra indecencia delante de la niña.

Dos horas más tarde, estaban sentadas en la tarima. Saray le había pedido el favor de sentarse allí un rato. Ese rato ya se había convertido en una hora. Pronto oscurecería y su preocupación seguía patente. Saray observó sus manos. Quería ayudarla, pero si no le contaba lo que ocurría no podía hacer nada por ella.

- Saray...

- Es mi madre.

- ¿Qué pasa con ella?

Sus dientes chirriaron. Su boca se había cerrado con mucha fuerza y las facciones de niña se habían convertido en hierro. Gestos duros, llenos de dolor y odio. Gestos que expresaban el rencor que guardaba en su corazón. Tocó su hombro para mostrarle que estaba con ella... A salvo... Y con gente que la quería y que no permitiría que le hicieran daño.

- Le dan la libertad en los próximos meses. Mi tía está fuera de sí, no da crédito a lo que los abogados le han dicho.

- Saray.

Sonrió como perdida.

- He pasado nueve años luchando contra la culpa. Tratando de olvidar. Y ahora... ¡Lo estaba consiguiendo, Ariel!

Se echó a sus brazos. Con fuerza la atrapó y dejó que toda su angustia fuera liberada.

- Tengo miedo. Me aterra encontrarme con ella. Ariel... No quiero convertirme en ella. No quiero hacerle daño aunque lo deseo. ¿Por qué no pueden dejarla ahí? ¿Por qué dejan que otra vez destruya mi vida?

Mientras acarició su pelo se quedó dormida. Parecía tan frágil. Sollozaba y se

movía intranquila. En ocasiones suplicaba. Con tristeza acaricio su mejilla. No sabía como ayudarla a afrontar esa nueva situación. Ella tampoco estaba preparada. Sin darse cuenta cerró un segundo los ojos...

- ¿Dmitriy?

- Duerme.

Se acurrucó en su cuello. ¡Olía tan bien!

- ¿Y Saray?

Ni medio dormida pudo dejar de sentir preocupación por ella.

- En la habitación de invitados.

- ¿Cómo está?

- Dormida. Y tú también deberías estarlo.

- Sufre, Dmitriy... — Bostezó. - Sueltan a su madre... — Los ojos se le cerraron.

- Teme que le haga daño...

Dmitriy la depositó en la cama y la arropó. Sintió sus brazos rodear su cintura... Su boca besar su cabeza... ¡Se sentía tan... Tan bien!

- Te prometo, que nadie la lastimara.

El susurró de Dmitriy en su oído le provocó una enorme sonrisa antes de que el sueño la atrapara por completo.

Los chillidos que provenían del salón la advirtieron de que el desayuno aquel día sería bastante acompañada. Había días en los que creía que nadie tenía casa y por eso asistían a la suya.

Se terminó de poner un jersey azul y sonrió a su reflejo. El recuerdo de lo que había sucedido esa mañana no permitía que se sintiera desdichada. Era normal. Despertar y ver a ese hombre con una sonrisa en la boca y el deseo reflejado en sus ojos, era por lo que deseaba que cada día llegara la noche. Bastaba con aclarar que su mañana había sido muy movida y satisfactoria; la imagen de

Dmitriy sobre ella con las piernas sostenidas en sus hombros mirándola como si fuera la única mujer del universo, sería muy difícil de apartar de su mente en todo el día.

Se ruborizó. Tocó su cara con las dos manos. Su piel estaba caliente. Cerró los ojos y pudo sentir su respiración... Como sus manos la provocaban con caricias tiernas... Como su voz, le volvía a susurrar ese "te quiero" cargado de sentimientos en su oído pocos segundos antes de dejarse ir...

Meneó la cabeza. No podía seguir por ahí. Tenía que salir y debía a hacerlo antes de que la excitación fuera mayor y alguien acudiera a buscarla.

Se dirigió al pasillo y caminó con la vista puesta en su pie. Había sido muy mala idea quitarse la venda. Su dolor había empeorado y cojeaba más que el día anterior.

- ¡Au!

Unas manos la atraparon antes de que se pegara el batacazo.

- Leona, cada día eres más torpe.

- Idiota.

Dmitriy contrarrestó su vocabulario con un beso de los que te hacían olvidar donde te encontrabas.

- He llamado al doctor.

- Dmitriy...

- No. Ni una palabra. Tu pie está peor. Deja de comportarte como una niña.

Resignada asintió. Dmitriy la rodeó por la cintura y la cargó en sus brazos.

- Puedo andar.

- Pero a mí me gusta cargarte.

Besó de nuevo sus labios. Presintió que a él le hacía tan poca gracia como a ella

que hubieran invadido su casa.

- ¿Por qué estás tan colorada? — Interrogó bailando en su voz la diversión.

- ¡Oh, cállate!

Se cubrió la cara avergonzada. En serio. Tenía que enseñarle a hacer eso.

- Mmm... No me digas.

- ¿Qué no te diga qué? — Espetó dándole un manotazo por bufón.

Se arrimó hasta su oído. Lo acarició con la nariz. El aire se le cortó. Su lengua húmeda dibujó todo el ángulo de su oreja. Retuvo un gemido. Cuando mordió su oreja provocándole una sacudida a su vagina, ya no lo aguantó más...

- ¡Para, por Dios!

- No he oído porque estás tan roja...

- Mamón. — Susurró.

Dio un giro brusco y pegó su cuerpo a la pared. Apresó su boca y con devoción la saboreó. Su lengua salió provocativa y acarició con parsimonia cada rastro de piel de sus labios. Su boca se abrió. Dmitriy mordió su labio inferior, luego introdujo su lengua en su boca y comenzó a moverla de una manera demasiado insinuante y caliente como el infierno. Ahogó un gemido con su boca. Lo agradeció. Había demasiada gente allí para que fueran testigos de su imprudente calentón.

- Dmitriy...

- Puedo seguir... Hasta que me digas lo que quiero o hasta que aparezca mi madre y nos pille... En esta postura tan... Tan... Esclarecedora.

Casi chillo de sorpresa cuando sintió su descarada mano colarse dentro de su pantalón.

¡Mierda y más mierda! ¿Por qué era tan testaruda? No, nada tenía que ver con la cabezonería su acción. Lo hacía claramente porque le encantaba ver a ese

hombre lujurioso tocándola y haciéndola perder la cabeza. No tenía precio.

- Eres un demonio.

- Y tú una leona... Excitada... Que está deseando tenerme en su interior.

La besó y le dio un mordisco. Sonrió traviesa. Dmitriy extrajo su mano del pantalón y la llevó a su cuello.

- Te amo, fiera.

- Yo más a ti, Novikov.

Se besaron con deleite como si fuera el último beso que se darían...

- ¡Será posible! ¿Por qué siempre tengo que encontraros yo en una posición comprometida?

Dmitriy rió en sus labios. Escondió la cabeza en su cuello. Si es que eran... No podían estar juntos en un cuarto y tener las manos quietas más de dos minutos.

- Será porque eres el tonto que siempre viene a buscarnos.

- ¡Bájala! Esta escena me va a torturar todo el día.

Dmitriy lo traspasó con la mirada.

- ¡Más te vale que no! Como vea indicios de que estás rememorando a mi mujer en esta posición, te la borro a puñetazos.

Mijaíl rompió a reír. Tanto que en un momento dado se tuvo que agarrar el estómago.

- ¡Pero mira como no la bajas!

- Tengo el pie lastimado. — Se excusó.

- No lo dudo, pero no creo que tenerte empotrada a la pared, comiéndote la boca, sea la nueva forma que mandan los doctores para su cura...

- ¡Mijaíl! — Rugió Dmitriy. — Ahora vuelvo, leona.

La besó con cariño y depositó con cuidado en el suelo. No entendió nada hasta que lo vio salir corriendo detrás de su hermano. Confundida dio un par de pasos. Asomó la cabeza por la puerta del salón...

- ¡Ay, madre santa!

Se llevó la mano a la frente. Ahí estaban los dos, tirados en el suelo y repartiéndose golpes como si fueran dos críos de parvulario.

- ¡Mijaíl! ¡Dmitriy!

Keith intentó separarlos. No lo lograría. Con los gritos que estaba dando, lo más que conseguiría sería quedarse sin voz.

- ¿Y a estos que les pasa?

Se encogió de hombros.

- Que los dos son una panda de burros.

Su amiga le pasó el brazo por encima de los hombros.

- ¿No te preocupa que se maten?

Sonrió mientras sus ojos seguían cada movimiento que hacían esos dos en medio del salón.

- Para nada. Solamente son las consecuencias de sus provocaciones. Cuando se cansen, pararán.

- O tal vez los paran antes. — Comentó señalando el pasillo que llevaba a la cocina.

El señor Novikov apareció con su cara de mala leche. Fue fascinante ver la misma mirada de hielo de su hombre en la cara del que en un futuro sería su suegro. Sin dificultad llegó hasta donde los dos se encontraban. Cogió con una

mano a uno de la solapa del cuello e hizo igual con el otro.

¡Coño, con el viejo!

Tanto ella como su amiga se quedaron con la boca abierta. De un tirón los había separado, dejado a uno en un costado y al otro en el contrario. Los señaló con el dedo. Su mirada de amonestación iba de uno a otro.

- Keith, me parece que estos dos gansos quieren pelar patatas para la comida.

- Sí, hombre. — Soltaron a la vez.

- ¡Qué buena idea!

- Ni lo sueñes, Penélope. — Advirtió Mijaíl.

Penélope hizo un puchero con los labios en dirección a Mijaíl. Negó con la cabeza. Penélope acentuó su puchero al punto de que el labio le empezó a temblar.

- ¡Dame un puto cuchillo! — Dijo caminando hacia ella.

- Ja, ja, ja. Te tiene dominado.

- Que. Te. Den.

Le hizo una peineta con el dedo. Su padre le dio una mirada de advertencia y Mijaíl asintió en dirección a su padre. Puede que fueran hombres grandes, robustos y capaces de llevarse al tío más grande por delante, pero le encantó ver el respeto que le tenían a su padre; la pelea de niños de patio se había terminado.

- ¿Nos sentamos?

- ¿Qué haces aquí, Claudia?

- ¿Qué? ¡Yo ya soy de la familia!

Las dos se echaron a reír. Diez minutos más tarde estaban sentadas tomando un refresco. Hablaron sin cesar. De todo y de nada. Y es que como siempre que se

juntaban podían hablar de mil cosas sin parar, cambiando de tema cada cinco segundos.

- Hola.

- Hola.

Dmitriy besó su frente por encima del sofá. Cerró los ojos. Debía disfrutar de esos pequeños momentos de paz. Tenían muchos temas que tratar, mucho que aclarar y mucho más por solucionar. Parecía que los dos habían decidido que lo mejor era hablar cuando los dos estuvieran seguros de que no habría un incendio de primer grado en el cuarto en el que se encontraran.

- ¿No deberías ayudar a tu hermano?

- No hablas en serio.

- Claro que lo hago.

- No.

- ¿Seguro?

- Es mi última palabra. No voy a cortar patatas.

Arrugó el ceño.

- Pero sí te las vas a comer.

- Sí, igual que ese pastel de chocolate que hiciste ayer.

- Vale.

Dmitriy rodeó el sofá y se colocó arrodillado entre sus piernas. Acarició sus muslos y siguió hasta llegar a su cadera.

- ¿Qué quiere decir ese vale?

- Que vale.

Claudia que la conocía se tapó la boca para no dejar salir su risa. Aun así, se la escuchó igual.

- Vale, ¿qué?

- Bueno... Que si tu no eres bueno... Digo... Puede que yo tampoco lo sea y esta noche duermas en el sofá.

- Probablemente lo haré igual... — Murmuró tan bajo que fue para ella imposible saber que había dicho.

- Eres un arrogante... ¿Cómo puedes ser tan ingrato? Es tu hermano. Mira el amor que le tiene a Penélope que ni rechista cuando le pide algo.

Dmitriy la cogió de la cara y la besó. Por el rabillo del ojo pudo observar como los ojos de su amiga se llenaban de tristeza.

- No quieres un pelele, leona. Los dos sabemos que te aburrirías. Te voy a complacer para que dejes de dar la lata. Pero que sepas y entiendas que la actitud de mi hermano es lógica, ya que ella está embarazada.

Caminó hacia la cocina. Antes de que su cuerpo se perdiera por el pasillo, se giró y apoyó en el respaldo del sofá...

- ¿Serás tú un buen mandado cuando yo lo esté?

Dmitriy se paró en seco. Claudia contuvo el aliento. Todos en la sala la miraban. Se había olvidado que no estaban solos. Dmitriy se giró despacio. Pasó su mirada de uno a otro hasta llegar a ella. Se acercó y clavó sus ojos en los suyos.

- Cuando tú tires esas pastillas y lleves a mi hijo en tu vientre... Además de ser el hijo de puta más feliz del mundo, seré lo que quieras que sea. ¿Qué quieres que salte? Lo haré. ¿Qué quieres que en medio de la noche me ponga a correr alrededor de la casa? Lo haré.

Acarició su nariz, bajó y llegó a sus labios, los tocó con sus dedos. Después le dio un beso corto, pero enternecedor.

- ¿Sabes por qué?

Negó con la cabeza. Las palabras no le salían. Siempre que se ponía en plan romántico, su garganta se secaba y la lengua se la tragaba el gato como bien decía el dicho.

- Porque te amo. Porque que me des un hijo es el regalo más maravilloso que puedes darme. Porque es lo que más deseo. Porque no veo el momento de poner mis manos en tu tripa y sentir que da una patada... Ser consciente de que esta ahí... De que tú y yo hemos hecho algo hermoso... Que del amor que nos tenemos ha nacido una pequeña vida que hará que las nuestras se pongan patas arriba. Te quiero...

Lo abrazó con todas sus fuerza y besó su cara sin parar. ¡Cómo era tan bobo! Casi la había hecho llorar. Con esas palabras salidas de lo más hondo de su pecho, mirándola a los ojos... ¡Joder! Todavía se echaba a llorar.

- ¡Te quiero idiota! ¡Te quiero! ¡Te quiero!

- Tengo que cortar patatas...

Asintió con una sonrisa enorme en los labios. Cuando se giró, le pegó una palmada en todo el culo provocando que hasta la madre de Dmitriy se echara a reír.

- Te la debía.

Le dio la espalda y se puso a charlar con su amiga.

CAPÍTULO VEINTE

- ¡Dmitriy me voy! — Gritó desde la puerta.

¿Dónde estaba? Llevaba sin verlo desde hacía un buen rato. No sabía como lo hacía, si es que la casa era muy grande o tenía algún otro cuarto donde se escondía. ¡De lujo!

Llevaba tres días intentando hablar de todo lo que le preocupaba, pero Dmitriy se le escaqueaba como quería, era darse la vuelta un segundo y ya había desaparecido.

- ¡Dmitriy!

- No siga insistiendo. Está con los muchachos en la cabaña.

- Gracias, Coral.

Cerró la puerta detrás de ella. Abrazó a su amiga Claudia que la estaba esperando desde hacía rato en la puerta.

- ¿Me das un segundo?

- ¿Otro? Ariel, llevó aquí una hora. Al paso que vamos tendremos que comprar otras entradas.

- No tardo.

Su amiga resopló a la vez que se cruzó de brazos. Dio una patada al césped e

hizo un movimiento de cabeza afirmativo. Besó su mejilla y echó a correr. Cerca de la casa de madera se detuvo para recuperar el aire que había perdido en la carrera. Oyó voces y con sigilo se acercó. El cabreo de Dmitriy se percibía desde kilómetros de distancia.

- Dime, Travis que hago ahora. Venga. Mi madre está llorando sobre la tumba de mi hermano y súplica que se encuentre a quien le ha arrebatado la vida.

Su corazón latió con fuerza. Sintiéndose miserable por haber sido ella la que había ocasionado ese dolor, se asomó por la ventana; Travis bajó la cabeza apesadumbrado.

- Pensé que era lo mejor.

- ¿Pensaste? Pero no viste los inconvenientes que esto podría acarrear.

- No, señor.

- ¿Sabes que va a suceder ahora?

Silencio.

- ¡Contesta!

- No, señor.

- Pues que los de la Rosa no se van a quedar quietos. Van a investigar porque uno de sus miembros ha sido encontrado muerto en la habitación de su hotel. Has expuesto a Ariel. Si ellos se enteran de que sigue con vida, todo lo que he hecho se irá a la mierda por tu incompetencia.

- Tampoco puedes contar con que ella...

- Lo hará. Yo haré que lo haga. No le daré opción. — Sentenció.

La cabeza comenzó a darle vueltas. ¡Para! ¡Para! Repitió sin cesar. Todo aquello tenía que detenerse. Esa clase de vida acababa con las personas. No le parecía nada raro que todos estuvieran mal de la azotea y fueran unos cabrones concienciados a que la muerte algún día les tenía que llegar.

Se apartó despacio de la ventana y tocó a la puerta. Conforme se encontraban los humos, si entraba sin a hacerlo, eran capaces todos de desenfundar sus pistolas a pesar de que todos sabían que no había motivos para ello.

- Hola.

La sonrisa de Dmitriy de "aquí no pasa nada", la mosqueó más de lo que ya estaba.

- Tenemos que hablar.

- Ahora no.

Levantó las manos sulfurada y gritó:

- ¡Cuando entonces! Me huyes, Dmitriy. ¿Dónde está mi madre? ¿La has entregado? ¿Has sido capaz de hacerme eso?

Dmitriy apretó los puños a su costado. Su enfado estaba creciendo. Su respiración era intensa.

- Hablaremos esta noche.

- ¡No! ¡Quiero respuestas ahora!

Le dio puñetazos en el pecho. ¡Estaba harta! No era posible que siguiera teniéndola en vilo con respecto al paradero de su madre.
¡Ella le dijo lo de su hermano! ¡Merecía el mismo respeto!

- ¡Dejadnos solos!

Todos salieron a gran velocidad. El grito de el jefe, el hombre de hielo, sin corazón y frío como el granito, había a hablado y si no querían verse en problemas, ninguno debía discutir.

Paolo se detuvo un segundo a su lado. Negaba con la cabeza y la miraba con una mirada indescifrable. Tocó su hombro. Luego le dio un apretón y antes de salir y dejarlos solos, dijo:

- Todo siempre tiene una explicación y un motivo. No se ciegue.

- ¡Paolo, fuera!

Asintió y abandonó la estancia.

- Siéntate.

- Prefiero quedarme así.

Dmitriy le dio una mirada retadora. Se la sostuvo. No pensaba dejarse intimidar, era hora de que las cartas se pusieran boca arriba y al descubierto.

- Como quieras.

Se acarició el mentón. Poco después, se sentó y reposó una pierna sobre la otra y echó la espalda hacia atrás.

¡Se le veía elegante!

Así enfadado... Con esa mirada letal... Con esa postura de "quien manda aquí soy yo"... Con esas facciones duras que le hacían verse apetecible...

¡Santo infierno qué mal iba la cosa!

- ¿Qué pasa, Ariel? ¿Tienes calor?

- Eres un cabrón y buen jugador. Olvídalo. Ni va a haber polvo, ni vas a conseguir de nuevo distraerme. Se acabó el tiempo. Empieza a hablar.

Se movió y cambió de postura; había entrelazado sus dedos y apoyado sus brazos en las piernas. Se mordió con fuerza el labio.

- ¿Segura? No te veo muy... Convencida.

La repasó de arriba a abajo. El calor la sacudió y tuvo que sacar fuerza desde lo más hondo para poder soportar esa actitud de "depredador".

- ¿Qué puedo tardar en hacerte cambiar de idea?

- Ya, Dmitriy, no puedes seguir ignorando mis preguntas.
- Ya hemos jugado a esto Ariel, como... ¿Quince veces? ¿Veinte?
- Suficiente con decir muchas.
- ¿Y quieres volverlo a intentar?

Sopló el aire con fuerza e hizo que su flequillo se moviera.

- Quiero que hablemos sin juegos.

Dmitriy sonrió de manera egocéntrica y volvió a reposar la espalda en el respaldo de la silla.

- Pero esa fue mi condición. Si no hay juego... No hay respuesta... Y eso quiere decir que esta conversación es absurda.

Toda su cara enrojeció. ¡Condenado fuera!

Se dio la vuelta cabreada y abrió la puerta. ¡Iba a tener que seguir insistiendo! Encontraría un modo, algo tenía que haber que pudiera a hacer para que dejara de esquivarla...

- No tan rápido.

Los pelos de la nunca se le pusieron de punta; Dmitriy la había rodeado con sus fuertes brazos de la cintura y le había susurrado al oído pegado a su espalda.

- ¿Estás segura?

Acarició la piel de su cuello con la nariz. Su respiración le hizo cosquillas.

Valoró durante un segundo las oportunidades que tenía de ganar y conseguir las respuestas que quería. ¡Ninguna! ¡Ni un uno por ciento!

El mamón lo sabía y por eso le había propuesto que por cada toque que el le diera y lograra mantenerse firme sin que de su boca escapara un gemido, él contestaría una de sus preguntas. ¿Y qué había conseguido en cada una de ellas? ¡Verse de mil posturas diferentes a su merced gimiendo y retorciéndose perdida en la excitación del momento!

- ¡Vete a la mierda, Novikov!

La risa de Dmitriy en su cuello le provocó que las piernas le temblaran. Suspiró. Cogió sus manos y las apartó de su piel. Se dio la vuelta. Iba a enfrentarle... Cambiaría de juego a ver que le parecía al hombre de hielo...

- Nuevo rumbo, Novikov. Por cada respuesta que tú me des, obtendrás mi cuerpo. Por cada una que no contestes dormirás en la habitación de invitados.

Metió las manos en sus bolsillos y con una sonrisa que daban ganas de estar besando hasta perder el conocimiento, la observó intensamente.

- No lo acepto.

- ¿Tienes miedo? ¿No me digas que te acobarda no poder resistir más de un día sin poner tus manos en mi piel?

La repasó desde la cabeza a los pies. ¡Odiaba que hiciera eso! De nuevo la comparaba y ponía al mismo nivel que uno de sus balances. En esas ocasiones si no fuera porque le amaba, más de una vez se habría encontrado con un puñetazo en la nariz.

- De acuerdo, fiera. Vamos, dispara.

Cerró la puerta con unas esperanzas elevadas. Se apoyó en la puerta con las manos a la espalda. Dmitriy pronto se acercó y la acorraló. No objetó nada. Le gustaba su cercanía... Su olor... Sus ojos llenos de deseo sin despegarse de su cuerpo... Su boca casi rozando la suya...

- ¿Por qué los de la Rosa creen que estoy muerta?

Hacía tiempo que esa pregunta la incordiaba. Desde aquel día que los escuchó, no había podido dejar de oírla en su cabeza.

- Porque me conviene... — Besó su garganta. - Y porque si supieran que sobreviviste, irían a por ti y no pararían hasta dar contigo.

- Pero yo no tengo la culpa de que su hermano este muerto, mi padre fue quien disparó, no yo.

Besó su barbilla a la vez que le desabrochó la chaqueta y coló sus manos debajo del jersey. Saltó. ¡Estaban heladas! "Anda, eso confirmaba su mote", rió con su ocurrencia.

- Me elegiste y eso despertó su ira.

- Siempre te escogeré.

- Habrá un día que no lo harás, yo no te daré opción. — Confesó mirándola a los ojos.

La confusión la golpeó con potencia. Aturdida buscó en sus ojos la respuesta. No encontró más que unos ojos llenos de decisión. No le diría más. Poco importaba si se ponía de rodillas y le suplicaba; su cuota de concesiones se había cerrado.

- Dmitriy...

La calló con un beso que enseguida hizo que su cuerpo se avivara. Le pasó las manos por el cuello y tiró de su cabello. Le encantaba sentir la suavidad en sus dedos... Tenerlo entrelazado en sus manos... Sentir cada gruñido que ese movimiento le ocasionaba a su hombre salvaje...

- ¡Oye, dejar las guarradas para luego y vámonos!

- Mierda. — Espetó Dmitriy en sus labios.

Giró la cabeza y vio a su amiga apoyada en el marco de la ventana. Negó con la cabeza. Su amiga además de alocada y toca pelotas, era una inoportuna. Aunque aquella vez, agradeció su incansable persistencia; había evitado que Dmitriy de nuevo le ganara la mano.

- Me has vuelto a distraer, tramposo.

Le dio un manotazo juguetón.

- ¡Venga ya! Hemos perdido toda la mañana.

Dmitriy giró la cabeza y le dio una mirada aterradora. Ocultó una sonrisa.

Conocía también esa pose, esa mirada que trataba de ser dura, pero que al fijarte bien, te dabas cuenta que ocultaba una chispa divertida... Que casi le cogió la cara y le besó con todas sus ganas para borrarle y enseñarle que a ella ya no la engañaba. Que amaba cada una de sus facetas.

- ¡Oye, a mi no me mires así! Mira que aun entro y te doy dos collejas...

- ¡Claudia!

- ¡Te quieres largar un segundo!

- ¿Otro? ¿Son igual de largos que los de la loca de mi amiga? ¿O es un segundo de uno?

- ¡Qué te marches! — Dijeron a la vez.

- Valeee. Ariel, un minuto o te juro que me voy y la próxima vez que quieras ir a esa infernal torre, irá contigo el guaperas que no sabe estar cinco segundos sin meterse en tus piernas.

- ¡Claudia! — Amonestó.

Su amiga alzó las manos en un gesto de que ya había perdido la paciencia y se dio la vuelta.

- Vaya, amiga...

- La mejor de todas. — Alegó.

- Y la más entrometida.

- Algún defecto debía de tener... Aléjate o volverá.

Despacio se apartó hasta que cada uno pudo volver a respirar su propio aire. Se recompuso la ropa. Respiró hondo un par de veces hasta sentir que su respiración volvía a la normalidad y su acelerado corazón se sosegó hasta estar casi latiendo con naturalidad.

- ¿Por qué te gusta tanto esa torre?

- Por la tranquilidad.

- ¿Tranquilidad en un lugar donde siempre hay gente?

Le miró antes de volver a abrir la puerta. Llevaba razón, era incomprensible. Y aun así, ella en ese lugar sentía que sus fuerzas se renovaban. Que sus energías alcanzaban un nivel que ningún otro lugar le daba. No sabía que era. Si era el cielo, las nubes, los metros de distancia que había de la tierra...

Lo pensó detenidamente. Finalmente se encogió de hombros.

- Cuando descubra que es lo que me da la paz, te lo haré saber.

Le guiñó el ojo y se dirigió a encontrarse con su amiga. La halló sentada en el suelo a unos metros de la verja. Sonrió al ver con que devoción miraba el cielo. Escondió las manos en los bolsillos y divertida se paró a su lado.

- ¿Qué haces?

- Esperar que llueva.

- No va a llover. — Aseguró observando el azul cubierto de escasas nubes negras.

- Yo no apostaría. ¿Ves esa nube?

Buscó con sus ojos lo que su amiga le señalaba con el dedo. No era gran cosa. Una nube negra que a su parecer se alejaba hacia la ciudad vecina.

- No lloverá.

- Ya veremos.

Se encontraron media hora después con Saray y Melisa en la puerta de la torre. Habían quedado para pasar toda la tarde juntas. Primero subirían a la torre y luego irían a comer. Más tarde irían al cine y puede que a comprar ropa. Lo de comprar no estaba claro. No eran mujeres que se volvían locas al ver una tienda. Se abastecían de prendas porque las necesitaban, pero no porque fuera su pasatiempo favorito. Aunque Claudia y Melisa, sí eran unas tiquismiquis de la

ropa y debían ir conjuntamente vestidas de pies a cabeza, se inclinaban más por hacer pedidos en Internet en tiendas conocidas que tener que estar dando vueltas por una tienda para encontrar una prenda y esperar luego en la cola para pagarla. Siempre decían que Internet era más cómodo y más eficaz a la hora de encontrar lo que querías.

- ¡Qué pasada! — Gritó Saray dando saltos.

Con una sonrisa dibujada en los labios, se asomaron a contemplar el vacío que había a sus pies mientras Saray miraba ilusionada el gran cielo. Observándola recordó una imagen similar mucho tiempo atrás; la primera vez que estuvo allí. La primera vez que sintió que era libre. La primera vez que mirando lo extenso que era el cielo, juró que jamás la atraparían. Allí empezó su vida. La vida que durante mucho tiempo creyó que no podría tener.

- ¿Nos vamos?

- ¿Ya? Si acabamos de llegar. — Preguntó Saray impactada por la prisa de Claudia.

Extrajo el teléfono. Levantó un segundo la cabeza y dijo:

- Ni caso. El tiempo que estemos aquí la oirás repetirlo como cincuenta veces.

Miró a Claudia con una mirada curiosa. Las dejó a su bola y se centró en escribir. Aun así las oía igual, no se callaban, eran como cotorras...

- Odio esta torre.

- Lo sabemos. — Dijeron a la vez Melisa y ella.

Saray rompió en risas estridentes. Acabó de escribir y revisó su mensaje:

De Ariel para:

Mi hombre de hielo:

Amo este lugar porque me hace sentir la libertad. Porque me hace soñar que nada me puede retener. Porque miro el cielo y sueño que algún día podre mirarlo y decir que he conseguido lo que me había propuesto.

Le dio a enviar y esperó ansiosa la respuesta de su hombre que en esos momentos debía mirar la pantalla como si fuera un mapa y hubiera descubierto donde estaba el cofre con el tesoro.

Su respuesta se demoró. Llegó a pensar que quizás, estaba ocupado y no podía responder. Dejó el cacharro encerrado en su puño mientras escuchaba a sus amigas hablar de temas simples.

- ¿Y como te va desde que tu padre te dejó al cargo de la empresa con ese nuevo socio?

¡Sería mete patas! ¿No podía cerrar el pico? Melisa a veces metía la nariz tanto donde no debía que era raro la vez que no salía escaldada.

Claudia tragó con esfuerzo. Estaba segura que había oído el momento exacto que lo hizo y sentido lo que le había costado bajar la bola que se le había formado en la garganta. Preocupada la observó. Su sonrisa era tensa. El tema la incomodaba.

- Bueno...

- Tengo hambre. Creo que es hora de ir bajando. — Intercedió.

Salieron del balón. Su móvil vibró en ese preciso instante. Se disculpó con sus amigas y pidió que la esperaran a abajo. Encendió el móvil. Ahí estaba su mensaje. Lo abrió y su cara se transformó en confusión; Balcón 2.

Alzó la cabeza. Caminó aturdida. Tomó aire antes de poder poner un pie fuera...

- Dmitriy...

Las lágrimas se le acumularon en los ojos. Ahí estaba. A sus pies. No podía creer lo que estaba viendo. Una variedad de globos de colores captó su atención. Se llevó las manos al pecho. Le temblaban...

Dmitriy le señaló el cielo con una sonrisa enorme en la boca y seguido empezó a tocar y cantar. Al oír la primera nota su lágrimas se desbordaron; Y es que no era nada fácil contener las emociones escuchando la hermosa canción de Roxana:

[No quiero estar sin ti
Si tú no estás aquí me sobra el aire
No quiero estar así
Si tú no estás la gente se hace nadie

Si tú no estás aquí no sé
Que diablitos hago amándote
Si tú no estás aquí sabrás
Que Dios no va a entender por qué te vas

No quiero estar sin ti
Si tú no estás aquí me falta el sueño
No quiero andar así
Latiendo un corazón de amor sin dueño

Si tú no estás aquí no sé

Derramaré mis sueños si algún día no te tengo
Lo más grande se hará lo más pequeño
Pasearé en un cielo sin estrellas esta vez
Tratando de entender quién hizo un infierno el paraíso
No te vayas nunca porque

No puedo estar sin ti
Si tú no estás aquí me quema el aire.]

Y observar como el cielo se cubría de blanco con la palabra "te amo".

Cuando la música dejó de sonar, no pudo moverse. Era tan bonito su gesto que el pecho quería saltar el enorme vacío que había a sus pies. Sintió sus manos. Como con ternura acariciaban su humedad. La forma en la que la miró estaba tan llena de amor, que se tiró a sus brazos y se lo comió a besos. No quiso dejarse lugar por tocar con sus labios. Dmitriy rió y la acercó más a él. Entre ellos cada centímetro de espacio era un problema.

La burbuja se rompió cuando por sus oídos se filtró los aplausos, silbidos y vítores. La cara se le encendió. Roja ocultó la cabeza en el pecho de Dmitriy.

- ¿Leona?

- ¡Cállate o te doy una patada!

Jugueteón le acarició el pelo.

- Creo que tus amigas esperan que te vuelvas.
- No me jodas, Novikov.
- Yo lo haría. Puede que tengan algo interesante...
- No.

Dmitriy resopló. Pudo percibir como se aguantaba las ganas de regañarla por su momentánea actitud infantil.
¿Qué quería? Acababa de hacerla pasar la mayor vergüenza de su vida. No iba a girarse... No iba a enfrentar a toda esa gente... Y menos a sus amigas que debían estar partiéndose el culo de risa a su costa.

Una mano se puso en su hombro, imaginó que sería su amiga Claudia, nadie excepto ella se inmiscuía cuando estaban Dimitri y ella juntos. Levantó la cabeza y buscó los ojos grisáceos más hermosos del mundo. Le suplicó en silencio que no la hiciera pasar más bochorno y que la sacara de allí. Dmitriy negó y sonrió más ampliamente.

- Ariel Miller, yo no te crié para ser una muchacha que por cualquier cosa agacha la cabeza y se escuda detrás de un hombre.
- Ma... Má... — Tartamudeó.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Todo dejó de importarle y veloz giró sobre su eje. Su visión colisionó con el hermoso rostro de su madre. Una sonrisa que la dejó tonta de rebote la recibió. Se echó a sus brazos sin poder creer que la tuviera delante, que la estuviera tocando, que estuviera viva...

Sollozó agarrada a su cintura. ¡Su madre! Estaba ahí. Dmitriy no la había entregado. No la había traicionado. La había puesto a ella por encima de la organización. Esa revelación la golpeó con dureza. Se apartó un segundo de los brazos de la mujer que le había dado la vida. Acarició su mejilla, su pelo, incluso tocó sus párpados. Era como si con esa acción estuviera corroborando no estar en un sueño.

En un visto y no visto saltó a los brazos de Dmitriy. Le costó mantener el equilibrio. Normal, le había saltado encima sin aviso... Le besó con devoción. Un beso que dejaba ver lo mucho que le amaba. Lo mucho que le necesitaba. Lo mucho que significaba para ella...

- ¿Te he dicho que te amo?

Dmitriy sonrió.

- Algunas veces, pero no me canso de oírlo.

- Te amo, Novikov.

- Ni la cuarta parte de lo que yo te amo a ti.

Se volvieron a besar. Con tranquilidad, con mimo, con disfrute, con ganas... Su amor era como una enfermedad. No podían estar separados, no podían dejar de tocarse, no podían vivir el uno sin el otro. Se complementaban y se necesitaban. Su amor era grande y puro, a pesar de chocar en uno y mil temas diferentes...

Pero si no fuera así... ¿Dónde estaría la gracia de amar?

- Señor, hora de irnos.

Se alejó de sus labios y asintió a Paolo con la cabeza.

- Ella irá con vosotros. Ellas con Travis y Luca. Ariel y yo iremos solos. Nos encontramos en media hora.

Todos siguieron las ordenes. Antes de montar en el coche, se detuvo. Le miró y por encima del techo del auto preguntó:

- ¿Por qué no me lo has dicho antes? ¿Por qué dejaste que pensara que me habías hecho ese enorme daño?

Dmitriy la miró. Con un gesto de la mano le indicó que montara al coche. Negó. Quería respuestas.

- Ariel, tu madre vuela dentro de unas horas a un lugar donde únicamente yo sé donde queda. Haz el favor de obedecer de una vez, si quieres pasar lo que queda de día con ella.

Sin abrir la boca hizo lo que le había ordenado. Pegó un portazo cuando estuvo sentada y con el cinturón de seguridad puesto. Se cruzó de brazos y mantuvo la mirada al frente.

- Ariel, no era seguro. No podía venir y decirte, ¿en serio crees que soy capaz de hacerte algo así? Estoy harto de decirte que confíes en mí. Tengo obligaciones con la organización y con tu padre que no puedo ignorar. ¿Crees que no quiero salir de toda esta mierda? ¡Pues te equivocas! Pero no puedo traicionarles... ¡Por qué no solo yo estaría en peligro! Tengo que jugar con sus normas... Con sus leyes... Y eso es lo que he estado a haciendo.

- ¿Y qué pinta la Rosa? ¿Por qué tu hermano dijo que haces tratos a espaldas de la organización? ¿Eso no es traición? ¿No es ponerte en peligro?

Dmitriy la observó por el rabillo del ojo.

- No. No estoy traicionando a la organización.

- ¿No?

- Ariel, aunque te lo explique ciento veinte veces no lo entenderás, así que déjalo.

Hizo una mueca con los labios y arrugó el ceño. De nada valía insistir...

Poco rato después se internaron por un camino de tierra. El coche se movía mucho y ella bailaba en el asiento de un lado al otro. El silencio se había mantenido. Incómodo y espeso. El carácter de Dmitriy había variado. Lo mejor era dejar que sus humos se enfriaran y esperar que fuera pronto. El coche se paró frente a una casa vieja. Su boca se abrió al máximo. Daba pena mirarla. Parecía una de esas casas abandonadas donde habían tenido lugar varios asesinatos y tras esos episodios nadie había querido habitarla.

- Dime que no has tenido aquí a mi madre.

- ¿Y qué querías, qué la llevara a un hotel?

- Tampoco, pero algo mejor que esto.

Abrió la puerta del coche y se apoyó en ella.

- Parece una casa embrujada.

- Ariel, no me toques más los huevos. Tu madre es una traidora, toda la organización la busca. ¿No ves que no es un juego? Es la mujer del mando mayor y que se le haya escapado es vergonzoso ocupando el puesto que ocupa. Todo el mundo espera que dé ejemplo y que cuando la encuentre, con ella dé una advertencia para todas. Así que mentalízate que esta casa es una mansión de oro o lo que te dé la gana, porque aquí vamos a pasar el día y parte de la noche.

- Valeee, tampoco tienes que ser un gilipollas.

- Lo soy porque me estresas. Contigo no tengo ni un minuto de paz.

- Hago tu vida divertida aunque te quejes.

Se le formó una sonrisa en la boca.

- ¿Ves? Mira que sonrisa más bonita intentas esconder.

Dmitriy le tendió la mano. Se apresuró a cogerla. De imprevisto tiró hacia él y la hizo chocar con rudeza contra su pecho.

- El día menos pensado te voy a esposar a la cama y te voy a poner una cinta en la boca...

Besó sus labios dulcemente. ¡Si ya lo sabía ella! Los mosqueos de Dmitriy Novikov eran débiles y de los que se evaporaban en un abrir y cerrar de ojos ; por lo menos cuando se trataba de ella.

- No pondré resistencia... — Insinuó coqueta y con maldad.

Un gruñido devastador resonó en sus oídos. Sonrió a la vez que un escalofrío se apoderó de todo su cuerpo. Dmitriy la empujó contra el coche y pegó todo lo grande que era su cuerpo al suyo. Sintió su grosor... Como la incitaba a tocarlo... A sentirlo crecer en su mano...

Se mordió el labio y lentamente hizo descender su mano. Otro gruñido satisfecho traspasó su cordura. Apretó. No había nada más placentero que sentir como su hombre disfrutaba de sus caricias...

- ¿Cómo sigue tu pie?

- Bien... ¿Por qué? — Interrogó perdida.

Inesperadamente se vio volando. Soltó un grito sorprendida hasta que se transformó en risa y entendió lo que pretendía. La sentó en el capo del coche y le abrió las piernas de un movimiento. Se colocó entre ellas y la cogió del pelo. Desesperado la estampó contra su boca. Mordió... Y luego lamió... Le fascinaba cuando la devoraba de esa manera. Salvaje... Lujurioso... Sin límites...

- Dmitriy... Estarán a punto... De llegar...

Su respiración descontrolada le dificultaba hablar con normalidad. Le deseaba. Necesitaba sentirlo. Que la amara como solo él sabía a hacerlo. Que la hiciera ver el cielo con sus caricias. Que la hiciera tocar las estrellas con sus besos.

¡Mierda, estaba caliente! Ni caer de espaldas sobre una enorme montaña de nieve lograría bajarle el calentón que llevaba.

- Puedo ser rápido. — Ofreció. - Pídemelo. Venga, leona... A ti también te pone la idea.

Miró a su alrededor. Llevaba razón. Simplemente la idea de que los pillaran conseguía acrecentar su deseo. El calor se convirtió en un arma decisiva. No lo aguantaba. Su piel ardía... Su sexo palpitaba en protesta a la cordura de su mente... Revisó de nuevo el lugar. Aquello estaba desierto. No tenían porque pillarlos. Asintió enérgicamente.

- Pídelo.

- No fastidiés, mírame. Todo mi cuerpo lo anhela.

- Lo sé. Lo veo. Conozco tu cuerpo como si fuera el mío.

Tiró del pelo y alzó su cabeza. Chupó su cuello durante unos segundos para luego deslizar su lengua hasta llegar a su boca. Acarició sus labios con ella. Su humedad y su forma excitante de provocarla pudieron con el poco razonamiento que le quedaba. Jadeó. Dmitriy adentró su lengua. Se estremeció.

- ¡Ahora Dmitriy! — Exigió.

- ¿Qué? Vamos, leona. No es tan difícil.

Mordió su labio hasta sentir la sangre mezclarse con su saliva.

- ¡Bruta!

La volvió a coger en brazos y echó a correr. Cerró los ojos. Habían piedras y tierra, no quería saber, ni ver el momento en el que se la pegaran contra el duro suelo.

Sus pies tocaron suelo y entonces los abrió.

- ¡Qué manía tienes!

- La misma que tu por provocarme hasta hacerme perder la cabeza.

Puso la mano en su pantalón y lo desabrochó. Después los bajó.

- Apoya las manos en el árbol.

Sin dudar lo hizo. Oír como su cremallera descendía fue como escuchar música. Impaciente se contoneó para acercarse a él. Dmitriy la sujetó de la cintura y de una manera brutal se empujó hasta lo más hondo. La cogió del pelo y alzó su rostro hasta que vio sus ojos por encima de su hombro. Apresó sus labios a la vez que hizo una rotación de cadera. Gimió. Su lengua se aprovechó y buscó con ansias la suya.

La soltó y dejó que su cabeza cayera hacia delante...

- Eres muy... Cabezota.

Dmitriy le dio una palmada en el cachete. Su deseo se intensificó. La cabeza le daba vueltas.

- Dilo, nena.

Miró por encima de su hombro. Sonrió con picardía.

- Amor, ya estoy obteniendo lo que quiero.

Una estocada descomunal le hizo tragarse la carcajada que su garganta guardaba. Jadeó con fuerza al sentir su mano tantear su trasero. Se agarró con fuerza al árbol...

- No olvides, nena, que yo estoy al mando.

Lo introdujo en su interior. El calor aumentó. La excitación la dominó y se vio gritando desesperada:

- ¡Más rápido, Dmitriy!

Sus acometidas se intensificaron. Pronto los indicios del orgasmo se arremolinaron en su vientre. Dmitriy arremetió con energía y movió el dedo haciéndola caer por el precipicio al sacarlo segundos después para acariciar su clítoris y con sus jugos introducirlo junto con su protuberancia en su interior.

Dmitriy gruñó y con la respiración entrecortada cayó sobre ella.

- ¿Estás bien?

Sintió un beso suave en su espalda; todavía seguían en la misma posición. Ninguno deseaba moverse. Sonrió. Ese hombre... Su vida sería miserable si algún día decidía abandonarla.

- ¿Cuándo dejarás de preguntar?

Miró por encima de su hombro y se topó con los ojos que tanto amaba puestos en su espalda. Dmitriy se había quedado como pensativo. Perdido en lo que por su cabeza estuviera pasando en ese momento. De pronto como si se lo hubiera imaginado, una sonrisa chulesca se formó en su perfecta y exquisita boca. Se alejó de ella. Se limpió con un pañuelo que había cogido del bolsillo de su pantalón y recompuso su vestimenta. Luego la ayudó a incorporarse y a parecer presentable.

¡Era imposible! Nadie se creería que habían estado paseando por los alrededores. Tenía los labios hinchados. No se había mirado a un espejo, pero estaba segura de que su cara lo decía todo.

La cogió de la barbilla y acarició su boca con los labios. Fue tan tierno, que el corazón por poco no le explotó en ese instante.

- Nunca, leona. Tu seguridad es mi prioridad. Que seas feliz es lo que más me importa.

- Te quiero. — Susurró en sus labios.

- Te aseguro que no más de lo que yo a ti.

Pegó la cabeza a su pecho. Estar entre sus brazos le daba seguridad. La hacía sentir que nadie podía a hacerle daño. Que junto a él siempre estaría a salvo

- Escúchame... Si me llegara a pasar algo...

- ¡Ni lo digas! Cierra esa boca ave de mal agüero y no traigas semejante catástrofe a nuestras vidas.

Sus palabras la inquietaron. Se apartó y forcejeó para que la dejara regresar al coche.

- Ariel, no seas tozuda.

- Y tú no hagas esto. No quiero oírte.

Agachó la cabeza. Su mente se la volvió a jugar e imaginó una vida sin Dmitriy. El dolor le perforó el pecho. La angustia le presionó la garganta. Se le cerró. El aire no le llegaba. Respiró con fuerza. La vista se le iba.

- ¡Hey, leona! Estoy aquí. Mira... Mira...

Cogió su mano y la puso en su barbilla. La raspadura de su barba la trajo a la realidad. Las lágrimas se deslizaron. Dmitriy la apretó contra su pecho y besó cada rincón de su rostro.

- No lo vuelvas a hacer... — Le salió en un hilo de voz.

- Leona...

Su abrazo fue desesperado. Malas sensaciones le transmitió. Su alma ya no sentía la calma de hacía escasos minutos. Sus palabras le habían hecho ver una vida que no quería; una vida vacía y desoladora.

- ¡Ariel! ¡Dmitriy!

Al oír la voz de Claudia, miró a Dmitriy y luego a ella. Con extrañeza se volvió a mirar...

- ¿Por qué estamos en el suelo?

Dmitriy la tenía entre sus piernas con la cabeza apoyada en sus brazos; su mano seguía acariciando su raspada barbilla.

- Leona, tus crisis son una mierda. Se me han puesto los cojones aquí. — Señaló su garganta. - Cuando he visto como se te volvían los ojos hasta verlos completamente blancos, me he asustado como un niño pequeño.

- ¿El gran Novikov atemorizado?

La incorporó y quitó los restos de arena.

- ¡Ninfomanos, salid de una vez!

- ¡La mato! Como haya dicho eso delante de mi madre, no vive para contarlo. Te lo juro.

Besó su pulgar e índice como gesto de promesa. Se giró dispuesta a cumplir con sus palabras. La mano de Dmitriy la detuvo.

- No olvides cuanto te amo y... — Cogió su mano y la puso en su pecho a la altura de su corazón. - Como se altera mi corazón cuando pienso que te voy a perder.

Le besó. ¡A la mierda su amiga! Tenía que besarle. Con esas palabras tan hermosas se lo había ganado.

- Entonces no vuelvas a insinuar que algún día desaparecerás de mi vida.

Acarició su rostro y reposó su frente en sus labios. Dmitriy suspiró. Besó esa zona una vez más y se apartó.

- ¡Oye, que estamos aquí!

- Vale, hora de ir y matar a tu amiga.

- ¡Gracias! Pensaba que nunca me dejarías a hacerlo.

Salió corriendo. Llegó donde habían dejado el coche y se encontró con que todos estaban allí. Sus mejillas se tornaron rojas. Dmitriy se detuvo detrás de ella...

- Te ves hermosa cuando te ruborizas.

- ¡Cállate que aún te doy a ti!

Sus ojos dieron con su amiga. Como si nada estaba apoyada en uno de los coches conversando con Saray. Decidida se dirigió hacia ella.

- Ariel...

- Ahora no, mamá. ¡Claudia!

Su amiga en cuanto la vio ir hacia ella empezó a correr alrededor del coche.

- ¡Detente, Claudia!

- ¡Ja, ni loca! Si lo hago me despellejás.

- ¡Lo que mereces, por boca de piñón!

Dio otra carrera para intentar atraparla. El reposo de los últimos días por orden de Dmitriy, le había sido de gran ayuda para poder correr en ese momento.

- Yo no tengo la culpa de que siempre estéis pegados como perros.

Su cabreo creció. Que no la enganchara porque le daba la paliza de su vida.

- ¡Tú lo que eres es una perra envidiosa!

Corrió hacia un lado y luego giró hacia el otro consiguiendo cortarle el paso.

- No te lo niego...

Se abalanzó sobre ella y las dos rodaron por el suelo.

- ¡Qué os vais a hacer daño! — Gritó Saray.

- Ni caso. — Intervino Melisa. - Mira lo que dura...

Cuando dejaron de rodar y quedaron boca arriba con la respiración agitada de la carrera y caída, se miraron. A la vez estallaron en risas...

- ¡Joder, como duele aterrizar en tierra! — Se quejó Claudia.

- Vaya golpe... ¡Me van a doler las piernas y el culo todo el día!

Su amiga se rió y añadió una de sus majaderías:

- ¿Eso quiere decir que no habrá más polvos espontáneos?

- ¡Perra!

Volvieron a resonar sus carcajadas.

- ¿Entramos?

Les tendió la mano Dmitriy.

- Ves como no había que preocuparse. — Aclaró Melisa.

- ¿Lo hacen a menudo?

- Si yo te contara...

- ¡No me hagas que aún te la tengo jurada! — Espetó con malicia.

En el acto se calló. Inclusive como si quisiera evitar cualquier confrontación, se agarró al brazo de Saray y se apresuró a entrar.

Dmitriy entrelazó sus manos y demoró su entrada. Por el rabillo del ojo vio a acercarse a su madre. Le agradeció en silencio que fuera tan comprensible y considerado. Dmitriy depósito un beso en su mejilla.

- Te echaré de menos.

- Ja, ja, ja. Exagerado.

- Cada minuto es un suplicio. Mi alma llora cuando estás lejos y mi cuerpo se inquieta cuando no te tiene cerca...

- ¡Calla ya, zalamero! ¿Ahora eres poeta?

Se acercó a su oído.

- Por ti me convierto hasta en Robin Hood.

Acarició su mejilla y asintió a la persona que estaba a su espalda; su madre. La abrazó y sostenida a ella observó como Dmitriy desaparecía en el interior de la casa. Los celos salieron liberados y empezaron a pulular por todo su cuerpo. Seguía sin fiarse de la que decía ser su amiga. Extraño, pero así era. No podía evitarlo. Algo le decía que Melisa no era la gran amiga que ella en un principio pensó que era. Sus acciones se lo habían demostrado.

- Te quiere.

Se soltó del agarre de su madre y se sentó en los escalones de lo que parecía un porche mugriento.

- Lo sé.

Su madre la imitó. La había echado tanto de menos. Ladeó la cabeza y la apoyó en su hombro. Su madre acarició su cabello. Eran del mismo color, casi rozaban la misma largura... Ese fue uno de los motivos por el cual mirarse al espejo le provocaba miles de imágenes de ella. Había intentado bloquearlas, pero era muy difícil cuando se parecía en gran manera a ella.

- ¿Y por qué oigo tus dientes crujir?

- Mamá...

Resopló. ¿Cómo iba a explicarle sus dudas? Ni ella misma lo entendía.

- No es él... Es por Melisa. Dmitriy y yo rompimos y eso me hundió. Luego me di cuenta de que no estaba haciendo nada para traerlo de nuevo a mí y que lo estaba dejando alejarse de mí. Se lo estaba permitiendo. Entonces, supe que si lo quería tenía que moverme, que no podía quedarme sentada esperando que regresara o lo perdiera definitivamente. Fui a su empresa y ella estaba allí...

- A veces juzgamos inequívocamente.

- No, mamá. Lo que sentí y la mirada de fascinación que vi en su cara... Eso no fue producto de los celos o una imaginación.

Su madre la miró con una mirada comprensible. La achuchó con fuerza. Enseguida sintió como su abrazo de mamá oso la reconfortó. Era cierto eso que

decían de que una madre siempre era la mejor escuchando y aconsejando. La suya lo era. Puede que hubiera sido una mujer de la vida, pero era su madre. La amaba y siempre procuró estar para ella, a pesar de que su padre cada vez que tenía ocasión se lo impedía.

- ¿Puedes haberte confundido?

Negó enérgicamente.

- Su mirada no era limpia. Sus intenciones menos. Estoy segura que lo que quiso fue aprovecharse de la situación y que rece lo que sepa, porque si me entero de...

Observó el cielo. Al final su amiga tenía razón; pronto empezaría a llover.

- ¿Qué te hace estar tan segura?

Regresó la vista al rostro de su madre, algo más envejecido y cansado, pero el rostro que tanto recordaba y que cada noche le había dado un beso antes de dormir.

- Porque le miraba y sonreía de la misma manera que lo hago yo.

- Entonces, pequeña, Ariel. Corre y protege lo que es tuyo, porque si es como dices... Jugara sucio y usara lo que tenga a mano para poder apartarte de él.

Arrugó el ceño. Aturdida la observó durante unos segundos interminables. Su sonrisa seguía abiertamente en su labios.

- ¿Por qué estás tan segura? — Repitió la pregunta que ella le había hecho.

Su madre acarició con cariño su nariz, después la beso y finalmente la volvió a abrazar.

- Porque tú le amas tanto que matarías para protegerlo, mentirías si fuera necesario por él e incluso cambiarías tu vida por la suya si estuviera en peligro.

No dijo nada. Sobraban con las que su madre había dicho.

- Corre.

- Pero...

- Ve con él. Si tu eres feliz, yo también lo soy.

Se levantó y echó a correr. Se detuvo a unos metros. Giró la cabeza. Su madre la contemplaba con una sonrisa en la cara. Su alegría se reflejaba en sus ojos.

- ¡Gracias! — Gritó en su dirección.

- Disfruta de su amor todo lo que puedas... — Susurró.

No la escuchó, si lo hubiera hecho, habría detectado la tristeza en su voz y percatado del dolor que iba cargado en ellas.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Nada más entrar el estómago se le rebotó; esa casa estaba en ruinas. Dio un rodeo con la vista. Enseguida localizó a Claudia con Saray preparando la mesa para comer.

- Los chicos vienen en camino.

Movió la cabeza para a hacerle saber que la había escuchado. Pero su cometido no estaba puesto en Luca y Richard que eran quienes habían salido a comprar. Su interés estaba en las dos personas que no veía por ningún rincón.

- ¿Y Dmitriy?

Las dos se encogieron de hombros. Su mirada tomó vida propia y directa se detuvo en las escaleras polvorientas. Con decisión las subió. El corazón le latía a mil por hora. Con precaución caminó por el pasillo. Se oía claramente la voz de Dmitriy. Su corazón se estrechó y eso le ocasionó no poder respirar con normalidad.

Cuando llevaba la mitad de camino recorrido, una puerta se abrió. Pegó un saltó pensando que la habían pillado de fisgona.

- ¡Mierda, Paolo que susto! — Dijo en voz baja para que no la oyeran.

- ¡Eres una zorra!

La voz de Dmitriy hizo que los dos se giraran hacia el cuarto del que salían los gritos de Dmitriy. Dio un paso decidida a averiguar lo que estaba ocurriendo. Paolo la cogió del brazo y negó con la cabeza.

- O me sueltas y te quedas al margen o te doy una patada en los testículos y te dejó en el suelo tirado.

- Señorita... No me ponga en este aprieto... El señor ha sido explícito en su orden, no puedo dejarla pasar.

Su mirada se entristeció. Alzó los ojos con una mirada llena de dolor, pánico y angustia...

- No llore, por favor...

Sus ojos se empañaron más, una lágrima comenzó a descender de ellos...

- ¡Joder! ¿Por qué todo me pasa a mí?

Sacó un pañuelo del bolsillo de su chaqueta y se lo tendió. Se negó a cogerlo. Simplemente le observó con la mirada más derrotada que alguien pudiera ver.

- Vale, pero yo no la he visto, estaba en el baño. ¿Entendido?

Se echó a su cuello y besó su mejilla con una sonrisa victoriosa. En serio. ¡Tenía que haber sido actriz! Hubiera ganado un Oscar fijo.

- Estoy muerto...

- Yo lo impediré, se como controlar al jefe.

Le guiñó el ojo.

- Sí, claro, que alentador.

Segundos más tarde lo vio perderse por las escaleras. Se apoyó en la puerta con cuidado y escuchó con mucha atención.

- Te advertí que te alejaras de ella. Que no te quería cerca de nosotros.

- Y yo te dije que no lo haría. — Refutó Melisa.

- ¿Quieres que Ariel acabe contigo?

Abrió con cuidado la puerta. Sus ojos vieron como la que decía ser su amiga ponía las manos en el pecho de su hombre. La ira hizo que lo empezara a ver todo de un único color; rojo.

- No tiene porque. Solamente quiero pasar una noche contigo. ¿Sabes? Lo llevo deseando desde que los mensajes de Claudia aparecieron en el grupo.

- No. Y si no detienes esa obsesión tomaré medidas drásticas que no te gustaran.

La cogió del pelo e hizo que sus manos se apartaran de su cuerpo.

- ¿Por qué? ¿Qué tiene ella? Aquel día estaba a punto de que cedieras, unos minutos más y habrías sido mío. — Gritó con rabia.

Hizo fuerza con sus pies para no moverse. Quería escuchar la respuesta. La necesitaba. Aunque en el fondo su corazón le gritaba que las palabras de esa estúpida eran vanas y recreadas por su retorcida mente.

- Óyeme bien. No pasó nada porque a mí no se me puso en las bolas. Porque soy un hijo de puta, no lo niego, pero antes me traspaso el pecho con un cuchillo que hacerle ese daño a la mujer que amo. ¡Estás loca! Y aquel día te avisé. Te advertí que no volvieras a acercarte a ella y que si intentabas a hacerle daño, te destruiría.

- Estabas enfadado... — Le quitó importancia a sus palabras.

- ¿No ves qué no le llegas ni a la suela de los zapatos? ¿Qué donde ella es dulzura, tú eres veneno? ¿Qué donde ella es legal, tú eres una arpía sin escrúpulos? ¿Qué donde ella rebosa y florece en amor, tú escaseas y reflejas amargura y envidia?

La soltó de malas maneras. Melisa trastabilló y casi se fue de bruces al suelo. Se abalanzó hacia él e intentó besarle. Alucinada y con un cabreo del copón abrió la puerta de par en par.

- ¿Tampoco es lo que parece, Melisa?

- Ariel... No... Estábamos hablando... De tu recuperación...

Se acercó y se puso frente a ella y delante de Dmitriy. Se contempló las uñas. Le hacía falta una manicura. Las manos de Dmitriy se pusieron en su cintura.

- Leona...

¡Qué bien la conocía!

Dejó un segundo de mirar sus uñas para sonreír al hombre que cada día le

demostraba que nadie la iba a amar como lo hacía él.

- Ariel... De verdad...

- ¡Hipócrita!

Con la mano del revés le giró la cara.

- ¿Cómo tienes el descaro? ¡Miserable!

Volvió a darle en el otro lado con toda la mano abierta. Dmitriy intentó detenerla. Le clavó las uñas con saña e hizo lo que tantos días atrás quiso a hacer; se tiró hacia ella y la cogió del pelo. Dio uno... Dos... Tres... Posiblemente cuatro tortazos con todas sus ganas. Ni ella misma lo sabía.

- ¡Maldita puta!

- Ariel que la vas a matar. — Dijo Dmitriy detrás de ella.

Le escuchó. Nada de lo que él dijera se le pasaba por alto, pero sí, ¡se lo pasaba por un oído y le salía por el otro! Más vulgarmente, ¡por el chocho!

La arrastró escaleras a abajo. En ningún momento le soltó el cabello. Oía sus chillidos y lo único que le ocasionaban era sentirse bien. Y es que nadie podía imaginar las sensaciones que le producía, ni la euforia que le provocaba estar soltando tanta adrenalina y furia contenida.

Cuando llegó a la puerta, Luca y Richard estaban aparcando. Con rapidez se bajaron del coche y observaron incrédulos lo que estaba pasando. De un empujón la soltó y rodó por el suelo. Esperó... Y esperó... Quería que se defendiera, que le diera batalla, pero nada ocurrió. Era tan cobarde y sabía que no era rival para ella, que al ponerse de pie, su cuerpo temblaba.

- ¿Qué sucede?

- ¿Ariel?

Claudia y Saray preguntaban sin cesar. Las entendió. No sabían de que iba la historia, ni porque aparecía con la cara deformada por el enfado, ni porque su otra amiga parecía que la había atacado una manada de lobos.

- Si te cruzas en mi camino o en el de alguien de los que quiero, amanecerás en una cuneta desnuda y con las tripas fuera.

Melisa abrió los ojos aterrorizada. Si antes ya temblaba, después de su amenaza no hizo ni por mirarla. Era lo que se merecía. Esa víbora había querido herirla. Quitarle lo que era suyo. ¡Jamás! Y menos una barata traidora. Ahí habían muerto sus años de amistad...

Unas manos la rodearon por la espalda. Su olor le llegó al instante. Aspiró con fuerza. Su cuerpo se destensó. La calma fue abriéndose paso. Besó su cuello y de nuevo pudo sonreír.

- Lárgate de mi vista o no respondo.

- Necesito...

- Andar es bueno y sano para la salud. ¡Chicos ir entrando la comida! Tengo hambre.

Cogió la mano de Dmitriy y tiró de él. Su madre que ni se había inmutado por la escena, les sonrió al pasar. Sus amigas siguieron unos minutos más con la boca abierta viendo como Melisa salía del cerco de la casa vieja.

- Recuérdame que nunca te enfade. — Dijo Dmitriy con voz graciosa.

- Lo siento, cariño. Contigo la vena asesina no me sale. Tú lo que me produces es que quiera matarte... Pero a besos.

Para demostrárselo, le plantó un beso delante de todos de los que cortan la respiración y son capaces de dejarte tonto de por vida.

- ¡Vale, a comer! Qué con estos no comemos hasta mañana...

Todos rieron tomando asiento en la mesa por el comentario hastiado de Claudia.

El resto del día lo pasaron sin percances. Se mantuvieron pegados a la chimenea jugando a las cartas. Sobre las seis empezó a llover. La tormenta provocó que la luz se fuera y tuvieran que buscar velas. A las ocho los chicos volvieron a ir a por comida. Como era normal nadie quería arriesgarse y envenenarse por haber

cocinado en una vieja cocina oxidada. Cenaron poco después. El silencio llenó esa hora en la que cada uno se centró en masticar y tragar; la hora se acercaba.

- Bueno... Me temo que ya no podemos demorarlo más.

Dmitriy se levantó del suelo y le tendió la mano. Ese había sido su sitio durante todo el día. Lo habían pasado bien. Las risas y las bromas por unas horas habían sido las protagonistas en ese día.

- Lo siento, leona. Si pudiera sabes que la llevaría con nosotros a casa...

Besó su sien. Compungida se abrazó a su cintura.

- ¿Volveré a verla? — Preguntó temerosa.

- Haré lo que pueda para ello.

- Gracias.

Dmitriy dejó caer sus brazos a su costado. Hizo un movimiento de cabeza. Siguió su dirección. Su madre esperaba en la puerta con los ojos anegados en lágrimas. Corrió y como niña de tres años se abrazó a su cuello. Los temblores fueron perceptibles y los sollozos audibles. El tiempo se le echó encima. El reloj pasaba los minutos demasiado deprisa.

- Ariel... Mi pequeña. No es una despedida. Simplemente es un hasta luego...

- Pero duele... No sé donde vas, no voy a poder verte... De nuevo la incertidumbre de si estarás bien... — Dijo deprimida.

- Te prometo que lo estaré y que muy pronto, más pronto de lo que te imaginas estaremos juntas. Te quiero, mi pequeña Ariel.

La besó y sintió su pecho abrirse en canal. Se rehusó a despegarse de ella. Dmitriy la tomó de la cintura. Era la hora. Debía dejarla marchar... Tenía que ser fuerte de nuevo... Era por ella. Esa vez era por ella, por su libertad y su felicidad. Aflojó su agarre y se giró. Se sostuvo con la cabeza pegada al cuello de Dmitriy. No podía mirar. Su madre se iba, no sabía donde y cuando la podría volver a ver. Los minutos pasaron. Se dio la vuelta; se había ido. Su perfume apenas se

percibía en el aire. Sintió que todo había sido un sueño y que en realidad ese día nunca había sucedido.

Con los ojos cerrados como si se los hubieran pegado con pegamento, arrugó el ceño. Se dio la vuelta...

- Dmitriy, apaga la radio.

A tientas tocó su lado de la cama. Abrió los ojos. ¿Qué manía tenía en desaparecer en las madrugadas? Se sentó. El reloj marcaba las cuatro. Se tapó los oídos. Esa música que sonaba era deprimente. Te hacía querer pasar horas llorando. Era triste. No le gustaba.

Salió de la cama y bajó las escaleras todavía preguntándose como era posible que se hubiera quedado dormida en esa cama, cuando le había asegurado a Dmitriy que prefería dormir en el suelo que se veía más limpio. Tampoco le dio muchas vueltas. Estaba cansada, demasiado agotada... Había pasado un buen rato llorando sin poder contener sus lágrimas. Y mira que lo había intentado. Pues no encontró manera de lograrlo.

- ¿De dónde sale esa música infernal?

Todos estaban de pie mirando hacia la calle. Como no obtuvo respuesta, se acercó. ¡Genial! También sabía tocar música devastadora. Negó con la cabeza. Se frotó la cara para terminar de ahuyentar el sueño y se abrió paso hasta llegar a él. Tomó asiento a su lado.

- ¿Qué haces?

Las notas se detuvieron. La miró y quedó impactada con el sufrimiento que vio en sus ojos. Tuvo ganas de acunar su rostro en su pecho y acariciarlo hasta verlo caer rendido en un profundo sueño.

- Canto.

- Ya... Pero porque esa.

- ¿Goodbye my lover?

- Sí, porque.

Apartó la mirada un segundo de sus ojos para contemplar la guitarra. Las notas volvieron a sonar y junto con ellas la hermosa voz de Dmitriy:

Te decepcioné o te fallé?
Debería sentirme culpable o
dejar a los jueces juzgar?
Porque yo vi el final antes de comenzar.
Si yo vi que estabas deslumbrada y
supe que había ganado.
Pues yo tomé lo que era mío por derecho eterno.
Tomé tu alma en la noche.
Pudo haber acabado pero no me detuve ahí.
Yo estoy aquí para ti si tan solo te importara.
Tu tocaste mi corazón, tocaste mi alma.
Tu cambiaste mi vida y todas mis metas.
Y el amor es ciego y eso lo sé cuando,
mi corazón fue cegado por ti.
Yo he besado tus labios y sostenido tu cabeza.
Compartido tus sueños y tu cama.
Te conozco bien, conozco tu olor.
Me he vuelto adicto a ti.

Adios mi amante.
Adios mi amiga.
Tu has sido la perfecta.
Tu has sido la perfecta para mi.

Soy un soñador, pero cuando estoy despierto,
tu no puedes quebrar mi espíritu,
son mis sueños los que te llevas.
Y cuando te vayas, acuerdame.
Acuérdate de nosotros y lo que solíamos ser.
Te he visto llorar, te he visto sonreír.
Te he visto dormir durante un rato.
Sería el padre de tu hijo.
Pasaría una vida entera contigo.
Conozco tus miedos y tú los míos.
Tuvimos nuestras dudas pero ahora estamos bien.

Te amo y juro que esa es la verdad.
No puedo vivir sin ti.

Desvió la vista. No sabía que le estaba pasando por la cabeza mientras tocaba y cantaba como si no fuera a llegar a ver el sol salir. Le miró de nuevo... Tanto que le pareció que había pasado una eternidad. Su voz... Su mirada... La elección de la canción... Su manera de tocar... Su insistencia en seguir tocando las mismas notas... No pudo más. Puso sus manos encima de las de Dmitriy. Tenía que saber que estaba ocurriendo. Porque tenía esa mirada empañada y se negaba a mirarla.

- Ariel...

Cogió su cara y por fin la miró de frente. Dejó la guitarra de cualquier manera sobre las escaleras y tiró de ella hasta tenerla sentada en sus piernas y así poder besar sus labios bien. Amargo. Su beso le transmitió unas sensaciones que prefirió ignorar y lo achacó a su estado de ánimo.

- Te amo. Pero nada es eterno. Tenlo presente siempre.

Entrecerró los ojos. ¿Se había vuelto loco? ¿O es que se había emborrachado? Observó con insistencia. No se detectaba en sus ojos la mínima confusión. Hablaba con sus cinco sentidos puestos y sus labios sabían a menta. Seguramente eso se debiera a que se hubiera comido un chicle de los que los muchachos habían llevado.

- ¿Me vas a dejar?

- Nunca, leona.

La estrechó con fuerza. Pegados vieron la lluvia caer. Dmitriy se negaba a soltarla. Como no quería oír de nuevo esa música, dejó que se refugiara en ella y disfrutó del sonido del agua al caer.

Con pereza se incorporó. Observó su alrededor. Debía haberse quedado dormida. No recordaba haber subido de nuevo las escaleras, menos aún haberse tumbado. Dmitriy seguramente la había acostado y arropado.

- ¡Buenos días, fiera!

Lo primero que encontró en la mesa lo hizo volar hacia su cabeza. Ni siquiera vio lo que lanzó, solamente lo quería escalabrar por idiota.

- Te has cargado el móvil.

- ¡No jodas!

Corrió y miró a sus pies; sí, lo había jodido, la pantalla se había rajado por el impacto.

- ¡Mira lo que has logrado! — Le gritó.

- Leona, yo no te he dicho que lo tiraras como si fuera un disco volador.

Le pegó un manotazo en el pecho.

- Si dejaras de llamarme fiera, esto no pasaría.

Besó su cuello y susurró:

- No te quejas cuando estamos en la cama...

- ¡Novikov, cierra la boca!

- Como quieras... Pero solo digo que te encanta. Cuando te lo susurró... Tu cuerpo vibra... No lo puedes negar...

- Que. Te. Den.

Le sacó el dedo corazón.

- ¿No has aprendido la lección?

- ¿Qué?

Rápido apresó su muñeca y se llevó el dedo a la boca. Chupó unos segundos y después lamió su mano hasta llegar a su muñeca. Besó su vena. Su lengua caliente hizo una ascensión por su brazo. Cuando llegó a su hombro y pasó a morder su garganta, su respiración era un problema. Dmitriy se alzó con una

sonrisa prepotente y la cogió de la nuca y el cuello.

¡Bésame! Gritaban sus ojos. El mamón lo sabía. Lo veía. Lo percibía. Acarició sus labios con los suyos, pero no le dio lo que quería. La estaba incitando, la provocaba sabedor de que no podía resistirse a su tacto... Finalmente, fue ella la que con su lengua fue a su encuentro. Dmitriy sonrió y entonces la besó. Un beso salvaje, desesperado y cargado de lujuria.

- Esa es la lección, apréndela, leona. — Espetó chulo soltándola de imprevisto.

- ¿Qué? — Preguntó aturdida.

- Que dejes de intentar ganarme la partida. No puedes, cariño. — Le besó la nariz. - Mira en un segundo como te has puesto. Como si sigo... En diez segundos más estaremos en la cama y en vez de mandarme a la mierda, me pedirás que siga hasta que llegues a la liberación.

Sus ojos se abrieron exageradamente. ¡Se la había vuelto a meter doblada! ¡Sería...! Ah, tenía ganas de gritar. La idiota era ella. Por no saber detenerle, por no saber decirle no y por permitirle que la tocara cuando debía mantener las distancias.

- ¿Y qué lección crees que debo recordar? — Dijo andando hacia el baño.

Abrió el grifo y se llevó agua a la boca para enjuagarse. No tenía cepillo, ni pasta, por ese día el agua debía valer para llevarse el mal aliento mañanero. Levantó la cabeza. El espejo viejo le mostró el reflejo de Dmitriy apoyado en la puerta de brazos cruzados.

¡Qué bueno estaba! Y encima con pantalones vaqueros, camiseta negra y chaqueta de vestir. Meneó la cabeza para que esos pensamientos se alejaran de su mente sucia. Cogió el cepillo y comenzó a pasarlo por su cabello.

- ¿En serio quieres que te lo explique?

- Claro. Eso sería muy amable de tu parte.

Arqueó una ceja en su dirección. Lo ignoró con una sonrisa en la boca y siguió pasando el cepillo como si no supiera que su mirada la estaba desnudando.

- Es muy fácil.

- Entonces ilumíname con tu brillante sabiduría...

- Muy bien, listilla. Te lo diré a lo grosero. Me refiero a que aprendas a dejar de mandarme a la mierda si de verdad no esperas que lo haga. No puedes decirme que te den, o vete a tomar por saco, o sacarme el dedo, cuando tus ojos, tu boca y todo tu puñetero cuerpo, me están pidiendo que te tumbe y te folle. ¿He sido claro? Porque entonces, nena, estás perdida, juego mi baza y te demuestro que lo que verdaderamente quieres cuando me dices vete a la mierda, es que te demuestre que todo lo que deseas es que me meta en lo más hondo de ti y te haga olvidar porque cojones me habías mandado a la mierda.

Le miró a cuadros. Su cara era de póker. Con tanta palabra junta casi se había caído de culo. ¿Qué había preguntado? Ni siquiera había oído la mitad de lo que había dicho.

- ¿He sido ahora claro? Quiero una respuesta. No lo volveré a repetir.

- Como... El agua. — Tartamudeó.

Con parsimonia se dio la vuelta y la dejó sola en el pequeño baño.

- ¡La hostia, con la capacidad de observar de Dmitriy!

No era capaz de encontrar lógica a esa firmeza, ese egocentrismo y a esa actitud arrogante que derrochaba.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Tras recuperarse del mazazo que le había otorgado su querido hombre de hielo, se vistió y bajó a desayunar. Todos excepto Dmitriy estaban sentados en el suelo al lado de la chimenea. Habían llenado el suelo de cartones y preparado el desayuno. Se acomodó junto a su amiga.

- ¿Cómo has tardado tanto?

- Mejor ni te contesto, no creo que sea capaz de recordar todas las vulgaridades que han salido de la boca de Dmitriy en pocos segundos.

Su amiga se rió.

- ¿Cuando dejareis de tiraros piedras a la cabeza? Un día os matareis.

- Eso sería meternos de plano en una relación aburrida y monótona. A él le gusta provocarme y a mí me pone alterar su seguridad...

Su amiga le dio una mirada comprensiva.

- ¿Por eso me has quitado una falda?

- Por eso y para que sepa que no puede encenderme como si fuera un mechero y luego soplar y esperar que se apague como la llama. Por cierto... ¿Dónde está?

Cogió un Donut y le dio un mordisco. Su amiga señaló la puerta. Hablaba con el mismo hombre del otro día. Sin darle importancia siguió comiendo. Su amiga le sirvió un vaso de leche y añadió un poco de café. No sabía de donde había salido la cafetera, pero se guardó la pregunta.

- Saray que sabes de...

- Mañana. Los abogados de la tía Helen vendrán mañana a casa.

- ¿Quieres que quedemos después para tomar algo?

Agachó la cabeza en un signo de nerviosismo. Jugó con sus dedos unos segundos. La intranquilidad que vio en ella llamó su atención. Sentía su

inquietud, como la ansiedad se apoderaba de su control. Como su respiración se tornaba algo forzada.

- Saray, no estás sola.

Acarició sus manos. Cuando alzó la cabeza le sonrió con franqueza. Saray le devolvió el gesto con timidez. La vergüenza se reflejo en todo su rostro.

- Me gustaría que estuvieras presente. Si no te importa.

- Allí estaré. — Aseguró.

- Si queréis puedo acompañaros... — Se ofreció solícita Claudia.

- No, gracias. — Contestó Saray antes de que ella hubiera podido a abrir la boca.

- ¡Vaya con la renacuajo! — Espetó atónita su amiga.

No sabía que decir, Saray además de brusca había sido grosera.

- Lo siento. No quería ofenderte.

- Pues lo has hecho de categoría para no ser tu intención.

- Claudia. — Amonestó.

- De verdad lo siento. Verás mi tía es bastante tradicional, sin decir que también es religiosa... — Murmuró. - Si apareces con esa ropa y con tu peculiar habla, le da un derrame cerebral.

Rompió a reír. La imagen le vino de sopetón y su risa fue estridente y contagiosa. Exceptuando a Saray y su amiga, tanto ella como las niñeras se rieron sin parar.

Soltó el aire despacio y lo volvió a coger. Con esfuerzo trató de cortar la risa que estaba logrando que sus amigas la miraran como si hubiera perdido la cabeza. No. No pudo. Volvió a carcajearse sin control. Su mente no dejaba de ver a una mujer mayor con el pelo canoso mirando a su amiga como si fuera el mismo demonio de carne y hueso.

- Lo siento... Lo siento.

Se limpió una lágrima que se había escurrido de sus ojos.

- Tu tía es una anticuada.

- No lo discuto, pero no tengo ganas de pasar el día en el hospital. Por la tarde he quedado con Máximo.

La miraron como si hubiera dicho que iba a robar un banco.

- ¿Quién es Máximo?

Se miraron y de nuevo las risas fueron el sonido que llenó el cuarto.

- El gilipollas de su novio.

Giraron la cabeza en dirección contraria como si fueran un robot. Esperaban más explicación. Algo más de información.

- ¿Qué?

- Tu sabrás Luca. Si sabes que es su novio, es de esperar que sabes más.

Le dio una leve mirada a Saray y luego contempló su vaso. Le dio un trago.

- Es un chulo que va de fanfarrón. Un niño mimado que va al gimnasio. Un creído que farda de músculos. Que dice quererla, pero que estos ojos han visto cuanto la quiere.

- ¿¡Qué quieres decir, payaso!?

Saray se había puesto de pie. Parada en frente de él, esperaba respuesta. Se notaba lo enfadada que estaba. Poco le había gustado lo que Luca había insinuado.

Se acercó para calmar los humos y que el desayuno no terminara en una guerra. Claudia tiró de ella hacia atrás; Luca se había puesto de pie y le plantaba cara.

- Qué tu novio... Es tu novio, ¿no?

- No sé, dímelo tú ya que estás muy bien informado.

La cara de Luca fue letal. Claudia se agarró a su brazo y susurró:

- ¿Deberíamos buscar a Dmitriy?

Miró de uno a otro. Lo hizo como seis veces. Luego negó con la cabeza.

- No es necesario. Lo que estás viendo es un hombre ido en celos y una mujer que todavía no se ha dado cuenta de lo que ese hombre la atrae.

- ¡Pues qué buen momento para que lo descubran! Me han fastidiado el desayuno.

- ¡Oh, cállate!

Le dio un codazo y siguieron atentas por si tenían que intervenir.

- Digo que ese tío de novio tiene poco. Que eres tan ingenua que no has visto que te la pega con otra. Y eres tan tonta que le dejarás que entre en tus bragas, que te use y te despache como a una fulana.

- ¡Saray!

El impacto de su mano al chocar contra la cara de Luca, los dejó a todos helados. Su mirada era rabiosa. Si le hubiera mordido habrían tenido que pincharle para que no contrajera la rabia.

- ¡Me respetas! ¿Te he dicho yo a ti lo que pienso de ese club que visitas todas las noches?

- ¿Algo importante? Vamos, soy todo oídos. — La retó.

Claudia volvió a acercarse y susurrar:

- ¿Seguro que no debemos intervenir?

¡Y ella qué sabía! Se encontraba igual de atónita que ella. No sabía por donde

coger la situación. Travis, Richard y Paolo se mantenían impasibles sentados en el suelo.

- Ve y llámalo.

Su amiga salió a la carrera. Los gritos de Saray eran muy difícil de ignorar. Su cara se encendía por segundos. Su ira era descomunal. Y ya ni que decir de su despampanante seguridad al atacar.

- ¿Algo qué decir? ¡Mucho! Me parece despreciable. Un hombre que solamente encuentra mujeres que quieran estar con él por dinero, no es por otro motivo que no hay quien lo aguante. Eres aburrido y no tienes conversación ni para empezar. ¿Pero que se puede esperar de un hombre que lo miras y lo único que provoca son arcadas?

Se apresuró a ponerse en medio. Lo había cabreado. Sus palabras habían conseguido su propósito, hacerle enfadar. Y por como se movía su nariz y su pecho, le estaba costando mantener su control.

- ¡Mira niña! Yo no necesito pagar para estar con una mujer...

- Luca... — Intentó advertir.

- Me las tengo que quitar de encima a codazos. Me paso las noches en el club, porque es más divertido. ¿Quieres comprobarlo? Encantado te llevaré. Así lo veras por tus ojitos y te darás cuenta que eso es preferible a que te tomen por estúpida y te pongan los tochos igual de grandes que los cuernos de un toro.

- ¡Saray!

Hizo fuerza para sujetarla. ¡Joder con la energía que tenía la niña! Por el rabillo del ojo vio a aparecer a Dmitriy. Con pasos rápidos se acercaba. Luca debía haberlo visto también. Había guardado las manos en los bolsillos y apoyado la espalda en la pared.

- ¡Travis, saca a Saray de aquí!

Con los ojos abiertos hasta límites inexplicables, observó como Travis se colgaba a Saray a la espalda. Ni un pelo de su cabello se movió y mira que la

niña estaba dando patadas y puñetazos a diestro y siniestro.

- ¿Qué mierda te dije Luca?

El muchacho bajó la cabeza. Fue admirable ver el respeto que le tenía a Dmitriy.

- Lo siento. He perdido la cabeza. No debí haber abierto la boca.

Dmitriy se acercó y como si fueran grandes amigos le pasó el brazo por encima de los hombros.

¡Y ella creyendo que se lo iba a comer!

- No me preocupa tu boca. Lo que me preocupa son tus acciones. Los celos que muestras.

Luca se quitó el brazo de encima y lo miró de frente. Dmitriy sonreía.

- ¡No estoy celoso!

- ¿Seguro?

Volvió a bajar la cabeza. Su silencio era muy revelador aunque él no se daba cuenta.

- Es una niña.

- ¡Santo cielos! ¿Eso es?

Los dos volvieron la vista en su dirección.

- ¡Tú edad! ¿Eso es lo que te preocupa? ¡Ay, mi madre! ¡Qué idiota!

- Son siete años, no uno, ni dos.

- Ariel cierra tu hermosa boca.

Le sacó la lengua. Gesto que hizo que Dmitriy apretara los puños. Le desquiciaba. Todo su cuerpo le delataba. Que no cumpliera sus ordenes le ponían de muy mal humor.

¡Y eso le encantaba! Que saliera su hombre de hielo, su salvaje, que ahí estaba su leona esperándole.

- Me parece que deberías cambiar esa visión. Tiene dieciocho años. Es mayor para elegir lo que es mejor para ella, lo que quiere y lo que no. Ves de frente y deja que ella decida. Te aseguro que con la actitud de hoy, lo único que conseguirás es perderla.

Se dio la vuelta para ir con sus amigas. No tenía nada más que hacer allí. Había dicho lo que pensaba. Su alma estaba tranquila. Ahora era él quien tenía que considerar si valía la pena correr el riesgo.

- Ariel, espera.

- ¿Qué pasa?

- Quiero a hacer una cosa antes de irnos.

Agarró su mano y no le dio tiempo a rechistar. La dirigió de nuevo a arriba. Su curiosidad crecía por escala. Abrió la puerta del cuarto contrario donde habían pasado la noche. El mismo hombre con el que hablaba hacía unos minutos los recibió.

- ¿De qué va esto?

La habitación estaba llena de flores. Habían varias sillas... Una mesa adornada con copas y botellas de champán... Varios paquetes envueltos junto a la mesa en el suelo... Pero lo que no pudo dejar de mirar fue la cama vestida elegantemente con pétalos de rosa esparcidos por encima.

- Cásate conmigo. — Susurró en su oído cargado de emoción.

Se giró sintiendo todo su cuerpo convertirse en un papel blandengue y fofo. Miró sus ojos... Su sonrisa esperanzada... Levantó la mano temblando y acarició su barba con tranquilidad. Dmitriy ladeó la cabeza buscando más contacto. Sus manos se posaron en su cintura. Todo su cuerpo vibró. Ejerció un poco más de presión en su cadera impulsándola hacia él. Sus labios se unieron. Se saborearon sin prisa. Sus almas hablaban por ellos.

- Casémonos. — Repitió pegado a sus labios. - Ahora, leona.

- Estás loco, Novikov.

- Por ti, fiera.

De nuevo contempló sus ojos. Brillaban tan alegres que sintió su corazón acelerarse de una forma brutal. Pensó... Durante minutos sus ojos estuvieron sumergidos en los grisáceos que la miraban con amor. Todo pensamiento, fue pensar por pensar, porque al abrir la boca habló el corazón y no su cabeza...

- Vale, hagámoslo.

Era una locura y nadie se lo quitaba de la cabeza. ¿Pero como le decía que no? Eso sería mentirse a ella misma. Le quería. Puede que incluso antes de ella darse cuenta ya le quisiera. No había nada que deseara más que ser su mujer. Formar una vida junto a él. Aún así, con esa recién alegría adquirida, las dudas seguían presionando con fuerza en su cabeza. Y es que conociendo todo lo que les había ocurrido desde que se habían mostrado como una pareja... Era inevitable no sentir miedo.

Dmitriy la cogió en peso y con las risas llenas de felicidad, giró con ella hasta que les faltó el aliento. La bajó y abrazó. Acercó sus bocas y disfrutó del placer de sentir sus labios suaves y adictivos sobre los suyos. Poco después se vio junto al hombre que no conocía. Dmitriy estaba a su lado y eso era lo único que le importaba. Medía hora después, con los nervios saltando en su estómago, plasmaba su firma en los papeles. Ni siquiera se interesó por saber lo que decían. Su cabeza no tenía más espacio que para repetir "soy la señora Novikov".

El hombre los dejó solos y Dmitriy cogió su mano. Orgulloso contempló sus alianzas. Colocó sus manos en su pecho y con delicadeza tomó su cara entre sus manos.

- Te amo.

Sin dejar que le diera respuesta, atrapó sus labios. Acarició su cintura... su espalda... Ansiosa se agarró a su cuello y se deleitó con sus caricias.

- Sabes que hemos hecho una majadería, ¿verdad?

- Puede, pero me da exactamente lo mismo.

Se vio impulsada por sus manos hacia arriba. Cuando se quiso dar cuenta estaba tumbada en la cama y su cuerpo pegado al suyo.

- No he tenido vestido de novia... Una despedida de soltera... Una boda corriente... Una fiesta... Dmitriy, ni siquiera has dejado que estuvieran Saray, Claudia y tus hombres... — Dijo muerta de risa.

Dmitriy le quitó el jersey, luego la miró a los ojos. Su amor se veía en ellos. Podía sentir como la veneraba con ellos. Como con cada parpadeo le decía te quiero. Como con cada roce de sus dedos le susurraba cuanto la necesitaba. Como con cada beso, le gritaba lo enamorado que estaba de ella.

- Un vestido es prescindible... A una despedida no te hubiera dejado asistir, te habría metido en la cama y entretenido hasta que se hubiera hecho tarde. Las bodas corrientes son muy aburridas y estresantes.

Su sonrisa la alteró. Era tan divina que le costó contenerse y no besarle.

- ¿Una fiesta? Todavía no ha terminado el día. Y tus amigas y mis hombres habrían demorado que te haga el amor como mi esposa por primera vez. No lo podía consentir. Soy así de egoísta.

La besó y esa vez ya no la dejó hablar más. Minutos después, desnudos se fundieron en un solo ser. Dmitriy le hizo el amor con ansias y con sus besos y caricias habitualmente posesivas, le mostró cuanto significaba para él tenerla en sus brazos como su mujer.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

- ¡No puedo creerlo!

Claudia y sus gritos era para querer tirarse por el balcón de cabeza.

- No ha sido mi culpa.

Dmitriy que bajaba agarrado a su mano, ocultó una sonrisa.

- ¿Qué no ha sido tu culpa, señora Novikov? ¿Cómo me haces esto? ¡Soy tu mejor amiga!

La señaló con el dedo. ¡Uuuh, sí, estaba muy cabreada!

- Claudia...

- ¡No vengas con Claudia! Mi amiga se casa en un cuarto encima de mi cabeza y me tengo que enterar por ese gilipollas y porque tengo que firmar como testigo.

Inconsciente giró la cabeza y observó a Dmitriy. Se encogió de hombros como si el tema no fuera con él y luego alzó su mano y besó su anillo; embaucador. ¡Era un jodido manipulador!

- Y digo yo... ¡¿Qué testigo?! ¡Si ni siquiera te he visto el pelo!

Las niñeras se empezaron a reír de la actitud de su amiga. Incluso Dmitriy que estaba a haciendo todo lo posible por mantener su cara de impasibilidad, se echó a reír.

No era bueno, aquello no era bueno. Y si aquellos conocieran un poco a su amiga, ninguno habría hecho sonido alguno hasta que ella se hubiera tranquilizado.

- Claudia...

- No, si no pasa nada.

Su amiga sonrió. ¡Problemas! ¡Problemas! Se encendió en su cabeza como un cartel avisador.

- ¡Claudia!

Intentó cogerla, pero Dmitriy se negó en rotundo a soltar su mano. Le miró. En silencio le pidió que la dejara detenerla. Su incansable tozudez apareció en ese instante más cabezona que nunca y su mano se afianzó más a su piel.

- Dmitriy.

- Ellos la detendrán.

Observó hacía donde su mano señalaba. Travis y Luca ya se habían puesto de pie. Su amiga que se gastaba un genio de los mil demonios, había sido rápida. En un santiamén había salido y entrado. No supo lo que sus manos ocultaban hasta que las dos niñas se pararon delante de ella.

- Dmitriy, suéltame.

- No. ¿Y por qué llevas esa falda tan corta?

- Hace un rato no te ha molestado... Ahora suéltame.

- No. Y hace un rato quien disfrutaba de meter las manos debajo de ella era yo. Ellos no tienen permiso para mirar.

- ¿Qué?

- ¡Maldita víbora! — Espetó Travis.

Observó la escena. Se llevó la mano libre a la cabeza.

- ¡La próxima vez, os reiréis de vuestra madre!

- ¿Por qué lleva tu amiga una pistola eléctrica?

La miró de reojo con interés. Iba a contestar cuando Richard, la cogió por la espalda y logró llegar a su muñeca y apretar para que el artillugio cayera de sus manos.

- ¡Te voy a arrancar los ojos, monigote de plastilina! ¡Qué todos tus músculos son más falsos que un billete falso!

Richard la redujo sin contemplación. Salió con ella fuera. Poco después, apareció dando una palmada y con una sonrisa de triunfo enorme.

- ¡Hale, solucionado! ¿Estás bien hermano?

- Dmitriy haz algo.

- Ella ha empezado. ¡Nos vamos chicos!

- ¡Esa loca me ha dejado cojo!

- Ja, ja, ja. Venga, hermano. Si solamente te ha rozado.

Dmitriy tiró de su mano y pasó por el lado de sus hombres...

- Cuidado donde miráis que alguno se puede llevar un puñetazo. — Avisó.

- ¡Dmitriy!

- Señora Novikov, no discuta que usted puede también salir escarmentada.

- ¿Y eso por qué?

Le dio un repaso leve antes de detenerse junto al coche. Al llegar la cogió de los brazos y pegó su espalda contra el coche. Soltó un grito por culpa de su acción imprevista.

- Llevas una falda que casi dejar ver tus cachetes. Unos cachetes que me pertenecen y que al imaginar que otro los está mirando me hace hervir la sangre. ¿Sabes lo que me provoca?

Negó despacio, igual de despacio que tragó.

- Quiero levantarla y enterrarme en ti y poco me importa quien mire. ¿Sabes por qué?

No estaba esperando su respuesta o ¿sí?

- Porque me vuelve loco. Porque dejo de pensar y solo veo el deseo con el que te miran. ¡Maldita sea! ¿Por qué tienen que comerte con los ojos?

Sus celos incomprensible la hicieron sentir el estómago alterado. No quiso ahondar en las sensaciones que le produjeron su actitud de hombre de hielo en su versión más controladora. Lo abrazó con fuerza. Conocía a su hombre y por mucho que estuviera deseando tirarle una roca en la cabeza, sabía que lo mejor era abrazarle y rebajar la tensión a base de mimos.

- Estás paranoico... — La frase murió en su boca. - ¡Dmitriy por Dios! ¿Qué clase de hombres tienes?

Estupefacta le giró la cara para que viera lo que ella estaba mirando sorprendida y totalmente en blanco. Dmitriy regresó la vista hacia ella. La escudriñó. Sus ojos estaban encendidos y se veían furiosos. Sin levantar la voz dijo:

- Sube al coche, Ariel.

- No.

- ¡Perfecto!

La agarró de la cintura, abrió la puerta y la sentó. Luego le pasó el cinturón. Cerró la puerta de un portazo y echó los seguros.

- ¡Capullo! — Gritó dándole un golpe al asiento.

Resopló con fuerza y se cruzó de brazos. Preocupada miró por la ventana. De pronto Richard voló por el aire en dirección hacía afuera saltando los tres escalones que habían en el porche. Dmitriy lo cogió de un puñado y lo llevó hasta donde estaba su amiga. Otro empujón lo hizo caer a sus pies. No supo qué fue lo que le dijo, pero Richard asintió como un muñeco programado para decir que sí. Se puso de pie y enseguida se apresuró a soltar a su amiga.

¡Eso por imbécil! Pensó. ¿Quién se creía para atarla al póster y taparle la boca con cinta?

La puerta se abrió y Dmitriy se adentró. Su furia seguía visible. Arqueó una ceja.

- Mis hombres no tratan así a las mujeres. No volverá a ocurrir.

- Ya...

Cogió su cara de esa forma tan posesiva suya y la besó con desesperación.

- Créeme... Leona... No me gusta que traten a las mujeres como si fueran inferiores. Te lo juro. Por eso he hecho todo lo posible para que la organización aceptara otro castigo para las mujeres que huyen. Ya no van a los clubs. Te prometo que todas las mujeres que hay están porque quieren. Me he encargado personalmente de comprobarlo.

- Eso es bueno. Eres bueno, Novikov.

La besó con paciencia. Un beso que si hubiera podido alargar horas lo habría hecho.

- No lo soy. Ninguno ha aceptado que no se les de muerte si así se decide.

- Lo has intentado y eso para mí es suficiente.

- Para mí no. ¡Joder! Ha sido peor la solución que la enfermedad.

Se sobresaltó. Del bote que había dado se había hecho daño en el muslo con la manivela de la puerta.

- ¡Mierda! Lo siento, nena. No quería asustarte.

- No pasa nada, Dmitriy. Mírame.

Sopló exasperada. Era como un crío. A veces era para repasar si su novio era un hombre o un niño rabioso incapaz de contener sus mosqueos al margen de su relación.

- Mírame, Novikov y explícame a qué te refieres.

- Tristán se ha aprovechado de mi buena intención y como me negué a que las

chicas volvieran a trabajar en los locales, ha pensado que es mucho más divertido y entretenido hacer reuniones donde beben, juegan al póker y hacen lo que se les place la gana con las chicas.

Se guardó la indignación como mejor pudo. Ese malnacido... Si pudiera acabaría con él con la misma rapidez que un pie aplastaba a una cucaracha.

- Tú no tienes la culpa.

Acarició su rostro. Se veía tan abatido. Tan agobiado. Por su actitud sabía que había estado pensando en que hacer, pero también que no había encontrado solución.

- Yo fui quien presentó la propuesta de que toda mujer huida quedara en casas de los miembros como una medida cautelar y beneficiosa con la que todos ganábamos. Ni ellas serían usadas, ni nosotros las perderíamos de vista. También se aprobó que si algún miembro quería casarse con ellas se le entregaría en matrimonio sin tener en cuenta su falta y haciendo ojos ciegos a su traición. Yo solamente quería librarlas de las manos de esos idiotas que se creen que son muñecas... Y ese imbécil...

- Dmitriy... — Regañó. - Que su corazón este sucio, no significa que tú hayas actuado mal. Viste un problema y quisiste poner remedio. Que no haya salido como esperabas es algo a lo que tienes que acostumbrarte.

Echó la cabeza hacia atrás. Su hombre tenía un gran corazón. Y pensar que en un principio lo vio como el peor de los hombres... Quien le habría dicho, que se iba a enamorar de él, que no concebiría su vida sin él y que iba a ser su esposa. La esposa del hombre al que ella siempre había denominado como el hombre de hielo sin corazón igual de frío y tieso que los icebergs.

- ¡No estoy a haciendo nada! ¡Nada!

Pegó un puñetazo en el volante.

- He dejado que me gane la mano. — Murmuró hablando con él mismo.

- Un hombre solo no puede construir Roma. — Susurró.

Dmitriy giró la cabeza. Con sus ojos entrecerrados busco en los suyos lo que significaban sus palabras. Por primera vez, observó a un Dmitriy confundido y obcecado en traspasar la piel que cubría su cabeza y ver lo que por su mente estaba pasando.

Sonrió. Fue mágico descubrir que Dmitriy no siempre podía saber lo que pensaba. Se enamoró un poco más de ese hombre. Sintió ese suceso natural y común de cualquier otra pareja y se le hizo indescriptible la sensación que se propagó por su pecho al ver con toda claridad y mejor que nunca, que Dmitriy era igual de humano que ella. Que no lo sabía todo, que como cualquier persona cometía errores, que como todo el mundo fallaba... Poco importaba si su intención era buena, si lo había estado meditando toda la noche o si no había visto a su plan ningún inconveniente; no siempre todo salía a pedir de boca. Y él tenía que aprender a aceptar cuando había fracasado.

- Estás disfrutando, ¿verdad?

- ¿Qué? ¿Qué por una vez no hayas podido colarte en mi cabeza? Mucho.

Sonrió abiertamente.

- Arranca que tenemos cosas que hacer. — Recordó.

La noche anterior habían acordado tomarse el día para ellos, pasarían por la academia de baile, por la asociación, comerían e irían a pasear por el muelle. Un día que iba a disfrutar y absorber cada sensación, sin contar que iba a vivir cada minuto hasta el último minuto del día como si fueran sus últimos segundos junto al amor de su vida.

- No me respondiste.

Dejó la puerta entornada, acababan de estacionar frente a la asociación. Se oían gritos. Mientras Dmitriy mostró preocupación por el jaleo, ella no hizo más que sonreír y sentir como la adrenalina cogía fuerza en su interior.

- Se me olvidó. Quería decir que yo tuve que aprender a aceptar lo que no podía cambiar. Si estás con ellos, nada importa, todo estará bien. Ahora si estás contra ellos, debes saber que eres un enemigo declarado. Muchas veces traté de a hacerme escuchar, pero nunca sirvió. Por eso siempre me repetí esa frase. Porque, ¿dime? ¿Qué puede lograr un hombre contra un ejército? — Le guiñó el

ojo. - Nada. Pues tú tampoco puedes si no tienes otro ejército preparado para la batalla.

Rodeó el coche y la aplastó con su cuerpo grande, duro y fuerte. Sonrió coqueta. Le ardía todo cuando se ponía en modo cazador. Su piel se adelantaba a los acontecimientos y su cuerpo esperaba ansioso cada roce de sus manos.

- Eso ya lo veremos, sabionda. Porque este que tienes delante, no se va a quedar con las manos cruzadas viendo una injusticia. Te recuerdo que lucho cada día contra ellas y ese cabrón, no las va a cometer en mis narices. Palabra de Dmitriy Novikov, el jefe de Chicago, que tiene el tiempo contado.

La beso y todo lo que su cerebro tuviera pensado refutar quedó olvidado por el intenso calor que la sobrevino.

- No es el mejor momento, leona. Baja tus hormonas descontroladas.

Rió dejando un mordisco en sus labios.

- ¡Capullo!

Le propinó un codazo juguetón. La cogió de la mano y entraron a ver a Keith. Era un gran día para ella. Era el primero que iba simplemente por saludar y no porque sintiera la necesidad de encerrarse y ver durante un tiempo devastador la lluvia caer sobre el techo cristalizado. Parecía que todo empezaba a mejorar. Las ganas de hacerse daño seguían apareciendo a menudo, pero se veía fuerte para lograr controlarlas.

Keith los recibió con alegría. No la habitual que tanto había presenciado en esos últimos días, pero seguía teniendo esa aura sobre ella tan atrayente que siempre que estaba a su lado percibía.

- ¡Qué bien se te ve!

La abrazó con mucha fuerza. No podía discutir. Dmitriy había hecho por ella lo que nadie había hecho hasta ese día; había ignorado las leyes de la organización por ella. Por el amor que le tenía. No quería darle vueltas. Adentrarse y valorar qué pasaría si en un momento dado se descubriera. Sabía cual era el final de un traidor y en ese instante Dmitriy lo era. Simplemente por el hecho de haber

antepuesto su felicidad a las leyes opresoras de una organización corrupta.

- Gracias. ¿Y esos gritos?

- Las chicas, como siempre. Que no pueden estarse quietas. Ahora mismo están en la sala viendo una película.

- ¿Y por qué no estás con ellas? — Se extrañó.

- Han puesto la película esa que anuncian tanto. — Dijo en voz baja en su oído.

Pensó cual podría ser, pero habían tantas que fue un problema imaginar una sola.

- Esa erótica que los libros han vuelto loca a más de una... ¿Cómo se llamaba?

- Cincuenta...

- Sombras. — Completó Keith.

- ¡Eso no me lo pierdo!

- ¡Ariel!

Riendo atravesó el pasillo hasta llegar a la sala. Se encontró una escena que ya quisiera ella haber sido la protagonista. Las chicas gritaban y vitoreaban.

- ¡Joder, que bueno está el tío! — Se le escapó.

- Así que por esto es por lo que te dejabas la vida en cada respiración.

Sus manos apresaron su cintura. Un escalofrío le subió por los pies... Lo intuyó, sabía a ciencia cierta lo que iba a hacer.

- Dmitriy...

- Ni en sueños.

La cargó en peso. Su culo quedó pegado a su grandiosa masculinidad. Pataleó. Mordió su nuca. El aire se le escapó. Sus mejillas se tornaron rojas al levantar la

vista y encontrarse con todos los ojos puestos en ellos.

- Dmitriy... — Amonestó.

- Repítelo, nena. Vamos.

No daba crédito a lo que sus oídos estaban oyendo. ¡De alucine!

- ¡No puedo creerlo! ¿Cómo es posible que el tío de una película te provoque celos?

Los encerró en su cuarto. Cogió el mando todavía con ella en brazos y lo pulsó. La oscuridad se hizo y las estrellas brillaron con rapidez. La soltó con brusquedad en la cama. Giró sobre su cuerpo. Jadeó. Dmitriy había sido rápido en quitarse la chaqueta y ya estaba desabrochando la camisa.

- Dmitriy... ¡No seas loco! Que todos van a saber lo que estamos a haciendo.

Abrió la camiseta. Todo su torso quedó expuesto a su vista. Se mordió el labio.

¡Insaciable!

Nunca tenía suficiente de Dmitriy Novikov. Mirarlo era como verlo por primera vez. Las sensaciones y sentimientos surgían potentes. Se levantaban y arrasaban con la cordura de la persona más cuerda que pudiera existir.

- Señora Novikov, voy a enseñarle a no desear a otro hombre que no sea su marido, ya sea de comic, cartel, o de película...

Se echó a reír como una jovencita. No podía. Dmitriy era incorregible. Cogió sus tobillos y la acercó al borde de la cama. Se apresuró y subió la falda. Su boca se puso en su feminidad. Le dio un beso y aspiró.

- ¿Qué hay de lo de no es el momento? Y... ¿Baja tus hormonas? — Dijo con la respiración irregular.

Levantó la mirada. Era un duelo de miradas digno de presenciar. Tendría que aprender a mantener sus miradas intensas. No era posible que siempre saliera vencedor.

- Fiera, cuando se trata de darle una lección a mi mujer, toda palabra que haya dicho, ignórala.

Se abalanzó sobre ella. Con ganas mordió sus labios. Toda gana de reír quedó pospuesta. Su mano fue a su cachete, lo apretó. Inesperadamente cortó el beso. Se movió y con su nariz acarició la suya.

- Te quiero. Tú lo eres todo para mí.

La excitación se mezcló con los sentimientos más bellos y devastadores. Una sonrisa se plasmó en su cara. Lo agarró del pelo y suplicó:

- Bésame hasta que la noche llegue y la luna sea testigo de todo lo que te amo...

Sus bocas se estrellaron. Sus respiraciones excitadas inundaron la silenciosa habitación. Dmitriy acarició sus hombros sin dejar de besarla. Llegó a sus pechos. Coló la mano por debajo de su jersey y atrapó el pezón entre sus dedos. Lo pellizco y acarició hasta que se alzó en punta. Solo entonces despegó sus labios y buscó su pecho con la boca. Succionó. Se retorció, mordió el labio y jadeó.

Lentamente su mano descendió y se detuvo en su muslo, lo apretó y seguido hizo un camino por la cara interna de su pierna hasta casi rozar su monte.

- Dmitriy...

Sonrió pegado a su pecho. Mordió su pezón y acarició con su lengua para calmar el leve dolor que le pudiera a haber provocado. A la vez su mano volvió a hacer de las suyas y levemente tocó su sexo para luego acariciar su estómago. Gruñó insatisfecha.

- Vale, Novikov. Mi boca no volverá a insinuar que ningún hombre es guapo, ni mis ojos verán belleza en otro que no seas tú, pero... ¡Deja de joderme!

Se echó a reír. El movimiento de su boca le hizo cosquillas. Se alzó hasta estar su cara casi pegada a la suya. La cogió del cuello de manera posesiva y besó sus labios con calma.

- Te amo, leona.

Gimió. Su mundo sufría un derrumbe cada vez que oía salir esas dos palabras de sus bellos labios.

- No más que yo a ti.

Acarició su pelo. Luego lo enredó en sus dedos...

- Es imposible amar más de lo que yo te amo.

Su boca se abrió para contrarrestar esas palabras, pero Dmitriy la silenció con un beso de los que te expresan el juicio y te hacen olvidar todo lo que estuvieras pensando.

CAPÍTULO VEINTICINCO

- ¡Hola!

Saray la recibió con un grito y un tirón que la llevó al interior del piso. Era bonito. Debía admitir que para tener una fachada antigua, por dentro parecía un piso de alto estanding. El gusto de la mujer era inquebrantable. Nadie se negaría a pagarle si fuera una decoradora. Esa mezcla de antigüedad con modernidad le daba al piso una visión increíble.

- ¡Tía ya está aquí!

Entraron a un comedor, pequeño, pero hogareño y acogedor.

- Pero... ¿Qué edad tiene tu tía?!

Se tapó la boca corriendo. Su intención no había sido parecer indiscreta. ¡No tenía remedio! En algunas ocasiones, pensaba que daría menos problemas si le cosían la boca con aguja e hilo.

- Ja, ja, ja. No llego a los cincuenta.

Rápidamente se puso colorada. A punto estuvo de tocar su cara con las manos y comprobar que no habían provocado un fuego en su cara. Sintió tanta vergüenza de sus palabras que no supo donde mirar.

- ¿Qué edad aparento?

La miró cortada.

- Señora, si llegara a los cincuenta con la misma belleza y juventud que usted, estaría seguramente con un ego revolucionario que me haría competir con la más joven de las muchachas...

¿Qué entendía su boca por cortada? Poco, descaradamente poco, no había tardado un segundo en soltar una de sus lindezas.

La mujer la sorprendió riendo. Le hizo un gesto con la mano pidiendo que se sentara. Cerró la boca con fuerza. Por esa mañana, ya había agotado la vergüenza de todo el día. Se sentó y Saray lo hizo a su lado. Aguardaron.

Minutos después, la mujer dejó unos papeles en la estantería y se sentó frente a ellas.

¡La de curvas que tenía! Llevada por la envidia casi se observó de arriba abajo. Era inquietante. Esa mujer de ojos azules, rubia y arreglada como si fuera la mujer del rey, era muy bella. No había ni una arruga en su rostro. Su cabello se veía cuidado y bien arreglado. Y su figura era de modelo de pasarela. Ella no habría dudado en hacer una campaña con esa mujer si tuviera una empresa de modelaje.

Nerviosa se mordió las uñas...

- ¿Crees en Dios?

- ¡Tía! — Alzó la voz.

- Saray, ¿esos son los modales que te he inculcado?

- Lo siento, tía, pero si te dejo, tu lengua se desatara y empezarás a recitar toda la Biblia.

- Es bueno enseñar a quien no sabe.

- Para. No lo hagas. Siempre espantas a mis amigas porque las sometés a un examen de tercer grado.

Tomó su mano para tranquilizarla. Saray se estaba alterando y eso en ellas no era bueno. Siempre debían llevar un intermedio de emociones, situaciones y de estabilidad.

- Esta bien, Saray, no me importa responder.

- ¡No! ¡No tienes por qué y no quiero que lo hagas!

En ese momento sonó la puerta y fue perfecto para rebajar la tensión entre tía y sobrina.

- ¡Cristina! ¿Qué haces tú aquí?

- ¿Os conocéis? — Interrogó Saray con el ceño arrugado.

- Hola, David.

Se levantó y le abrazó. Desde la última vez que habían a hablado en el ascensor, no habían vuelto a verse. Se sintió algo incómoda. Abrazarle sabiendo sus sentimientos, no se sentía como que estuviera bien... Como que fuera lo correcto.

- Hemos trabajado juntos. — Soltó David con una enorme sonrisa.

- ¿Y tú qué haces aquí?

- Mi madre me pidió que viniera.

- ¿Tú madre?

Los ojos casi le saltaron de las cuencas. Que pequeño era el mundo y grandes las casualidades de la vida.

- Sí, esta retaco es mi prima. Y esa mujer mi madre.

- Señora, ahora entiendo menos. Dígame el secreto para cuando tenga un hijo quedarme con ese cuerpo de escandalo.

- ¡Niña, esa lengua!

- Perdón. — Se disculpó.

¡Mierda! Tendría que contener los tacos. A esa mujer la escandalizaba cualquier cosa. Casi sentía que estaba en la parroquia. Menos mal que Claudia no había ido con ellas. Estaba de acuerdo completamente con el alegato de Saray; hubieran tenido que ingresarla de inmediato con un gran riesgo de infarto.

- Ja, ja, ja. Mamá no seas exagerada y siéntate y haz pasar ya a los abogados.

- No vendrán. — Alegó muy segura. - Me han llamado hará unos minutos. No hay nada por lo que temer, ni mover papeles, ni pelear. Esa arpía se metió anoche ella sola en una pelea que ha conseguido que su excarcelación sea considera de nuevo y creen que no se le debe dar la libertad porque piensan que puede ser un peligro para la sociedad.

- ¿En serio? ¿No mientes?

- ¿Por qué debería a hacerlo? — Le replicó a Saray con los ojos entrecerrados.

Saray la abrazó eufórica. Luego la cogió de las manos y alegre dio vueltas. Contagiada de su vitalidad, giró con ella. Las sonrisas llenaban sus bocas. Cuando el subidón de adrenalina descendió, volvió a abrazarla. Sintió como su alma recuperaba su estabilidad perdida y el miedo de días atrás huía de su ser para dejar entrar la calma más absoluta en su corazón.

- Bueno, creo que tenemos algo que celebrar. ¿Qué tal unas pizzas?

- ¡Sí, por favor! Ahora mismo necesitó olvidar que ha existido la mínima posibilidad de que mi madre regresara y destrozara todo lo que he conseguido.

David cogió a su prima por la espalda y le desbarató el cabello...

- ¡David!

- Lo habría impedido. — Aseguró.

- Puede que sí o puede que no... ¿Te vienes? — Cambió de conversación.

Su mirada se dirigió a ella. Durante una eternidad contempló sus ojos. No supo qué fue lo que vio, pero sí se percató de como sus ojos se apagaron y entristecido bajó la mirada. De pronto tras unos segundos la volvió a mirar. Sus ojos sorprendidos esperaban... ¿Qué? ¿Una explicación? ¿Una autorización para aceptar la invitación?

Entonces movió la mano para despejar su cara de cabellos y lo vio claro. Había visto su anillo. Lo tocó irremediamente. Era una alianza lisa completamente con sus nombres grabados. Sonrió. Conociendo la locura que habían cometido, era raro que no lo hiciera.

- En otra ocasión. Tengo cosas que hacer.

Saray asintió. Le habría encantado poder a hacer lo mismo, pero de la nada le llegaron los remordimientos y no pudo hacerlo. Todo lo contrario, su rostro se

lleno de lástima. Abducida por la compresión observó como abandonaba la estancia.

Mil veces se repitió: "no lo hagas, no lo hagas". ¿Y de qué le sirvió? ¡Para nada! Como buena samaritana salió a la carrera. Lo alcanzó en la puerta. Sabía que esos impulsos no traían nada bueno, pero no podía dejar que se fuera sin tratar de hacer que se sintiera mejor.

- David...

- Si vas a soltarme uno de esos royos de que soy un buen hombre, que cualquier mujer daría la vida por estar conmigo y que si amar fuera elección de uno, no habrías dudado en elegirme, te lo puedes ahorrar.

- Pero es la verdad, David. Siempre fuiste un buen amigo. Me hacías reír sin parar, siempre me sacaste una sonrisa incluso cuando Dmitriy se empeñaba en a hacerlas desaparecer.

- ¿Y de qué me valió? Para tener que quedarme en una esquina viendo como vives feliz al lado de mi mejor amigo... Felicidades. Me alegro por vosotros. Pero no intentes a hacerme sentir bien con esas porquerías porque al fin de cuentas tú vas a seguir con él y yo voy a tener que seguir viendo como sois felices en mi cara por ser un cobarde que no supo aprovechar la ocasión y confesarte lo que sentía.

¡Vaya! Que bien escondido tenía el genio... Suerte para él que estaba de buenas, porque si no le habría dado un puñetazo y hecho tragar los dientes.

- Será mejor que me vaya... Ahora mismo estás cegado por la rabia y no tengo ganas de discutir.

Dio la vuelta sobre sus pies y empezó a caminar...

- ¿Rabia? — Dijo en un tono excesivamente alto. - No es rabia lo que siento. Es que me parece increíble, además de alucinante que te hayas casado con el hombre que hacía tus días un infierno, mientras que yo te trataba como una puta reina y vivía para a hacerte sonreír.

¡Al demonio con sus buenas intenciones!

- Ese hombre es tu amigo y debería darte vergüenza intentar ensuciar la clase de hombre que es. ¡Tú le conoces! Sabes perfectamente porque se volvió un hijo de perra, sabes porque se encerró en sí mismo y sabes porque me trataba así. Por eso te miro y siento náuseas al oírte hablar de esa manera.

Soltó el aire despacio. Su mirada no se apartaba de él. Le retó. Su furia era tan desbordada que tuvo ganas de herirle. No conocía a ese idiota que tenía delante. Ese no era su amigo, ni la persona que durante años había tratado. Ni siquiera merecía que se enfadara por su culpa. Lo mejor era darse la vuelta y cerrar la conversación de un carpetazo.

- Entiendo que estés enfadado. Comprendo que no entiendas lo que ha sucedido. Como han cambiado tanto las cosas. Hasta ahí llega mi comprensión. Porque no se me mete en la cabeza que trates de desprestigiarle ante mis ojos, simplemente porque no puedo quererte a ti.

Enfurecida le dio la espalda. Al girar hacia el comedor, chocó contra algo y cayó de culo al suelo...

- ¡Mierda que batacazo!

Levantó la mirada y se encontró a una Saray con los brazos a la espalda y mirada inocente.

- Así que... Está enamorado de ti... Tú eres por... La que siempre está tirado en la cama mirando hacia la ventana...

- Saray... Escuchar conversaciones a escondidas no es de tener buena educación.

Se encogió de hombros.

- Nunca dije que la tuviera.

- Será mejor que nos vayamos a comer o hoy alguien va a salir con una brecha en la frente y la cabeza abierta.

Llegaron a la pizzería sobre la una. Claudia estaba sentada en la mesa y con la mano apoyada en la frente miraba perdida el color de la mesa. Tomaron asiento. Parecía que ese día a su amiga y ella el día les estaba saliendo redondo.

Saray rápidamente desvió la mirada. Sus ojos brillaron. Siguió su vista. ¡Ooooh, que bonito e ingenuo era el amor adolescente!

Dos segundos en la figura del muchacho que sus ojos se estaban comiendo a distancia y había entendido porque Luca, no lo tragaba ni aunque fuera hijo de un príncipe. Se veía a leguas la arrogancia plasmada en su cara de niño pijo... Su chulería en esos músculos trabajados gracias al dinero de papá... Su confianza excesiva y segura en su forma de hablar con los demás... Su postura de yo soy el mejor que gritaba con cada movimiento que hacía o se apoyaba como si nadie estuviera a su altura.

- Ahora vuelvo.

- Ten cuidado... — Advirtió. - ¿Claudia?

Sin respuesta. Su amiga mantenía la vista fija en la mesa.

- ¿Qué pasa?

Finalmente tuvo que cogerla por la barbilla y hacer que la mirara. Su pecho se afligió al ver sus ojos llenos de lágrimas a punto de desbordarse. La abrazó con fuerza. No sabía que era lo que le pasaba, pero bueno no debía ser cuando su amiga estaba al borde del llanto.

- Tiene un hijo.

- ¿De qué hablas?

- Caleb.

La apartó y miró a los ojos. Secó sus lágrimas.

- ¿Qué?

El suspiro amargo que dejaron salir sus labios, le heló el corazón; sufría. Su amiga estaba sufriendo y no podía hacer nada para sosegar su dolor.

- Caleb me invitó a tomar un helado. Esta vez fue caballeroso a la hora de proponerme una salida. Acepté como tonta diciéndome que quizás no le gustaran

los niños o tal vez fuera un hombre que si le confesaba mi secreto lo entendería...

Se frotó la cara con las manos temblorosas.

- Hacía quince minutos que nos habíamos sentado. Una mujer mayor se acercó e hizo que el niño de apenas tres años caminara hasta Caleb. Fue tan cegadora su sonrisa orgullosa que no supe ver el parecido del niño con él. Entonces me dijo que era su hijo y que estaba deseando que nos conociéramos. Me quedé con una cara de lela...

En un signo nervioso se pellizcó la oreja.

- Solamente se me ocurrió decir... ¿Te gustan los niños? Estaba bloqueada, no podía pensar, ni sabía que estaba diciendo.

La miró como diciendo; ¿Ves por qué los alejo de mi vida? Sintió su angustia y su pesar como si fueran suyos propios. Verdaderamente ese hombre había sabido como dominar a la mujer que se negaba a abrir su corazón a nadie y se había ganado un hueco enorme en él.

- Me dijo que le encantaban y que esperaba tener más para crear una gran familia.

- Claudia el no sabe...

- Ya sí. Me puse tan nerviosa que me puse de pie. No pude mirar sus ojos, pero si le dije bastante alto que yo nunca podría darle una familia. Que lo que él quería yo jamás se lo podría conceder porque no podía tener hijos. Luego salí corriendo. Nunca había sentido tanta vergüenza y dolor a la misma vez.

Saray regresó y con una cara de mala leche se sentó a la mesa. Fue a abrir la boca para decir algo que reconfortara a su amiga, pero con una leve mirada todas sus palabras murieron en su boca.

- ¡Será gilipollas!

- Genial, hoy es el día de los enfados y reproches. — Soltó a broma. - ¿Qué te ha pasado?

Saray acentuó el enfado en sus facciones. Parecía una niña pequeña enfurruñada. Le dieron ganas de reír. Con presteza se mordió el carrillo y evitó que su cabreo creciera.

- Ni me ha mirado. Le he hablado y me ha ignorado.

¿Por qué sería que ya lo había intuido? Posiblemente porque estaba demasiado ocupado fanfarroneando con sus cuatro colegas.

- ¿Te lo puedes creer?

- Has pensado que quizás las palabras de Luca...

- No quiero pensarlo.

- Pues deberías. — Alegó su amiga Claudia. - ¿Dónde vais cuando quedáis?

- Al cine. Siempre quedamos en vernos dentro de la sala.

Le hizo a su amiga un gesto para que no soltara nada de lo que se le estaba pasando por la cabeza, pero o no la vio o se hizo la no enterada...

- ¿Y no te extraña?

- ¿Qué debería extrañarme?

- Claudia...

- Que nunca deje que os vean en público y que cuando está con alguien te ignore como si no te conociera. Eso no es propio de un novio.

¡Ya lo había soltado! Si es que su amiga no podía cerrar la boca más de dos minutos seguidos. Saray abrió los ojos como si de repente todo tuviera sentido. Se puso de pie y cogió su refresco. La vieron caminar con soltura hasta donde el grupo de chicos se encontraba. Dijo algo que ninguna de las dos alcanzó a oír debido a la distancia a la que se encontraban. Segundos después, todo el líquido chorreaba desde la cara hasta la cintura del muchacho que impactado no dejaba de mirarla.

- ¡Hale! ¿Comemos?

- ¿Qué le has dicho?

Sonrió a la vez que se encogió de hombros.

- Que si se cree que me puede tomar por estúpida la lleva clara. Y que se buscara a otra que aguantara su actitud de imbécil, porque a mí no me merecía la pena a hacerlo, ya que no era el único tío de la tierra.

Conforme fueron pasando los minutos, sus actitudes fueron cambiando. Las risas llenaron los segundos y al final, lo que se había presentado como un día nefasto, fue un día de chicas y de risas tontas por cualquier cosa que se les pasara por la cabeza. Comieron, pasearon por el muelle y volvió a experimentar lo que era estar en la noria infernal, esa vez con sus dos amigas. Poco después descendieron y compraron algodones de azúcar y manzanas de caramelos. Decidieron detenerse en un pequeño bar donde servían bocadillos mayormente. No les supuso ningún problema. Estaban disfrutando y estaban tan cansadas de pasear por la ciudad sin descanso, que un bocadillo simple, se les presentó como el mejor manjar.

El Bocatas, estaba bastante abarrotado. Tuvieron que esperar como media hora en la barra tomando algo fresco hasta que una de las mesas quedó libre. Las mesas estaban demasiado juntas y les costó llegar sin ningún contratiempo. Sentadas estrechamente, las risas volvieron a llenar su día de chicas. Cenaron tranquilamente y antes de dar finalizado su día antiestrés, brindaron por muchos días más como aquel; donde tras haber dejado los problemas a un lado, todo se había basado en la desconexión, diversión y risas.

Una vez se despidió de sus amigas, caminó con las manos metidas en los bolsillos. Sin remedio se detuvo a contemplar el lago. Siempre que pasaba, era su costumbre detenerse y recordar aquel día maravilloso que pasó junto a Dmitriy. Probablemente siempre sería su lugar preferido. Se apoyó en la baranda. Respiró el aire hacia adentro con fuerza. El olor del agua lleno su olfato.

- ¿Algún día dejarás de seguirme?

Había oído los pasos acercarse. No era difícil adivinar quien era. Reconocería

esa seguridad y sonido de sus zapatos al impactar contra el suelo en cualquier sitio.

- Te he estado llamando.

La abrazó por la espalda y pegó su cara a la suya.

- No lo has cogido. — Dijo como excusándose.

- ¿Y por eso llamas a las niñeras para que te digan donde encontrarme? — Dijo de forma divertida.

- Leona... Allí donde estés siempre iré a buscarte. Eres mi vida. Me cuesta respirar cuando no estás cerca. Siento que el corazón en cualquier momento se me detendrá si no contemplo tu hermosa sonrisa, tus ojos abundantemente llenos de amor observándome con deseo...

- Estás loco, Dmitriy. — Dijo muerta de risa.

Embobados miraron el reflejo de la luna en el agua. Apenas podían creer que el amor los hubiera golpeado con tanta fuerza. Nada había que pudiera empañar su felicidad, su alegría. Eran los más dichosos porque estaban el uno en los brazos del otro.

- Te amo, Ariel.

Besó su sien y luego aspiró el olor de su cabello.

- No sabes cuanto, Ariel.

- Si se asemeja a lo que yo te quiero a ti, me doy por afortunada.

Bajó las manos abandonando su cintura y tomó las suyas. Entrelazó sus dedos. Con fuerza las sostuvo unidas.

- Gracias por lo de hoy.

- No sé de qué hablas...

- No quieras ser modesto. Te conozco y sé que lo de Saray fue obra tuya.

La miró a los ojos. Sus bocas casi se rozaban. El aire apenas y tenía espacio para colarse entre ellos.

- Te dije que no permitiría que le hicieran daño. Siempre cumplo lo que prometo.

Lentamente acercó sus labios. Pocos milímetros lo distanciaban de su boca. Ansiosa se humedeció los labios con la lengua.

- Gracias. — Susurró.

Dmitriy salvaguardó la escasa distancia que les quedaba y selló sus bocas en un beso cargado de amor. Un beso que todo lo decía. Un beso que no dejaba espacio para los pensamientos. Un beso puro y verdadero capaz de hacer saltar sus corazones con cada movimiento de sus bocas.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

- Leona, espabila. Tengo que irme.

Besó su cabeza.

- Vete, ¡pero déjame dormir!

- Nena, pareces un gatito dormilón.

Le tiró la almohada. Su risa llegó a sus oídos. Se incorporó.

- ¿Qué te hace gracia?

- Tú. Cariño, anoche no te quitaste la pintura y tienes los ojos negros. Pareces un panda.

Se dejó caer hacia atrás. No sabía que Dmitriy aborrecía más, si al que se burlaba de ella o al que enfadado daba un portazo y se marchaba.

- Claudia, está abajo.

¡No por favor! Clamó al cielo en silencio. Quería dormir. La noche anterior habían asistido a una cena de la organización para mujeres marcadas organizada por la madre de Dmitriy y sentía que la cabeza le iba a reventar. Llevaba días sintiendo que la cabeza le daba vueltas y lo único que lograba que se detuviera era pasar el rato durmiendo.

No le había comentado a Dmitriy nada para no preocuparle, pero empezaba a tener miedo. No era normal que en dos semanas, la mitad del tiempo la hubiera pasado en cama.

- Vamos.

- Como sigas llegarás tarde.

Era su último recurso para que la dejara en paz.

- ¡Dmitriy!

- Por eso quiero desayunar con mi mujer. No llegaré hasta la noche y quiero disfrutar del tiempo que tengo con mi hermosa y amorosa esposa.

- ¡Patán!

Subida al hombro la llevó al salón. La depositó en el sofá y considerado cogió una pequeña manta y la tapó.

- ¡Coral, prepara la mesa y que Claudia se nos una!

- ¿Por qué no puedo ir contigo?

Dmitriy la miró con esa mirada que la hacía temblar.

- Te lo explicado cien veces. Si vienes, me distraerás y me harás perder porque mis ojos no podrán apartarse de ti.

Se cruzó de brazos. ¡Menuda idiotez!

- No quiero quedarme aquí. ¿Y si te pasa algo? ¿Y si se te va el coche? ¿Y si...?

Le cerró la boca con un beso.

- No seas pájaro de mal agüero. No me ocurrirá nada. Dime que no he de preocuparme porque vayas.

- ¿Y cómo lo haré? Tus niñeras siempre están encima como lapas.

- ¿Te ríes de mí? ¿Cuántas veces eso ha sido un impedimento para ti?

Lo dijo de una forma tan incrédula que se echó a reír. Dmitriy tomó su cara y le cortó la risa con una sola mirada.

- Ninguna y lo seguiré haciendo si lo creo necesario.

La besó.

- Vamos a desayunar porque si no, voy a tener que buscar otra idea para hacerte entrar en razón.

- ¡Qué asco! ¿Ya estáis pegados otra vez? ¿No descansáis nunca?

Se rió y Dmitriy la fulminó con la mirada. Claudia ni le hizo caso. Metió la mano en el bolsillo. Poco después oyó como si hubieran abierto una lata de cocaola. Se sentó como si nada y luego le señaló con el dedo.

- O bajas tus ansias o el día que la dejes seca y agotada te daré una paliza. —
Luego se dirigió a ella. - ¡Toma ya! Esta para el Facebook.

Les mostró el teléfono. La cara de Dmitriy cambió y estalló en risas. Ni siquiera él podía con las absurdas ideas locas de su amiga. Coral apareció con la bandeja y la dejó en la mesa. Con cortesía, Dmitriy les sirvió.

- Bueno... ¿Y qué vamos a hacer hoy?

- Tú irte a tu empresa y yo dormir. Y como subas eso, te acordaras de lo vengativa que soy.

Dmitriy le dio una cachetada en el muslo...

- ¡Au! ¿Por qué has hecho eso?

- Se acabó el quedarte en la cama tirada gatito dormilón.

Claudia se rió. Le tiró un cojín. Su risa ascendió. Se le hizo atronadora y espantosa.

- Como no te calles, si que vamos a ir a un lugar.

- ¿Así? ¿Cuál?

- ¡A urgencias, para que te cierren la boca con puntos!

La risa de Dmitriy llenó el aire. Carcajadas que se le antojaron a la más bella y dulce canción. Lo cogió del cuello y le plantó un beso.

- ¡Así no! No se puede. ¡Sois empalagosos!

Se cubrió los ojos con las manos. Río en los labios de su hombre de hielo. El no había visto las fingidas arcadas de su amiga.

Desayunaron tranquilos mientras la televisión repetía las noticias del día anterior. Suspiró tras darle un trago largo a su café. ¡Qué calentito! ¡Y qué bien sentaba! Cerró los ojos y dio otro trago. Era maravilloso sentir esa inmensa paz. Todo iba de fábula. Sus crisis habían disminuido y por fin empezaba a sentirse libre de unos actos descabellados que la embaucaban para que se hiciera daño.

- Pórtate bien. — Dijo después de dejar un beso en su frente.

Arrugó el ceño.

- Siempre soy buena.

Dmitriy ladeó la cabeza.

- Claro, leona, como los ángeles.

Otro cojín voló, esa vez directo a la cabeza de Dmitriy. Le dio la espalda. Caminó hacia la puerta. Su risa la llamaba y su elegante traje negro la mantenía automáticamente con la mirada puesta en el lindo trasero que le hacía el pantalón.

- ¿Qué tal con Caleb? — Interrogó una vez se hubieron quedado solas.

- Ni bien, ni mal.

- ¿No habéis a hablado?

Su amiga desvió la vista a su vaso. En sus facciones se veía lo mal que lo estaba pasando.

- Él lo ha intentado, pero yo no se lo he permitido.

- ¿Por qué?

Estaba muy confundida. Si ese hombre después de lo que su amiga le había dicho seguía insistiendo, no podía ser por otra razón que verdaderamente estaba enamorado de su amiga.

¡Y luego era ella la tozuda!

- ¿Para qué? No hay nada que hablar. Lo mejor es que el haga su vida al margen de la mía.

Abrió los ojos al máximo. Alucinando. Así estaba escuchando las estupideces de su amiga. Las ganas de darle con la cuchara en la cabeza para que empezara a pensar como una persona normal, se hicieron potentes.

- ¡¿Lo mejor?! ¡Claudia! Ese hombre sigue queriendo que habléis y tú te cierras en banda. Qué sabrás tú como piensa... Tal vez, deberías escuchar y luego tomar una decisión.

Negó con la cabeza. Se puso a buscar en el bolso...

- Toma. Lo que me pediste ayer por teléfono. — Cambió bruscamente de tema.

Suspiró agotada. No había nada que hacer. Dudosa estiró la mano y cogió la caja que le estaba entregando. Con miedo la miró.

- ¿A qué esperas?

- A asimilarlo.

- Yo pensé que ya lo tenías más que asumido.

La miró con una mirada que era capaz de cortar hasta el aire.

- Una nunca está preparada para esto.

- Pero es lo que querías, ¿no?

- Sí... Pero... Y si de nuevo vuelve a pasar... Y si otra vez meto la pata...

- Deja las conjeturas, mueve el culo y salgamos de dudas.

La cogió del brazo y a empujones la llevó hasta el cuarto de baño.

- Aquí te espero.

Cerró la puerta y la dejó sola. Cogió aire para llenarse de valor. Abrió la caja e hizo todo lo que ponía siguiendo paso por paso. Una vez finalizó, esperó. Los nervios la tenían atrapada. Su estómago se rebotó con cada segundo que pasó. Volvió a mirar el reloj. Ya había pasado el tiempo estipulado. ¿Y entonces por qué no lo miraba? ¿Por qué seguía demorando su incertidumbre?

Lo cogió y abrió la puerta. Se lo tendió a su amiga.

- ¿Qué hago?

- Míralo.

Debía a hacerlo ella. No quería llevarse una decepción por haberse precipitado.

- Ya lo he hecho. ¿Qué significa el rosa? Esto está hecho para chinos. No hay quien lo entienda.

Se acercó y la agarró de los hombros. Su amiga se quedó muy quieta. Con una sonrisa enorme dijo llena de alegría:

- Rosa, quiere decir que sí.

- ¡Vas a tener un niño!

La abrazó con todo el cariño del mundo. Sus ojos se llenaron de lágrimas cargadas de emoción. Lo había logrado. Iba a hacer a su hombre el más feliz del mundo. No volvería a cometer el mismo error. Esa vez lo haría bien y el sería el primero en saberlo. Aunque lo más probable es que cayera fulminado al suelo. Ni siquiera se lo esperaba. Había dejado de tomar la píldora a escondidas de él. Por una vez quería ser ella quien le sorprendiera y le hiciera feliz.

- Me alegro mucho por ti.

Emocionada volvió a abrazarla. Las emociones eran tan fuertes que no podía esperar a ver la cara de Dmitriy.

Pasaron el resto de la mañana juntas. Su empeño era averiguar como deshacerse de sus vigilantes. Ya eran casi las cinco y seguían sin encontrar solución; seguían muy pegados a ella.

- No sé como vamos a quitárnoslos de encima. Nunca apartan la mirada de donde te encuentras.

- Yo tengo una idea, pero Dmitriy se enfadara... Mucho.

Su amiga sonrió con maldad.

- ¿Y cuándo te ha importado?

Eso era lo que necesitaba. Una luz verde a sus planes descerebrados y un buen apoyo para llevarlo a cabo.

Se pusieron de pie y caminaron con naturalidad hasta llegar a su casa. Directas se fueron al garaje.

- ¿Has entendido lo que hay que hacer?

- No soy tonta, Ariel, pero empiezo a ver esta acción como un poco peligrosa y no creo que estés en condiciones de hacer semejantes idioteces. ¿Por qué no esperar a que vuelva?

- Claudia ya te lo he dicho. Necesito que esta vez él sea el primero en saberlo. Me equivoqué la vez anterior y no quiero cometer el mismo tropiezo.

Su amiga bajó la cabeza.

- Vale, tú sabes lo que estás a haciendo.

Cuando llegaron a la verja, Paolo y Travis fueron los primeros en acercarse.

- ¿Qué hacéis?

- ¿Estás ciego? — Inquirió. - Le devuelvo la moto a su dueña. No la estoy utilizando y es lógico que se la lleve siendo suya.

Paolo asintió mientras acariciaba la moto.

- Lo siento, señora, pero ya sabe que el señor teme que esté subida a esa bestia.

"Ya", dijo para ella. En cambio él si podía seguir conduciendo como un cabeza loca y asistir a una carrera como mínimo una vez al mes.

- Hora de irse.

Arrancó la moto. Paolo y Travis se echaron atrás. Ya estaba preparada. Únicamente dependía de unos minutos. Subió a la moto con una rapidez absoluta y con seguridad y sin mirar ni una vez a los hombres de Dmitriy, aceleró. El aire acarició su rostro. La libertad sacudió su pecho. El entusiasmo se reflejó

en su cara... La alegría que sentía era inmensa. Nadie podía culparla por lo que había hecho. Imagino sus ojos... La sonrisa de sus labios... Como sería ver su sorpresa... Que sentiría cuando se lo dijera... Y nada se acercó ni una pizca a la realidad.

- ¡Mierda! ¡Mierda!

Se detuvo a un lado. ¿Por qué su suerte era tan pésima?

- Otra vez tú.

- Iba normalita.

Sonrió como buena niña que está comiendo una piruleta.

- Normalita, ¿eh? Es la segunda vez que la pillo bajando a una velocidad alucinante como si estuviera en un circuito y sin casco. Haga el favor y baje de la moto.

Refunfuñando hizo lo que el agente le dijo. Entrelazó las manos. Si conseguía que no se llevara la moto, sería un milagro digno para ir un día a visitar la Iglesia.

- No puede dejarme sin moto. Por favor, sea benevolente por esta vez.

- ¿Y la anterior que fui, señora?

- ¿Buena persona?

Soltó sin poder contenerse. El agente negó con la cabeza y habló por la especie de walky que llevaba. Poco después, apareció una grúa que se encargó de llevarse su preciosa moto.

- Acompáñeme.

- ¡Me va a detener!

- Señora, la velocidad a la que iba se le llama conducción temeraria. Suba.

Con la cara descompuesta se sentó en el asiento. ¡Maldita fuera el agente y todos sus antepasados! Por su culpa Dmitriy la colgaría.

- ¿Por qué está este asiento tan duro?

¡Era incómodo! No merecía ese trato y aún menos ser tratada como una criminal.

- Lo siento señora si no es de su agrado, pero no todo lo que sube ahí son mujeres y como verá tenemos que mantenerlo limpio. De otra manera los coches serían antihigiénicos.

- ¡Qué asco!

Se apresuró a cruzar los brazos y que sus manos no volvieran a tocar ninguna parte de aquel interior.

Cuando llegaron estaba a punto de sufrir un ataque de ansiedad. Síntoma que se acrecentó segundos más tarde al verse frente a una puerta de metal llena de barrotes.

- ¡Ni muerta entro ahí!

- Usted verá. Entrar va a entrar, es hora de que aprenda a conducir con prudencia. Quizás, así lo recuerde la próxima vez.

- ¡Ah! Así que lo hace por diversión.

- Véalo como le dé la gana.

La empujó de la espalda hasta que la dejó en medio de la pequeña celda. Se mordió las uñas.

¡Ese lugar si era antihigiénico!

Todas las paredes estaban sucias, además de pintorreadas con nombres y palabras malsonantes. Se sentó en el banco de baldosas y esperó. No había otra cosa que hacer. Ese idiota, le había quitado el bolso.

El tiempo que pasó no lo supo. Lo que si le quedó perfectamente claro, fue que estar allí era aburridísimo. Por no decir insólito que ella se viera allí encerrada. Apoyó los codos en sus piernas. Se le estaba haciendo eterno el tiempo. Seguro y

ese agente ni siquiera había dado aviso de que estaba allí metida.

- Ariel.

Alzó la cabeza. Unos ojos grises muy cabreados la observaban. Suspiró.

- No he tenido la culpa.

- No. Claro. Tú nunca eres culpable de tus actos. No quiero oír ni una palabra.

El agente abrió la puerta. Dmitriy le hizo un gesto para que se moviera. Le siguió. Parecía que habían hecho pacto de silencio. Ninguno dijo nada, ni aún cuando habían subido al coche. Expectante aguardó. Su ira no tardaría en hacerse visible.

- ¡No puedo creerlo! ¿Dónde demonios ibas?

- A buscarte... — Musitó.

Dmitriy pegó un manotazo al volante.

- Te dije que no lo hicieras. ¿Por qué no escuchas?

Bajó la cabeza. Era eso o darle un puñetazo al gilipollas.

- Era importante...

- ¿No me digas? A ver, venga, que es eso tan importante que no tenía espera.

Se mordió el labio.

- Ahora no creo que sea el mejor momento...

Dmitriy arrancó y se incorporó a la carretera. De vez en cuando sus ojos le daban un leve vistazo.

- Si era importante, no deberías dudar tanto. Pero como siempre, es una excusa para no hacerte responsable de tus actos suicidas. Te pedí que no volvieras a subir a ese cacharro. Y no solamente lo ignoras que si no te pones a conducir de

una manera loca e imprudente. Y encima te detienen...

- Dmitriy...

- De maravilla Ariel. ¿Cuándo vas a empezar a comportarte como una mujer y no como una mocosa irresponsable?

El coche se paro frente a la puerta. Enfadada por sus recriminaciones, abrió la puerta del auto y la cerró de un golpe. Camino hacia la verja. Las traspasó con pasos fuertes que resonaban contra el suelo.

- ¡Para!

Dmitriy la agarró del brazo. Mantuvieron un forcejeo de varios minutos. No quería seguir con aquello. Lo que tenía que decir era motivo de alegría, no de disputa. Por ese mismo pensamiento mantuvo los labios bien pegados.

- Suéltame, Dmitriy.

- Cuando crezcas y pueda confiar en ti.

- ¿Estás así por esa absurda carrera?

Si Dmitriy hubiera sido un taladro ya hubiera tenido un buen agujero en la frente.

- Te dije que no fueras.

- ¡¿Por qué?! ¿Qué escondes?

Le clavó las uñas. Dmitriy gritó. Corrió hacia la casa. Las manos de Dmitriy la retuvieron de la cintura. La alzó en peso. Se removió. De pronto sintió miedo. Sus manos presionaban su estómago...

- ¡Estoy embarazada! — Gritó aterrorizada.

Giró un poco la cabeza. Dmitriy se había quedado como en shock. Despacio la depositó en sus pies. Sacudió su vestimenta. Revisó al detalle que se encontrara bien y alzó al fin la mirada.

- Leona... — Ni las palabras le salieron.

Sonrió divertida. Era la primera vez que conseguía cerrarle la boca.

- ¿Quieres que lo repita?

Asintió sin dejar de mirarla.

- Vas a ser papá, Novikov. Estoy embarazada.

Inesperadamente sus labios se pegaron a los suyos. Exigentes se movieron sin freno sobre los de ella. Cada movimiento se hizo más desesperado... Más necesitado... Más asfixiante...

- Te amo, leona. ¿Estás bien? ¿Te he hecho daño?

- No seas tonto.

Río en su boca. La cargó en brazos y la llevó dentro. Después la dejó cuidadosamente en el sofá. La arropó y puso la mano en su vientre. Lo acarició. Pudo deducir que la ropa se le hizo un estorbo cuando sintió como con delicadeza buscaba el comienzo de su jersey para poder colar la mano y así tocar su piel.

- ¡Coral! ¡Coral!

- ¿Señor?

La pobre mujer entró corriendo con una cara de susto exagerada.

- Trae leche fresca y pastel... ¿De chocolate? Leona, ¿está bien chocolate?

Asintió muerta de risa.

- Chocolate. — Confirmó.

Coral extrañada se apresuró a cumplir la orden.

- ¿Te apetece ver la televisión? ¿Una película? ¿Escuchar música?

- Para Dmitriy, que no estoy moribunda...

Volvió a sentir sus labios húmedos besarla con ansias.

- Te amo, leona.

Besó su nariz.

- Te amo.

Besó su mejilla.

- Te amo, te amo.

Besó su barbilla y luego su boca. Irremediablemente la sonrisa se formó de manera imborrable.

- Aquí está todo, señor.

Dmitriy se adelantó a sus movimientos. Partió un poco de pastel y cogió una cucharada.

- Abre.

- Dmitriy...

- Voy a alimentaros por mucho que discutas. Terminaremos antes si directamente haces lo que pido.

Se encogió de hombros y le dejó hacer. ¡Qué rico! Eso iba por los dos. Por el pastel porque estaba de rechupete y por Dmitriy porque se veía demasiado hermoso comportándose de esa manera tan mimosa.

Le paso el vaso de leche...

- Sería mejor que la tomaras caliente. — Insinuó.

- No. Lo siento.

Extrajo el teléfono. Frunció el ceño y contempló lo que iba a hacer. Se acercó. Sus ojos se desencajaron. ¡Estaba loco!

- ¡Dmitriy! Que los voy a tener a todos aquí en menos...

El timbre sonó. ¡Puto Facebook! Coral se acercó a la puerta. El timbre seguía sonando.

¡No podía creerlo! Aquello era para tirarse por la ventana.

- ¡Hola! Estábamos cerca cuando hemos visto el estado.

- ¡Bravo, Dmitriy!

Le dio un puñetazo en el pecho por haberse a atrevido a poner en redes sociales que "su hijo venía en camino y que en los próximos ocho meses sería padre".
¡Hasta los meses los había decidido él!

- ¡Qué alegría nos ha dado!

- Penélope, boca cerrada.

- No seas así, leona. — Imitó Mijaíl la voz de Dmitriy.

- ¡Tengo nombre de escritor que a un me levanto y te borro esa guasa!

Se sentaron. No llevaban idea de irse pronto por lo que veía. Se tapó la cara con las dos manos. "Y a lo largo de la tarde la casa se infectara de Novikovs", se lamentó.

- ¡Qué sorpresa más maravillosa! Cuando lo he visto, no lo creía... — Seguía Penélope con la conversación.

¡Cómo no se callara iba a ahogarla con el pastel! No le gustaba nada ser el centro de la conversación.

- ¿Y cómo te sientes?

- Supongo que igual que tú. ¿O has olvidado que tú también estás embarazada?

- Ja, ja, ja. No. Por supuesto que no. Pero no todos los embarazos son iguales, ni todos los síntomas iguales, ni todos los partos iguales.

Que siguiera diciendo iguales... Que la estaba crispando.

- Cansada. Eso es todo lo que siento. Quiero dormir como si fuera un oso hibernando.

Penélope se llevó un cacho de tarta a la boca. Aprovechó que no podía a hablar para escuchar de lo que conversaban Dmitriy y Mijaíl.

- ¡Vaya, hermano! Me alegro mucho por vosotros.

- Estoy como loco. Cuando me lo ha dicho todo mi mundo se ha movido como si la tierra estuviera sufriendo un gran terremoto. He sentido tantas cosas en tan pocos segundos... Me parece que no he llorado por vergüenza, si no lo habría hecho.

¡Qué lindo! Quería comérselo a besos sin parar.

- Sí, a mí me pasó igual.

El timbre sonó y todo su cuerpo presintió quien era. Dmitriy acarició su muslo con cariño. No estaba segura si es que había sentido sus nervios o simplemente lo hacía porque le gustaba pasar la mano por su pierna provocándole cosquillas.

- ¡¿Dónde está?!

Escondió la cabeza detrás del hombro de Dmitriy.

- ¡Ariel, enhorabuena! ¡Qué gran noticia!

Keith se acercó, se puso a su altura y la abrazó con amor. Pudo sentir como su corazón se contrajo... Como su estómago se retorció en nervios... Como su sonrisa en un abrir y cerrar de ojos, desaparecía...

Dmitriy apretó su pierna y eso fue lo que la trajo de vuelta a la realidad. Le miró. Sonreía. Ni un solo remordimiento asomaba en sus facciones. ¿Por qué ella no podía a hacer igual? ¿A hacer como que nunca había pasado? Estaba muy claro;

ella era la que había empuñando el arma, quien había apretado el gatillo y quien había acabado con la vida del hijo de Keith.

- Hijo mío, me alegro mucho. Un niño, otro Novikov y con suerte un niño que siga con nuestra costumbre...

Disimuladamente levantó la cabeza. Los ojos de Dmitriy se encontraron con los suyos. Negó con un movimiento de cabeza y en silencio le gritó: "¡Y un cuerno, quítale esa estúpida idea de la cabeza!".

- ¡¿Qué coño es esto?!

Todos miraron hacia Mijaíl. Con una mirada ceñuda no dejaba de mirar a sus pies. Fue la primera en percatarse de a que se refería con esa cara de asco y la primera en echarse a reír.

- ¡Por favor! No me digas Mijaíl que te da pavor un pequeño cachorro. — Soltó muerta de risa.

- Es feo. — Rechistó.

- No digas tonterías, cariño. Mira que cosa más linda.

Penélope lo cogió en brazos y se sentó con el cachorro en brazos.

- ¡Suéltalo! Debe estar lleno de microbios y pulgas...

- ¡Miraaaa, escritor, si te metes con manchas te metes conmigo! Yo diría que tienes envidia de que esté más limpio que tú...

- ¿Esa bola limpia?

No dudo. Ya la había desquiciado. Cogió lo primero que encontró en la mesa y lo hizo volar directo a su pecho.

- ¡Bestia! ¡Quema! ¡Joder, como quema!

- Tú te lo has buscado. — Alegó Penélope en su defensa.

- Eso, amor, ponte de su parte. Como a ti no te ha dolido...

Todos en la sala se echaron a reír. No era para menos. Mijaíl llevaba toda la camisa llena del té que Coral había dejado en la mesa cinco minutos antes.

CAPÍTULO VEINTISIETE

- ¿Estás cansada?

Sintió sus labios acariciar su sien. Asintió con los ojos medio cerrados.

- Aguantar a tu familia es agotador.

- Son los que me tocaron... — Dijo divertido.

- Dmitriy, no esperas que si tenemos un niño le pongamos un nombre con d, ¿verdad?

Acarició su rostro. Luego colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

- Es una tradición, pero lo que hagamos estará bien. Todavía tenemos tiempo.

Besó su frente. Se acercó a su pecho y reposó la cabeza en él. Cerró los ojos. Sus caricias eran relajantes.

- No quería que vinieras hoy porque no había carrera. Tenía una reunión con el de la Rosa.

Abrió los ojos. Puso los brazos en su pecho y apoyó la barbilla de manera que sus ojos quedaron unidos.

- ¿Qué te traes con él?

Jugó con un mechón de su cabello. Lo enredó y desenredó. Con una actitud pacífica, esperó.

- Entre él y Ethan las cosas están muy tirantes. Tememos que se desate una guerra entre ellos. La organización me ha pedido que me acerque a él todo lo que pueda y tenga los ojos abiertos.

Perfiló sus labios con parsimonia.

- Además, me viene de perlas para saber si ha descubierto que no estás muerta.

Buscó más contacto en su mano. Cerró los ojos guiada por esa sensación extraña que le provocaba con cada caricia.

- Él iría a por ti si lo descubre y entonces sí se desataría el infierno. Nunca dejaré que te ponga una mano encima. Aunque eso me lleve a romper mi palabra.

Lo dijo de una manera tan contundente que sintió miedo. Supuso que eso no derivaría en nada bueno. Inclusive, traería más problemas y tragedias.

- Quieres matarle. — Afirmó.

Su mano se quedó suspendida en el aire. Dmitriy observó el techo y luego volvió a su labor; acariciar su rostro.

- Sí, pero no puedo.

- ¿Por qué?

Dmitriy la miró... Miró... Miró...

- Digamos que desde que tu padre decidió concederme el puesto de jefe de Chicago, mantenemos una gran rivalidad. A causa del odio mutuo que sentimos, el viejo de la asamblea nos hizo dar nuestra palabra de no matarnos a no ser que uno de nosotros cometiera una acción de traición.

Pensativa procesó sus palabras. Odiaba todo aquello. Siempre era lo mismo. ¿Cuándo dejarían de existir los problemas? ¿Cuándo podrían vivir como una pareja normal?

Una caricia alejó la neblina de su mente.

- No puedo dejar que sepa que estás viva. Para yo poder actuar, necesitaría que él te hiciera daño primero para tener la prueba exculpatoria que demuestre mis motivos para haber roto mi palabra. Y no pienso correr ese riesgo. Ahora duermes.

Apoyó de nuevo la cabeza en su pecho. Cerró los ojos. El día había sido largo. Imaginó el día que le esperaba al día siguiente. Se le antojó agotador. Era más que lógico, teniendo en cuenta que la familia de Dmitriy se había negado a irse. Así eran ellos. Eran su familia también y así los tenía que querer y aguantar.

- Manchas otra vez no. — Regañó con los ojos pegados.

Oyó la risa jovial y ronca de Dmitriy. ¡Qué hermoso despertar!

- Dmitriy sácalo.

Un lametazo le llenó la cara de babas. Se limpió mientras Dmitriy seguía riendo.

- Leona, creo que tiene algo para ti y no se irá hasta que lo veas.

A regañadientes se incorporó. Primero le dio a Dmitriy su mirada más malhumorada y después miró al perro. Abrió los ojos sorprendida. Estiró la mano y cogió la cajita que estaba atada a su alrededor. Luego hizo lo mismo con la nota.

- ¿España?

Atónita y eufórica observó desquiciada los billetes de avión. Se puso de pie llevada por la emoción y empezó a dar vueltas por la habitación.

¡Estaba histérica!

- ¿Para mañana?

¡No era cierto! Debía de estar tomándole el pelo.

- Será nuestra luna de miel.

Apretó los puños y entonces recordó la nota. Enseguida leyó:
Vale por una cena romántica que su maravilloso y guapo marido preparará para usted esta noche.

- ¡Tú te tiras hasta la maceta!

Muerta de risa se abalanzó a sus brazos.

- Cuidado, leona, que llevas sobrecarga.

- ¡Idiota!

Le pegó un manotazo y luego le besó como había querido desde que oyó su estridente risa llenar sus tímpanos.

Veinte minutos después, en pijama, decidieron salir y ver lo que les esperaba.

- Voy para allí. Las mujeres no me dejarán ni acercarme a la cocina.

Rió dichosa. Puso los labios en morritos y recibió su beso tierno.

- ¡Buenos días!

- ¡Hola!

"No grites Penélope", estuvo a punto de soltar de manera maleducada.

- Ven, estamos a haciendo creeps.

- ¡Yupi!

Keith hizo una mueca rara. Se tragó una risa que por poco le rasga la garganta.

- No te gustan.

Era una afirmación. Pues no. No le gustaban. Prefería una tostada.

- No mucho. — Dijo sincera.

- Ahora entiendo porque Coral ha dejado preparado tostadas con tomate.

Sonrió. Esa mujer era un tesoro. Nunca había necesitado servicio, pero en ese mismo momento creyó no poder vivir más sin Coral.

Cuando hubieron terminado el desayuno, se reunieron con los hombres en el comedor. Tomaron asiento y conversaron otra vez de niños y de todas las cosas

que se tenían que comprar. Poco después, la conversación varió y mientras ellas disfrutaban del desayuno, los hombres platicaban de números y de como iban los negocios.

- Bueno, ahora pensaréis en casaros, ¿no?

Se atragantó con el último cacho de tostada y empezó a toser...
¿Cómo le decía a su suegra que ya estaban casados?

- Veréis, es que ya estamos casados.

- ¡Dmitriy!

- ¿Qué? ¿Desde cuándo?

¡Sería burro! ¿Cómo osaba soltarlo así de sopetón? Normal que Keith estuviera escandalizada y con la cara descompuesta.

- Surgió así.

Le asestó un puñetazo en el hombro.

- Leona, voy a desmontar ese cuarto de entrenamiento. Tus golpes empiezan a doler.

- ¿Y para qué crees que te doy? ¿Para hacerte cosquillas?

Un teléfono sonó. Dmitriy se apresuró a extraer el celular y llevarlo a su oreja. Su cara alegre se convirtió en preocupación. Sus ojos se habían entrecerrado, su sonrisa convertido en una línea recta y su frente mostraba esas arrugas acentuadas cuando algo lo pillaba desprevenido.

- Tristán está fuera. Entretenlos y por nada del mundo salgas. ¿Me has oído? —
Le susurró una vez finalizó la llamada.

Arrugó el ceño.

- ¿Y qué quieres que los ponga a jugar al parchís?

Dmitriy besó su oreja y espetó:

- Por mí como si jugáis al escondite.

Acarició su tripa disimuladamente. Le estaba recordando sutilmente lo que estaba en juego.

- No quiero a nadie fuera.

Resopló y asintió.

- Tengo que hacer una cosa. Enseguida vuelvo.

Aproximadamente transcurrió algo más de media hora hasta que Dmitriy regresó. Y no fue para quedarse. Simplemente acudió a ella, le dio un beso y le dijo que en las próximas horas volvería. Que le dijera que no se preocupara, fue lo que consiguió que se pusiera en alerta y pensar que algo no estaba bien.

Durante todo el día tuvo la mente ocupada. La inquietud se negaba a abandonar su cuerpo. La familia de Dmitriy se había quedado con ella. Habían comido juntos y habían visto una película que Mijaíl había ido a alquilar. A pesar de haber tratado de mantenerse entretenida, no había logrado dejar de pensar en Dmitriy.

Se acarició la barriga. ¿Dónde estaba? Miró de nuevo el reloj. Eran cerca de las ocho. Se asomó a la ventana. El presentimiento de que algo no iba bien la atenazaba.

- ¡Travis! — Llamó desde la puerta.

- ¿Sí?

- ¿Has hablado con Dmitriy?

- No señora.

- Averigua porque ha estado el jefe de la Rosa aquí hoy.

Travis le dio la espalda. A unos metros se detuvo y se giró.

- Señora...

- Que. — Inquirió mostrando en sus ojos temor.

- La Rosa no ha estado aquí. Con quien estuvo hablando Dmitriy fue con su padre.

Todo le giró como si fuera un tío vivo. Se apoyó a la columna que había cerca de la puerta.

- ¿Mi padre está aquí?

Su cabeza comenzó a girar.

- ¿Dónde está Paolo?

- Se fue con el señor y Richard también.

Se sentó en los escalones. ¿Dónde estaba? ¿Por qué sentía su corazón protestar?

Esperó lo que le pareció una eternidad. Travis se había negado a dejarla sola y Coral acababa de llevarle un vaso de leche. Sus manos temblaban. Con cada minuto, la incertidumbre se hacía más pesada, más insoportable...

- ¡Ahí vienen!

Dejó el vaso sin mirar provocando que este volcara y el líquido rodara. Salió corriendo hasta estar casi encima de ellos.

- ¿Dónde está? — Dijo por fin en voz alta.

Esa pregunta llevaba produciéndole dolor de cabeza todo el santo día. Paolo se detuvo con una cara devastada. Richard por su parte siguió su camino hasta dejarse caer en los escalones. Por su cabeza pasaba la mano una y otra... Y otra vez, como un movimiento mecánico.

- La asamblea se reunirá mañana por la tarde.

El temor creció. Otra sacudida tomó el control de su cuerpo. Se agarró con fuerza al brazo de Paolo.

- ¡Por qué!

Sabía la respuesta. Lo sabía. Siempre lo supo.

- Ariel... — Murmuró apenas en un hilo de voz.

- ¡Por qué! — Gritó.

Se frotó la cara cansado. Sus ojos se negaban a mirarla. Sus palabras siguientes bien las sabía, pero no que despertarían a la mujer enamorada, la leona que fue criada por una organización de salvajes y a la que llevaba en la sangre la ira más destructiva que existiera.

- Le acusan de traición a la organización por haber ayudado a tu madre a huir.

- ¡Aaaaah! — Chilló poseída dando patadas al suelo. - ¡Le odio! ¡Le odio!

La rabia fue tan grande que la sobrecargó en cólera. La vista se le volvió negra y perdió el conocimiento. Su cuerpo cayó...

Abrió los ojos. Observó a su alrededor. No había sido una pesadilla. Los ojos se le llenaron de lágrimas. A manotazos las hizo desaparecer. Se levantó y vistió en un tiempo récord. Atravesó el pasillo casi al trote. Ignoró la mirada de Coral al pasar por su lado. Llegó al despacho y buscó con decisión...

- ¡Travis! ¡Richard! ¡Paolo! — Gritó sin cesar hasta que los vio aparecer por el camino que llevaba a la casa de madera.

- Señora, tranquilícese.

Compungida observó a Coral que no dejaba de intentar calmarla. Acarició su rostro con mimo. Sonrió. Tristemente, pero sonrió.

- Vete dentro, Coral.

- No. No puedo dejarla aquí. Hará una estupidez y no lo puedo permitir.

La abrazó. Esa mujer no sabía lo que significaba para ella que se preocupara por ella de esa manera. Besó su frente. El aire de su nariz movió su cabello. Se apartó y caminó con determinación.

- Señora...

- Nos vamos, ¡ahora!

Los pasó de largo directa a la salida. Nadie la detendría. Dmitriy era su marido y nadie se lo quitaría, aunque para lograrlo tuviera que convertirse en lo que siempre había odiado; una perra sin alma, dispuesta a acabar con aquello que le supusiera un estorbo.

- ¿Vais armados?

Los tres se miraron con incredulidad a las puertas del coche.

- ¿Sois sordos?

- Sí, Ariel. Nunca vamos desarmados. — Contestó Paolo.

- Organiza un buen número de hombres. Que rodeen la casa donde se hospeda mi padre y otro grupo que se encargue de preparar un avión privado directo a España.

Paolo pegó un portazo cuando se estaba introduciendo en el coche. La cogió del brazo y la hizo salir. Estaba cabreado. Todo su cuerpo lo manifestaba.

- A ver si me he enterado. ¿Quieres meterte en la casa de tu padre?

Asintió.

- ¿La misma que está llena de hombres y vigilada las veinticuatro horas del día?

Volvió a asentir.

- ¿Entrar como Al capone y registrar la vivienda hasta dar con Dmitriy?

Enérgicamente afirmó con la cabeza.

- ¿Estás loca? ¿Y luego qué?

Le dio una mirada digna de un gran reto. No la iba a intimidar. Tenía las ideas claras.

- Que extraño que tú siendo su mejor hombre no llegues a sumar dos más dos...
— Soltó irónica.

- ¿Qué yo no...?

Se llevó la mano a la cabeza. Una señal de que la paciencia se le había agotado. Travis actuó con rapidez y poniendo las manos en su pecho lo mantuvo a varios metros de distancia.

- ¡No es un juego, joder! ¡Claro que te he entendido desde un primer momento, pero estás loca! ¡No puedes ir, meterte allí y salir victoriosa! ¡Piensa, mierda! Con una llamada que tu padre haga nuestros hombres estarán perdidos.

Lo consideró. Un leve segundo y nada más. Tenía la idea metida en la cabeza y la llevaría hasta el final. Algo sí había aprendido de su padre; a demostrarle al enemigo que no era débil.

- Sube al coche Paolo y haz lo que he pedido. ¡Es una orden!

Paolo bajó las manos y caminó sin mirarla hasta internarse en el coche. Mientras cerraba la puerta pudo oír alto y claro un "eres una puta suicida".

El coche arrancó. Richard dio las ordenes que Paolo se había negado a dar. Por la ventana observó como varios coches les seguían. Cerró los ojos. Saldría con Dmitriy sí o sí.

El coche se detuvo en una casa bastante corriente. Se le asemejó así porque su padre estaba acostumbrado a obtener lo mejor. Nunca se conformaba con menos. Bajó del coche. Cogió aire con fuerza y empezó a actuar como siempre se había esperado de la hija del mando mayor.

- No os mováis de aquí. Me oiréis cuando sea el momento de que vosotros intervengáis.

- Ni en broma. —Protestó Paolo.

- Ariel, Paolo lleva razón. ¿Quieres que te maten?

Si las miradas fueran cuchillos, Richard habría caído a sus pies con uno de ellos clavado en el centro del pecho.

- Es mi padre. ¿De verdad creéis qué será capaz de dispararme?

Richard puso los ojos en blanco.

- No lo sabemos, Ariel. Eso es lo que nos inquieta. Teniendo en cuenta que estás desafiando a tu padre y a la organización... Es comprensible pensar que puede acontecer lo peor.

Giró sin darle respuesta. Había dado una orden y la debían cumplir por mucho que no quisieran. Era la esposa de Dmitriy y eso le daba el poder si él estaba ausente.

Se paró frente a la puerta y miró a los dos hombres apostados en ella.

- Avisad a Ethan de que estoy aquí.

Minutos después, tras una breve conversación la dejaron pasar. No conocía aquel lugar. Por eso se quedó en la puerta y esperó que le abrieran y la guiaran.

- Hola, nana.

- Niña. — Dijo apesadumbrada.

Entró y aguardó que la guiara hasta el despacho. No había sido una sorpresa encontrarla. A su padre le gustaba llevar a todos los que en su casa vivieran en los viajes de larga estancia. Ella misma había estado en uno de ellos. No recordaba donde. Era muy pequeña y únicamente tenía destellos de haber estado corriendo por la arena.

- Niña... Desista...

- Nana, si lo hiciera me culparía toda la vida.

Sin insistir por segunda vez, tocó a la puerta con la mano temblorosa. La voz de su padre no se hizo esperar para concederles el paso. Apartó a su nana y tras depositar un beso en su frente, abrió con seguridad y se plantó en medio de la sala. Su mirada lo dijo todo. Ni una palabra necesitó pronunciar para hacerle saber a su padre el desprecio que le tenía... El odio que le procesaba...

- ¿A qué has venido, Ariel?

- Lo sabes.

- Entonces puedes volver por donde has venido porque no puedo hacer nada.

Apoyó las manos en la mesa e incorporó su cuerpo hacia él dándole una mirada despreciativa.

- ¡No me digas mierdas! Eres el mando mayor. Entrégamelo. — Exigió.

Su padre se recostó sobre el respaldo de la silla y la miró de arriba abajo sin disimulo.

- ¡Vaya! Al fin se muestra la cara amarga de la hija que crié. Una pena que sea contra la mano que te dio de comer.

Sonrió y esa acción la llevó al borde de perder los nervios.

- ¿Comer? — Espetó a mofa. - Me negabas la comida, me encerrabas, me despreciabas y te burlabas de mí. ¿Tengo qué agradecerte algo?

- Mírate, Ariel. ¿Dónde estás? ¿A quién le estás plantando cara? ¿A quién te estás enfrentando? No lo harías si no te hubiera criado para ser fuerte. Si no lo hubiera hecho para que nadie te pisoteara. Si no te hubiera fortalecido a base de desprecios y castigos.

- Vamos, que sí, esperas que te lo agradezca. Pues espera sentado vaya a ser que te canses de esperar algo que nunca va a suceder. Dime donde está Dmitriy.

Su padre se puso de pie. Con su postura trató de intimidarla. Su cuerpo no se movió ni un gramo, otra cosa que había aprendido de su progenitor; a nunca

mostrar sus miedos y jamás retroceder.

- Vete a casa, Ariel.

Sonrió. Movi6 la mano con rapidez y sin dudar apunt6 a la cabeza de su padre. Ethan abri6 los ojos. Por su mirada pudo descifrar que jam6s haba intuido que su hija fuera capaz de sostener un arma en sus manos y a6n menos que lo hiciera sin vacilar.

- Ahora vas a caminar hasta el jard6n y le pedir6s a tus hombres que traigan a Dmitriy...

- 6Y si no lo hago?

6Le estaba apuntando con un arma y tena esa frialdad para retarla?

- Conocer6s de lo que es capaz una mujer enamorada a la que tratan de destrozarle la vida.

- Muy bien, Ariel.

- Sin juegos y las manos arriba. — Advirti6 antes de que diera un paso.

Su padre comenz6 a caminar como le haba ordenado. Su nana al verla con un arma se llev6 la mano a la boca y contuvo un sollozo. En ning6n momento dej6 de apuntar o siquiera hizo por apartar la mirada. Conoc6a mejor que nadie lo zorro que era su padre y aunque parecia que tena la situaci6n controlada, 6l era capaz de volver las tornas en el instante m6s m6nimo que se descuidara.

- 6Y ahora, Ariel?

- Ordena que lo traigan, quiero verlo.

Le entreg6 el tel6fono controlando cada peque6o movimiento que hiciera. Su padre marc6 y habl6 dos escasos minutos y todo lo que dio fueron directrices. Esper6... Esper6... Y esper6...

Cuando al fin sus ojos vieron a aparecer a dos hombres con Dmitriy en el centro con las manos atadas, su coraz6n se comprimi6 de una forma tan fuerte que su mano tembl6.

- Ya lo estás viendo, aprovecha bien tu visión y graba esa última mirada...

No había procesado todas sus palabras, ni su significado, cuando su padre se tiró al suelo y le dio una patada en las manos haciendo salir por el aire la pistola que había cogido del despacho de Dmitriy.

Intentó recuperarla, pero su padre ya había sacado la suya de la cintura. No la apuntaba a ella.

- Todavía tienes mucho que aprender.

Su sonrisa egocéntrica le hizo desear tener de nuevo el arma en sus manos para esa vez, apretar directamente y sin demora el gatillo.

- Voy a ser considerado porque eres mi hija y te voy a dejar despedirte. Dispones de tres minutos, ni uno arriba, ni uno abajo. Tres para decirle lo que quieras. Camina. — Ordenó.

Lo hizo, pero antes escupió a sus pies provocando que Ethan riera como un maldito bastardo. Mientras caminaba vio aparecer a sus tres niñeras. Paolo negaba como diciéndole "te lo advertí". Se rehusó a mirarle y siguió hasta estar frente a Dmitriy.

Los perros de su padre deshicieron el nudo que le tenía las manos aprisionadas. Se alejaron. Por el rabillo del ojo pudo ver que estaban tomando posición junto a otros hombres de su padre; todos estaban armados. Con altivez contempló a su progenitor. Alzó la mano y le mostró el teléfono. No le permitiría más de esos tres minutos.

- Leona...

Su voz contenida captó su atención. ¡Encima se enfadaba!

La cogió de la nuca y tiró de ella. Sus labios se unieron y con ansias se saborearon. Se agarró a su cuello desesperada. Sus planes siempre eran una mierda y para colmo nunca funcionaban.

- No debiste venir. De nuevo te has puesto en peligro.

Pasó la lengua por sus labios como si quisiera llevar su sabor siempre en la memoria.

- ¿Por qué no escuchas? Ya no eres tú.

Puso las manos en su barriga. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Suspiró. No quería llorar. Si lo hacía todo aquello sería real y debería aceptar el hecho de que Dmitriy muy posiblemente ya no seguiría en su vida.

- Te amo. — Murmuró.

- ¡Un minuto, Ariel!

- ¡Capullo! — Espetó en susurros.

La sonrisa que recibió por parte de Dmitriy, hizo que por un segundo se deleitara en memorizar todos sus rasgos.

- No más que yo a ti, mi fiera leona.

Besó su cabeza con tanta pesadez, que intuyó que lo que iba a decir no le iba a gustar nada...

- ¿Tienes los billetes?

Asintió con un nudo amargo en la garganta.

- Utilízalo. Sale en un par de horas, todavía estás a tiempo...

- ¡No! ¡Me niego a dejarte!

- Tienes que irte.

- No.

- Ariel, por ti, por mí y por el bebé debes irte. Mira lo que nos rodea. ¿Eres ciega?

Miró a su alrededor. Las manos le picaron. Rascó. Dmitriy tomó sus manos y las besó.

- Escúchame, leona. He traicionado a la organización. Sabía a lo que me exponía cuando ayudé a tu madre. ¿Quieres que la entregue? Porque no pienso dejar que se te lleven por delante por encubirla. No tenemos opción. La organización cree que mientras siga a tu lado seré un problema.

- Mi padre...

- Tu padre no tiene salida. No quieras culparle también de esto. Vete y no mires atrás.

- Te mataran... — Sollozó.

- Y si te quedas a ti también. ¡Travis llévatela!

- ¡Nooo! ¡Dmitriy!

Con los ojos llenos de lágrimas de la misma impotencia, vio como los hombres con cada paso que daban con ella en brazos, la alejaban del hombre que la había enseñado a amar con todo el corazón.

La metieron en el auto y cerraron las puertas con seguro. Se hizo un ovillo y lloró sin consuelo hasta que sus ojos no aguantaron más y se cerraron siendo su última imagen la sonrisa perfecta y hermosa de Dmitriy.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

España. No podía creerlo. Había abandonado todo lo que conocía porque así lo había querido Dmitriy. Su vida estaba en peligro. No podía seguir junto a él. Cerró los ojos, todo le dio vueltas. Seguía oyendo su voz... Sus últimas palabras... Su última súplica cargada de amargura...

- Tienes que irte.

- No.

- Ariel, por ti, por mí y por el bebé debes irte. Mira lo que nos rodea. ¿Eres ciega?

Había observado a su alrededor. Como veinte hombres de su padre les custodiaban armados hasta los dientes. Las lágrimas más desoladoras cubrieron sus ojos. Todo había salido mal...

- Escúchame, leona. He traicionado a la organización. Sabía a lo que me exponía cuando ayudé a tu madre. ¿Quieres que la entregue? Porque no pienso dejar que se te lleven por delante por encubirla. No tenemos opción. La organización cree que mientras siga a tu lado seré un problema.

- Mi padre...

- Tu padre no tiene salida. No quieras culparle también de esto. Vete y no mires a atrás.

- Te mataran... — Sollozó.

- Y si te quedas a ti también. ¡Travis llevatela!

- ¡Nooo! ¡Dmitriy!

Abrió los ojos. Todavía sentía el dolor en el pecho como si todo acabara de suceder. Peleó. Con uñas y dientes. Su empeño era quedarse con él, pero no la dejaron. Había conseguido la libertad. Su tan ansiada y deseada libertad. ¿Y qué? ¿Para qué la quería? Su hombre ya no estaba con ella. De nuevo estaba sola. Y lo peor era que no sentía ni una pizca de felicidad.

- Ariel.

- Hola, Coral.

Sí, no había viajado sola. Cuatro hombres estaban con ella; sus niñeras. Además de Coral y por supuesto su madre.

Cuando llegó a ese pueblo no sabía lo que la esperaba. Todo era nuevo. Su vida debía empezar de cero. Encontrar a su madre fue una sorpresa que en cualquier otro momento habría sido motivo de alegría. Como eran las cosas. Tenía a su madre al lado y no sentía ni un gramo de euforia; que Dmitriy no estuviera con ella era un golpe duro y demoledor para su alma.

- Le traigo un vaso de leche fresca.

Se sentó en la arena. Las estrellas brillaban en el cielo. Era una noche espléndida para pasear por la arena cogida de la mano del hombre al que amaba.

Suspiró. Se apartó un mechón de pelo. Nunca sería la misma. Esa separación la atormentaría toda la vida. Jamás le habría dejado si no la hubieran obligado. Si no le hubieran dado un ultimátum a Dmitriy. Debía escoger. Seguir con ella y entregar a su madre o dejarla y aceptar el castigo que la organización le impusiera.

- No dejo de preguntarme porque la organización dejó que me fuera... Se supone que nadie sale con vida de ella... — Comentó pérdida en su reflexión.

- A veces hay excepciones. Y esto puede que lo explique.

Coral la miró con cara de circunstancias. Su mano sujetaba unas hojas blancas. Se hizo con ellas. Al abrirlas y extenderlas con sus dedos, tembló; la carta, era la carta que un día ella le había escrito.

- Debí habérsela dado cuando llegamos, pero estaba tan angustiada...
- De eso hace dos semanas, Coral. — Le esclareció por si no se había enterado.
- Lo siento. Se me pasó.

Asintió con resignación. Ya nada podía hacer excepto leer y entender porque Dmitriy se la había entregado:

Me llamo Ariel Miller, no se porque te lo vuelvo a repetir, quizás es porque no se si de verdad has creído en mis palabras. Eso no es importante. Quiero ir al grano y explicarte quien soy. Este es el único modo que he visto como vía para revelarte de donde procedo después de haberte gritado y dejado con la mesa puesta.

Sí, estoy llorando. Y posiblemente así me quedaré dormida. No sé como ha sucedido pero te has clavado en mi corazón y no veo un mañana sin amanecer a tú lado. Tampoco eso es importante ahora. Lo que quiero confesarte es que no soy una buena mujer. Si conocieras quien es mi padre sabrías que yo soy la última mujer con la que deberías pensar en formar una familia.

Cogió aire y sonrió. ¡Qué tonta fue! Se sentía ridícula al recordar esa carta. Esas breves palabras en las que alegaba que ella no era un buen partido para él y que si era listo debía buscar a otra mujer para cumplir su deseo de tener una buena familia. Meneó la cabeza y volvió a clavar sus ojos en los papeles:

Desde que nací únicamente he conocido una vida. Una que desde que cogí conocimiento y vi de qué iba todo, la detesté y me juré salir de ella aunque me costara la vida. No sé si te habrás dado cuenta pero hablo varios idiomas. ¡Ojalá no lo hiciera! Todos los aprendí viendo como mi madre bailaba en un puto escenario hasta que bajaba y la veía irse con un hombre.

Eran contadas las ocasiones que mi padre me llevaba al club. En un principio, claro. Después se hizo más frecuente. Y aborrecía cada minuto que pasaba allí con los hombres de mi padre custodiándome.

Cuando me dijeron que tenía que casarme con un miembro... Ya no lo soporté más. Huí. No miré a atrás. Me apoyé en tu hermano y me conciencie en que era la hora de dejar esa vida. No te preocupes porque él no sabe ni la mitad, por eso está a salvo. Nunca quise poner a nadie en peligro.

Dmitriy eres lo único que me ha importado en la vida. Por eso te dejo. Me alejo de ti. Ahora he entendido que te estoy poniendo en peligro. Mi vida no es buena. Mi vida no es para ti. Si llegado el caso tuviéramos hijos, nacerían en la misma vida despreciable en la que nací yo. No quiero eso para mis hijos, pero menos puedo permitir arrastrarte a ti a una vida que ni siquiera deseo para mí. Te quiero. Nunca lo dudes.

- Sí, fui muy tonta. Debí haber reconocido en él algo que me hiciera ver que era un hombre de la organización... — Murmuró para sí.

Pasó a la siguiente hoja y enfocó su vista nublada en el siguiente párrafo:

La organización es una familia, todo se basa en la lealtad. Se cubren unos a otros y se ponen de acuerdo hasta en el más pequeño de los negocios. Ahí nadie hace nada por su cuenta. Excepto lo que tenga referencia con sus clubs. Son una gran familia muy bien organizada que controlan la mayoría de los territorios. Casi todos los negocios pertenecen a los miembros de la organización. De los ilegales... Mejor ni te hablo, porque pueden ir, desde extorsión a asesinatos... Nunca he querido saber exactamente la magnitud de sus delitos. Fue suficiente con ver la vida de las mujeres de la organización que están sujetas a obedecer las ordenes de la organización. No se replica, no se da opinión, no se desobedece. Las mujeres para ellos son simples fichas que tienen a un lado como beneficio. Algunas veces y con suerte, algunas de ellas viven una vida normal, digo normal, porque no tengo nombre para ponerle. Ya que tú te quedes en casa cuidando de tus hijos mientras tu marido sale con otros miembros de la organización y que sabes que va al club a disfrutar con otra... Pues eso, medio normal. Por lo menos esa mujer no tiene que sufrir vejaciones, ni sus hijos vergüenza por saber la clase de monstruo que es su padre y la vida que obliga a llevar a su madre.

Podría seguir horas y horas... Contarte las miles de cosas que mis ojos han visto, pero no quiero aburrirte, ni que me empiece a doler la cabeza. Simplemente quería que entendieras que mi vida, es una vida llena de actos incomprensibles y que no es una vida que quiero para nadie. Quédate con lo que hemos vivido y olvida que una vez, entré a tu empresa. Olvida mi nombre y todo lo que tenga que ver conmigo. Hoy vuelvo a esa vida y lo hago por ti. Nadie osará a hacerte daño mientras yo lo pueda evitar. Incluso si soy yo misma la que puede a hacerte daño, te protegeré. Y no conozco otra forma que apartándote de la vida miserable de la que procedo y que debo seguir viviendo. Siempre te amaré y

recordaré con cariño lo que fuimos; dos locos con caracteres diferentes que se enamoraron sin estarles permitido.

- Dmitriy.

Estrujó con fuerza los papeles, una lágrima descendió de sus ojos. El odio que sintió por todos ellos fue tan intenso que se clavó las uñas en las palmas de las manos provocándose un leve corte.

- Queda una hoja. — Comentó Coral a su lado.

¡Qué cabeza tenía! Se había olvidado de que la mujer seguía sentada allí. Observó las hojas. Era cierto. Había otra hoja diferente a las suyas. ¿Se había olvidado de que había escrito algo más? No. Lo que había leído era todo lo que recordaba haber escrito. Con el ceño fruncido pasó la hoja. Todo el color de su cara se perdió. Blanca como los papeles que sostenían sus manos comenzó a leer:

Mi preciosa leona, si estás leyendo estas letras es porque todo salió a pedir de boca. Se que tus ojos estarán empeñados y tu corazón lleno de aflicción, no tienes porque, mi hermosa leona. Estoy bien. Estoy vivo. Y mi propósito no fue otro que darte la libertad que tanto has anhelado.

- ¿Qué mierda...? — Soltó sin pensar poniéndose de pie.

Como una vez te dije, estuve buscando la manera de darte lo que deseabas y lo encontré. Entre archivos y leyes, horas y horas de búsqueda logre dar con lo que necesitaba para concederte la liberación. Te contaré una pequeña historia... Había un hombre que se llamaba Tomás, este hombre se enamoró de una de las hijas de su jefe y ese amor fue reciproco. Se veían a escondidas y aprovechaban cada segundo que tenían. Cuando decidieron dar a conocer lo que sentían, el padre de la chica ya se había comprometido a casarla con otro y no podía retirar su palabra. A consecuencia de eso y de acercarse la boda y no encontrar manera para detenerla. Tomás cogió el coche y huyeron, en una curva cuando su libertad estaba al alcance de sus manos, el coche se le fue y cayeron por un barranco en el que los dos perdieron la vida. Lo que no supieron y habría evitado esa desgracia fue que el novio había asistido esa mañana para devolver la mano de la chica, no quería tener una esposa que no le amara y aseguró que era de honor dejar libre a quien no quería una vida con otro ser.

¿Por qué te cuento esto? Porque se decretó una ley donde se especifica que cualquier hombre puede conceder la libertad de una mujer siempre y cuando él sea el responsable de esa mujer de la organización. Para eso necesitaba que fueras mi esposa. Por eso nadie te ha retenido y por eso nadie pudo negarse cuando monte toda esta pantomima y concederte la felicidad. Eres libre. Vive la vida que siempre has querido y perdóname por haberte mentido de esta manera. No tuve opción. Te prometí que te haría libre y lo he cumplido. Se que he sido un hijo de puta manipulador, no necesito que me lo recuerdes, pero todo lo he hecho por ti. Me he dado cuenta de lo egoísta que estaba siendo al retenerte junto a mí. Imponiendo mis deseos a los tuyos y todo porque tenía miedo de vivir sin ti. Te concedo la libertad, mi hermosa leona.

- ¡Travis! ¡Travis!

La furia la poseyó. Todo lo veía negro. ¡Iba a matarle! A él y a sus cuatro fieles perros.

- ¿Qué pasa? — Dijo asustado desde la terraza de la casa.

- ¡Qué coño creéis que hacíais! — Gritó enfurecida. - ¿Por qué toda esa porquería de engaño? ¿Por qué a hacerme creer que lo iban a matar? ¡Por qué! — Exigió a gritos.

Travis tragó despacio. Toda su cara se había transformado en preocupación. Richard se paró cerca de Travis y se cruzó de brazos.

- Por ti. — Espetó Richard. - Porque el sabía que le amabas tanto como ansiabas la libertad. Si te hubiera dado a escoger, ¿qué habrías elegido?

- Me habría quedado... — Susurró segura.

- Y seguirías lamentándote de tener que vivir esa vida. Seguirías criticando cada acción que Dmitriy hiciera. Seguirías soltando pestes y aumentando el odio y desprecio hacia la vida que te mantenía retenida. ¿Y cuando hubiera nacido tu hijo?

- No...

- Habrías acabado culpándole a él por ser miembro de la organización y puede que hasta le hubieras odiado... Él ha preferido a hacerlo fácil. Te ha dado lo que siempre has querido a pesar de estar muriéndose por dentro. Ha evitado que le odies y que su hijo se convierta en un hombre como él. ¿Es lo que querías?

- ¡Pero lo quiero a él conmigo!

- Todo en la vida no se puede tener. Te ha concedido tres de cuatro. Ahora, es hora de que empieces a ver si merece la pena la vida que querías. Porque... Todo esto... — Señaló su alrededor. - Trae consigo consecuencias, no creas que Dmitriy no lo va a pagar caro, tú libertad y la de tu madre por muy bonito que te lo haya pintado, tiene un precio. Y te aseguro que Ethan ya ha pedido lo que desea para dejaros a las dos fuera sin complicaros la vida.

Se dio la vuelta y la dejó con la cara desfigurada y sin palabras. ¡Con que seguridad le había cerrado el pico! ¡Joder! Y porque casi nunca hablaba.

- Tú has elegido tu camino. Richard tiene razón. Dmitriy solamente ha hecho como siempre desde que te conoció. Darte lo que quieres sin importar si le duele o no.

También desapareció por la puerta. Saber que Dmitriy la amaba tanto como para dejarla marchar, la devastó. Cayó al suelo de rodillas. Se agarró la barriga y se lamentó del destino que una vez había deseado; y es que nada era más fuerte y deseable que estar junto al hombre que amaba con todo su corazón...

- Te juro Dmitriy Novikov que esto no ha acabado.

««Fin»»

AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento fundamental a los que viven todos los procesos de mi vida, mi familia: mi marido y mis pequeños, que siempre entienden y respetan pacientemente mi inmersión por horas entre los libros. Porque a pesar de que todavía son muy pequeños y necesitan de mucha atención, siempre me dejan esos extraordinarios huecos para poder centrarme en lo que me gusta y llena. A ellos mis infinitas gracias por su comprensión y apoyo.

A mi hermana, Elisabeth, que siempre está ahí al pendiente de una nueva historia para darme su opinión antes de publicarla. Por sus ánimos y buenas palabras.

A mi querida y gran amiga, Esther, ¿por qué qué sería de mí, si no tuviera esa amiga con su punto de vista objetivo y su buena disposición para animarme?

A mi hermana, Maika, porque su apoyo a pesar de ser la más pequeña de mi casa, es de los que más me importan.

A mi cuñada, Rocio, porque aun cuando sus críticas son exigentes, no hay nada como escucharla y cuando ha finalizado la lectura, venga y me diga lo mucho que le ha gustado.

Y como no podía ser menos... A todos ustedes por invertir su tiempo leyendo esta historia. Podría relatar de mil formas lo que siento cuando veo un buen comentario o una buena puntuación, pero como siempre sucede cuando se trata de hablar de mí; me quedo sin palabras y no encuentro por donde empezar... Por eso mil gracias, porque gracias a ustedes y a esa oportunidad que le han regalado a esta historia, me doy cuenta de que tantas horas, tantas vueltas a la cabeza, tanto tiempo revisando para dejarlo perfecto, tanto esfuerzo... A pesar de no disponer de ordenador y estar dejándome la vista con el móvil, que todo hay que decirlo, ja, ja, ja, logran que me sienta satisfecha y feliz. Porque al final tras tantos primeros batacazos, he conseguido con esta historia sentirme orgullosa. Y eso se lo debo a ustedes, que sin ser conocida, la han adquirido y comenzado a leer hasta finalizar su lectura y eso es para mí, un gran logro. Mil gracias por su tiempo. Por sus comentarios. Por sus puntuaciones y por sus ganas de continuar hasta el final de la historia.

